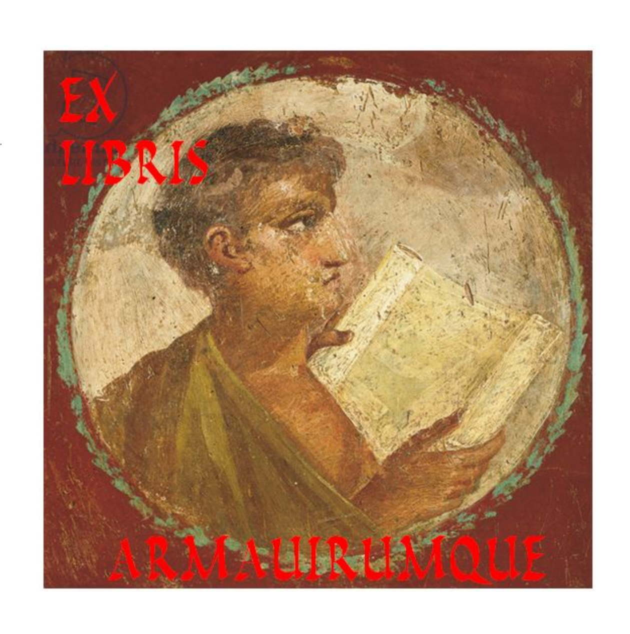
# TESTIMONIOS Y FRAGMENTOS RETORICA ALEJANDRO

## Anaxímenes de Lámpsaco
## Alcidamante de Elea

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 341



ALCIDAMANTE DE ELEA

# TESTIMONIOS Y FRAGMENTOS

ANAXÍMENES DE LÁMPSACO

# RETÓRICA A ALEJANDRO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JUAN LUIS LÓPEZ CRUCES, JAVIER CAMPOS DAROCA
Y MIGUEL ÁNGEL MÁRQUEZ GUERRERO



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Carlos Megino Rodríguez (Alcidamante de Elea) y David Hernández de la Fuente (Anaxímenes de Lámpsaco).



Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2005.
www.editorialgredos.com

La Introducción, traducción y notas de Alcidamante de Elea han sido realizadas por Juan Luis López Cruces (Introducción, Testimonios, *Sobre los sofistas* y Fragmentos 1-3, 7-33, 37-39) y Javier Campos Daroca (Introducción, *Odiseo* y Fragmentos 4-6, 34-36).

La Introducción, traducción y notas de Anaxímenes de Lámpsaco han sido llevadas a cabo por Miguel Ángel Márquez Guerrero.

Depósito Legal: M. 37992-2005.

ISBN 84-249-2782-6.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2005.

Encuadernación Ramos.

ALCIDAMANTE DE ELEA

# TESTIMONIOS Y FRAGMENTOS

# INTRODUCCIÓN

## I. DATOS BIOGRÁFICOS

La *Suda,* el famoso diccionario del siglo x, dedica a Alcidamante una entrada (test. 1), según la cual era hijo de un tal Diocles[1] y originario de Elea, en Asia Menor[2]. La misma entrada lo presenta como discípulo del sofista Gorgias de Leontinos, en lo que coincide con diversos testimonios, que parten de Dionisio de Halicarnaso en el siglo I a. C. (test. 16)[3]. Dos argumentos avalan la noticia: primero, la defensa de la improvisación que leemos en su discurso *Sobre los que componen discursos escritos* o *Sobre los sofistas* es

---

[1] Poco sabemos de él. La *Suda* le atribuye la autoría de tratados de música *(mousiká),* pero lo más probable es que el texto esté corrupto y los tratados sean del propio orador; cf. *infra,* nota 2 al test. 1.

[2] Su fundador, el mítico Menesteo de Atenas, es mencionado por Alcidamante en *Odiseo* 23. El personaje debió de atraer su atención por otra razón: se le atribuye la invención del género de la oratoria judicial *(dikanikón);* cf. *Proleg. in Hermog. Περὶ στάσεων (Rhet. Gr.* XIV, pág. 189, 7-11 Rabe); Brown, *Extemporary speech,* pág. 8 y notas 5-6. De este modo, el héroe era tanto el vínculo de su patria con Atenas como una prefiguración de su propia actividad oratoria.

[3] Cf., además, los tests. 2, 5 y 9.

heredera del reto que hacía Gorgias a sus audiencias de que le propusieran el tema que quisiesen, porque estaba seguro de poder disertar sobre lo que fuera sin preparación previa [4]; segundo, los rasgos más característicos del estilo de Alcidamante acusan el influjo de la dicción gorgiana. La misma *Suda* (test. 2) convierte a nuestro orador en sucesor del sofista al frente de una escuela de retórica; dado que no hay constancia de que Gorgias instituyera en Atenas una escuela, más allá de dar unos cursos de elocuencia durante su estancia en 427 a. C., la noticia debe interpretarse en el sentido de que Alcidamante fue el discípulo de Gorgias que dio a sus enseñanzas un marco educativo estable. La creación de esta escuela no puede datarse con precisión, pero hubo de tener lugar entre los últimos decenios del siglo v y los primeros años del IV, es decir, entre la estancia de Gorgias en Atenas en 427 y la publicación del discurso *Sobre los sofistas* en 391/390 a. C. [5]. En el período de su magisterio deben situarse los discursos conservados íntegra y fragmentariamente. El más antiguo parece ser el *Odiseo,* fechado por Auer hacia 400 a. C. [6]; sigue *Sobre los sofistas,* hacia 391/390; el *Mesenio* data con seguridad de los años que siguieron a la expedición de Epaminondas contra Esparta en 369, pudiendo haber sido compuesto incluso en la década de los años 50; finalmente, si el fr. 14 pertenece, como suele pensarse, al *Museo* y, además, es correcta la identificación de

[4] Cf. GORGIAS, test. 1, 1a y 20 (II, págs. 271, 31; 272 y 277 D.K.); ALCID., *Sof.* 31; HUDSON-WILLIAMS, «Impromptu speaking».

[5] F. SUSEMIHL, *De carminis lucretiani proemio..., de vita Alcidamantis quaestiones epicriticae,* Ind. Schol. Greifswald, 1884, págs. XIX-XX, la dató en torno a 410 a. C., y, STEIDLE, «Redekunst und Bildung», pág. 287, hacia 391/390 a. C., por asociar el discurso al inicio de su actividad docente.

[6] Cf. *infra,* pág. 23. Según EUCKEN, *Isokrates,* pág. 121, nota 1, también el *Encomio de Nais* debe de ser bastante temprano.

los dirigentes tebanos allí mencionados con Epaminondas y Pelópidas, parece razonable que la obra fuera publicada sólo tras la muerte del primero de ellos en 362[7].

Según una noticia que procura Ctesibio de Calcis (siglos IV-III a. C.) y repiten varios autores de época imperial y medieval, Alcidamante ejerció un notable influjo en Demóstenes, que logró hacerse con una copia de sus discursos y los estudió detenidamente[8]. Según el rétor Cecilio de Calacte (siglo I a. C.), Esquines fue discípulo directo de Alcidamante[9], pero hay que tener presente que cuando un autor antiguo dice que un personaje «escuchó» a otro y fue discípulo suyo, con frecuencia quiere decir, simplemente, que leyó u oyó recitar obras suyas, sin que existiera un contacto personal[10]. Es, pues, probable, como sugirió Blass, que Cecilio —o su fuente— dedujera la conexión de Esquines con Alcidamante de una serie de rasgos comunes de estilo, como la improvisación, la solemnidad, el talento y la aparente falta de técnica[11].

---

[7] A partir de que ARISTÓFANES cita dos versos recogidos en el *Certamen* (*Paz* 1282-83 = *Cert.* 55-56 AVEZZÙ), NARCY, «Alcidamas d'Élée», pág. 103, ha propuesto datar el *Museo* antes de 421. A nuestro juicio, es una datación excesivamente temprana e incompatible con la concepción de la obra como un compendio de lo más brillante de su producción (cf. *infra)*.

[8] Ps. LUCIANO (test. 3) traduce este conocimiento a un discipulato directo que es altamente inverosímil y fruto, más bien, de la voluntad de que el orador supremo debiera mucho a la tradición oratoria; cf. BLASS, *Attische Beredsamkeit,* vol. III 1, pág. 16, nota 7.

[9] Test. 6, del que derivan los de Focio y la *Suda* (test. 7 y 8).

[10] Cf. D. M. SCHENKEVELD, «Prose Usages of AKOYEIN 'To Read'», *Class. Quart.* n.s. 42 (1992), 129-141.

[11] *Attische Beredsamkeit,* vol. II, pág. 346, nota 1 y III 2, pág. 157.

En resumen, podemos afirmar que Alcidamante de Elea fue un discípulo de Gorgias que fundó a finales del siglo v o a comienzos del iv una escuela de elocuencia donde enseñó el arte de la improvisación, pero nada sabemos con certeza de sus discípulos, ya que las noticias acerca de un trato personal con Demóstenes y, sobre todo, con Esquines resultan sospechosas [12]. Con todo, es notable la fama de que gozó en la Antigüedad. Platón, en el *Banquete* (197c), pone en boca del gorgiano Agatón la imagen alcidamantina de las leyes como «soberanas de la ciudad» (fr. 24); Aristóteles (test. 14) emplea pasajes suyos para ejemplificar los defectos del estilo frío y rebuscado; Dionisio de Halicarnaso lo incluye entre los autores «famosos y dignos de un renombre no modesto» (test. 16) y entre quienes hicieron aportaciones al arte retórica (test. 17); Cicerón lo consideró «un rétor antiguo muy famoso» (test. 11); finalmente, el autor anónimo del *Certamen de Homero y Hesíodo,* de época antonina, se sirvió de la versión que del episodio había ofrecido Alcidamante en el *Museo*. Además, la *Suda* (test. 1) lo presenta como un filósofo, lo cual invita a no establecer una separación tajante entre retórica y filosofía a propósito de la actividad de los sofistas de los siglos v y iv a. C. [13].

[12] Cf. Brzoska, «Alkidamas», col. 1534, quien contrasta la ausencia de datos sobre sus discípulos con el rico caudal de informaciones sobre los muchos alumnos de su rival Isócrates.

[13] Una sobrevaloración de la dimensión retórica de Alcidamante en detrimento de su interés filosófico (cf. frs. 2-3) motivó que Diels y Kranz lo excluyeran de su edición de los filósofos presocráticos, donde sí aparece, en cambio, su contemporáneo Licofrón, también discípulo de Gorgias; cf. Guthrie, *Historia...,* vol. III, pág. 303, nota 112.

## II. OBRAS

### a) *«Sobre los que componen discursos escritos» o «Sobre los sofistas»* [14]

La Antigüedad nos ha legado dos discursos completos de Alcidamante, cuya autoría ha sido cuestionada en mayor o menor grado. En lo que respecta al discurso *Sobre los sofistas,* sólo Sauppe lo consideró apócrifo, pero sin razones de peso, de modo que hoy se considera auténtico. De principio, su antigüedad está garantizada por el juego de referencias cruzadas con el discurso *Contra los sofistas* de Isócrates, datable hacia 391/390 a. C.; tanto si el discurso alcidamantino motivó el escrito isocrateo como si ocurrió al revés, ambos escritos deben de haberse gestado en los mismos años[15]. Existen, además, indicios externos e internos no sólo de su antigüedad, sino también de la paternidad de Alcidamante. En primer lugar, la atribución figura ya en el códice

---

[14] L. Radermacher, «Über den *Cynegeticus* des Xenophon», *Rhein. Mus.* 52 (1897), 13-41, en concreto pág. 19, nota 4, dudó de la autenticidad del primer título *Perì tôn graptoùs lógous graphóntōn,* lit. «Sobre los que escriben discursos escritos»; con todo, la redundancia es un rasgo destacado del estilo de Alcidamante (cf. *infra).* Dado que éste niega a los escritores de discursos la condición de sofistas (§ 2), Avezzù, pág. xxii, consideró un añadido tardío el segundo título, que falta en el ms. *Co.* No obstante, Alcidamante puede haberlo escogido para asociar su escrito al *Contra los sofistas* de Isócrates (cf. Eucken, *Isokrates,* pág. 122); además, el paralelo con el título doble del tratado *Sobre el no ser o Sobre la naturaleza* de Gorgias y con los muchos títulos alternativos del catálogo de obras de Antístenes contribuye a eliminar las sospechas.

[15] Aceptan la datación, *e. g.,* Brzoska, «Alkidamas», col. 1535; Avezzù, pág. 71, y Mariss, *Alkidamas,* pág. 55.

más antiguo que lo conserva, el *Palatinus graecus* 88, del siglo XII. En esa misma época Juan Tzetzes, quien declara haber leído muchas obras de Alcidamante (test. 12), procura dos informaciones que podemos conectar con el discurso. En una de ellas llama al rétor *technoélenchos,* «el refutador del arte» (fr. 10), un calificativo que puede conectarse con la reivindicación alcidamantina de la improvisación, que comporta una imitación del modo de hablar común del auditorio y la simulación de una falta de técnica[16]. En la otra (fr. 11), Tzetzes recuerda que Alcidamante echaba en cara a otros el mucho tiempo que emplearon en redactar un escrito, lo cual hace, en concreto, al comienzo de este discurso (§ 2). Junto a estos indicios externos, el análisis estilístico revela el empleo de aquellos rasgos que Aristotéles (test. 14) había criticado en nuestro orador por producir un estilo frío y rebuscado.

Existe un gran acuerdo en considerar el discurso como una defensa de su enseñanza de la improvisación ante la inevitable pérdida de alumnos que hubo de suponerle la apertura de la escuela de Isócrates, donde se aprendía elocuencia por medio de la composición escrita de discursos y de la imitación de los modelos literarios que el maestro seleccionaba[17]. Dos son los ejes de la argumentación de Alcidamante[18]: uno, la inadecuación de la composición escrita a las circunstancias de la vida cívica en las que tiene lugar la toma de decisiones; dos, la asimilación del arte de la escritura

---

[16] Cf. AVEZZÙ, págs. 71 y 73; MARISS, *ibid.*, pág. 1.

[17] Cf. *e. g.* K. HUBÍK, «Alkidamas oder Isokrates? Ein Beitrag zur Geschichte der griechischen Rhetorik», *Wien. Stud.* 23 (1901), 234-251; H. RAEDER, «Alkidamas und Platon als Gegner des Isokrates», *Rhein. Mus.* 63 (1908), 495-511.

[18] *Vid.* en nuestra lengua LÓPEZ EIRE, «Retórica y oralidad», págs. 115-120, y GUILLÉN DE LA NAVA, «Reflexiones».

a las actividades artesanales y crematísticas. Examinémoslos.

En primer lugar, la escritura es una facultad inútil, porque la redacción de un escrito requiere más tiempo que el que exigen las circunstancias perentorias de la vida comunitaria[19]. Alcidamante ridiculiza las pretensiones de la escritura describiendo el apresuramiento de un hipotético escritor que, en medio del calor del debate asambleario o judicial, se sentara a componer su intervención sobre una tablilla (§ 11); sólo un tirano podría actuar así, por ser el único que tiene la potestad de convocar al pueblo a escuchar su discurso cuando lo tenga terminado. A la inadecuación se une la falta de destreza: quien más acostumbrado está a pulir por escrito los discursos, persiguiendo las expresiones más exactas, es quien peor se expresa en público. En efecto, es fácil que, en pleno debate, no dé con la palabra precisa y se quede callado sin saber qué decir, provocando el enojo y el alboroto de la concurrencia (§§ 16 y 20-21); si cuesta trabajo memorizar los temas que se van a exponer y su orden, mucha más trabajoso es recordar las palabras exactas que se pretende emplear (§ 18). Por ello, quienes recitan discursos escritos son semejantes a los presos, que, una vez liberados, siguen caminando como cuando llevaban los pies encadenados (§ 17). Quien recita un escrito no puede aprovechar los argumentos de la parte contraria ni complacer a su audiencia alargando o acortando el discurso en función de las expectativas (§§ 22-26). En conclusión, el escrito es rígido e inmóvil, incapaz de adaptarse a las circunstancias: si a algo se parece es a

---

[19] En gr. *ho kairós (hoi kairoí) tôn pragmátōn,* cf. §§ 3 y 9-10; Dem., IV 37. *Vid.* Vallozza, «Καιρός nella teoria retorica»; Tordesillas, «Lieux et temps rhétoriques chez Alcidamas»; Mariss, *Alkidamas,* págs. 107-109, 148 y 241.

las obras de arte, deleitosas pero completamente e inútiles (§ 27).

Esto conduce al otro eje de la argumentación: los escritos no merecen el nombre de 'discursos' *(lógoi),* sino el de *poiḗmata* (§ 27), pues sus creadores, que pretenden pasar por sofistas, son en realidad *poiētaí* (§§ 2 y 34). Este término comporta una doble descalificación: por un lado, los 'poetas' quedan marginados de la esfera de los sofistas, de acuerdo con una distinción consagrada en su época[20]; por otro, son, en su sentido etimológico, 'artesanos', lo que los desautoriza por limitarse a fabricar unos discursos que luego no son capaces de pronunciar[21]; son meros artesanos de la palabra, que comercian con sus manufacturas y carecen de cualquier compromiso con la sabiduría del verdadero sofista (§ 2). Ambos sentidos contribuyen a presentar al logógrafo como un heredero directo de los poetas celebrativos, quienes a cambio de remuneración económica ensalzaban a los patrocinadores de sus poesías, independientemente de las ideas políticas que sostuvieran[22]. A lo largo del discurso, Alcidamante caracteriza la labor del escritor en unos térmi-

---

[20] La distinción alcidamantina tiene antecedentes en Gorgias y en un discípulo de Helánico, Damastes, quien escribió un tratado *Sobre poetas y sofistas* (cf. *Suda, s. v. Damástēs,* Δ 41). Con todo, hubo sofistas que cultivaron también la poesía;. cf. NORDEN, *La prosa artística,* págs. 98-100. Alcidamante emplea el término 'sofistas' en un sentido neutro, habitual en su tiempo, para referirse a los profesionales del saber, que pretendían estar en posesión de una vasta cultura general. Tal pretensión hizo que el término adquiriera pronto connotaciones peyorativas, sobre todo en manos de Platón; cf., *e. g., Fedro* 258d; *Rep.* VI 493a; *Sof.* 230ab; ARISTÓF., *Nubes* 331-334, y, sobre el término 'sofista', fr. 79 D.-K.; UNTERSTEINER, *Sofisti.,* vol. I, págs. XVI-XXIII y 2-13; G. B. KERFERD, *The Sophistic Movement,* Cambridge, 1981, págs. 24-41.

[21] Cf. PLATÓN, *Fedro* 278de.

[22] Cf. SVENBRO, *La parola e il marmo,* págs. 146-160.

nos artesanales que pronto se convirtieron en tecnicismos para describir el proceso de composición literaria: los discursos escritos aspiran a la exactitud propia del artesano *(akríbeia,* §§ 11, 13-14, 16, 25, 33-34) y son «elaborados» *(exeirgasménoi),* semejantes a poesías *(poiḗmasin... eoikótes)* y «moldeados y ensamblados» con esmero *(peplásthai kaì synkeîsthai,* § 12)[23].

Los dos ejes del ataque conducen a una misma conclusión: el discurso escrito no sirve como vehículo de participación política. Cuando la difusión de la escritura está cambiando los modos del pensamiento, Alcidamante parece ir en contra de los tiempos al reivindicar el tradicional modelo 'fonocéntrico' ateniense, conforme al cual las grandes decisiones que afectan a la ciudadanía y a los particulares se toman en contextos en los que se enfrentan discursos expuestos verbalmente[24]. La escritura había distorsionado este

---

[23] Cf. test. 7. La apropiación del vocabulario de la escultura es propia de la poesía celebrativa y forma parte de la reivindicación de su condición artesanal; cf. Pínd., *Ístm.* I 14-16; Simón., fr. 36, 3 Page. La contraposición entre movilidad de la poesía e inmovilidad de la escultura, que Alcidamante reelabora en §§ 27-28 para enfrentar el discurso improvisado al escrito y los restantes productos artesanales, aparece ya en Pínd, *Nem.* V 1-2 («No soy escultor y por ello no hago estatuas inmóviles») e *Ístm.* II 45-46; cf. Vallozza, «Alcuni motivi...», págs. 51-52. Sobre la asimilación de la poesía a la pintura, que Alcidamante explota en § 27, cf. Simónides en Plut., *Sobre si los atenieses fueron más ilustres en guerra o en sabiduría* 3, 346f: «Definía la pintura como una poesía silenciosa, y la poesía, como pintura parlante», y, en general, N. Galí, *Poesía silenciosa, pintura que habla,* Barcelona, 1999.

[24] Cf. Gastaldi, «La retorica del iv secolo». Sobre el impacto de la escritura en la transformación de la oratoria, cf. R. J. Connors, «Greek rhetoric and the transition from orality», *Philos. & Rhet.* 19 (1986), 38-65; C. G. Thomas, E. K. Edwards, «From orality to rhetoric: an intellectual transformation», en I. Worthington (ed.), *Persuasion. Greek rhetoric in action,* Londres-Nueva York, 1994, págs. 3-25.

panorama: por su causa cualquier individuo podía ahora encumbrarse a posiciones de poder contratando a un logógrafo, un escritor de discursos profesional que redactaba el discurso que él debía recitar. Así, la arena política se estaba viendo invadida por una hornada de políticos-actores, que declamaban un texto aprendido de memoria —escrito, incluso, por un desconocido—, del que iba a depender el porvenir de la ciudad.

A pesar de todo, la negación de la escritura no es absoluta, entre otras cosas porque, aunque trate de presentar su discurso como un divertimento *(paígnion),* no deja de ser paradójico atacar la escritura por medio de una composición escrita. Hacia el final, Alcidamante se hace eco de las objeciones que, en este sentido, un interlocutor ficticio podría hacer a su intervención (§ 29). Su réplica (§§ 30-33) revela que el discurso escrito tiene cabida dentro de la ciudad, pero únicamente en aquellas situaciones en las que los discursos no tienen que competir y no comportan la toma de decisiones. Así, no sólo son diferentes los tiempos del discurso improvisado y del escrito, sino también sus espacios: el primero es útil en todas las circunstancias, mientras que el segundo sólo sirve para el disfrute, pero carece de utilidad[25]. Aun así, la recitación de un discurso escrito tiene sus virtudes: puede tolerarse como exhibición de la destreza del orador ante un público poco preparado, como propaganda, como memoria del autor y, finalmente, como constatación del progreso en la elocuencia.

Esta distinción ha sido puesta en paralelo con un pasaje de la *Retórica* de Aristóteles (III 12, 1413b8-9) donde se distingue claramente entre el estilo escrito *(léxis graphikḗ)* y el propio de los enfrentamientos *(léxis agōnistikḗ):* «La ex-

[25] Cf. TORDESILLAS, «Lieux et temps...», pág. 222.

presión escrita es mucho más precisa *(akribestátē),* mientras que la de los enfrentamientos es mucho más próxima a la representación teatral». Es posible que el Estagirita, como Alcidamante, asociara el primer estilo al espectáculo de los discursos demostrativos o epidícticos, y el segundo, a aquellos casos en los que el ciudadano actúa como un juez que toma decisiones, ya sea sobre el futuro en las asambleas (discursos deliberativos) o sobre el pasado en los tribunales (discursos judiciales)[26]. Frente al estilo exacto de la escritura, la retórica *agonal* se construye a partir de su semejanza con las demás lides o combates: «Es preciso —decía Gorgias— utilizar la retórica del mismo modo que los demás medios de combate *(agōníāi)*»[27]. En este sentido, a la caracterización artesanal de la composición escrita contrapone Alcidamante el empleo de imágenes y palabras del deporte (cf. § 7) y la guerra para caracterizar positivamente la improvisación y negativamente la escritura. Así, el escrito es fácil de atacar *(euepíthetos,* § 3), pues no hay quien lo socorra a él *(dysepikoúrētos,* § 21), y él, a su vez, procura menos auxilio *(epikouría,* § 26) que la suerte al no poder aprovechar argumentos del adversario; eso sí, cuando lo intenta, termina por destruir y demoler *(dialýein kaì synereípein,* § 25) la estructuración que se hubiera dado al discurso. El público, nos dice Alcidamante, distingue nítidamente estos dos estilos, y desconfía del discurso excesivamente elaborado en

[26] Cf. ARIST., *ibid.* I 3, 1358a36-b8 y el cuadro que ofrece O'SULLIVAN *(Alcidamas,* pág. 48) de los géneros de elocuencia ordenados conforme a estos dos estilos; también J. A. E. BONS, «Alcidamas On the sophists and epideictic rhetoric», en A. P. ORBAN, M. G. M. VAN DER POEL (eds.), *Ad litteras. Latin studies in honour of J. H. Brouwers*, Nimega, 2001, 97-105. En concreto sobre el influjo en la *Retórica a Alejandro,* cf. BARWICK, «Die Rhetorik ad Alexandrum», págs. 219-222.

[27] PLATÓN, *Gorg.* 456c (trad. de J. CALONGE en *Diálogos,* vol. II, B.C.G. 61, Madrid, 1983).

las asambleas y los tribunales, de modo que se da la paradoja de que los mejores discursos escritos son aquellos que más se parecen a los improvisados (§ 13). Desafortunadamente para ellos, los escritores tienden por hábito a su estilo favorito y acaban mezclando los dos: produce una alternancia de partes elaboradas y corrientes que, al enturbiar el discurso, genera desconfianza y lo hace fracasar en su intento de persuadir (§§ 13-14, 24-25).

El epílogo del discurso (§ 34) sirve para recapitular los puntos esenciales de la argumentación: la técnica del discurso improvisado que Alcidamante enseña convierte a quien la aprende en un orador consumado que sabe aprovechar las circunstancias y ganarse el favor de la concurrencia, porque, dotado de una inteligencia viva, es capaz de encontrar prontamente las palabras necesarias para dar solución a las exigencias de la vida.

Alcidamante habría perseguido con el discurso un doble objetivo[28]: por un lado, demostrar al público medio que quien sabe improvisar un discurso sabe también componerlo por escrito, incluso mejor que los escritores profesionales[29]; por otro, haría ver al lector avezado en los trucos de la retórica que la verdadera espontaneidad no puede plasmarse por escrito. Así, si el método de los escritores funciona, Alcidamante ha triunfado en su ataque, pero si no funciona, tanto mayores serán, por lo mismo, su ofensiva y su victoria.

---

[28] Según la propuesta de LIEBERSOHN, «Alcidamas' *On the sophists*».

[29] Ya VAHLEN, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 507, defendió que el discurso no era la transcripción de una intervención improvisada, sino un *graptòs lógos* compuesto con todo cuidado y detenimiento.

b) *«Odiseo» o «Contra Palamedes por traición»*

La atribución de este discurso a Alcidamante es unánime en la tradición manuscrita. Fue cuestionado por primera vez por Foss[30], quien adujo dos argumentos: uno, su estilo nada tiene en común con el que critica Aristóteles al orador (test. 14)[31]; dos, depende del *Palamedes* gorgiano, que él consideraba tardío. A la misma conclusión llegó Vahlen, aunque con argumentos diferentes[32]. Poco valor probatorio daba a la evitación del hiato[33] y las demás diferencias estilísticas entre el *Odiseo* y *Sobre los sofistas,* que él atribuía a la diferencia del género oratorio[34]. La única prueba decisiva era, a su juicio, que un discurso que es, aparentemente, una acusación, flaquea en la invención y la articulación de los ar-

[30] *De Gorgia...,* págs. 84 ss. Una relación de los autores que rechazaron la autoría de Alcidamante se lee en Auer, *De Alcidamantis...,* pág. 6, nota 1, y Mariss, *Alkidamas,* págs. 18-20, a los que hay que añadir Bamhauer, «Alkidamas», col. 503. Entre ellos destaca G. A. Kennedy, *The art of persuasion in Greece,* Princeton, 1963, págs. 172-173, quien aduce que la enumeración de casos en que se puede usar la escritura en *Sof.* 29-30 afecta sólo al discurso en que se enuncia y contradice, por tanto, la existencia de otros discursos escritos del autor. Para Kennedy, el *Odiseo* es un producto de la escuela gorgiana que hay que datar, por el uso que hace de las pruebas éticas, ya entrado el siglo iv.

[31] Consideraba, además, que la versión de la historia de Auge y Télefo en §§ 14-17 estaba basada en Diod. Sic., IV 33, por lo que habría que datar el *Odiseo* en época tardohelenística. Brzoska, «Alkidamas», col. 1536, recoge las dataciones propuestas por Rosenberg (posterior al *Contra Leócrates* de Licurgo) y Schöll (siglos iii o ii).

[32] Vahlen, «Der Rhetor Alkidamas», págs. 522-525.

[33] Significativamente, G. Benseler, *De hiatu in oratoribus Atticis et historicis Graecis,* Friburgo, 1841, pág. 170, concluyó, a partir de esta opción estilística, que el discurso auténtico era el *Odiseo.*

[34] Cf. *Sof.* 13 e Isócr., XII 2. Tampoco serían convincentes las pruebas derivadas de la relación con el discurso de Gorgias o con la narración de Diodoro; cf. Jahn, *Palamedes,* págs. 15-16.

gumentos; en su lugar encontramos una invención mitológica privada de toda función probatoria y que adolece de un desorden «infantil»[35]. En una línea semejante, Blass[36] consideró el *Odiseo,* por la forma de fundamentar la acusación, un ejemplo extremo de oratoria sofística, cuyo único fin sería la exhibición de la erudición de su autor. Con todo, prevenía de la identificación entre lo inauténtico y lo tardío: frente a Foss, defendía la antigüedad del escrito, pues no veía en él indicios lingüísticos que lo situaran en época tardía[37].

La paternidad alcidamantina del *Odiseo* tiene también sus valedores desde el comienzo del debate[38], aunque no han logrado imponerse, como demuestran las últimas ediciones[39]. La defensa más decidida sigue siendo la de Auer, quien recogió los argumentos avanzados por los investigadores hasta 1913. En primer lugar, consideraba inadecuado tomar las críticas de Aristóteles al estilo de Alcidamante como criterio de autenticidad; como contrapartida, argumentaba que ninguna de las numerosas citas que hace Aristóteles

---

[35] Vahlen, «Der Rhetor Alkidamas», págs. 323-325.

[36] Blass, *Attische Beredsamkeit,* vol. II, pág. 359.

[37] *Ibid.,* vol. II, pág. 361-363. Por supuesto, tampoco le parecían probatorios los argumentos mitológicos.

[38] Que incluye a autoridades como Wilamowitz y Maas; cf. la lista de Auer, *De Alcidamantis...,* págs. 6-7, a la que hay que añadir: F. Jouan, *Euripide et les légendes des Chants cypriens,* París, 1966, pág. 342; M. Gagarin, «Probability and persuasion», pág. 67, nota 20, y Zographou-Lyra, «Γοργία *' Ὑπὲρ Παλαμήδους ἀπολογία»,* págs. 56-59.

[39] Avezzù, pág. 79, se limita a esbozar un estado de la cuestión, mientras que Muir, págs. xvii-xviii, se inclina por la autenticidad, aunque señala la fuerza de las razones en contra, lo que suele ser la práctica habitual. Muir señala, entre las coincidencias que unen ambos discursos, la presencia de metáforas musicales —aunque para el *Odiseo* sólo puede señalar el término *plēmmelés* en § 2— y de imágenes monetarias. Mariss, *Alkidamas,* pág. 20, se muestra escéptica.

de Alcidamante deriva del discurso *Sobre los sofistas*[40]. A su juicio, la singularidad estilística del *Odiseo* se explica por el género al que pertenece. Entre las pruebas positivas, Auer indicaba también la estructura misma del discurso, que encontraba en correspondencia con los avances teóricos atribuidos al rétor[41]. Apuntaba, además, el uso de determinadas conjunciones, que sólo usa Andócides; el cotejo con los discursos de este orador lo llevó a datar el *Odiseo* en los primeros años del siglo IV, antes del *Sobre los sofistas*[42].

Auer refutó igualmente la pretendida inconveniencia de la invención mitológica: ésta resulta pertinente para dar solidez a una acusación que carece de pruebas. La historia de Auge y Télefo tiene el sentido de implicar a Palamedes, a través de Nauplio, su padre, en la responsabilidad del inicio de la guerra de Troya, confirmada por el comportamiento de Palamedes ante la fechoría de Paris y en la reunión de la expedición aquea. Se crea así un contexto narrativo en el que el entendimiento previo entre Palamedes y los troyanos su-

---

[40] AUER, *De Alcidamantis...*, págs. 11-13.

[41] Según AUER, *ibid.*, pág. 22, el discurso se divide en *prooímion* (1-4), *diḗgēsis* (5-7), *písteis* (8-12, más las dos narraciones subsidiarias o *paradiēgḗseis* en 13-21 y 22-28) y *epílogos* (29), lo cual coincide con la teoría de Alcidamante formulada en el fr. 33, donde se recomienda que la narración siga a la argumentación. Con todo, la división del *Odiseo* es controvertida. AVEZZÙ, pág. 80, propone una tripartita, «según la escuela siciliana», en *prooímion* (1-5), *agṓn* (5-28), y *epílogos* (29), y una segunda, según la «terminología más reciente», en *proemium* (1-3), *propositio* (4), *narratio* I (5-7), *argumentatio* (8-11), *recapitulatio* (12), *narratio* II (12-21), *refutatio* (22-28) y *peroratio* (29). ZOGRAPHOU-LYRA, «Γοργία ῾ *Υπέρ Παλαμήδους ἀπολογία*», pág. 13, propone la siguiente división, paralela a la del *Palamedes* de Gorgias: *prooímion (Pal.* 1-4 / *Od.* 1-3), *próthesis (Pal.* 5 / *Od.* 4), *písteis* (I, *Pal.* 6-12 / *Od.* 5-7; II, *Pal.* 13-21 / *Od.* 8-11), *apostrophḕ pròs tòn katḗgoron (Pal.* 22-27 / *Od.* 22-28), *apostrophḕ pròs toùs dikastás (Pal.* 28-32 / *Od.* 22-28) y *epílogos (Pal.* 33-37 / *Od.* 29).

[42] AUER, *ibid.*, págs. 42.

gerido en § 7 se hace creíble. En cuanto a la coherencia de las historias mitológicas, Auer señala que vicios semejantes se encontran en toda la literatura oratoria de la época, sobre todo en la judicial[43].

Si, conforme a la tendencia más general de la crítica, aceptamos, al menos, la pertenencia del *Odiseo* a la producción oratoria del siglo IV, se impone examinar su relación con obras que le son especialmente afines[44]. El hecho de que el discurso de Alcidamante y el *Palamedes* de Gorgias[45] se correspondan entre sí como acusación y defensa a cargo de los protagonistas de la historia mítica concede especial interés a la relación intertextual entre ambos discursos. Auer resolvió la cuestión asignando la prelación temporal al *Odiseo* a partir de una serie de correspondencias[46], pero un cotejo

[43] Aduce *(ibid.,* pág. 32), con Wilamowitz, que al extenderse en estos mitos del territorio de Misia, el orador exaltaba su lugar de origen. Sobre Télefo y su lugar en la segunda narración del *Odiseo,* cf. *infra,* notas 133-134.

[44] Además de la *Defensa de Palamedes* de Gorgias, AVEZZÙ, pág. 79, relaciona el *Odiseo* con el *Busiris* de Isócrates, por cuanto ambos afrontan el motivo del inventor y su misión civilizadora, a lo que cabe añadir el parentesco que une a los protagonistas como descendientes de Posidón. En su contestación a Polícrates, Isócrates implica, según Avezzù, las figuras de Sócrates y Palamedes, una asociación que había llevado a AUER *(ibid.,* págs. 48-49, siguiendo a JAHN, *Palamedes,* pág. 11), a datar el discurso de Alcidamante no mucho después del 399. Sobre el talante filosófico de Palamedes y su afinidad con Sócrates en la tradición socrática, cf. J. BARRETT, «Plato's Apology: Philosophy, Rhetoric and the World of Myth», *Class. World* 45.1 (2001), 3-30.

[45] Este discurso presenta sus propios problemas de autenticidad y datación. AUER, *ibid.,* pág. 50, nota 1, ofrece un elenco de los estudiosos que lo han considerado espurio, encabezados por U. VON WILAMOWITZ, *Aristoteles und Athen,* Berlín, 1893, vol. II, pág. 236, nota 20.

[46] Cf. AUER, *ibid.,* págs. 51-53, y, en el mismo sentido, AVEZZÙ, pág. 79, quien considera espuria la *Defensa de Palamedes*. Las correspondencias se encuentran en los siguientes párrafos de una y otra obra: *Od.* 10/*Pal.* 8; *Od.* 22/*Pal.* 22 y 30; *Od.* 28/*Pal.* 18, 25 y 32. Que el discurso

detallado de ambas obras ha llevado a Zographou-Lyra, también defensora de la autenticidad del *Odiseo*, a la conclusión contraria[47]. Según esta autora, existen correspondencias significativas en la partición, la estructura, el estilo y los modos y contenidos de la argumentación, de suerte que el *Odiseo* parece una contestación a la apología gorgiana por medio de una acusación que sea indemne a la rigurosa argumentación dialéctica de aquélla[48]. Así, a los argumentos estrictamente lógicos de la primera sección del *Palamedes*, que desmontan la posibilidad del acto mismo, tanto en su modalidad objetiva de 'poder' (§§ 6-12) como en la subjetiva de 'querer' (§§ 13-21), contesta el Odiseo alcidamantino con una narración que, mediante una relación detallada de los hechos y de los antecedentes del héroe, muestra no sólo la posibilidad

de Alcidamante responde al de Gorgias era ya la opinión de H. Gomperz, *Sophistik und Rhetorik*, Leipzig-Berlín, 1913, pág. 16, nota 22b. La línea de investigación que cuestiona la autoría de Alcidamante suele coincidir también en sus reservas a la posibilidad de relacionar ambos discursos; cf. Vahlen, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 149; Blass, *Attische Beredsamkeit*, vols. I, pág. 79 y II, pág. 360; Brzoska, col. 1536.

[47] Zographou-Lyra, «Γοργία *Ὑπὲρ Παλαμήδους ἀπολογία*», págs 56-59.

[48] Algunos detalles del *Odiseo* se entienden por relación al discurso gorgiano: primero, la precisión de Odiseo en § 11 «sin mediación de mensajeros», al describir la comunicación entre Palamedes y los troyanos, anula la pretensión del *Palamedes* de que era imposible la comunicación previa «sin mensajeros» *(Palam.* 6; la relación entre ambos pasajes ya fue señalada por Auer, *De Alcidamantis...*, pág. 51, siguiendo a Zycha); segundo, la ambientación iliádica del *Odiseo* elimina el problema de la lengua de comunicación entre Palamedes y Príamo *(Palam.* 7); tercero, el catálogo de los inventos que el Palamedes gorgiano presenta en la parte «ética» de su discurso (§ 30) es una versión reducida del alcidamantino; finalmente, la descripción del varón virtuoso que cierra la refutación de los méritos de Palamedes (§ 28) tiene su paralelo en el que este mismo propone al final del discurso gorgiano (§ 32). Cf. Zographou-Lyra, *ibid.*, págs. 49-50 y 54.

del entendimiento, sino su realización por la relación que une a Palamedes con figuras señeras del bando enemigo[49].

La argumentación de Gorgias no se funda en la exposición de detalles narrativos de una historia que, como en el caso del *Encomio de Helena,* se da por supuesta, sino en una teoría y una psicología de la acción aplicadas al caso, mientras que la argumentación del *Odiseo* depende de la elaboración de los detalles de la tradición mitológica sobre Palamedes, de modo que los «hechos» pasados iluminen acusadoramente las acciones presentes[50]. Así, Zographou-Lyra da razón retórica de aquello que, precisamente, le ha valido al *Odiseo* su condena: la desaforada y ociosa invención mitológica. Su importancia como opción retórica en la pieza obliga a tener en cuenta el trasfondo de leyendas sobre el cual elabora el orador su argumento[51].

En la elaboración retórica de la narración por parte de Alcidamante distinguimos dos aspectos fundamentales, que plantean relaciones intertextuales de orden diverso. En primer lugar, en cuanto al trasfondo narrativo, el rétor presenta el caso como si fuera una escena de la *Ilíada,* lo cual significa casi reescribirla en un punto crucial, pues a los antiguos no había pasado inadvertida la total ausencia de Palamedes del poema[52]. El hecho fundamental de la narración, el descubrimiento del mensaje revelador, es situado en el curso de

---

[49] Zographou-Lyra, *ibid.,* págs. 54-55.

[50] Zographou-Lyra, *ibid.,* págs. 41-44 y 55-56.

[51] *Vid.* G. Zographou-Lyra, *Ο μύθος του Παλαμήδη στην αρχαία ελληνική γραμματεία,* Iánnina, 1987; K. Usener, «Palamedes. Bedeutung und Wandel eines Heldenbildes in der antiken Literatur», *Würzb. Beitr. zur Altertumswiss.* 20 (1994-1995), 47-78, esp. págs. 70-73, y T. Gantz, *Early Greek Mythology. A guide to literary and artistic sources,* Baltimore-Londres, 1995, págs. 576-578 y 603-606.

[52] Es conocida la excusa de esta ignorancia homérica en Estrabón, VIII 6, 2, derivada de la erudición alejandrina.

una batalla que parece tomada, con pocas diferencias, del canto XII de la *Ilíada,* tanto por los personajes presentes como por el momento de la guerra[53]. Igualmente, el conocimiento de determinados pasajes de la *Ilíada* da sentido a los de la narración, como hemos señalado puntualmente en las notas. De este modo Homero aparece, significativamente, «corregido».

En segundo lugar, llama la atención el volumen de invención mitológica de la historia con fines de prueba. La versión del *Odiseo* se destaca repetidamente de las demás en detalles muy significativos, como los concernientes a la comunicación entre Palamedes y los troyanos. Aquí el mensaje está inscrito en la flecha y no es propiamente una carta. El detalle recuerda un episodio famoso de la versión euripídea, en la que Éaco, el hermano de Palamedes, denunciaba el crimen de los griegos inscribiéndolo en un remo: en uno y otro caso, la escritura se apropia inteligentemente del uso anómalo de un objeto para una mayor eficacia[54].

La libertad de invención del *Odiseo* se localiza también en la segunda narración. En ella, la historia de Palamedes se vincula a la de un héroe también querido de la tragedia, Télefo, quien ya había mediado en el mensaje de la flecha. De nuevo, la versión alcidamantina plantea problemas a cualquier intento de conciliarla con las trágicas del mismo mito[55].

---

[53] Como señaló AUER, *De Alcidamantis...,* págs. 29-30. Los griegos se han refugiado en la muralla del campamento que, según algunas versiones, había sido también invención de Palamedes: cf. SÓFOCLES, fr. 432 RADT, perteneciente a uno de los dramas dedicados a Nauplio.

[54] Esta elaboración de un detalle a partir de un hipotexto trágico ha sido señalada por F. JOUAN, H. VAN LOOY, *Euripide. Fragments,* vol. VIII 2. París, 2000, págs. 494-495, y por MUIR, pág. XVII.

[55] ESQUILO había escrito unos *Misios* y un *Télefo,* que, probablemente, formaban trilogía con una tercera pieza. De EURÍPIDES conocemos dos dramas, *Télefo* y *Auge,* el primero de los cuales tuvo una enorme reso-

Conviene destacar el valor probatorio de los detalles inéditos en un discurso que persigue demostrar el entendimiento ancestral de Palamedes con los enemigos de los griegos.

El final del discurso es un tercer lugar de invención mitológica. Gorgias hacía seguir a la demostración de lo implausible de la traición una exhibición del carácter de Palamedes, que integraba una breve relación de sus inventos[56]. Alcidamante contesta el valor de esa relación, aquí más extensa[57], señalando, de un lado, que la mayoría —formaciones militares, música, moneda, letras— son ajenos, mientras que los que se le pueden atribuir —pesos, medidas, dados y damas, señales luminosas— son perniciosos[58]. Además, con

---

nancia filosófica. Para nuestro discurso, la pieza fundamental es *Los Aléadas*, de Sófocles *(TrGF* IV fr. 84-87 Radt), sobre la cual *vid.* J. M. Lucas de Dios, *Sófocles, Fragmentos,* Madrid, Gredos, 1987, págs. 50-52 y 299-301. Sobre la tragedia de Sófocles como fuente del *Odiseo*, cf. Gantz, *Greek Mythology,* págs. 428-429.

[56] Sobre la personalidad heurematológica de Palamedes, cf. Kleingünther, *Πρῶτος Εὑρετής,* pág. 28 y 78-84; en concreto para su relación con Prometeo y el catálogo de sus inventos en los trágicos, Gorgias y Alcidamante, también L. Romero Mariscal, «Sófocles y el mito de Palamedes. Pensamiento y tragedia en el siglo v a. C.», en A. Pérez Jiménez, C. Alcalde, R. Caballero (eds.), *Sófocles el hombre, Sófocles el poeta,* Málaga, 2004, págs. 145-156.

[57] Se añaden la invención de la música, los dados y la moneda. Como indica Zographou-Lyra, «Γοργία ' *Ὑπὲρ Παλαμήδους ἀπολογία*», pág. 54, resulta más difícil suponer que sea Gorgias quien restringe el número de inventos. El incremento es complementario de la demostración inmediata del «robo» de los inventos, aunque cabe interpretar, como sugería Kleingünther, *ibid.*, págs. 80, nota 27, y 118, nota 39, que Odiseo refuta un discurso diferente, tal vez con una lista aumentada de inventos. Cf. Avezzù, pág. 81, con una presentación tabular de las invenciones atribuibles a los trágicos, que permite un cotejo con las de los oradores.

[58] De nuevo, la invención mitológica se muestra no sólo en el número de los hallazgos de Palamedes, sino también en sus atribuciones. Así, que

viene considerar el modo en que son enjuiciadas todas estas invenciones, dado que su valoración nos acerca a un pasaje del *Fedro* platónico repetidamente relacionado con Alcidamante (test. *20): al autor de un hallazgo no le corresponde juzgar acerca de su utilidad[59]. Además, si bien Odiseo no señala la posibilidad del buen y mal uso de una misma invención, sí que la implica en el caso concreto de la escritura; aunque no se cuenta explícitamente entre las artes perjudiciales de Palamedes, sí que evidencia un abuso por su parte[60]. Así pues, Alcidamante convierte el motivo trágico del inventor que sufre por efecto de sus propios inventos en la figura complementaria de aquel que aprovecha para su propio beneficio un invento ajeno, de modo que Odiseo hace de su rival Palamedes una semblanza muy cercana a la que la tradición nos ha legado de él mismo[61].

---

los fenicios inventen la moneda es una novedad absoluta; sólo FILÓSTR., *Heroico* 10, incluye la moneda entre los inventos de Palamedes, pero no hay paralelos en los fragmentos de los trágicos. Cf. L. KURKE, *Coins, bodies, games and gold. The politics of meaning in Archaic Greece,* Princeton, 1999, págs. 251-253. Algo semejante podemos decir de la atribución inédita de los números a Museo (cf. notas 176-177 al pasaje).

[59] Sobre la evaluación de las artes en Platón, cf. G. CAMBIANO, *Platone e le tecniche,* Roma-Bari, 1991, págs. 74-76.

[60] Cf. las breves observaciones de AVEZZÙ, pág. 80, quien señala que Alcidamante, al negar por boca de Odiseo la idea en boga del progreso de las técnicas (cf. ISÓCR., IV 2), se alinea con el esquema psicológico básico del discurso *Sobre los sofistas.*

[61] Ésta es la diferencia entre las sabidurías de Palamedes y Odiseo, a quien los antiguos no asignaron invención alguna; cf. KLEINGÜNTHER, *Πρῶτος Εὑρετής,* pág. 118; M. GUARDINI, «Le forma della sapienza in Odisseo e Palamede», en L. DE FINIS, V. CITTI, L. BELLONI (eds.), *Odisseo dal Mediterraneo all'Europa,* Trento, 2001, págs. 57-67.

c) *Obras fragmentarias*

1. *Museo* (frs. 4-6, 13-33, *35-*36, *38-*39)

El *Museo (Mouseîon)* es una obra problemática desde el propio título. La referencia etimológica a las Musas tiene su principal antecedente en Heráclito, cuya obra, conocida como *Sobre la naturaleza,* recibió también el nombre de *Musas*[62]. Un título igualmente cercano lo transmite la *Suda* (test. 1), según la cual el padre del propio Alcidamante —si no él mismo— habría escrito libros que reciben la descripción o el título de *mousiká,* término que un editor propuso corregir, precisamente, en *Mouseîon*[63]. De mayor importancia es el hecho de que el término fuera utilizado por el propio rétor y que su uso llamara la atención de Aristóteles por su peculiaridad estilística (fr. 26).

Más dificultades plantea dar una traducción del término *mouseîon* que no induzca a error. En su significado primero, designa un lugar sagrado dedicado a las Musas, pero pronto encuentra en él su sitio aquello que simboliza la competencia que ellas otorgan: el canto, los discursos *(lógoi)* y los libros[64], de forma que, como título, *mouseîon* desplaza su sen-

---

[62] Dióg. Laerc., IX 12 = Heráclito, test. 1 D.-K. Sobre la obra del sofista Polo titulada *Museo de discursos,* cf. *infra,* nota 64.

[63] Trasilo (siglo i), al agrupar en tetralogías las obras de Demócrito, llamó *Mousiká* a los escritos de tema filológico (test. 33 D.-K.).

[64] El final del *Fedro* (278b) es importante para el sentido del término. Sócrates piensa que ya se han recreado suficientemente con los discursos: Fedro debe referir a Lisias que ambos han bajado a la fuente y santuario *(mouseîon)* de las ninfas y han escuchado discursos *(lógoi)* que les permiten dar instrucciones a cuantos se dedican a ellos; cf. Milne, *A study...,* págs. 60-61. Antes *(Fedro* 267b = XIV fr. 16 Radermacher), Sócrates ha dicho: «¿Y qué decir de los *Museos de palabras (mouseîa lógōn)* de Polo, como las redundancias, las sentencias, las iconologías...?» (trad. de E. Lledó Íñigo). Radermacher, *Artium scriptores,* pág. 114, interpreta-

tido al espacio de la escritura. En esta línea, West, tras la estela de Sauppe, ha defendido que Alcidamante se sirve del término —como más tarde Apolodoro o Diodoro de Sicilia de *bibliothḗkē*— para designar un libro en el que se conservan otros libros[65]; sería, pues, una obra de erudición especialmente ambiciosa, que adelantaría las colecciones alejandrinas. No es de extrañar que muchas obras de Alcidamante hayan sido concebidas, tarde o temprano, como secciones del *Museo:* ha pasado con el *Físico,* con el *Encomio de la muerte* y el *Encomio de Nais;* también con el discurso *Sobre los sofistas,* donde Alcidamante propugna una buena erudición *(historía)*[66] y grandes dotes de improvisación, que son las mismas cualidades que adornan al Homero del *Certamen*[67], heredero del que aparecía en el *Museo.* Para muchos, este compendio lo habría diseñado el rétor con vistas a su actividad docente[68].

---

ba *mouseîa* como las piezas oratorias de Polo, por referencia a Aristóf., *Ranas* 93 (que, según Milne, *ibid.,* pág. 62, es una parodia de Eur., *Hel.* 174, 1107 y fr. 89 N²). Los escolios al *Fedro* refieren el término a las figuras gorgianas del *párison* y la *diplasiología.*

[65] Cf. West, «The Contest», pág. 438, nota 4; Calímaco, fr. 339 Pfeiffer.

[66] Cf. Alcid. *Sof.* 1, fr. 6 y, en general sobre el sentido de *historía,* Mariss, *Alkidamas,* págs. 83-84. Pfeiffer, *Historia...,* vol. I, pág. 106, destaca la naturaleza erudita del *Museo,* que lo vincula a la corriente sofística de Hipias.

[67] Milne, *A study...,* págs. 61-62, propuso que el discurso *Sobre los sofistas* pudo constituir la introducción al *Museo,* siendo el certamen la parte central. La obra se cerraría con los *politikoì lógoi* del rétor, donde, al modo de Isócrates, expondría el núcleo de sus ideas retóricas —incluyendo la comparación entre *idéai* y letras, que Milne atribuía a Alcidamante—. Cf. Richardson, «The Contest», págs. 9-10.

[68] De ahí las traducciones que vierten el título con terminología escolar, comenzando por la «Escuela de la oratoria», de Nietzsche, «Das Florentinischer Traktat», págs. 298-299; no en vano, el uso de 'escuela'

En cuanto al contenido de la obra, poco podemos adscribirle con seguridad. Estobeo le asignó dos hexámetros, que encierran una de las expresiones más cumplidas del pesimismo griego (fr. 4)[69]. El hecho de que estos versos aparezcan en el opúsculo de época antonina conocido como el *Certamen de Homero y Hesíodo*[70] y de que en él se cite el *Museo* de Alcidamente como fuente de una versión de la muerte de Hesíodo (fr. 5), condujo a Nietzsche a considerar que el *Certamen* original fue obra de nuestro orador[71]; dado que en esta obrita anónima se exalta la capacidad de improvisación de Homero, las coincidencias y citas que acabamos de señalar hacen muy plausible la atribución[72]. Pese a en-

no es infrecuente en castellano para los libros didácticos del siglo XVII. Otras interpretaciones, en BRZOSKA, «Alkidamas», col 1538 y AVEZZÙ, pág. 86.

[69] Los versos, junto con un famoso fragmento del *Cresfontes* de Eurípides (fr. 449 N²; cf. CIC., *Tuscul.* I 48, 115 y PLUT., *Escrito de Consolación a Apolonio* 109BD) forman el núcleo de las antologías sobre el 'encomio de la muerte'. Los citan SEXT. EMP., *Esbozos pirrónicos* III 230-231; CLEM. AL., *Strom.* III, III 15, 1; ESTOBEO, IV 52, 42 (éstos últimos, con EUR., fr. 908 N²). Cf. NIETZSCHE, *ibid.*, págs. 299-296 y, sobre la relación de estos versos con el *Encomio de la muerte* atribuido a Alcidamante, *infra*, pág. 43.

[70] El título completo de la obra en el manuscrito es *Sobre Homero y Hesíodo, su origen y el certamen entre ellos;* lo citaremos por la edición de ALLEN. *Vid.* HELDMANN, *Die Niederlage...*, págs. 1-37, que incluye un análisis de la relación con el *Museo* de Alcidamante, que ha sido resumida por AVEZZÙ, págs. 84-87.

[71] Cf. «Die Florentinische Traktat», págs. 283-288. Nietzsche hizo también una edición del *Certamen*, publicada en las *Acta Societatis Philologicae Lipsiensis* en 1871. Sobre el interés de Nietzsche por este opúsculo, *vid.* E. VOGT, «Nietzsche und der Wettkampf Homers», *Ant. und Abendl.* 11 (1962), 103-113.

[72] Cf. *infra*, págs. 45 ss.; PFEIFFER, *Historia...*, vol. I, págs. 104-105. Sobre la improvisación, cf. O'SULLIVAN, *Alcidamas*, págs. 63-78.

contrar pronto detractores[73], la propuesta ha recibido el respaldo de una serie de hallazgos papiráceos, que han mostrado, primero, que el *Certamen,* al menos en una versión muy cercana a la que conservamos, circulaba ya en la época helenística temprana[74], y, segundo, que una obra de Alcidamante dedicada a Homero contenía materiales que hoy leemos en el *Certamen* (fr. 6). La hipótesis de Nietzsche goza, pues, si no de reconocimiento unánime, sí al menos de aceptación general[75].

Posteriormente ha sido retomada por West[76], quien piensa que debe atribuirse a Alcidamante no sólo el escrito original, sino también la invención de la historia del certamen entre Homero y Hesíodo, encuadrada en el marco narrativo de los oráculos y la muerte de ambos poetas[77]. En esta propuesta hay dos cuestiones fundamentales, la primera de las cuales concierne a la historia literaria y a los antecedentes arcaicos y clásicos del *Certamen*[78]. Quienes consideran po-

---

[73] E. Meyer, «Homerische *Parerga,* 4: Der Wettkampf Homers und Hesiods», *Hermes* 27 (1892), 377-380 y, como era de esperar, U. von Wilamowitz, *Die Ilias und Homer,* Berlín, 1920², pág. 401, quien atribuía la historia del certamen a un libro tradicional *(Volksbuch)* en prosa y verso que habría que situar en el siglo vi a. C.

[74] El *Pap. Flinders Petrie* 25 (ahora *Pap. Lit. Lond.* 191, recogido en pág. 225 Allen), del siglo iii a. C., presenta un fragmento que coincide, con escasas variantes, con *Cert.,* págs. 228, 73-229, 101 Allen.

[75] Excesiva, según Koniaris, «The Michigan papyrus 2754», pág. 107.

[76] También Gallavotti, «Genesi e tradizione», pág. 32, considera que lo esencial del *Certamen* deriva de Alcidamante.

[77] *Vid.* el análisis de estas muertes de C. Miralles, J. Pòrtulas, «L'image du poète en Grèce archaïque», en N. Loraux-C. Miralles (eds.), *Figures de l'intellectuel en Grèce ancienne,* París, 1998, págs. 15-63.

[78] Cf. Vogt, «Die Schrift vom Wettkampf», págs. 218-219; Richardson, «The Contest», págs. 1-3, y Ford, *The origins...,* págs. 275-277. El punto de partida parecen ser los propios versos de Hesíodo, tanto *Traba-*

co creíble que Alcidamante inventara la historia señalan el carácter tradicional del motivo de la competición entre sabios o poetas[79]. Además, Aristófanes, en un contexto también de rivalidad poética (*Paz* 1282-1283), emplea unos versos que en el *Certamen* aparecen con variantes como respuesta de Homero a la tercera cuestión que le plantea Hesíodo (pág. 229, 107-108 Allen) y que dan entrada a la serie de versos ambiguos con los que el poeta de Ascra pone a prueba la maestría de Homero. Avezzù señala que los versos sirven ya en la comedia aristofánica para una contraposición entre guerra y paz básica en el *Certamen,* de modo que te-

---

*jos* 654-662, donde menciona su travesía a Calcis, donde triunfó en el concurso que motiva su viaje, como su programa poético en *Teog.* 1-35.

[79] Aducen la de Calcante contra Mopso de la *Melampodia* (HES., fr. 278 M.-W.) y la famosa justa poética entre Eurípides y Esquilo en las *Ranas* de Aristófanes, así como las competiciones simposíacas; cf. W. J. FROLEKYS, *Der* Ἀγὼν λόγων *in der antiken Literatur,* Bonn, 1973. A diferencia de todos ellos, en el certamen de Homero y Hesíodo sólo el primero es puesto a prueba, como ya observó J. T. KAKRIDIS, «Zum Ἀγὼν Ὁμήρου καί Ἡσιόδου», en P. HÄNDEL, W. MEID (eds.), *Festchrift für R. Muth,* Innsbruck, 1983, págs. 189-192. A su juicio, Alcidamante habría unido en su escrito dos tradiciones relativas a Homero: la que lo pone en rivalidad con Hesíodo como un igual y la que, como a Esopo, lo pone en el trance de ganarse el favor de un poderoso con su ingenio. HELDMANN, *Die Niederlage...,* esp. págs. 84-90, ha reconstruido un *Urcertamen* a partir de DIÓN CRIS., II 9-12 y PLUT., *Banquete de los siete sabios* 10, 153F, que habría sido reelaborado, primero, en un sentido antihesiódico y, posteriormente, prohesiódico mediante el añadido del veredicto «pacifista» de Panedes (págs. 45-53). Por su parte, H. ERBSE, «Homer und Hesiod in Chalkis», *Rhein. Mus.* 139 (1996), 308-315, acepta la hipótesis de West sobre la autoría de Alcidamante y defiende que el certamen originario habría estado constituido por el enfrentamiento final de los dos tipos de poesía; los episodios primeros se justificarían como prueba de que es el poeta más joven, Homero —cuya única obra es, por el momento, el *Margites*—, quien ha de demostrar su calidad ante el mayor.

nemos que contar con un texto semejante que fue parodiado por el comediógrafo[80]; ello hace plausible una versión del *Certamen* conocida del público ateniense ya en el siglo v a. C. West, por su parte, admite que Alcidamante hizo uso de material ya existente para las situaciones típicas del concurso[81], pero defiende que no hay testimonio fiable del *Certamen* anterior a Alcidamante[82].

La segunda cuestión tiene que ver con la estructura del *Certamen* original y el modo en que ésta es reelaborada en el texto de época antonina que conocemos. West hace una

---

[80] AVEZZÙ, pág. 84. Según WEST, «The Contest», pág. 443, la victoria de Hesíodo como poeta de la paz podría relacionarse con la posición que Alcidamante adoptó ante el problema de Mesenia (cf. frs. 2-3); cita como posible contestación a Alcidamante la anécdota que conocemos por PLUT., *Apophth. Lac.* 223a: «Cleómenes, el de Anaxándrides, decía que Homero era el poeta de los lacedemonios y Hesíodo el de los hilotas, pues el uno instruye en cómo hay que guerrear y el otro, en cómo hay que labrar».

[81] Aunque, según WEST, *ibid.*, pág. 445, no siempre supo adaptarlos adecuadamente al concurso entre los poetas; cf. HELLMANN, *Die Niederlage...*, pág. 82, así como las reservas de V. DI BENEDETTO, «Aristophanes, *Pax* 1228-9 e il *Certamen* tra Omero e Esiodo», *Real. Accad. Lincei,* Class. sc. mor., s. VIII 24 (1969), 161-165.

[82] WEST, *ibid.*, págs. 438-440, cuestiona también el valor de la noticia de PLUT., *Banquete de los siete sabios* 153F, donde se menciona el enfrentamiento de los sabios más ilustres en Calcis con ocasión de los funerales de Anfidamante. Esta vez la dificultad del dictamen es resuelta por Lesques, quien propone a Hesíodo la misma cuestión —aunque con diferentes versos— que en el *Certamen* él había planteado a Homero. La respuesta es en ambos casos idéntica. West considera que el nombre de Lesques se habría insertado en el texto a partir de una nota marginal, desplazando el de Homero. Por otro lado, están los conocidos versos que Filócoro (IV-III a. C.) atribuyó a Hesíodo (fr. 22 JACOBY = HES., fr. 357 M.-W.). Éste habla de un certamen en Delos en el que habría competido con Homero, quien fue derrotado. Según West, tal poema es probablemente posterior a Alcidamante, quien, en todo caso, no lo conoció, tal vez como resultado de una circulación escasa. Cf. HELLMANN, *Die Niederlage...*, págs. 14-20.

relación de los pasajes del *Certamen* que pueden remontarse al ancestro de Alcidamante, en la que se distinguen los bloques que han servido de base a la edición de Avezzù[83]:

| Certamen | West | Avezzù | Nosotros |
|---|---|---|---|
| *229*, 54-*234*, 214 | Sincronía de Homero y Hesíodo | fr. 5 | — |
| | Oráculo de la muerte de Homero | | — |
| | Certamen | | fr. 4[84] |
| *234*, 215-240 | Oráculo y muerte de Hesíodo | fr. 6 | fr. 5 |
| *235*, 247-254 | Epitafio de Hesíodo | | fr. *35 |
| *235*, 260-*236*, 274 | Historia de Homero y los hijos de Midas | *ad* fr. 6 | fr. *36 |
| *238*, 327-338 | Muerte y epitafio de Homero | fr. 7 | fr. 6 |

Poco es, por tanto, lo que podemos atribuir con cierta seguridad al *Museo:* sabemos que en él se citaban unos versos ya difundidos en la cultura literaria de finales del siglo v a. C. y que se trataba la muerte de Hesíodo[85] y de Homero, sin que podamos precisar con qué extensión y detalle[86]. Sin embargo, la atribución rara vez se ha restringido a estos mínimos. El empleo del término *mouseîon* en una expresión criticada estilísticamente por Aristóteles («el santuario natu-

[83] Excepción hecha de la sección correspondiente al epitafio de Midas (fr. *36), que él glosa en su fr. 6. En el cuadro citamos las páginas (en cursiva) y las líneas del *Certamen* conforme a la edición de Allen.

[84] Sólo pág. 228, 78-79 Allen.

[85] Vahlen, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 502, reconoció aquí un caso del tópico de la protección divina, conocido sobre todo por Horacio.

[86] Muir asigna al *Museo* sólo los dos versos que transmite Estobeo (fr. 4), y recoge el texto del papiro de Michigan en una entrada *Sobre Homero.*

ral de las Musas», fr. 26) sugiere su adscripción a la obra. Además, la presencia de materia homérica en los fragmentos 19, 26, 29 y 33 se ha considerado un indicio plausible de pertenencia al *Museo*[87]. Asimismo, la consideración de la poesía como sabiduría y el reconocimiento que ésta merece han permitido considerar la asignación a la obra de los fragmentos 13 y 14, que aparecen seguidos en la misma sección del libro II de la *Retórica* aristotélica y comparten la misma temática: el primero refiere la veneración universal de los sabios, y el segundo, el beneficio que aportan los legisladores cuando unen a las tareas políticas el amor por la filosofía[88].

Finalmente, debemos a Solmsen una atractiva hipótesis sobre la adscripción al *Museo* del conjunto de los pasajes alcidamantinos citados por Aristóteles en el libro III de la *Retórica* (15-33), exponentes de cuatro tipos de defectos que producen un estilo frío[89]. A partir del cotejo de esta cadena de citas con otras dos de la *Retórica* que contienen pasajes de Isócrates[90], deduce que, como en estas últimas, Aristóteles ha debido de respetar el orden relativo que los pasajes citados observaban en la fuente original. Basándose, en primer lugar, en la repetición de un mismo pasaje (fr. 19) para ejemplificar dos defectos diferentes de Alcidamante —el

---

[87] Cf. Richardson, «The Contest», pág. 6.

[88] Vahlen, «Der Rhetor Alkidamas», págs. 503-504, propuso asignar los fragmentos a un *Museo de la sabiduría,* que habría formado parte del gran *Museo;* Blass, *Attische Beredsamkeit,* vol. II, pág. 351, secundó la propuesta y sugirió, además, asignar a la misma obra el fr. *39, con ejemplos anónimos del *tópos* de 'el más y el menos', citados poco antes de los frs. 13-14. En la misma línea, Muir, pág. 87, ha sugerido que ambos fragmentos pueden proceder, en concreto, del proemio del *Museo.*

[89] «Drei Rekonstruktionen», págs. 133-144. Avezzù, pág. xxviii, se ha pronunciado tajantemente en contra.

[90] Cf. Arist., *Ret.* III 9, 1409b33 ss. y III 10, 1411b11.

mal empleo de las palabras peregrinas y de las metáforas— y, segundo, en la presencia de motivos odiseicos en los pasajes aducidos para criticar el abuso de los epítetos y las metáforas (cf. frs. 27-29 y 33), concluyó que los pasajes de los cuatro grupos derivan de una misma obra, el *Museo,* y concretamente de su proemio, ya que todos parecen hablar de la naturaleza y los efectos de la poesía, tanto épica como dramática. De ser así, todos los pasajes alcidamantinos que el Estagirita cita en los libros II (13-14) y III (15-33) de la *Retórica* podrían derivar perfectamente del proemio del *Museo.*

En resumen, el *Museo,* partiendo de tres fragmentos bastantes seguros, ha ido adquiriendo dimensiones monumentales en tamaño y también en importancia, pues varias de las ideas literarias implicadas en los breves fragmentos —la mímesis poética, el efecto psicológico de la poesía, la economía poética— son originales o, al menos, de extraordinaria importancia en la tradición literaria antigua. Alcidamante aparece, en fin, como el referente polémico del famoso veredicto contra los poetas que Platón falla en el últmo libro de la *República*[91].

2. *Físico* (frs. 1, *37)

A juzgar por el único fragmento seguro que se conserva, la obra trataba de las vidas de los filósofos llamados «Físicos», aquellos dedicados al estudio de la naturaleza. Como

[91] Sobre la originalidad de la idea de mímesis y su lugar en la polémica platónica, cf. Richardson, «The Contest», págs. 7-9, así como su intervención en el debate que siguió a la conferencia de G. Arrighetti, «Riflessione sulla letteratura e biografi presso i Greci», en F. Montanari (ed.), *La philologie grecque à l'époque hellénistique et romaine* (Entretiens sur l'Antiquité Classique, 40), Vandœuvres-Ginebra, 1994, págs. 211-262, esp. págs. 256-257, donde sugiere que Aristóteles reelaboró en su diálogo *Sobre los poetas* material de Alcidamante.

ya hemos avanzado, es posible que el título no corresponda a una obra completa, sino a una sección de una obra mayor; Avezzù[92], siguiendo a Sauppe, la concibió como una sección del *Museo* a partir del fragmento 26, donde se integra la mención del museo con la reflexión sobre la naturaleza. El mismo editor, siguiendo una indicación de Diels[93], asignó a la obra una anécdota protagonizada por Zenón y Protágoras que transmite Simplicio (fr. *37 = 9 Avezzù) y, además, los frs. 13 y 14, donde Alcidamante alaba sucesivamente a los poetas, a los filósofos contemplativos y a los activos. No aduce, sin embargo, razón alguna que justifique su proceder, por lo que hemos optado por incluir el primero entre los fragmentos dudosos y los dos restantes, entre los citados por Aristóteles sin asignación específica de obra. Si el fr. *37 procede realmente de esta obra, es razonable pensar que ésta incluía tanto partes narradas como dialógicas.

3. *Mesenio* (frs. 2-3)

La base para la reconstrucción de este discurso son las informaciones que procura el comentarista anónimo de la *Retórica*[94]. Se trata de una declamación *(melétē),* no exenta de intencionalidad política: en ella el orador se dirige a los espartanos instándoles a acordar la paz con los mesenios, que se habían rebelado contra ellos, sus ancestrales dominadores, tras la victoria tebana en Leuctra (371 a. C.) y la consiguiente expedición de Epaminondas contra Lacedemonia. Suele aceptarse que el discurso fue compuesto como contestación al *Arquidamo* de Isócrates, quien a través de la figura

[92] Cf. Avezzù, págs. xxix y 90, y *supra,* pág. 31 para el *Museo.*

[93] Diels, «Gorgias und Empedokles», págs. 334, nota 1, y 357-358; cf. *VS,* vol. I, pág. 254 D.-K., y Avezzù, págs. 52 y 54.

[94] Cf. frs. 2-3, con las notas correspondientes.

de este rey espartano había defendido los derechos históricos de Esparta sobre Mesenia[95].

En cuanto a la datación del discurso, depende también de Isócrates y, en concreto, de la concepción que tengamos de él: si lo vemos como un analista político especialmente perspicaz, hubo de componer el *Arquidamo* durante la crisis de Esparta posterior a la expedición de Epaminondas, hacia 366 a. C., en cuyo caso el *Mesenio* de Alcidamante sería, aproximadamente, de 366-365 a. C.[96]. Ahora bien, si Isócrates, como su contemporáneo Platón, reelaboraba en sus discursos situaciones de un pasado reciente[97], el *Arquidamo* isocrateo pudo haber sido redactado años más tarde, seguramente después de 355 a. C., como propuso Harding[98], en cuyo caso también el *Mesenio* sería posterior a ese año.

[95] Cf. SPENGEL, *Συναγωγὴ τεχνῶν*, pág. 7; VAHLEN, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 506. Según AVEZZÙ, págs. 82-83, es verosímil que Alcidamante rebatiera, punto por punto, los argumentos del discurso de su rival, centrándose en los siguientes aspectos: primero, la incorporación de los episodios y las figuras señeras de la primera guerra mesenia, para favorecer la propaganda del general tebano Epaminondas y de los «nuevos» mesenios; segundo, la apelación a la igualdad natural de los hombres, en polémica con el mito de los Heraclidas, en el que Arquidamo basaba los derechos históricos de Esparta al control de Mesenia.

[96] Es la datación que aceptan *e. g.* BRZOSKA, «Alkidamas», col. 1536, y AVEZZÙ, pág. 82.

[97] VAHLEN («Der Rhetor Akidamas», pág. 506) consideró el *Mesenio* de Alcidamante no una demegoría, sino un discurso de destinación escolar. Según MUIR, pág. XVIII, no puede saberse a ciencia cierta si el orador fue invitado a pronunciar un discurso en celebración de la victoria de Leuctra o si se trataba, sencillamente, de un *paígnion* o divertimento.

[98] P. HARDING, «The purpose of Isokrates' *Archidamos* and *On the peace*», *Calif. Stud. Class. Ant.* 6 (1973), 137-149. Su propuesta de datación se basa en que este discurso y *Sobre la paz*, compuesto por Isócrates después de 355 a. C., defienden principios contrarios y parecen concebidos como discursos antilógicos. Sólo cuando el rétor capta el contraste

4. *Sobre la música* (fr. *34)

El *Papiro Hibeh* I 13 (2438 Pack$^2$) es uno de los documentos más antiguos sobre la estética musical antigua[99]. Hay acuerdo en conceder a la obra una datación alta, probablemente comienzos del IV[100], y ello por dos razones. Una es el análisis literario, que revela abundantes estilemas en común con la prosa oratoria de la época, en especial con la isocratea[101]. Otra es el empleo de las expresiones musicales en un sentido terminológicamente vago, ajeno a una construcción teórico-científica y afín, más bien, a una labor de crítica musical, lo cual invita a datar el escrito en época anterior a Aristóxeno[102].

---

entre la coyuntura contemporánea de Atenas y la de Esparta en la década anterior puede proceder a redactar ambos discursos.

[99] Este papiro, del siglo III a. C., fue publicado por primera vez por B. P. GRENFELL, A. S. HUNT, *The Hibeh Papyri* I, Londres, 1906, nº 13, págs. 45-48, y, después, por H. ABERT, «Ein neuer musikalischer Papyrusfund», *Zeitschr. Intern. Musikges.* 7 (1960), 79-83; C. E. RUELLE, «Le papyrus musical de Hibeh», *Rev. Philol.* 31 (1907), 235-240. Nosotros seguiremos la edición de W. CRÖNERT, «Die Hibehrede», como UNTERSTEINER, *Sofisti,* vol. III, págs. 208-211, y BRANCACCI, «Alcidamante e PHibeh 13», teniendo siempre presentes las propuestas de WEST, «Analecta Musica».

[100] Cf. BRANCACCI, *ibid.,* págs. 64-65. M. C. DI GIORGI, «Papiri d'argomento musicale. Status e prospettiva di ricerca», *Pap. Luppiensia* 4 (1994), pág. 252, y «Sull discorso intorno alla musica del PHibeh I 13», en *Proceedings of the 20$^{th}$ Congress of Papyrology,* Copenhague, 1994, págs. 295-298, lo data entre finales del siglo IV y principios del III a. C. También A. BARKER, *Greek Musical Writings,* vol. I, Cambridge, 1984, pág. 183, considera la posibilidad de una datación posterior a Aristóxeno.

[101] El autor no evita el hiato, lo que excluye la autoría de Isócrates.

[102] En la misma dirección apunta la referencia al género enarmónico como característico de la tragedia; cf. ARISTÓX., *Armónicas* I 23; W. D. ANDERSON, *Ethos and education in Greek music: the evidence of poetry and philosophy,* Cambridge (Mass.), 1966, pág. 149.

El texto revela la existencia de una fuerte polémica en medios retóricos contra la cultura musical, en competencia con las pretensiones educativas de la retórica[103]. Fue atribuido a Hipias de Élide, a Demócrito y a Dracón, discípulo de Damón y maestro de Platón[104]. Sin embargo, Brancacci ha argumentado con detalle a favor de la atribución a Alcidamante, cuya cronología cuadra muy bien con la que se ha propuesto para el texto papiráceo[105]. Las pruebas aducidas son de orden textual, pero las más importantes conciernen a las ideas polémicas por las que es sobre todo conocido el rétor de Elea, así como al estilo argumentativo de ambos escritos[106]. West, en su reciente edición y estudio del papiro, considera la atribución convincente[107].

d) *Obras perdidas*

Conservamos los títulos de otras tres obras, todas ellas de carácter encomiástico. Según Ateneo (test. 9), compuso un *Encomio de Nais (Enkṓmion Naḯdos),* una declamación

[103] Cf. Brancacci, «Alcidamante e PHibeh 13», págs. 66-68.

[104] Cf., respectivamente, Ruelle, «Le papyrus musical de Hibeh» *(cit. supra,* nota 99), págs. 356-357 (Hipias); Brancacci, «Alcidamante e PHibeh 13», págs. 74-76 (Demócrito), y Crönert, «Die Hibehrede», pág. 519 (Dracón, aunque también apunta la posibilidad de Alcidamante).

[105] Brancacci, *ibid.,* págs. 78-82.

[106] Así, el exordio del papiro es semejante a *Odiseo* 1, y coincide con *Sof.* 1 en el papel central de la idea de *eikêi légein* y en el uso polémico de la capacidad de improvisar para definir la competencia; también, en la referencia a la capacidad profesional como criterio de calidad en el ejercicio de un arte determinado, frente al diletantismo de los nuevos especialistas en una «parte» del arte. La argumentación procede aquí no por medios teóricos, sino por la enumeración de ejemplos tomados de la *historia,* lo que conduce de nuevo a Alcidamante.

[107] West, «Analecta Musica», pág. 16.

en honor de una famosa cortesana del siglo IV[108]. Por su parte, Menandro el Rétor (test. 10) procura el nombre de dos encomios paradójicos[109]. Uno es el *Encomio de la muerte (tò toû Thanátou enkṓmion),* concebido por Sauppe[110] como una sección de una obra más amplia —seguramente el *Museo*—, donde se acumulaban pasajes consolatorios sobre el poder liberador de la muerte[111]. Ya en el siglo XII la obra debió de haberse perdido, porque Tzetzes, que conoce otras obras de Alcidamante, confiesa no haber leído escrito alguno suyo sobre el tema (test. 12). Aunque el juicio de Cicerón sobre la obra (test. 11) demuestra que la ha leído y conoce sus contenidos[112], Avezzù ha sostenido la posibilidad de que el encomio no haya existido nunca[113]. Según él, Cicerón habría manejado una lista de citas sobre la muerte en la que se atribuiría ya a Alcidamante el pasaje del *Certamen* que le asigna también Estobeo en la sección dedicada al «Encomio de la muerte» (fr. 4), lo cual permitiría explicar la familiaridad con que el orador habla de una obra inexistente; Menandro el Rétor habría usado la misma fuente que Ci-

---

[108] La pertenencia de este encomio al *génos epideiktikón* fue propuesta por BRZOSKA, «Alkidamas», col. 1536. EUCKEN, *Isokrates,* pág. 121, nota 1, sugiere cautamente que pudo haber sido compuesto para rivalizar con el *Encomio de Helena* isocrateo, y VAHLEN, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 504, que pudo ser parte del *Museo.*

[109] Son aquéllos en los que se ensalza algo que no merece habitualmente consideración alguna. Cf. PLATÓN, *Fedro* 177b y, sobre Polícrates, autor de un encomio de la sal, *infra,* test. 5. Isócrates se muestra en su *Encomio de Helena* (§ 8 ss.) un decidido adversario de la práctica de este tipo de encomios.

[110] Citado por VAHLEN, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 501.

[111] Cf. R. KASSEL, *Untersuchungen zur griechischen und römischen Konsolationsliteratur,* Múnich, 1958, pág. 11, nota 3.

[112] Cf. O'SULLIVAN, *Alcidamas,* pág. 81, nota 114; MUIR, pág. XVIII.

[113] Págs. 68-69.

cerón, igual que, siglos más tarde, Tzetzes (test. 12), quien reconoce no haberlo leído.

En segundo lugar, Menandro el Rétor (test. 10) informa de la existencia de un *Encomio de la pobreza* o *Encomio de Proteo, el perro (tò tês Penías, ḕ toû Prōtéōs toû kynós),* del que nada sabemos. Cornford[114] conectó el segundo título con un pasaje de la *Retórica* aristotélica, donde el Estagirita, para ejemplificar los entimemas derivados de equívocos, se plantea el supuesto de lo que podría argumentar quien quisiera ensalzar al perro *(kýna enkōmiázōn,* fr. *37). Como Cornford, Avezzù[115] admite la duplicidad del título, y sostiene que el contenido de la obra tiene que ver con que Alcidamante sea presentado por Luciano siglos más tarde como un filósofo cínico (test. *22). Sin embargo, la mayoría de los estudiosos consideran problemático el segundo título y eliminan el último «o», leyendo «*De la pobreza* de Proteo, el perro», por entender que el *Encomio de la pobreza* es obra del cínico del siglo II llamado Peregrino Proteo[116].

Finalmente, Plutarco toma de Hermipo (s. III a. C.) la noticia de que Demóstenes tuvo en sus manos los «tratados de retórica *(téchnai)*» de nuestro rétor (test. 13). Actualmente, la crítica tiende mayoritariamente a pensar que Alcidamante, como Isócrates, jamás escribió un tratado metódico de retórica al estilo del aristotélico, sino que las reflexiones y los hallazgos retóricos que le atribuyeron los antiguos (cf. frs. 7-12) derivan, más bien, de discursos modélicos, tam-

---

[114] «Hermes, Pan, Logos».

[115] Pág. 68. Lo apoyan O'Sullivan, *Alcidamas,* pág. 111, nota 27, y Muir, pág. XXVIII.

[116] Cf. *e. g.* D. Russell, N. Wilson (eds.), *Menander Rhetor,* Oxford, 1981, pág. 249, y el juicio de Narcy, «Alcidamas d'Élée», pág. 108.

bién denominados *téchnai*[117]. Ahora bien, si se acepta que Alcidamante es el personaje que en el *Fedro* platónico extiende la aplicación de la retórica incluso a las conversaciones privadas y recibe del filósofo el calificativo de «Palamedes eleático» (cf. test. *20-*21), quizás habría que asignarle un tratamiento del poder de la retórica bastante más sistemático que unos simples hallazgos dispersos.

## III. EL CONTEXTO RETÓRICO Y FILOSÓFICO DE ALCIDAMANTE

### a) *Alcidamante e Isócrates*

Las enseñanzas de Gorgias en Grecia generaron dos tipos diferentes de discípulos: de un lado, los defensores de la destreza en improvisar un discurso sobre cualquier tema que se planteara, como Alcidamante; del otro, los cultivadores del discurso escrito, como Isócrates[118]. Éste abrió su escuela hacia 393/392[119] y, poco tiempo más tarde, hacia 391/390, publicó su discurso *Contra los sofistas (Katà tôn sophistôn),* que presenta numerosos puntos de polémica con el alci-

[117] En esta dirección apunta el plural («tratados de retórica») que emplea Hermipo; cf. Blass, *Attische Beredsamkeit,* vol. II, pág. 348. Sobre la significación de *téchnē* en época clásica, *vid.* Cole, *Origins of Rhetoric,* págs. 82-88, con las precisiones de Gagarin, «Probability and persuasion», págs. 61-62.

[118] Sobre estas dos derivaciones de la enseñanza gorgiana, cf. Walberer, *Isokrates und Alkidamas,* págs. 22-23; Guthrie, *Historia...,* vol. III, pág. 301. El aprendizaje de Isócrates con Gorgias puede ser fruto de un contacto directo o de una lectura de sus obras. Dudas sobre un trato directo se leen en Too, *The Rhetoric of Identity...*, págs. 235-239.

[119] Cf. López Cruces-Fuentes González, «Isocrate», pág. 897.

damantino *Sobre los sofistas*. Los esenciales son los siguientes[120]:

1) En el exordio, Isócrates critica a quienes fanfarronean irreflexivamente, pues consiguen que parezcan más sensatos quienes eligen la molicie que quienes se ocupan de la filosofía (§ 1); Alcidamante, ante la acusación de un interlocutor ficticio de que considera más sensatos a quienes hablan atolondradamente que a quienes escriben con preparación (§ 29), distingue la improvisación del atolondramiento: la primera exige planificación de los argumentos, el segundo no (§ 33).

2) Isócrates ataca, entre otros, a quienes prometen enseñar el discurso político, pero escriben «peores discursos que los que improvisarían algunos profanos» (§ 9), de modo que la improvisación queda por debajo de la composición escrita; con su arte, dicen, se puede todo, y sería de desear que la filosofía tuviera tanto poder, porque, entonces, Isócrates no se quedaría atrás del todo ni gozaría de la parte más pequeña del arte (§ 11); pero estos sofistas se sirven burdamente del alfabeto, una técnica fija, para describir el funcionamiento de la retórica, que es una actividad creativa (§§ 12-13). Por su parte, Alcidamante ataca a los escritores, que «son tan inexpertos como los profanos en la facultad de pronunciar discursos» —lo cual es, justamente, la inversión de la jerar-

---

120 Sobre la relación entre estos oradores, cf. Mariss, *Alkidamas*, págs. 26-55, quien da cuenta de todas las polémicas veladas que se ha creído ver en discursos isocrateos posteriores. Muchas de ellas son cuestionables; en las notas al discurso indicamos las más probables. Por lo demás, la rivalidad no excluye puntos de convergencia, como en el reconocimiento de que los mejores discursos judiciales son los que parecen fruto de una sencillez poco artística; cf. *Sof.* 13; Isócrates, XII 1-2; W. Süss, *Ethos. Studien zur älteren griechischen Rhetorik*, Leipzig-Berlín, 1910 (reimpr. Darmstadt, 1975), págs. 34-37, con un cotejo de pasajes de los dos dicursos y el *Fedro* platónico.

quía isocratea entre escritura e improvisación— y, estando en posesión de una mínima parte de la retórica, reivindican el arte entera (§ 1). Uno argumento para descalificar la escritura es que es una técnica fácil, y aquí Alcidamante mezcla deliberadamente sentidos técnicos de la escritura con otros más corrientes, para asimilarla al aprendizaje del alfabeto[121].

3) Alcidamante niega a los escritores la condición de sofistas y los asimila a los poetas, en cuanto artesanos de la composición escrita (cf. *supra);* Isócrates distingue a los «creadores de discursos» *(poiētaì lógōn,* § 15) de los litigantes, y considera una virtud de la persona dotada para la retórica el saber «esmaltar» *(katapoikîlai)* hábilmente los pensamientos y dar a las palabras una disposición rítmica y musical (§ 16)[122].

Tratar de establecer una cronología precisa de esta polémica es difícil, ya que los dos rétores podían conocer la actividad de la escuela rival sin necesidad de informarse de ella a través de escritos propagandísticos. Actualmente prevalece la idea de que el escrito de Isócrates es anterior[123]. Ello explica, entre otras cosas, que en el *Panegírico,* en cuya redacción empleó diez años, conteste a Alcidamante mediante su censura de quienes «critican los discursos de nivel superior al normal y elaborados en exceso *(lían apēkribōménois,* § 11)» y confunden los discursos que versan sobre

---

[121] Cf. Friemann, «Überlegungen», pág. 302 y, sobre el ejemplo de las letras, Walberer, *Isokrates und Alkidamas,* pág. 37, nota 16.

[122] Cf. XV 192, donde se presenta a sí mismo como un *poiētès lógōn;* también IV 11 y XV 192, con una valoración de la exactitud *(akríbeia).*

[123] Es el orden propuesto, entre otros, por Spengel, *Συναγωγὴ τεχνῶν,* págs. 173 ss., y Eucken, *Isokrates,* págs. 121-132. Para un breve estado de la cuestión de las propuestas de cronología de estos escritos y el *Fedro* platónico, cf. Narcy, «Alcidamas d'Élée», págs. 102-103.

contratos con estos otros, insuperables y efectistas; su discurso, nos dice, va dirigido a quienes no admitirán lo que se diga a la ligera *(eikêi,* § 12)[124]. También explica por qué el *Contra los sofistas* no contiene ninguna réplica a la asimilación de la composición escrita a la escultura y la pintura, placenteras, pero inútiles, que hallamos en Alcidamante (§ 27)[125].

Como hemos avanzado, los tiempos habrían de dar la victoria a Isócrates: la escritura permitía reflexionar detenida y desapasionadamente sobre los contenidos de un escrito y hacer juicios razonados sobre coyunturas políticas amplias, más allá de la circunstancia puntual de la Asamblea[126]. Por eso el ataque de Alcidamante no podía triunfar: que la palabra escrita fuera inadecuada a un modelo de participación política en franca recesión no podía restar prestigio a Isócrates, quien jamás necesitó pronunciar un discurso en público[127].

---

[124] La alusión fue señalada por C. Reinhardt, *De Isocratis aemulis,* Tesis, Bonn, 1873, pág. 16, y aceptada, *e. g.*, por Eucken, *Isokrates,* pág. 125 ss., y Friemann, «Überlegungen», pág. 306, nota 11.

[125] Ésta sólo llegará años más tarde, en el *Evágoras*. En su calidad de imagen verbal, la biografía de Evágoras, que Isócrates ofrece a Nicocles, es superior a las imágenes de otras artes: primero, porque la palabra puede pintar el alma de una persona, mientras que las otras artes sólo muestran su cuerpo; segundo, promueve la imitación, ya que una persona no puede asemejarse a estatuas y pinturas, pero sí imitar el carácter y las ideas de un sujeto, tal como aparecen representados en las obras literarias (§§ 74-75). Cf. Vallozza, «Alcuni motivi...», págs. 54-58; Too, *The Rhetoric of Identity...*, págs. 186-188.

[126] Sobre el éxito de esta nueva retórica, cf. H. Ll. Hudson-Williams, «Political speeches in Athens», *Class. Quart.* n.s. 1 (1951), 68-73, y A. López Eire, «Sobre la oratoria escrita», *Myrtia* 16 (2001), 123-172.

[127] Su voluntad de influir en la política ateniense explica que ambiente sus discursos en los lugares tradicionales de la palabra hablada; cf. López Cruces-Fuentes González, «Isocrate», págs. 896-897. Con todo,

b) *Alcidamante y Platón*[128]

Alcidamante niega a las composiciones escritas el nombre de 'discursos' porque, en realidad, son sólo «simulacros, figuras e imitaciones de discursos» *(eídōla kaì schḗmata kaì mimḗmata lógōn,* § 27). Mientras que el discurso improvisado está lleno de vida y se asemeja a los cuerpos de las personas, el escrito carece de vigor por ser sólo una imagen y asemejarse a una estatua, que tiene una sola forma y una sola disposición (§ 28). La misma contraposición se lee en el *Fedro* platónico, donde el discurso «que se escribe con ciencia en el alma del que aprende» aparece caracterizado como aquel que está «lleno de vida y de alma, justamente el que sabe y del que el escrito se podría justamente decir que es el reflejo *(eídōlon)*»[129]. Por ser también imitaciones *(mimḗmata)* degradadas del verdadero ser, Platón expulsó de su ciudad perfecta a Homero y los trágicos[130]. La cronología generalmente aceptada concede una mayor antigüedad a la formulación alcidamantina, aunque ello no implica que Platón se inspirara forzosamente en él[131].

---

H. Ll. Hudson-Williams, «Isocrates and Recitations», *Class. Quart.* 43 (1949), 65-69, defendió que sus discursos fueron efectivamente pronunciados.

[128] La bibliografía sobre estos paralelos es muy abundante: cf. Milne, *A study...*, págs. 10-20; Friemann, «Überlegungen», pág. 310-312 y, sobre todo, Mariss, *Alkidamas,* págs. 56-63.

[129] Platón, *Fedro* 276a (trad. de E. Lledó Íñigo).

[130] Cf. Platón, *Rep.* X 595ab, 597e-598d, 602ac, 605a-606d.

[131] Mariss, *Alkidamas,* págs. 267-269, ha propuesto que Alcidamante —quizás también Platón— ha modelado el pasaje sobre Gorg., *Hel.* 18, donde el discurso es comparado a las artes plásticas: «Los pintores, cuando a partir de muchos colores y cuerpos crean un solo cuerpo y figura *(hèn sôma kaì schêma),* procuran deleite a la vista. La capacidad de crear estatuas de hombres y de modelar imágenes divinas procura a los ojos una dulce enfermedad» (trad. de A. Melero).

No es éste el único punto de coincidencia del discurso con Platón. En § 17, Alcidamante compara la torpeza de los escritores a la hora de pronunciar un discurso con un preso que, una vez liberado de los grilletes que aprisionaban sus pies, durante cierto tiempo sigue caminando como si aún los llevara. La imagen presenta notables semejanzas con la caverna de la *República* (VII 514a-518d): cuando los encadenados se liberan de las cadenas, tardan en abandonar los viejos hábitos y en acostumbrarse a mirar la realidad de un modo diferente. Debido a la cronología relativa de los escritos, es plausible que Platón haya reelaborado filosóficamente la imagen retórica de Alcidamante, aunque, de nuevo, hay que tener en cuenta un conocimiento directo de las enseñanzas escolares que no pase por la lectura de las obras publicadas[132].

El problema de la cronología relativa se ha planteado de un modo acuciante a propósito del *Gorgias* y *Sobre los sofistas,* para determinar quién fue el primero, si Platón o Alcidamante, en emplear e, incluso, acuñar el término 'retórica' *(rhētorikḗ)*[133]. Alcidamante lo emplea dos veces en el exordio de su discurso, la segunda de ellas para designar una actividad distinta de la filosofía (§ 2)[134]; por su parte, Platón se sirve del término en el *Gorgias* como si ya fuera conocido *(tḕn kalouménēn rhētorikḗn,* 448d; cf. también 449a).

[132] Otros autores han defendido la anterioridad del *Fedro* y, por tanto, un influjo en sentido contrario; cf., *e. g.*, Walberer, *Isokrates und Alkidamas,* págs. 6 ss. y 47 ss.; Barwick, «Die Rhetorik ad Alexandrum», págs. 220-221; J. Tomin, «A preliminary to the study of Plato», *Symb. Osl.* 67 (1992), 80-88; Muir, pág. 54.

[133] Pocos años antes, Isócrates había empleado en su discurso *Contra los sofistas* (§ 21) el término *rhetoreía* con el sentido de 'arte del discurso'.

[134] Dado que Isócrates llamaba 'filosofía' a su enseñanza retórica, puede haber en la distinción un ataque velado contra él.

Según Schiappa y Cole[135], fue Platón quien acuñó el término, como otros con el sufijo *-ikḗ* constatados por vez primera en sus diálogos; al dar una denominación colectiva a todos sus adversarios, habría logrado apropiarse del término 'filosofía', en disputa durante la primera mitad del siglo IV a. C., para designar su propia actividad. Sin embargo, tal propuesta comporta necesariamente, primero, rebajar la datación de nuestro discurso hasta después de 380 a. C.; segundo, restar importancia a que en el *Gorgias* se hable de «la llamada retórica» como algo conocido; y tercero, pensar que la disciplina sólo surge cuando existe un término para designarla[136].

c) *Alcidamante y Antístenes*

La obra de Alcidamante encuentra un horizonte de referencia diverso en otros desarrollos de la tradición socrática, entre los que, siguiendo a Avezzù, merece la pena destacar a otro de sus contemporáneos: Antístenes de Atenas[137]. De entrada, la proximidad de ambos aparece ya operante en el criterio de selección de las piezas oratorias del códice X, que transmite, a continuación de *Sobre los sofistas* y *Odiseo,* los dos únicos discursos conocidos de Antístenes, *Ayante* y

[135] E. Schiappa, «Did Plato coin *rhētorikē*?», *Amer. Journ. Philol.* 91 (1990), 457-470; Cole, *Origins of Rhetoric,* págs. 98-99 y 173, nota 4.

[136] Cf. Gagarin, «Probability and persuasion», págs. 60-62 y 65, nota 6; Pendrick, «Plato and ῥητορική»; O'Sullivan, *Alcidamas,* pág. 2, nota 6.

[137] Cf. Avezzù, págs. XIX-XX. Sobre Antístenes *(ca,* 444-*post* 371 a. C.), cf. M.-O. Goulet-Cazé, «Antisthène» A 211, *DPhA* I (1989), págs. 245-255 y, sobre sus intereses lingüísticos y retóricos, A. Brancacci, *Oikeios logos. Filosofia del linguaggio di Antistene,* Nápoles, 1991.

*Odiseo,* por su afinidad de tema y naturaleza oratoria[138]. Es significativo, además, que ambos rétores fueran tenidos por discípulos de Gorgias, una de cuyas composiciones de mitología forense, el *Encomio de Helena,* cierra el códice mencionado[139].

Numerosos aspectos de su producción denuncian la convergencia literaria e intelectual de ambos autores. Destaca, en primer lugar, su común cuestionamiento de los escritores de discursos[140] y, en continuidad con él, la importancia considerable que otorgan al estudio y clarificación de la personalidad poética de Homero. A ella dedicó Antístenes un considerable número de obras[141], en las que se constata una inclinación especial por la *Odisea* como modelo ético, lo cual, de nuevo, lo acerca a Alcidamante en una de sus ex-

---

[138] Sobre la antología del códice X, cf. *infra,* pág. 58, y, sobre los criterios de las colecciones, pág. 64, nota 175.

[139] El vínculo antisténico con Gorgias aparece en la entrada de la *Suda* dedicada a Antístenes y en la biografía laerciana (fr. 11 Giann.); ambas lo consideran anterior a su «conversión» socrática. La conexión ha sido cuestionada por A. Patzer, *Antisthenes der Sokratiker. Das literarische Werk und die Philosophie dargestellt am Katalog der Schriften*, Heidelberg, 1970, págs. 246-255, y, recientemente, por M. T. Luzzatto, «Un'insidia biografica: Antistene, Gorgia e la retorica», *Stud. Class. Or.* 46 (1998), 365-376.

[140] El tomo I de las obras antisténicas, que conocemos por Dióg. Laerc., VII 15-18 (= fr. 41 Giann.), contiene exclusivamente obras dedicadas a la crítica oratoria —entre ellas, los dos discursos pseudodicánicos ya mencionados—. Destaca una de título *Sobre los abogados (dikográphoi),* que, según ciertas propuestas textuales, podría ser una con la siguiente, en la que se atacaba a Lisias e Isócrates como autores de discursos escritos e ineficaces.

[141] Los tomos VIII y IX del catálogo laerciano están dedicados al tratamiento de cuestiones vinculadas con los poemas homéricos. La primera obra se titula *Sobre la música*, a la que siguen sendas obras —de nuevo tal vez la misma— *Sobre los exégetas de Homero* y *Sobre Homero.*

presiones más renombradas (fr. 33)[142]. También puede aducirse el interés por las cuestiones de filosofía natural[143], cuyo valor fue disputado por algunas orientaciones, tanto de la socrática como de la filosofía oratoria del siglo IV. A continuación, merece señalarse la existencia en ambos de una marcada inquietud por la problemática de la muerte, tema de varios escritos de Antístenes[144] y de un discurso de Alcidamante, que le valió la estima de Cicerón (test. 11)[145]. A ello añade Avezzù el protagonismo de la figura del perro en ambos, aunque la escasa información impide precisar el alcance del paralelo[146].

---

[142] La obra titulada *Sobre la Odisea,* que abre el tomo IX, da la impresión de ser un comentario seguido de la *Odisea.*

[143] En el tomo VII encontramos los títulos *Sobre la naturaleza,* I y II; *Cuestión sobre la naturaleza* I, *Cuestión sobre la naturaleza* II, seguidos de unas *Opiniones* o *Erístico,* que tal vez cabría poner en relación con el fr. *37 de Alcidamante. También merece señalarse, aun sin valorarlo, el hecho de que una de las obras del tomo X se titulara *Heracles* o *Midas* y que en el *Museo* de Alcidamante (fr. *36) aparezca un personaje llamado, precisamente, Midas.

[144] De nuevo en el tomo VII encontramos los títulos *Sobre el morir*; *Sobre la vida y la muerte* y *Sobre lo del Hades.* El hecho de que aparezcan inmediatamente antes de los libros de tema físico enumerados en la nota anterior puede indicar que su interés no era predominantemente ético, como, al parecer, lo era en el caso de Alcidamante.

[145] Sobre el problema que plantea esta obra, cf. *supra,* págs. 43-44. La inquietud por el tema de la muerte hay que entenderla en el seno de la recepción que la sofística tardía hace de los motivos tradicionales del «pesimismo griego», recepción en la que destaca, con Alcidamante, la figura de Antifonte de Atenas.

[146] Cf. test. *22. Antístenes es autor de un tratado *Sobre el perro*, que figura entre las obras de tema odiseico del tomo IX y que se ha relacionado con el episodio de reconocimiento de *Od.* XVII 219 y 315 —aunque hay otras interpretaciones más estrictamente filosóficas, que lo relacionan con la presencia del animal en el lenguaje imaginario de PLATÓN, *Rep.* II 375e.

## IV. EL ESTILO DE ALCIDAMANTE[147]

A este respecto se impone una distinción entre, por un lado, el discurso *Sobre los sofistas* y las informaciones que nos procura Aristóteles en el libro III de la *Retórica* (test. 14), que son coherentes entre sí, y, por otro, el *Odiseo,* cuya singularidad estilística ha sido esgrimida para negar la paternidad de Alcidamante.

En general, el estilo del *Sobre los sofistas* de Alcidamante permite descubrir en él a un fiel seguidor de Gorgias, aunque ya hemos visto que de la rica enseñanza de éste surgieron dos tendencias estilísticas divergentes, que defendían el cultivo de la composición escrita y el de la improvisación, respectivamente. En efecto, sus discursos contenían tanto los ritmos elementales y los adornos estructurales que Isócrates retomó y refinó como aquellas peculiaridades de dicción que Alcidamante adoptó, Isócrates evitó y Aristóteles contribuyó a desacreditar, consistentes en el empleo abusivo de compuestos, palabras extravagantes[148], epítetos y metáforas[149]. Aunque se trataba de dos desarrollos igualmente

[147] *Vid.* O'Sullivan, *Alcidamas,* págs. 32-42; Blass, *Attische Beredsamkeit,* vol. II, págs. 357-359, y Muir, págs. XXI-XXII.

[148] Un elenco puede verse en Renehan, «The Michigan Alcidamas-papyrus», pág. 100.

[149] Cf. Diod. Sic., XII 53, 3, según el cual Gorgias dejó atónitos a los atenienses «por lo extravagante de su estilo *(xenízonti tês léxeōs)*». Sus metáforas *(e. g.* «Jerjes, el Zeus de los persas» y «Los buitres, sepulcros vivientes») fueron objeto de burlas en la Antigüedad; cf. Ps. Longino, *Sobre lo sublime* III 2. Metáforas destacables de Alcidamante son la del espejo *(Sof.* 32 y fr. 33) y la del orador como «administrador» del discurso *(ibid.,* §§ 23 y 25) y del placer de los oyentes (fr. 28).

legítimos de una misma enseñanza, la crítica aristotélica es un indicio de lo pronto que prevaleció en el Ática la línea isocratea como definitoria de la prosa artística[150]; la tendencia gorgiana a la ampulosidad y la grandilocuencia, que nuestro orador desarrolla, encontrarán su continuación en el asianismo[151].

Si algo caracteriza el estilo de Alcidamante es la tendencia al pleonasmo: según Aristóteles, convierte los epítetos —y, en general, las perífrasis— no en un aderezo del discurso, sino en su plato fuerte. Dos ejemplos: en *Sof.* 25, «las exactitudes del tratamiento de las palabras» es una perífrasis por «las palabras precisas», y en 16 resulta superfluo caracterizar la agudeza mental como «desenvuelta»[152]. Dentro de esta redundancia, llama poderosamente la atención el uso masivo de términos abstractos, sobre todo verbales —los que expresan una acción—, como, por ejemplo, «emprender una acusación» *(katēgorían poiēsasthai,* § 1) en vez de, directamente, «acusar *(katēgorêsai)»*[153]. Dentro de ellos, a su vez, abundan los sustantivos abstractos que denotan procesos mentales, con frecuencia en plural, en lo que Alcidamante responde, una vez más, a las enseñanzas de los sofistas, que habían introducido una novedosa terminología para

---

[150] Cf. VAN HOOK, «Alcidamas versus Isocrates», pág. 91.

[151] Cf. A. LÓPEZ EIRE, «Prólogo» a NORDEN, *La prosa artística,* pág. XXVI.

[152] Aunque tiene un valor conectivo con la sección siguiente del discurso; cf. la nota al pasaje. La tendencia al pleonasmo la observó también Dionisio de Halicarnaso, quien consideró el estilo alcidamantino «recargado y huero» *(pachýteron tèn léxin kaì kenóteron,* test. 16); su contemporáneo Cicerón, por el contrario, apreció su *ubertas* expresiva a la hora de acumular ejemplos consolatorios sobre la muerte (test. 11). Para otros ejemplos, cf. O'SULLIVAN, *Alcidamas,* pág. 36.

[153] Cf. J. D. DENNISTON, *Greek prose style,* Londres, 1982, págs. 24-25, y O'SULLIVAN, *ibid.,* págs. 32-35.

dar cuenta de la actividad psicológica del ser humano[154]. A ellas se debe, igualmente, el tono sentencioso de muchas secciones y el empleo abundante de afirmaciones de carácter universal[155].

En cuanto al *Odiseo,* todos los estudios sobre Alcidamante deben afrontar la diversidad estilística casi inconciliable que lo separa del discurso *Sobre los sofistas,* que le ha acarreado frecuentemente su condena como espurio. En este extremo podemos situar el análisis de Blass, quien muestra que, además de su despreocupación por el hiato, al autor se atiene a una construcción sintáctica dominada por la parataxis; sólo en el exordio y la peroración aparece una cierta elaboración del período[156]. Hay pocas figuras de dicción y una ausencia casi completa de las figuras gorgianas: tan sólo un homeoteleuto en § 13 y el uso de sinónimos en § 27. En el extremo opuesto se situó Auer, quien, analizando el mismo texto, llegó a unas conclusiones contrarias[157]. Señalaba la necesidad de reconocer la diversidad de estilos a disposición del orador en función de los diferentes géneros oratorios, así como el abuso que supone generalizar a partir del único conocido. Por lo demás, no están ausentes del *Odiseo*

[154] Cf. §§ 1, 13, 16 (bis), 17, 20, 23-25, 32, y frs. 21, 25, 27 y 30; para Gorgias, *Hel.* 10. En su afición al empleo del plural, común en la prosa clásica, coincide con Isócrates; cf. R. Kühner, B. Gerth, *Ausführliche Grammatik der griechischen Sprache,* Hannover-Leipzig, 1898 (reimpr. Darmstadt, 1966), vol. II 1, págs. 17-19.

[155] Cf. frs. 2-3. Muir, pág. xxi, añade otros rasgos: una cierta torpeza en la construcción oracional (que Liebersohn considera deliberada; cf. *supra,* pág. 20) y, en la selección léxica, una marcada preferencia por adjetivos y adverbios doblemente negados (cf. §§ 15, 20, 28 y 34).

[156] *Attische Beredsamkeit,* II, pág. 363. El autor lo acercaba a la oratoria de Lisias y, por su inclinación a la materia mitológica, veía en Polícrates el tipo de sofista al que habría que atribuir un discurso así.

[157] Auer, *De Alcidamantis...,* págs. 10-21.

algunos de los rasgos citados por Aristóteles[158]: además del empleo abusivo de epítetos en § 27, descubre figuras gorgianas como los *párisa* en § 13, el homeoteleuto en §§ 13, 16, 19, 23, y la paronomasia en § 19. Forman parte del estilo peculiar del discurso otras figuras que le confieren vivacidad, como las interrogaciones retóricas en §§ 9, 12, 18, 19, 26[159]. A ello hay que añadir, finalmente, la diferencia en la frecuencia de hiatos, que puede ser deliberada: si dispusiéramos de especímenes de improvisaciones de Alcidamante, seguramente veríamos que no se da en ellas la evitación del hiato, que sólo puede lograrse en una composición escrita como *Sobre los sofistas*[160].

## V. HISTORIA DE LA TRANSMISIÓN TEXTUAL

### a) *Manuscritos y papiros*

El primer hito crucial de la transmisión manuscrita de Alcidamante es el siglo XII. En esa época el erudito bizantino Juan Tzetzes afirmaba conocer un buen número de sus discursos (test. 12): entre ellos cabe contar, con bastante seguridad, *Sobre los sofistas* y, posiblemente, la versión alci-

[158] Según AUER, *ibid.*, pág. 13, tampoco el discurso *Sobre los sofistas* ejemplifica la totalidad de los vicios que Aristóteles le critica.

[159] El análisis estilístico más detallado del discurso se debe a ZOGRAPHOU-LYRA, «Γοργία *Ὑπὲρ Παλαμήδους ἀπολογία*», págs. 18-19, 28, 33, 44 y 50, que sirve de complemento al análisis argumentativo, basado en el cotejo sistemático con el *Palamedes* gorgiano.

[160] Cf. WEST, «The Contest», págs. 449-450, y RENEHAN, «The Michigan Alcidamas-papyrus», pág. 101, quienes estiman que la presencia de hiatos en el fr. 6 del *Museo* tampoco debe esgrimirse para negar la paternidad de Alcidamante.

damantina del concurso entre Homero y Hesíodo que figuraba en el *Museo* y que sirvió de modelo o fuente al *Certamen* anónimo de edad Antonina que ha llegado hasta nosotros (cf. fr. 5). Por lo que sabemos, a partir de ese momento el volumen de obras transmitidas de Alcidamante se vio drásticamente reducido a los dos discursos que hoy conservamos.

Los testimonios manuscritos para constituir el texto presentan una ascendencia doble, aunque hay indicios que permiten suponer un ancestro común. De un lado está el *Palatinus Graecus* 88 (X, según Bekker), del siglo XII, famoso por ser testimonio fundamental del *corpus Lysiacum;* incluye una pequeña colección de discursos, básicamente de los oradores menores (que Avezzù designa con la sigla ξ)[161].

Para el *Odiseo* contamos con un segundo testimonio de importancia: el *Burneianus* 95, conocido también como *Crippsianus* (sigla A), un manuscrito de finales del siglo XIII o comienzos del XIV que se conserva en el Museo Británico. Contiene una colección diferente de oradores menores, denominada α por Avezzù, con una nómina más extensa que ξ[162]. De Alcidamante transmite únicamente el *Odiseo,* porque el criterio seguido en la selección de las piezas es, esencialmente, su pertenencia al género judicial o, en general, no

[161] Es un manuscrito de pergamino con 142 folios. Sus contenidos son los siguientes: LISIAS, I-II; ALCIDAMANTE, *Sof.* (fol. $15^r$-$20^r$) y *Odiseo* ($20^r$-$23^r$); ANTÍSTENES, *Ayante* y *Odiseo;* DÉMADES; LISIAS, III-XXXI, y GORGIAS, *Encomio de Helena.* Según Avezzú, la antología debe de remontarse al primer humanismo bizantino, anterior a la transliteración. Sus apógrafos alteran el orden general de los discursos, de manera que el *corpus* de Lisias aparece en serie continua y la pieza de Gorgias encabeza la serie de los oradores menores, precediendo a Alcidamante.

[162] Autores: Andócides, Iseo, Dinarco, Antifonte, Licurgo, Gorgias *(Hel.* y *Palam.),* Lesbonacte y Pseudo-Herodes *(Sobre el Estado).*

epidictico[163]. Los únicos autores que figuran en ambas colecciones son Alcidamante y su maestro Gorgias, y lo hacen de forma complementaria: el *Encomio de Helena* de Gorgias y el *Odiseo* de Alcidamante aparecen tanto en X como en A, pero el primero añade el *Sobre los sofistas* y el segundo, el *Palamedes*[164]. Hasta el siglo XVII este códice sólo se conocía en Europa gracias a la copia que del mismo hizo Láscaris en 1492/1493, que describimos más adelante.

Mención aparte merece el *Vaticanus Graecus* 2207 *(Sof.,* fol. 306$^v$-309$^r$; *Odiseo,* fol. 309$^r$-311$^r$), copiado en las primeras décadas del siglo XIV, papel (sigla Co). Avezzù, a quien debemos el estudio más detallado del códice, no lo considera, frente a la opinión común, un apógrafo de X[165], sino un representante de una rama alternativa a X, lo cual permite postular un ancestro común[166].

---

163 El *Odiseo* aparece en los fol. 159$^r$-162$^r$.

164 MacDowell, «Gorgias, Alkidamas...», estudia con detalle las peculiaridades de estos dos testimonios básicos a partir del cotejo del texto de los discursos incluidos en ambos, y concluye que las variantes son reveladoras de los modos diferentes de proceder de los copistas. El de X suele incurrir en errores de descuido en la grafía de las palabras y su orden, porque trabaja rápido y no revisa lo escrito. El de A, por el contrario, es muy cuidadoso: memoriza sólo una o dos palabras cada vez, pero incurre, con todo, en los errores habituales de la copia lenta en todos los discursos de la colección.

165 Cf. Avezzù, págs. XXI-XXII y, con más detalle, Idem, «Il Ms Vat. gr. 2207», págs. 186-192 y 202-204, donde expone tabularmente el resultado del cotejo de Co con A y X para el *Odiseo* y con X para *Sof.* El manuscrito añade a una antología de discursos demosténicos la antología menor del Palatino ($\xi^1$: *Sof.,* fol. 306$^r$-309$^r$; *Odiseo,* fol. 309$^r$-311$^r$). La forma de la antología difiere de la que presentan los apógrafos de X señalada *supra,* nota 161, por la ausencia del primer discurso de Lisias y por el añadido del *Encomio de Helena* gorgiano al final de la colección, como en X. Cf. Avezzù, «Il ms. Vat. gr 2207», pág. 213.

166 La propuesta no ha convencido a MacDowell en su reseña de la edición de Avezzù, *Class. Rev.* n.s. 33.2 (1983), 189.

Un segundo hito en el proceso de transmisión ha de situarse en Padua hacia mediados del siglo xv, cuando el bizantino Iohannes Skoutariotes hace tres copias —quizás cuatro[167]— del manuscrito X en la biblioteca de P. Strozzi. Los manuscritos son[168]:

M *Vaticanus graecus* 66 *(Sof.,* fol. 99$^{r}$-103$^{r}$; *Odiseo,* fol. 103$^{r}$-106$^{r}$). Siglo xv *(ca.* 1453), pergamino.

N *Vaticanus graecus* 1366 *(Sof.,* fol. 101$^{v}$-105$^{v}$; *Odiseo,* fol. 105$^{v}$-108$^{r}$). En el fol. 111$^{v}$ aparece suscrita la fecha de 18 de marzo de 1453; papel.

Mu *Bibl. Univ. graecus* 3 (Moscú), *olim Coislinianus* 342 *(Sof.,* fol. 113$^{r}$-117$^{r}$; *Odiseo,* fol. 117$^{r}$-120$^{r}$). Siglo xv.

En la misma época y contexto se sitúan otros manuscritos:

Am$_{4}$ *Ambrosianus graecus* 436 *(Sof.,* fol. 120$^{v}$-124$^{r}$; *Odiseo,* fol. 125$^{r}$-128$^{v}$). Siglo xv, papel, realizado por Andronico Kallistos, probablemente en Padua.

C *Laurentianus* LVII.4 *(Sof.,* fol. 140$^{r}$-145$^{r}$; *Odiseo,* fol. 145$^{v}$-149$^{r}$). Entre 1453 y 1475, papel. Copiado por I. Roso a partir de Am$_{4}$.

I *Marcianus graecus* 522 *(Sof.,* fol. 79$^{v}$-82$^{v}$, *Odiseo,* fol. 82$^{v}$-85$^{r}$). Pergamino, copiado entre 1465 y 1468 por Cosme Hieromonachos.

Los años finales del siglo xv constituyen el tercer momento de interés para la transmisión de los discursos de Alcidamante. Hacia 1491/92 Ianos Láscaris realiza una copia

---

[167] A su mano puede deberse también el *Parisinus graecus* 2944 (sigla T; *Sof.,* fol.201$^{r}$-207$^{v}$; *Odiseo,* fol. 208$^{r}$-247$^{r}$), de finales del siglo xv *(ante* 1493), papel; cf. G. Avezzù, «Per la storia del *Epitafio* lisiano» *Boll. Ist. Filol. Gr.* 5-6 (1979-1980), 71-88.

[168] Las siglas son las que les asignó Bekker en su edición.

de A en el monasterio de Vatopedi, en el monte Atos: se trata del *Laurentianus* IV.11, en papel (sigla B). Los manuscritos posteriores, que podemos designar con Avezzù como 'florentinos', acusan el influjo de este nuevo testimonio, que contamina la tradición de X. Son los siguientes:

$Am_1$ *Ambrosianus Graecus* 26 *(Sof.,* fol. $211^{r}$-$213^{r}$; *Odiseo,* $213^{r}$-$214^{v}$). Finales del siglo xv, papel. Copiado en Florencia por Miguel Souliardos y Aristoboulos Apostoles.
E *Laurentianus* LVII.52 *(Sof.,* fol. $169^{r}$-$174^{v}$; *Odiseo,* $174^{v}$-$178^{v}$). Siglo xv, papel. Copiado por Marcos Musuros en Florencia.
K *Marcianus Gr. App.* VIII.1 *(Sof.,* fol. $92^{r}$-$95^{r}$; *Odiseo,* $95^{r}$-$97^{r}$). Finales del siglo xv, pergamino. Copiado por Aristoboulos Apostoles.
Bu *Burneianus* 96 *(Odiseo,* fol. $132^{r}$-$134^{r}$). Finales del siglo xv, papel. Copiado por Marcos Musuros.
Z *Magdalenaeus Graecus* 1069 *(Odiseo,* $124^{r}$-$126^{v}$). Finales del siglo xv o principios del xvi, papel. Copiado por Manuel Gregorópoulos (es copia de Bu).

Este grupo de manuscritos florentinos, que dan testimonio de la intensa actividad de Marcos Musuros, sirvieron de base a la edición aldina, en la que también tuvo un papel especial el erudito cretense (cf. *infra).*

La tradición directa de la obra Alcidamante se completa con un documento muy controvertido: el *Papiro Michigan* 2754, de los siglos ii o iii. Contiene el final de un escrito en cuya suscripción puede reconstruirse, con mucha probabilidad, «De [Alci]damante, *Sobre Homero»*[169]. Al primer edi-

[169] El papiro fue publicado por primera vez por Winter, «A new fragment», págs. 125-126, aunque tomamos como referencia la transcripción de Kirk, «The Michigan Papyrus», pág. 151 (quien tiene en cuenta las ediciones de Körte «Literarische Texte», 261-264, y D. L. Page, *Hesiod*, Londres, 1936, págs. 624-627). Consignamos en nota las propuestas relevantes para la traducción. Las líneas 1-14 coinciden, con va-

tor no le cupo duda de que el descubrimiento confirmaba la idea de Nietzsche sobre el autor y la obra que está en el origen del *Certamen,* pero un análisis más detallado permite otras valoraciones. Dado que el papiro presenta dos partes estilísticamente bien diferenciadas —líneas 1-14 y 15-23, respectivamente—, Kirk defendió que sólo cabía atribuir a Alcidamante la segunda parte, siendo la primera, en la que él reconocía indicios de un estado de lengua de época helenística y de erudición tardoalejandrina, una cita del propio Alcidamante o, más bien, una interpolación tardía en el texto del sofista[170]. Dodds, por su parte, interpretó la diferencia como un indicio de que se trata de un papiro de extractos sobre Homero[171]; a su juicio, algunos aspectos del estilo de la segunda sección del papiro no eran propios de la conclusión de un escrito, sino de una parte introductoria: el autor del papiro habría tomado del prefacio del *Museo* de Alcidamante una pieza para cerrar su libro.

Para West, la señalada diferencia de estilos entre las partes se explica por sus diferentes propósitos: narrativo en el relato de la muerte de Homero, declamativo en la sección

---

riantes que consignamos cuando afectan el sentido de la traducción, con el texto trasmitido al final del *Certamen*, pág. 238, 327-338 ALLEN. La anécdota de la muerte de Homero y el enigma de los jóvenes es también relatada por la mayoría de las *Vidas* de Homero. Un cotejo detallado de las versiones es presentado tabularmente por KIRK, *ibid.*, págs. 164-165.

[170] Fundamental en la traducción de Kirk es que los pronombres anafóricos que abren las dos primeras oraciones han quedado sin su referente textual. «Por esto...» ha de referirse a la valoración de Homero como poeta e historiador, no al relato de su muerte, que ahora leemos. Cf. KIRK, *ibid.*, págs. 154-155.

[171] DODDS, «The Alcidamas Papyrus again», pág. 188. Así, las indicaciones del contenido se interpretan prolépticamente: Alcidamante presentaría su libro con una dedicatoria a Homero, a quien consagraría la primera parte. En tal caso, el título de la *subscriptio* no debería tomarse con el nombre del autor.

programática que sigue[172]. Los últimos tratamientos detallados del tema, con exhaustivas exploraciones del léxico en busca de indicios de datacion, son los de Koniaris y Renehan, quienes mantienen la cuestión en suspenso, pues aportan pruebas que refuerzan, respectivamente, las posiciones de Kirk-Dodds y Nietzsche-West. Un argumento de Renehan merece destacarse: la atribución del texto a Alcidamante depende estrictamente de la información de la primera parte del papiro. Sólo gracias a ella y a las coincidencias que muestra con el *Certamen,* el nombre de Alcidamante es el candidato inmediato para suplir las primeras letras del nombre del autor. Si se defiende la separación de las partes, hay que contar también con que aumenta la incertidumbre sobre cómo suplir las primeras letras del nombre del autor[173].

b) *Ediciones*[174]

La *edición príncipe* de *Sobre los sofistas* y *Odiseo,* obra de Aldo Manuzio (Aldus Manutius), vio la luz en Venecia en 1513 dentro de la edición de los oradores menores, y conoció una segunda edición en 1534. Esta edición está organizada en tres partes, que adaptan las dos antologías conocidas (cf. *supra)* redistribuyendo los autores para abarcarlos a todos, pero con resultados no muy satisfactorios. Debido a la circunstancia ya señalada de que tanto Alcidamante como

[172] West, «The Contest», pág. 435. Entre ambas partes hay, pues, una diferencia muy semejante a la que separa *Sobre los sofistas* del *Odiseo,* diferencia que fue interpretada también como indicio de la condición espuria del *Odiseo.*

[173] Renehan, «The Michigan Alcidamas-Papyrus», págs. 103-104.

[174] Resumimos el inventario de Avezzù, págs. xxv-xxxi, que debe completarse con Mariss, *Alkidamas,* págs. 112-13 y 326-328, para las ediciones posteriores a Blass.

Gorgias aparecían en ambas antologías, en la nueva reordenación editorial la breve obra de ambos oradores sufrió la suerte de ser separada en partes diferentes. La primera parte se inspira en la antología ξ e incluye a Esquines, Lisias, Alcidamante —sólo el *Odiseo*—, Antístenes y Demades; la segunda incorpora todos los autores de la antología α, exceptuando, naturalmente, a Alcidamante y el *Encomio de Helena* gorgiano. Por recomendación de Musuros, el discurso *Sobre los sofistas* fue integrado, junto con el *Encomio de Helena,* en una tercera parte, encabezada por Isócrates y cerrada por los encomios de Roma y Atenas de Elio Aristides. Las tres partes tienen numeración e incluso fecha independiente —abril de 1513 para las partes segunda y tercera, mayo de 1513 para la primera—. Por lo que hemos podido comprobar, la tercera parte circuló como volumen independiente y es la base de la segunda edición Aldina, la cual, por esta causa, no incorpora el *Odiseo* de Alcidamante[175].

Muchos de los errores de la edición Aldina penetraron en la de Henri Estienne (Henricus Stephanus, Ginebra, 1575), quien, no obstante, cotejó puntualmente la vulgata con el códice T. Dos siglos más tarde, en 1773, Reiske hizo la colación completa de T e incorporó en las notas sus sugerencias y un incipiente aparato crítico. Ya en el siglo XIX, las dos ediciones que de los discursos publicó Bekker en 1823 y 1824, casi iguales[176], supusieron un notable avance textual. Además de X y los apógrafos CIKMNTZ, usados para los dos discursos[177], por vez primera se emplearon los códices

---

[175] Cf. AVEZZÙ, «Il ms. Vat. gr. 2207», págs. 216-220, sobre esta edición y los ejemplares anotados, y pág. 187, sobre los criterios de las colecciones.

[176] Difieren tan sólo en la disposición del aparato crítico.

[177] No emplea ni E ni $AM_3$ (Q, según Bekker), aunque sí los utiliza para Demades y Andócides, respectivamente.

A y B para el *Odiseo;* de todos ellos, Bekker concedió un valor especial a C. La edición de Dobson (Londres, 1828) retomó su texto, pero lo enriqueció con diversos materiales textuales y exegéticos. En primer lugar, incluyó dos aparatos: uno, con un elenco de sus divergencias respecto de Reiske, y otro, con los *marginalia* de Stephanus, las notas de Reiske y unas cuantas notas de su propia cosecha. A ello añadió la traducción de Canter, los comentarios *(Adversaria)* de Dobree[178] y, al final del volumen, las variantes textuales.

En 1848 Sauppe llevó a cabo una nueva recensión de los mismos códices empleados por Bekker[179] pero, en los casos de divergencias entre A y X, optó por la lección que ofrecía X frente a las innovaciones de C[180]; ofrecía, además, la primera sistematización de los fragmentos del orador. El texto de su edición fue reproducido por Mueller en 1858, quien le añadió las traducciones del *Odiseo* de Canter y la suya propia del *Sobre los sofistas;* también adoptó de Sauppe la disposición de los fragmentos. Pocos años más tarde, en 1871, apareció la primera edición de Blass, quien, aun reconociendo la validez de la recensión de Sauppe[181], dio cierto valor al códice C, por conservar lecturas que no le parecían meras conjeturas, sino fruto del cotejo de otros ejemplares[182].

---

[178] P. P. Dobree, *Adversaria (...). Sophistae. Alcidamas*, recogidos en el vol. IV de la edición de Dobson, pág. xxi.

[179] Es decir, CKMTX y, parcialmente, N para *Sof.* y ABCIMNXZ para el *Odiseo.*

[180] Cf. Avezzù, págs. xxiii-xxiv.

[181] Él utilizó, para el *Odiseo,* los códices ABCIMNXZ y Mu (= b Blass), y, para *Sof.,* CKMTX, Mu y, parcialmente, N.

[182] Aunque, como indica Avezzù, pág. xxvi, Blass no se muestra coherente en esta valoración de C.

En el siglo XX aparecieron dos ediciones. La primera fue obra de Radermacher en 1951, dentro de su colección de los restos de la retórica prearistotélica[183]. En numeración correlativa se ofrecen mezclados testimonios de su vida, informaciones sobre su obra y fragmentos de interés retórico (1-14), los dos discursos (15-16) y una observación sobre el carácter propagandístico del *Mesenio* (17)[184]. La siguiente edición, obra de Avezzù, es la vigente hoy día. Se basa en una nueva colación de los manuscritos, que contiene un detallado análisis de la tradición textual, a resultas del cual concede un crédito especial a los dos más antiguos, X y Co[185]. Es una edición sólida y un punto de referencia obligado para el estudio del orador; no en vano, ha servido de base a la edición revisada de Muir (Londres, 2001), cuyas disensiones ocasionales se justifican en la sección correspondiente del comentario. De esta edición, que carece de aparato crítico, han quedado fuera los fragmentos que, pese a transmitir

[183] Alcidamante figura como autor nº B XXII, págs. 132-147.

[184] Su texto fue utilizado para acompañar la traducción griega del *Sobre los sofistas* de Dimitriadis y la holandesa de Bons (cf. *infra).*

[185] Cf. *supra,* pág. 59. A juicio de MARISS, *Alkidamas,* pág. 13, esta decisión textual, unida al rechazo de conjeturas que habían alcanzado cierto consenso, produce un texto muy osado. En realidad, el concienzudo análisis de la tradición manuscrita contrasta con la escasez de informaciones que justifiquen determinados criterios editoriales. Así, entre los testimonios sobre la vida y las obras, incluye tres informaciones sobre Esquines, reunidas como test. 9, en las que no se habla de Alcidamante, en la idea de que los rasgos que en ellas se atribuyen a Esquines son fruto del influjo de nuestro orador; viceversa, otras informaciones en las que sí se habla de él o sus obras sólo aparecen en el aparato crítico, como los test. 4, 11-13 y el fr. 10, o en el comentario, como el fr. 11 (pág. 75). Además, la adscripción de los fragmentos de origen incierto a determinadas obras tampoco se justifica suficientemente, como ocurre, por ejemplo, con los frs. 13-14 y el fr. *37 (= frs. 10-11, 9 AVEZZÙ); cf. supra, pág. 39.

informaciones derivadas de obras de Alcidamante, no contienen citas literales[186]; además, se atribuye el fragmento papiráceo 6 no al *Museo,* sino, respetando el colofón del papiro, a un tratado *Sobre Homero.* Finalmente, la edición de Avezzù también aparece reproducida en el rico comentario del discurso *Sobre los sofistas* debido a Mariss. Su autora, a diferencia de Muir, ha preferido no incluir en el texto las divergencias, por lo demás muy sensatas, que hallan cumplida explicación en la sección del comentario.

c) *Traducciones*

*Sobre los sofistas* fue traducido por vez primera al francés por el Abate Auger en París en 1781[187]. En el siglo XIX aparecieron las traducciones de Doukas en 1812[188], de Dilthey al alemán en 1827[189] y de Müller al latín en 1858. Durante el siglo XX ha sido traducido al inglés por Van Hook, Matsen, Gagarin y Muir[190]; al griego moderno, por Dimitria-

---

[186] Se trata de los frs. 1 y 5 = 8 y 7 AVEZZÙ.

[187] *Œuvres complètes d'Isocrate, auxquelles on a joint quelques Discours analogues à ceux de cet Orateur, tirés de (...) Alcidamas,* traduites en français par M. l'Abbé Auger, París, 1781, I, págs. 313-324. Según TORDESILLAS, «Lieux et temps», pág. 209, es una «belle infidèle».

[188] Por la información que de la edición de Dimitriadis deduce MARISS, *Alkidamas,* pág. 12, nota 17, Doukas acompañó el texto de Reiske de una traducción propia. No obstante, según la biografía del erudito recogida por K. N. SATHAS, *Βιογραφίαι τῶν ἐν τοῖς γράμμασι διαλαμψάντων Ἑλλήνων... (1453-1821),* Atenas, 1868, pág. 706, los rétores, publicados en diez tomos (Viena, 1812-1813), figuran entre los autores solamente «comentados» *(scholasthéntes)* por Doukas, no entre los parafraseados, explicados y corregidos.

[189] K. DILTHEY, «Des Alkidamas Rede über die Sophisten, welche ihre Vortrage schriftlich abfassen», *Allgem. Schulzeit.* II 24 (1827), 185-191.

[190] VAN HOOK, «Alcidamas versus Isocrates», págs. 91-94; P. P. MATSEN, en IDEM, R. ROLLINSON, M. SOUSA (eds.), *Readings from Classical Rhetoric,* Carbondale, Illinois, 1990, 38-42; M. GAGARIN, en IDEM,

dis[191]; al italiano, por Gastaldi y Avezzù[192]; al holandés, por Bons[193], al alemán, por Georgemanns[194] y al castellano, por López Alcalá[195]. Por su parte, el *Odiseo* fue traducido en el siglo XVI al latín por Canter[196], y en el siglo XIX, por Doukas en 1813[197] y Dobson en 1828[198]. Del siglo XX son las traducciones al italiano de Tortonesi[199] y Avezzù[200] y al inglés de Gagarin y Muir[201]. Finalmente, el conjunto de los fragmentos ha sido traducido al italiano por Avezzù y al in-

---

P. WOODRUFF (eds.), *Early Greek political thought from Homer to the Sophists,* Cambridge, 1995, 276-283; MUIR, págs. 2-21.

[191] N. D. DIMITRIADIS, *῾Η ὑπεράσπιση τοῦ προφορικοῦ λόγου. ᾽Αλκιδάμαντος περί τῶν τοὺς γραπτούς λόγους γραφόντων ἤ Περί σοφιστῶν.* Texto, intr., trad. y comentarios de N. D. D., Atenas, 1987.

[192] GASTALDI, «La retorica del IV secolo», págs. 217-224; AVEZZÙ, págs. 9-35, acompañando el texto griego.

[193] J. A. E. BONS, «Schrijven is zilver, spreken is goud. Alcidamas en schriftelijke voorbereiding van redevoerigen», *Lampas* 31 (1998), 219-241, acompañando el texto de Radermacher.

[194] H. GORGEMANNS (ed.), *Die griechische Literatur in Text und Darstellung,* vol. III, Stuttgart, 1987, 174-181 (sólo §§ 1-5, 9-11, 27-28).

[195] J. G. LÓPEZ ALCALÁ, *Traducción y estudio del texto «Acerca de los Sofistas», de Alcidamante,* Tesis, UNAM, México, 1994. Que esta primera traducción sea tan reciente no debe sorprender, ya que la mayor parte de los oradores menores han sido traducidos en los últimos decenios del siglo XX; cf. F.-G. HERNÁNDEZ MUÑOZ, «Las primeras traducciones de los oradores griegos en España», *Logo* 5 (2003), 141-146.

[196] G. CANTER, *Aelii Aristidis... orationum tomi tres... latine versi a G. C. Huc accessit orationum tomus quartus ex veteribus Graecis oratoribus concinnatur eodem interprete,* Basilea, 1566. La traducción la reproducen Dobson y Mueller en sus ediciones.

[197] Cf. *supra,* nota 188.

[198] *Oratores Attici,* vol. XV, págs. 504-507.

[199] Se trata de una obra de muy difícil localización, debido a su situación editorial *(L'Année Philologique* la recoge como «policopiada»).

[200] Págs. 23-35, acompañando el texto griego.

[201] GAGARIN, en IDEM-WOODRUFF, *Early Greek political thought (cit.* en nota 190); MUIR, págs. 21-33, acompañando al texto griego.

glés por Muir[202], y el fr. *34, en concreto, al italiano por Untersteiner y Brancacci[203].

d) *Pervivencia*

Las noticias antiguas sobre el orador asoman esporádicamente entre los autores del Renacimiento, pero siempre de forma secundaria. Por ejemplo, la de Cicerón sobre el *Encomio de la muerte* (test. 11) reaparece en el capítulo 13 de la *Mitología* de Natale Conti, dedicado a la Muerte[204]. En cuanto a la difusión de Alcidamante en España, la inexistencia de copias de los manuscritos italianos en nuestras bibliotecas se vio compensada por la circulación de las primeras ediciones de Manutius y Stephanus. Con todo, la repercusión de los discursos fue escasísima, seguramente porque la enseñanza de la retórica en la época se basaba en el modelo isocrateo de la composición escrita y, también, por el peso del juicio negativo de Aristóteles sobre el estilo alcidamantino. Sólo recientemente, con el auge de los estudios sobre los medios de comunicación y los modos de persuasión, sus discursos están siendo objeto de un análisis detallado[205].

Algo más conocido fue Alcidamante en el mundo de habla hispana por las críticas que Aristóteles vertió contra él

---

[202] AVEZZÙ, págs. 37-63; MUIR, págs. 33-39.

[203] UNTERSTEINER, *Sofisti,* vol. III, págs. 209 y 211; BRANCACCI, «Alcidamante e PHibeh 13», pág. 52.

[204] NATALE CONTI, *Mitología,* trad. de R. M. IGLESIAS MONTIEL y M. C. ÁLVAREZ MORÁN, Murcia, 1988, pág. 192: «Alcidamo *(sic),* que compuso un discurso *Sobre las alabanzas de la muerte,* ofreció un argumento muy amplio y extenso para su alabanza».

[205] Muestra de este interés son los resúmenes que de la argumentación desarrollada en *Sof.* han ofrecido recientemente GUILLÉN DE LA NAVA, «Reflexiones», y LÓPEZ EIRE, «Retórica y oralidad», págs. 115-120. Nótese, sin embargo, que el *Odiseo* sigue estando desatendido.

en el libro III de la *Retórica* (test. 14), y ello a pesar de la tendencia de la tratadística retórica a reemplazar los ejemplos griegos por otros de la propia lengua. Alonso López Pinciano, en la «Epístola sexta» de su *Philosophía Antigua Poética* (Madrid, 1596), que versa sobre el lenguaje poético, recogía las siguientes intervenciones de Fadrique y Hugo, sus dos contertulios habituales[206]:

> Fadr[*ique*], como forçado, empeçó assí: Estos que dezís synónymos, permitidos son tanto al orador como al poeta, y aún más. Otro ornato sé yo que, vsado, ofende al orador y hermosea al poeta; éste es el que dezimos epítheto, por cuyo vso demasiado Aristóteles, en el libro tercero de sus Rhetóricos a Theodecte, reprehende a Alcidamante, orador: «Ha[*n*] de ser, dize, los epíthetos como salsa al orador, y como vianda al poeta».
>
> También, dixo Vgo, le reprehende por el vso de los vocablos compuestos.
>
> Y con razón, respondió Fadrique, porque assí éstos, como aquéllos, son más propios al poeta.

Del siglo XVIII es la *Retórica* de Gregorio Mayans y Siscar (Valencia, 1752), en cuyo capítulo XX, que trata «De los caracteres del decir, i especialmente del magnífico», señalaba:

> Segundariamente, se considera el estilo frío en las palabras i frasis estrangeras, vicio que hoi es mui común; i en los epíthetos sobreabundantes o fuera del caso, assí como Alcidamante, que llamó húmedo al

---

[206] Alonso LÓPEZ PINCIANO, *Philosophia Antigua Poética*. Edición de A. CARBALLO PICAZO, 3 vols., Madrid, 1953, vol. II, págs. 147.

sudor, i quando el comendador Hernando de Ludueña dijo: «Saber es ser mui ageno / De todo vicio vicioso»[207].

Ya en el siglo xx, Alfonso Reyes seleccionaba en su estudio sobre *La crítica en la edad ateniense*[208] pasajes del orador para ejemplificar los epítetos pleonásticos («Alcidamas abusa de ellos: 'el sudor húmedo', 'el colmo superlativo de la maldad'») y los circunloquios ridículos («Alcidamas no dice 'la carrera', sino 'aquel arrastre del alma que nos hace correr'»). Como sus predecesores, reconocía que estos errores que producen frigidez o frialdad de estilo «se perdonan más en la fantasía del verso que en el rigor de la prosa».

Tanto es así que alguna de las metáforas de Alcidamante, desprovistas de su contexto prosaico, resultaron especialmente bellas a la posteridad. Es el caso de la descripción de la *Odisea* como un «hermoso espejo de la vida del hombre» (fr. 33), que obtuvo un gran éxito en la literatura latina antigua y medieval[209]. Siglos más tarde desempeñó un papel relevante en el primer contacto con Homero del venezolano

[207] Cf. también «Prólogo», § 7: «Alcidamante de Elea, dicípulo de Gorgias, reprehendido de Aristóteles, porque usava de muchos epithetos, con que hacía fría la oración, también escrivió una rhetórica». En el Índice lo describe como «Alcidamante de Elea, escritor de rhetórica, freqüentador de epíthetos, i frío en su estilo».

[208] Col. «Letras mexicanas. Obras completas de Alfonso Reyes» XIII, México, 1961 (reimpr. 1997), pág. 239. Las conferencias reunidas en esta obra datan de 1941.

[209] Cf. E. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México-Madrid-Buenos Aires, 1955 (reimpr. 1976), págs. 472-473, nota 69. La metáfora se recoge en el *Gnomologio Vaticano* 743 (nº 67) y en el *Cod. Vat. Gr.* 96 (nº 3).

Francisco de Miranda (1750-1816)[210]. Cuenta García Bacca[211] en la biografía que dedicó al personaje que, cuando cayó en sus manos la edición oxoniense de los poemas homéricos (Oxford, 1801), Miranda leyó la sentencia en la portada del segundo volumen y la subrayó. Y Alcidamante estaba en lo cierto: al leer sobre Odiseo, según cuenta el biógrafo, «Miranda se vio ser ese varón». La misma metáfora, finalmente, resultó clarificadora también a Alfonso Reyes. Comentando un pasaje de la *Poética* aristotélica, explicaba que la poesía no cuenta lo que sucede, como la historia, sino «lo verosímil, las especies imperecederas que siempre pueden suceder, las virtudes siempre operantes de la vida humana», y aclaraba: «Sólo en este sentido, y no en el sentido práctico, puede aceptarse aquella afirmación de Alcidamas: 'La *Odisea* es el espejo de la vida'»[212].

---

[210] En su biblioteca figuraba un ejemplar de la edición aldina de Alcidamante de 1534, actualmente en la Biblioteca Nacional de Venezuela; cf. M. Castillo Didier, *Grecia y Francisco de Miranda, precursor, héroe y mártir de la independencia hispanoamericana*, Santiago de Chile, 1995, págs. 179 y 222.

[211] «Introducción» a *Los clásicos griegos de Miranda (Autobiografía)*, Caracas, 1969, págs. 12-13. Sobre la edición homérica, cf. Castillo Didier, *ibid.*, pág. 220.

[212] *La crítica en la edad ateniense (cit. supra,* nota 208), pág. 255.

# BIBLIOGRAFÍA

## A) *Ediciones*[213]

A. Manutius, *Isocratis orationes. Alcidamantis contra dicendi magistros...*, 3 vols., Venecia, 1513 *(S, O)*.

—, *Isocrates nuper accurate recognitus et auctus. Isocrates. Alcidamas...*, Venecia, 1534 *(S)*.

H. Stephanus, *Oratorum veterum orationes,* cum interpret. latina quarundam excud. H. S., Ginebra, 1575 *(O)*.

I. I. Reiske, *Oratorum Graecorum volumen octavum tenens reliquias Lesbonactis, Herodis Attici, Antisthenis, Alcidamantis et Gorgiae* cur. I. I. R., Leipzig, 1773 *(S, O)*.

N. Doukas, *Λόγοι τῶν Ἀττικῶν ῥητόρων...* Ἐπεξεργασθέντες καὶ ἐκδοθέντες ὑπό N. Δ., Viena, 1813 *(S, O)*.

I. Bekker, *Oratores Attici* ex recensione I. B., vol. IV, Berlín, 1823 *(S, O)*.

—, *Oratores Attici* ex recensione I. B., vol. V, Berlín, 1824 *(S, O)*.

G. S. Dobson, *Oratores Attici et quos sic vocant sophistae* opera et studio G. S. D., vol. IV, Londres, 1828 *(S, O)*.

H. Sauppe, *Oratores Attici.* Recens., adnot., scholia, fragmenta, indicem nominum addiderunt I. G. Baiterus et H. Sauppius,

[213] Al final de cada entrada se indica la obra editada mediante las siguientes abreviaturas: *S* = *Sobre los sofistas; O* = *Odiseo; M* = *Museo; Mús.* = *Sobre la música; frs.* = *fragmentos.*

fasc. VIII: *Fragmenta oratorum Atticorum,* coll. disp. add. H. S., Zúrich, 1848 *(S, O, frs.).*

K. MUELLER, *Oratores Attici,* vol. II: *Lycurgus, Gorgiae... Alcidamantis declamationes. Fragmenta oratorum Atticorum...,* Graece cum translatione reficta a C. Muellero, París, 1858 *(S, O).*

F. BLASS, *Antiphontis orationes et fragmenta adiunctis Gorgiae, Antisthenis, Alcidamantis quae feruntur declamationibus* edidit F. B., Leipzig, 1871 *(S, O).*

—, *Antiphon, Orationes et fragmenta. Adiunctis Georgiae Anthisthenis Alcidamantis declamationibus*, Leipzig, 1881[2] (=1892[2]), 183-205 *(S, O).*

W. CRÖNERT, «Die Hibehrede über die Musik», *Hermes* 14 (1909), 503-521 *(Mús.).*

T. W. ALLEN, *Homeri opera,* vol. V, Oxford, 1912 (reimpr. 1986), 218-238 *(M).*

U. VON WILAMOWITZ-MŒLLENDORFF (ed.), *Certamen Homeri et Hesiodi,* Bonn, 1916 *(M).*

J. W. WINTER, «A new fragment of the Life of Homer», *Trans. Amer. Philol. Assoc.* 56 (1925), 120-129 *(M).*

L. RADERMACHER, *Artium scriptores (Reste der voraristotelischen Rhetorik),* Viena, 1951, 132-147 *(S, O, frs.).*

B. TORTONESI, *Contro Palamede* (Scolastica Class., 8), Turin, 1967 *(O).*

G. AVEZZÙ, *Alcidamante. Orazioni e frammenti.* Testo, introd., trad. e note a cura di G. A. (Boll. Ist. Filol. Gr., Suppl. 6), Roma, 1982 *(S, O, frs.).*

A. BRANCACCI, «Alcidamante e PHibeh 13 “De Musica”. Musica della retorica e retorica della musica», en IDEM, F. DECLEVA CAIZZI (eds.), *Aristoxenica, Menandrea, fragmenta philosophica,* Florencia, 1988, 61-84 *(Mús.).*

M. L. WEST, «Analecta musica», *Zeitschr. Papyr. Epigr.* 92 (1992), 1-54, esp. págs. 16-23 *(Mús.).*

J. V. MUIR, *Alcidamas. The works and fragments.* Edited with introduction, translation, and a commentary by J. V. M., Londres, 2001 *(S, O, frs.).*

B) *Monografías y estudios*

H. Auer, *De Alcidamantis declamatione quae inscribitur ʼΟδυσσεὺς κατὰ Παλαμήδους προδοσίας,* Tesis, Münster, 1913.

G. Avezzù, «Il ms. Vaticano gr. 2207 nella tradizione dell' Epitafio lisiano e degli oratori attici minori», *Boll. Ist. Filol. Gr.* 3 (1976), 184-220.

O. A. Bamhauer, *s. v.* «Alkidamas», *Der Neue Pauly* 1 (1996), 503 (= *Brill's Neue Pauly* 1 [2002], 447).

K. Barwick, «Die 'Rhetorik ad Alexandrum' und Anaximenes, Alkidamas, Isokrates, Aristoteles und die *Theodekteia*», *Philologus* 110 (1966), 212-245.

F. Blass, *Die Attische Beredsamkeit,* 3 vols., Leipzig, $1892^3$ (reimpr. Hildesheim-Nueva York, 1979).

H. L. Brown, *Extemporary speech in Antiquity,* Tesis, Chicago, 1914.

J. Brzoska, «Alkidamas» (núm. 4), *Realencycl.* I 2 (1894), cols. 1533-1539.

T. Cole, *The Origins of Rhetoric in Ancient Greece,* Baltimore-Londres, 1991.

F. M. Cornford, «Hermes, Pan, Logos», *Class. Quart.* 3 (1909), 281-284.

H. Diels, «Gorgias und Empedokles», *Sitz. Preuss. Akad. Wiss.* 35 (1884), 343-368 (= *Kleine Schriften zur Geschichte der antiken Philosophie,* Darmstadt, 1969, págs. 159-184).

E. R. Dodds, «The Alcidamas-papyrus again», *Class. Quart.* n.s. 2 (1952), 187-188.

S. Dušanić, «Alcidamas of Elaea in Plato's *Phaedrus*», *Class. Quart.* n.s. 42 (1992), 347-357.

C. Eucken, *Isokrates. Seine Positionen in der Auseinandersetzung mit den zeitgenössischen Philosophen* (Untersuchungen zur antiken Literatur und Geschichte, 19), Berlín-Nueva York, 1983.

A. Ford, *The origins of criticism. Literary culture and poetic theory in Classical Greece,* Princeton-Oxford, 2002.

H. D. Foss, *De Gorgia Leontino commentatio. Interpositus est Aristotelis de Gorgia liber emendatius editus,* Halle, 1828.

S. FRIEMANN, «Überlegungen zu Alkidamas' Rede über die Sophisten», en W. KULLMANN, M. REICHEL (eds.), *Der Übergang der Mündlichkeit zur Literatur bei den Griechen* (Scriptoralia XXX, Serie A.9), Tubinga, 1990, págs. 301-315.

M. GAGARIN, «Probability and persuasion: Plato and early Greek rhetoric», en I. WORTHINGTON, (ed.), *Persuasion. Greek rhetoric in action,* Londres-Nueva York, 1994, págs. 46-68.

C. GALLAVOTTI, «Genesi e tradizione letteraria dell'*Agone tra Omero ed Esiodo*», *Riv. Filol. Istr. Class.* 57 (1929), 31-59.

S. GASTALDI, «La retorica del IV secolo tra oralità e scrittura. 'Sugli scrittori di discorsi' di Alcidamante», *Quad. Stor.* VII núm. 14 (1981), 189-225 (recogido en C. GHRIGA, R. ROMUSSI [trads.], *Isocrate. Orazioni,* Roma, 1993, págs. 5-40).

A. GERCKE, «Die alte ΤΕΧΝΗ ΡΗΤΟΡΙΚΗ und ihre Gegner», *Hermes* 32 (1897), 341-381.

—, «Die Replik des Isokrates gegen Alkidamas», *Rhein. Mus.* 62 (1907), 170-202.

M. GUILLÉN DE LA NAVA, «Reflexiones en torno al discurso contra los sofistas de Alcidamante de Élide», *Pensamiento* LVI 216 (2000), 469-476.

W. K. C., GUTHRIE, *Historia de la filosofía griega,* III, Madrid, Gredos, 1988 (ed. orig., Cambridge, 1969).

K. HELDMANN, *Die Niederlage Homers in Dichterwettstreit mit Hesiod,* Gotinga, 1982.

H. LL. HUDSON-WILLIAMS, «Impromptu speaking», *Greece & Rome* 18 (1949), 28-31.

O. JAHN, *Palamedes,* Hamburgo, 1836.

G. S. KIRK, «The Michigan Alcidamas-Papyrus; Heraclitus fr. 56 D; the riddle of the lice», *Class. Quart.* 44 (1950), 149-167.

A. KLEINGÜNTHER, *Πρῶτος Εὑρετής. Untersuchungen zur Geschichte einer Fragestellung,* Leipzig, 1933.

G. L. KONIARIS, «Michigan Papyrus 2754 and the *Certamen*», *Harv. Stud. Philol.* 75 (1971), 107-129.

A. KÖRTE, «Literarische Texte mit ausschluß der christlichen», *Arch. Papyrusforsch.* 8 (1927), 251-272 («Alkidamas Περὶ Ὁμήρου», págs. 261-265).

Y. Z. LIEBERSOHN, «Alcidamas' *On the sophists*: a reappraisal», *Eranos* 97 (1999), 108-124.

J. L. LÓPEZ CRUCES, P. P. FUENTES GONZÁLEZ, «Isocrate d'Athènes» (I 38), *DPhA* 3 (2004), 891-938.

A. LÓPEZ EIRE, «Literatura y vida pública: orígenes de la oratoria», en IDEM, C. SCHRADER, *Los orígenes de la oratoria y la historiografía en la Grecia clásica,* Zaragoza, 1994, págs. 11-73.

—, «Retórica y oralidad», *Logo* 1 (2001), 109-124.

D. M. MACDOWELL, «Gorgias, Alkidamas, and the Cripps and Palatine manuscripts», *Class. Quart.* n.s. 11 (1961), 113-124.

R. MARISS, *Alkidamas: über diejenigen, die schriftliche Reden schreiben, oder über die Sophisten. Eine Sophistenrede aus dem 4. Jahrhundert v. Chr. eingeleitet und kommentiert* (Orbis Antiquus, 36), Münster, 2002.

M. J. MILNE, *A study in Alcidamas and his relation to contemporary sophistic,* Tesis, Pennsylvania, 1924.

M. NARCY, *s. v.* «Alcidamas d'Élée» (A 88), *DPhA* 1 (1989), 101-110.

F. NIETZSCHE, «Das Florentinische Traktat über Homer und Hesiod, ihr Geschlecht und ihren Wettkampf», *Rhein. Mus.* 25 (1970), 528-540; 28 (1973), 211-249 (= G. COLLI, F. MONTINARI [eds.], *F. Nietzsche: Werke. Kritische Gesamtausgabe,* vol. II 1: *Philologische Schriften, 1867-1873,* Berlín-Nueva York, 1982, págs. 271-337).

E. NORDEN, *La prosa artística griega de los orígenes a la edad augústea,* México, 2000 (ed. orig. Leipzig, 1898; reimpr. Stuttgart-Leipzig, 1995).

N. O'SULLIVAN, *Alcidamas, Aristophanes and the beginnings of Greek stylistic theory* (Hermes Einzelschriften, 60), Stuttgart, 1992.

R. PFEIFFER, *Historia de la Filología Clásica,* vol. I, Madrid, Gredos, 1981 (ed. orig. Oxford, 1968).

G. J. PENDRICK, «Plato and ῥητορική», *Rhein. Mus.* 141 (1998), 10-23.

R. Renehan, «The Michigan Alkidamas-papyrus: a problem of methodology», *Harv. Stud. Philol.* 75 (1973), 85-105.

N. J. Richardson, «The Contest of Homer and Hesiod and Alcidamas' *Museion», Class. Rev.* n.s. 31 (1981), 1-10.

F. Solmsen, «Drei Rekonstruktionen zur antiken Rhetorik und Poetik», *Hermes* 67 (1932), 133-154, esp. págs. 133-144 (= R. Stark [ed.], *Rhetorika. Schriften zur aristotelischen und hellenistischen Rhetorik,* Hildesheim, 1968, 184-195).

L. Spengel, *Συναγωγή τεχνῶν sive Artium scriptores ab initiis usque ad editos Aristotelis de rhetorica libros,* Stuttgart, 1828.

W. Steidle, «Redekunst und Bildung bei Isokrates», *Hermes* 80 (1952), 257-296.

J. Svenbro, *La parola e il marmo. Alle origini della parola poetica,* Turín, 1984 (ed. orig., Lund, 1975).

Y. L. Too, *The Rhetoric of Identity in Isocrates. Text, Power, Ideology,* Cambridge, 1995.

A. Tordesillas, «Lieux et temps rhétoriques chez Alcidamas», *Philosophia* 19-20 (1989-90), 209-224.

M. Untersteiner (ed.), *Sofisti. Testimonianze e frammenti,* 4 vols., Florencia, 1967$^2$.

S. Usener, *Isokrates, Platon und ihr Publikum. Hörer und Leser von Literatur im 4. Jahrhundert v. Chr.* (ScriptOralia, 63), Tubinga, 1994.

J. Vahlen, «Der Rhetor Alkidamas», *Sitz. Wien* 43 (1863), 491-527 (= *Gesammelte philologische Schriften,* vol. I, Leipzig-Berlín, 1911 [reimpr. Hildesheim, 1970], págs. 117-155).

—, «Ueber einige Zitate in Aristoteles' Rhetorik», *Sitz. Preuss. Akad. Wiss.* 53 (1902), 166-194 (= *Gesammelte philologische Schriften,* vol. 2, Leipzig-Berlín, 1923 [reimpr. Hildesheim, 1970], págs. 619-651, esp. págs. 636-640).

M. Vallozza, «Καιρός nella retorica di Alcidamante e di Isocrate, ovvero nell'oratoria orale e scritta», *Quad. Urbin. Cult. Class.* n.s. 21 (1985), 119-123.

—, «Alcuni motivi del discorso di lode tra Pindaro e Isocrate», *Quad. Urbin. Cult. Class.* n.s. 35 (1990), 43-58.

L. VAN HOOK, «Alcidamas versus Isocrates: the spoken and the written word», *Class. Weekly* 12 (1919), 89-94.

E. VOGT, «Die Schrift vom Wettkampf Homers und Hesiods», *Rhein. Mus.* 102 (1959), 193-221.

G. WALBERER, *Isokrates und Alcidamas*, Tesis, Hamburgo, 1938.

M. L. WEST, «The Contest of Homer and Hesiod», *Class. Quart.* n.s. 17 (1967), 433-450.

U VON WILAMOWITZ-MŒLLENDORFF, «Lesefrüchte», *Hermes* 35 (1900), 534-536.

G. ZOGRAPHOU-LYRA, «Γοργία "Ὑπὲρ Παλαμήδους ἀπολογία", Ἀλκιδάμαντα "Ὀδυσσεύς κατὰ Παλαμήδους προδοσίας"· συγκριτική μελέτη· συμβολή στην έρευνα των σοφιστικών επιδείξεων», *Δωδώνη* (*Φιλολ.*) 20.2 (1991), 9-59.

# LA PRESENTE TRADUCCIÓN

Hemos seguido, básicamente, el texto de la edición de G. Avezzù, *Alcidamante. Orazioni e frammenti,* Roma, 1982, de la que nos hemos separado en contados pasajes. En concreto, en el discurso *Sobre los sofistas,* las divergencias son las siguientes:

| | AVEZZÙ | TEXTO ADOPTADO |
|---|---|---|
| 7 | τοῖς θάττοσιν | τοῖς θάσσοσιν (codd. X, Co, *prob.* Blass[2]) |
| | ὁμοδραμεῖν | ὁμοδρομεῖν (codd., *prob.* Blass) |
| 11 | †ἐναντίως ἔχουσιν ἀκριβῶς† | ⟨ἥτις⟩ ἐναντίως ⟨ἔχει λόγοις οὐκ⟩ ἔχουσιν ἀκριβῶς; (Mariss) |
| 16 | πράττοντα | πράσσοντα (codd. X, Co, *prob.* Blass[2]) |
| 18 | {καὶ τῶν ἐνθυμημάτων} καὶ ⟨τῶν⟩ συλλαβῶν | καὶ τῶν ἐνθυμημάτων {καὶ συλλαβῶν} (Vallozza) |
| 21 | πλάνον ζήτησιν | πλάνον καὶ ζήτησιν (cod. X, Ald., *prob.* Blass, Raderm.) |
| 28 | θεωρίας | εὐμορφίας (Dobree, *prob.* Muir) |

En el *Odiseo,* señalamos los siguientes desacuerdos:

| | AVEZZÙ | TEXTO ADOPTADO |
|---|---|---|
| 3 | ἰδίᾳ φιλεταιρίᾳ χρησάμενον | φιλεταιρίαν, φιλοτιμίαν χαρισάμενον (Raderm.) |
| | χρήματα | ⟨ἢ⟩ χρήματα (Sauppe, Raderm.) |
| 12 | ⟨...⟩ ὅς τυγχάνει | τυγχάνει ὅς (A, *prob.* Blass) |
| | πράττειν | πράττει (Blass) |
| 19 | ἀφικομένου | ἀποιχομένου (MacDowell) |

En cuanto a los fragmentos, hemos seguido la edición de Avezzù, salvo para los frs. 6 (Winter) y *34 (Crönert). Las discrepancias son éstas:

| FR. | AVEZZÙ, WINTER, CRÖNERT | TEXTO ADOPTADO |
|---|---|---|
| 6, 15-16 | ποιήσομεν | πειράσομαι (Avezzù) |
| 6, 19-20 | ἀποδιδῶ[μεν | ἀποδιδο[ύς (West) |
| 6, 20 | ἀγ]ῶνος | γ]ένος (Page) |
| 6, 23 | παραδῶ[μεν | παραδώ[σω (West) |
| 32 | καὶ οὕτως· «ἔξεδρον... | καί· «οὕτως ἔξεδρον |
| *34 | τοὺς Θε[ρμοπύλ]ησι | τοὺς θύ[οντας Θερμοπύλ]ησι (West) |

# ABREVIATURAS

| | |
|---|---|
| Bernabé | A. Bernabé (ed.), *Poetae Epici Graeci. Testimonia et fragmenta,* vol. I, Leipzig, 1996$^{2}$. |
| D.-K. | H. Diels, W. Kranz (eds.), *Die Fragmente der Vorsokratiker,* Berlín, 1959-1960$^{9}$. |
| *DPhA* | R. Goulet (ed.), *Dictionnaire des philosophes antiques,* París, 1989 ss. |
| Giann. | G. Giannantoni (ed.), *Socratis et Socraticorum reliquiae,* 4 vols., Roma 1990$^{2}$. |
| Jacoby | F. Jacoby (ed.), *Die Fragmente der griechischen Historiker,* Leiden, 1923-1958. |
| K.-A. | R. Kassel, C. Austin (eds.), *Poetae comici Graeci,* Berlín-Nueva York, 1983 ss. |
| Kern | O. Kern (ed.), *Orphicorum fragmenta,* Berlín, 1922. |
| M.-W. | R. Merkelbach, M. L. West (eds.), *Fragmenta Hesiodea,* Oxford, 1967. |
| N$^{2}$ | A. Nauck (ed.), *Tragicorum Graecorum fragmenta,* Leipzig, 1889$^{2}$ (reimpr. Hildesheim, 1964). |
| Page | D. L. Page (ed.), *Poetae melici Graeci,* Oxford, 1962. |
| Sn.-M. | B. Snell, H. Maehler (eds.), *Pindarus,* 2 vols., Leipzig, 1975$^{4}$-1984$^{7}$. |

| | |
|---|---|
| *SVF* | H. von Arnim (ed.), *Stoicorum veterum fragmenta,* 3 vols., Leipzig, 1903-1924. |
| Us.-Rad. | H. Usener, L. Radermacher (eds.), *Dionysii Halicarnassei quae exstant,* vol. VI, Leipzig, 1899 (reimpr. 1965). |

# TESTIMONIOS

## A) MAESTRO Y DISCÍPULOS

**1** [T 2 A.] *Suda, s. v.* Alcidamante

Alcidamante: Elaíta, de la Elea asiática[1], filósofo, hijo de Diocles, autor de tratados de música[2] y discípulo de Gorgias de Leontinos.

---

[1] Avezzù, pág. 1, a partir de un pasaje de Ateneo *(infra,* test. 9), ha corregido el gentilicio de Alcidamante, mal transmitido por los mss. de la *Suda* como *Eleátēs* —es decir, de la Elea italiota—, en *Elaítēs,* de la Elea asiática. Según Est. Biz., *Étnicos, s. v.* «*Elaía*», la ciudad, también llamada Cidénide, estaba en Eolia y servía de puerto a la vecina Pérgamo.

[2] Según la *Suda,* los tratados musicales son de Diocles. Sin embargo, Gutschmid (cf. Avezzù, pág. 1, *app. cr.)* supuso una corrupción del texto, en el que originariamente se habría dicho: «... hijo de Diocles, autor del *Museo*», de modo que la indicación se referiría a Alcidamante, no a su padre; han suscrito su propuesta Gallavotti, «Genesi e tradizione», pág. 38, nota 1, y Brancacci, «Alcidamante e PHibeh 13», pág. 79, nota 41. Con todo, no hace falta corregir la descripción de la obra, pues *mousiká* puede ser tanto una denominación alternativa del *Museo* como una referencia al tratado de crítica musical cuyos restos se conservan en el *Pap. Hibeh* 13, atribuido convincentemente a nuestro autor (fr. *34).

2 [T 3 A.] *Suda, s. v.* Gorgias

Gorgias: [...] maestro de Polo de Agrigento, de Pericles, de Isócrates y de Alcidamante de Elea, quien, además *(sc.* de sus enseñanzas), recibió de él en sucesión su escuela.

3 [T 4 A.] Pseudo Luciano, *Encomio de Demóstenes* 12

Pero seguro que en este punto *(sc.* los maestros de Demóstenes) tú tienes a tu disposición mucha información sobre Calístrato, y brillante es el elenco de Alcidamante, Isócrates, Iseo y Eubúlides[3].

4 [*ad* F 12 A.] Pseudo Plutarco, *Vida de los diez oradores (Demóstenes)* 844c

Como dice Ctesibio[4] en su tratado *Sobre la filosofía*, Demóstenes, tras procurarse los discursos de Zoilo de Anfípolis[5] por medio de Calias de Siracusa, y los de Alcidamante por medio de Caricles de Caristo, los repitió[6].

---

[3] El magisterio de Alcidamante que aquí se da a entender se reduce en los demás testimonios (4, 5 y 13) a la lectura por parte de Demóstenes de sus discursos; cf. Narcy, «Alcidamas d'Élée», pág. 102.

[4] Ctesibio de Calcis fue un filósofo de la corte del rey macedonio Antigono Gonatas, discípulo del erístico Menedemo de Eretria según Antígono de Caristo, fr. 30, pág. 29 Dorandi.

[5] Sofista y filósofo del siglo iv a. C., discípulo del rétor Polícrates. Escribió una historia universal desde sus orígenes, asi como obras de ataque contra diversas personalidades, como Platón, Isócrates y, sobre todo, Homero. Eliano *(Hist. var.* XI 10) procura la información de que fue llamado «orador cínico», lo que lo aproxima a Alcidamante, caracterizado quizás como cínico por Luciano (cf. *infra,* test. *22). El nombre de Zoilo en este pasaje es fruto de una corrección de Reinesius —los manuscritos dan «Zeto»— que ha recibido un respaldo generalizado.

[6] Hasta memorizarlos. La noticia deriva de Ctesibio por mediación de Plutarco (cf. test. 13), pero se habla aquí en general de «discursos» *(lógoi),* no de «discursos modélicos» o «tratados de retórica» *(téchnai).* De Calías de Siracusa y Caricles de Caristo nada sabemos por otras fuentes.

5 [T 5 A.] *Suda, s. v.* Demóstenes

Siguió *(sc.* Demóstenes) las lecciones de Iseo, el discípulo de Isócrates, y se sirvió de los discursos de Zoilo de Anfípolis[7], quien ejercía como sofista en Atenas, de los de Polícrates[8] y Alcidamante, el discípulo de Gorgias, y, sin duda, de los del propio Isócrates.

6 [T 6 A.] PSEUDO PLUTARCO, *Vida de los diez oradores (Esquines)* 840b

Escuchó *(sc.* Esquines), según dicen algunos, las enseñanzas de Isócrates y de Platón, pero, según Cecilio, las de Alcidamante[9].

7 [T 7 A.] FOCIO, *Biblioteca,* cód. 61, pág. 20a40 ss.

Dicen que éste *(se.* Esquines) siguió las enseñanzas de Platón y fue discípulo de Alcidamante[10], y que prueba de lo uno y lo otro son a lo largo de los discursos de Esquines la grandeza de las palabras y la solemnidad de su invención[11].

---

[7] Cf. test. 4.

[8] Polícrates de Atenas (440-370 a. C.) debe su fama como rétor a la redacción de una *Acusación de Sócrates,* al poco tiempo del juicio y la condena a muerte del sabio. Al igual que Alcidamante, escribió elogios paradójicos, como el de la sal o aquellos otros que dedicó a rehabilitar a personajes míticos tradicionalmente vilipendiados, como Busiris o Helena.

[9] CECILIO DE CALACTE, fr. 126 OFENLOCH. Sobre el estilo de Esquines, cf. FILÓSTR., *Vidas de los sofistas* II 23, 14-23 KAYSER$^2$; *Escolios a Esquines,* págs. 5-6 SCHULTZ; FOCIO, *Bibl.,* cód. 61, pág. 20b8 HENRY (= ALCID., test. 9a-c AVEZZÙ).

[10] Los manuscritos dan el nombre de Antálcidas para el segundo maestro de Esquines. El magisterio de Alcidamante resulta de una corrección del texto de Focio debida a Ruhnken.

[11] En griego *plásmata,* término que desde JENÓE., fr. 1, 22 D.-K., sirve para designar las creaciones de los poetas. Cf. FORD, *The origins...,* págs. 46-49 y 231.

**8** [T 8 A.] *Suda, s. v.* Esquines (núm. 2)

Esquines: ... Discípulo en retórica de Alcidamante de Elea. [...] Fue el primero de todos que se ganó la fama de hablar divinamente gracias a su improvisación, como si estuviera inspirado.

## B) OBRAS

**9** [T 1 A.] ATENEO, *Banquete de los eruditos* XIII 592c

También Alcidamante de Elea, el discípulo de Gorgias, escribió un *Encomio de Nais,* la hetera [12].

**10** [T 14 A.] MENANDRO EL RÉTOR, *Sobre los discursos epidícticos* III 346, 17-19 SPENGEL

Se ha de saber también que de los encomios, unos son gloriosos *(éndoxa),* otros, oscuros *(ádoxa),* y otros, paradójicos *(parádoxa).* [...] Paradójicos, como, por ejemplo, el *Encomio de la muerte* de Alcidamante o el *Encomio de la pobreza* o *Encomio de Proteo, el perro* [13].

---

[12] Nais fue una cortesana muy famosa en la época. Según ATENEO, *Banquete de los eruditos* XIII 592d, la mencionaron LISIAS en el discurso *Contra Filónides* (fr. 245 BAITER-SAUPPE = 265 FLORISTÁN), de autoría controvertida, así como ARISTÓFANES en *Gerítades* (fr. 179 K.-A.) y *Pluto* 179. En este último verso los manuscritos dan unánimemente «Lais», el nombre de otra cortesana, pero puede que Ateneo tenga razón, ya que Lais era demasiado joven cuando el estreno de esa comedia y, de hecho, un escolio critica el anacronismo; cf. AVEZZÙ, p. 67.

[13] Sobre la caracterización pindárica de Pan como un perro, cf. *infra,* fr. *38.

**11** [*ad* T 14 A.] CICERÓN, *Disputaciones tusculanas* I 48, 116

Así Alcidamante, un rétor antiguo muy famoso, escribió también un *Encomio de la muerte,* que consiste en una enumeración de los males de los hombres; le faltaron aquellos argumentos que los filósofos recopilan con mayor refinamiento, pero no le faltó riqueza expresiva.

**12** [*ad* T 14 A.] TZETZES, *Historias* XI 737-744 LEONE

Semejantes encomios y vituperios escriben muchos; / por ejemplo, un *Encomio de la Muerte* escribió Alcidamante, / el de Elea, que fuera contemporáneo de Isócrates. / Y Tzetzes, al igual que Alcidamante de Elea, / ha compuesto, compone y pronuncia con esmero / innumerables encomios de la muerte para bien de todos / y, aunque ha leído muchos discursos de Alcidamante, / no ha dado con su *Encomio de la muerte.*

**13** [*ad* F 12 A.] PLUTARCO, *Vida de Demóstenes* 5, 7

En cambio, Hermipo[14] dice haberse encontrado con unos tratados anónimos en los que se cuenta que Demóstenes fue alumno de Platón y que sacó el mayor beneficio para sus discursos. Recuerda también que Ctesibio[15] sostenía que Demóstenes había recibido de Calias de Siracusa[16] y de algunos otros a escondidas los tratados de retórica de Isócrates y de Alcidamante para estudiarlos a fondo.

---

[14] Fr. 71 WEHRLI; cf. *supra,* test. 3-5, y BLASS, *Attische Beredsamkeit,* vol. II, pág. 348, quien considera la noticia apócrifa.

[15] Sobre Ctesibio, cf. *supra,* nota al test. 4.

[16] Nada sabemos sobre este personaje.

## C) JUICIOS LITERARIOS

**14** [T 10 A.] Aristóteles, *Retórica* III 3, 1405b35-1406b14

La frialdad del estilo[17] resulta de cuatro causas: de las palabras compuestas, como, por ejemplo, [...] Alcidamante...[18]. Ésta es una primera causa; otra es hacer uso de palabras extravagantes *(glôttai);* por ejemplo, [...] Alcidamante habla de...[19]. Una tercera causa está en usar epítetos largos o inoportunos o frecuentes. En efecto, en poesía conviene decir «blanca leche»; en cambio, en el discurso algunos de esos epítetos resultan muy inapropiados, mientras que otros, si se abusa de ellos, denuncian y evidencian que se trata de poesía; porque, ciertamente, hay que utilizarlos, por salirse de lo acostumbrado y dar un toque inusual al estilo, pero hay que guardar la medida, ya que producen un mal mayor que hablar atolondradamente: en efecto, mientras que esto no está bien, lo otro está mal. Por eso las obras de Alcidamante parecen frías, porque no utiliza los epítetos como condimento, sino como plato fuerte[20], de tan profusos, grandilocuentes y obvios que son, como...[21]. Por ello, los que hablan poéticamente, con su impropiedad producen ridiculez y frialdad, y también oscuridad a causa de la palabrería, porque cuando uno amontona palabras sobre quien ya ha comprendido, destruye la claridad con el ensombrecimiento

[17] Por 'frialdad' *(psychrótēs)* se entiende la expresión rebuscada y antinatural; cf. Ps. Longino, *Sobre lo sublime* 3-4.

[18] Cf. *infra,* frs. 15-18.

[19] Cf. *infra,* frs. 19-21.

[20] Juego de palabras entre *hēdýsmati* ('condimento') y *edésmati* ('comida', 'plato fuerte').

[21] Cf. *infra,* frs. 22-31.

[...]. Y, además, un cuarto tipo de frialdad resulta de las metáforas, porque también hay metáforas inadecuadas, las unas, por su ridiculez —ya que también los comediógrafos emplean metáforas— y las otras, por su carácter excesivamente solemne y trágico, y, además, pierden claridad cuanto más se alejan *(sc.* sus términos). Por ejemplo, [...] como dice Alcidamante, ...[22]. Todos estos pasajes no producen ninguna convicción a causa de lo dicho.

**15** Demetrio, *Sobre el estilo* 12

Un tipo de estilo recibe el nombre de 'periódico'[23], que es aquel que consta de períodos, como el de los discursos retóricos de Isócrates, Gorgias y Alcidamante —pues todos ellos no son, ni más ni menos, que un período detrás de otro— o como la poesía de Homero, a base de hexámetros.

**16** [T 13 A.] Dionisio de Halicarnaso, *Sobre Iseo* 19

Quiero ahora dedicar mi discurso a los restantes oradores, para que nadie crea que, a pesar de ser famosos y dignos de un renombre no modesto, yo los he dejado de lado por ignorancia [...]. Deliberadamente he dejado de lado a aquellos que sé que tuvieron menos éxito en estos estilos *(sc.* en la elaboración poética y la dicción elevada y ceremoniosa), porque veo que Gorgias de Leontinos se apartaba de lo moderado y en muchos pasajes se volvía pueril, mientras que Alcidamante, su discípulo, tenía un estilo más recargado y huero.

---

[22] Cf. *infra,* frs. 32-33.

[23] O 'correlativo' (gr. *léxis katestramménē).* Según Aristóteles *(Ret.* III 9, 1409a36-38), el período es «la expresión que tiene en sí misma un principio y un fin propios, así como una extensión abarcable de una mirada» (trad. de Q. Racionero).

**17** [*ad* F 12 A.] DIONISIO DE HALICARNASO, *Primera carta a Ameo* I 2

Pues bien, he hecho esto, queridísimo Ameo, [...] para que quienes estudien oratoria civil no asuman que la filosofía peripatética abarca toda la teoría retórica y que Teodoro, Trasímaco y Antifonte no descubrieron nada digno de mención, ni siquiera Isócrates, Anaxímenes y Alcidamante[24], ni tampoco los autores de preceptos y los cultivadores de la retórica que convivieron con estos hombres: Teodectes, Filisco, Iseo, Cefisodoro, Hiperides, Licurgo, Esquines, etc.

**18** [T 12 A.] FILODEMO, *Retórica* IV, vol. I, pág. 180, 15-25 SUDHAUS

Por ello, es forzoso que el autor que se dedique a la filosofía examine cómo y de dónde surge el lenguaje figurado y, a la vez, de qué modo se organizan los discursos naturales[25], o resultará vano que analice cómo escoger lo uno y evitar lo otro. Ha habido muchos que, aun ocupándose de la educación y de todos los saberes[26], no sólo no se atuvieron a los principios que acabo de decir, sino que, además, en las metáforas se aproximaron mucho a los sofistas influidos por

---

[24] BLASS, *Attische Beredsamkeit,* vol. II, pág. 348, nota 1, considera poco fundada la mención de Alcidamante en este elenco; nótese, sin embargo, que aparece separado de los tratadistas de retórica.

[25] Es decir, aquellos que se usan corrientemente y que no han sido objeto de embellecimiento retórico, que son los que debe usar el filósofo; cf. el resumen del libro IV de la *Retórica* que ofrece M. ERLER, «Philodem aus Gadara», en H. FLASHAR (ed.), *Die Philosophie der Antike,* vol. IV 1, Basilea, 1994, págs. 289-362, en concreto págs. 305-306. AVEZZÙ, pág. 68, traduce *physikoì lógoi* como «tratado científico».

[26] En *Sof.* 1, Alcidamante censura a quienes «han descuidado saberes y aprendizajes *(historías... kaì paideías)*».

la retórica, por lo menos a algunos de ellos, como Alcidamante, Hegesias, Clitarco y Demetrio de Alejandría[27].

**19** [T 15 A.] QUINTILIANO, *Institución oratoria* III 1, 8-10

Con él *(sc.* Gorgias) coincidieron Trasímaco de Calcedonia, Pródico de Ceos, Protágoras de Abdera [...] y Alcidamante de Elea, a quien Platón llama «Palamedes»[28].

---

[27] Del reproche se deduce que Alcidamante pretendió ser un filósofo, pero no hizo uso del lenguaje adecuado. Sobre el mal empleo de las metáforas, cf., en general, Ps. LONGINO, *Sobre lo Sublime* III 2. Hegesias de Magnesia o Sípilo (s. IV-III a. C.) fue un rétor e historiador afecto a los juegos de palabras, rimas y metáforas, que mereció la consideración de fundador del estilo asiánico. Debemos a DIONISIO DE HALICARNASO *(Comp. verb.* 4, 78-80 y 18, 115-208 Us.-RAD.) un juicio severo de su estilo como afectado y bajo, carente de nervio y de ritmo y tendente a revestir lo dicho de falta de seriedad. Clitarco fue un historiador alejandrino, considerado precursor del asianismo. En cuanto a Demetrio de Alejandría, debe de ser el historiador y geógrafo de Calatis de fines del siglo III a. C., cuyo estilo, como el de Hegesias, es censurado por DION. HALIC., *ibid.* 4, 111 Us.-RAD.

[28] Quintiliano entiende que la mención del «Palamedes eleático» en PLATÓN, *Fedro* 261d (cf. test. *20) es una alusión velada a Alcidamante, autor del discurso de *Odiseo contra Palamedes por traición* y, paradójicamente, detractor de la escritura inventada por este héroe argivo; cf. AVEZZÙ, pág. 70, y MARISS, *Alkidamas,* págs. 16-18. La crítica ha negado validez al testimonio en la idea de que, primero, Platón no habla de alguien de la Elea asiática —*Elaítēs,* lo cual cuadraría con el rétor—, sino de la Elea italiana y, más concretamente, de un representante de su escuela filosófica *(Eleatikós),* sea Zenón o Parménides; segundo, Zenón es, según Aristóteles, el inventor de la dialéctica, y Palamedes es un inventor, lo que abonaría la identificación. Si ambos argumentos son válidos, la identificación con Palamedes no pasaría de ser un comentario marginal erróneo que ha penetrado en el texto de Quintiliano; cf. *e. g.* MUIR, pág. XXIII, nota 9. Con todo, la validez del testimonio ha sido defendida por MILNE, *A study...,* págs. 17-18, y DUŠANIĆ, «Alcidamas», págs. 349-351. Básicamente, dos argumentos sustentan su posición: primero, la confusión que se achaca a Quintiliano de leer *Elaítēs* en vez de *Eleatikós* es impropia de un gran conocedor de los diálogos platónicos dedicados a la retórica —aunque, como hemos señalado, puede tratarse de un añadido a su obra—; segundo,

## D) TESTIMONIOS DUDOSOS

***20** [*ad* T 15 A.] PLATÓN, *Fedro* 261a8-c4, d6-e10[29]

SÓCRATES. — ¿No sería el arte retórica en su conjunto una suerte de seducción de las almas por medio de la palabra, no sólo en los tribunales y en las restantes reuniones públicas, sino también en las privadas[30], siendo una y la misma para asuntos pequeños y grandes y sin que su uso correcto sea más estimable en los asuntos serios que en los banales? ¿O cómo has oído tú estas cosas?

FEDRO. — No así, por Zeus, desde luego, sino de otro modo: que es sobre todo en los juicios donde se habla y se escribe con ese arte, y que también se habla así en las arengas; aparte de eso no he oído nada.

SÓCRATES. — Pero, ¿es que sólo has oído hablar de los tratados de oratoria de Néstor y Odiseo, que compusieron ambos en Ilión en sus ratos de ocio, pero no has oído nada de los de Palamedes?

---

el «Palamedes eleático» es presentado por Sócrates como autor de tratados retóricos, lo que no cuadra ni con Parménides ni con Zenón. Es, pues, posible que el nombre de Palamedes ocultara tanto a Zenón como a un rétor que cultiva su concepción de la dialéctica, como Alcidamante. De ser así, Quintiliano daría fe de una tradición que reconoció en el pasaje platónico a Alcidamante y que coexistió con otra que vio en él sólo a Zenón.

[29] Cf. la nota anterior.

[30] Una expresión muy cercana se lee en ALCID., *Sof.* 9. Esta inclusión de un tercer ámbito de aplicación de la retórica, que Fedro desconoce y Sócrates considera peculiar del «Palamedes eleático», reaparece en la *Retórica a Alejandro* (§§ 37, 3 y 38, 1); cf. MILNE, *A study...*, pág. 17; BARWICK, «Die Rhetorik ad Alexandrum», pág. 219.

FEDRO. — Pues no, por Zeus, y nada de los de Néstor, a menos que disfraces a Gorgias de Néstor, o a Trasímaco y Teodoro de Odiseo[31].

SÓCRATES. — Tal vez. [...]

Y, en cuanto al Palamedes eleático, ¿no sabemos que hablaba con arte, de modo que parecía a quienes lo escuchaban que unas mismas cosas eran semejantes y desemejantes, únicas y múltiples, quietas y en movimiento[32]? 261 d

---

[31] La ignorancia de Fedro se explica por razones cronológicas: el rétor llamado *Palamedes* ha aparecido en el panorama ateniense después que los demás, consagrados en tiempos de Sócrates. Según DUŠANIĆ, «Alcidamas», pág. 351 y nota 41, el hecho de que Platón no revele su identidad es un indicio de que era una personalidad que, a diferencia de las demás, seguía viva en el momento de publicación del diálogo, lo cual avalaría la identificación con Alcidamante. Sin embargo, cf. MARISS, *Alkidamas,* pág. 17, quien interpreta su separación cronológica de los demás rétores en sentido contrario.

[32] Los estudiosos han identificado al personaje con Parménides (P. FRIEDLÄNDER, *Platon,* Berlín, 1975[3], vol. III, págs. 215-216) y, mayoritariamente, con su discípulo Zenón *(e. g.* L. ROBIN, «Notice», en C. MORESCHINI [ed.], *Platon. Phèdre,* París, 1985, págs. CLXXXIX-CXC). Esta segunda identificación es antigua: cf. DIÓG. LAERC., IX 25; también VIII 57, donde, a partir del testimonio del *Sofista* de ARISTÓTELES (fr. 1 Ross), se atribuye al filósofo la invención de la dialéctica. Con todo, aunque Zenón pusiera las bases de la dialéctica, ni su maestro ni él escribieron, que sepamos, tratados retóricos, ni siquiera entendiendo por tales discursos modélicos con indicaciones sobre la elocuencia. Sí lo hizo, en cambio, Alcidamante (cf. test. 13), quien definió restrictivamente la retórica reduciéndola a la dialéctica (fr. 8) y en quien muchos han creído reconocer un influjo de la tradición eleática, sobre todo por el interés que mostraba por Zenón en su *Discurso físico* (fr. 1 y fr. *37); cf. MILNE, *A study...,* págs. 17-18, y DUŠANIĆ, «Alcidamas», pág. 353; *contra* AVEZZÙ, pág. 70, y MARISS, *Alkidamas,* págs. 16-18. Esto explicaría que Platón llamara a Alcidamante «eleático», y, en tal caso, no haría falta postular una corrupción del gentilicio *Elaítēs* en *Eleatikós;* cf. DUŠANIĆ, *ibid.,* pág. 352, quien aduce ejemplos de denominaciones semejantes, como «Sócrates melio» en AR., *Nu-*

FEDRO. — Ciertamente.

SÓCRATES. — Entonces, el arte de la controversia no se da sólo en los tribunales y las arengas, sino que, según parece, hay un único arte sobre todo lo que se dice, si es que efectivamente lo hay, que puede ser aquél por el que uno tiene la capacidad de hacer que cualquier cosa sea semejante a todas las posibles ante todos los públicos posibles y de sacar a la luz cuándo otro establece la semejanza y se oculta[33].

***21** LAMPRIAS, *Catálogo de las obras de Plutarco,* núm. 69a SANDBACH

*Contra Alcidamante*[34].

---

*bes* 830, que busca acercar al sabio ateniense a Diágoras de Melos, el Ateo.

[33] El orador diestro sabe ocultar las diferencias entre las cosas contrarias para hacerlas semejantes.

[34] DUŠANIĆ, «Alcidamas», págs. 353-357, ha reconstruido una polémica platónica contra Alcidamante en el *Fedro,* que puede justificar la redacción del tratado plutarqueo contra él siglos más tarde. En primer lugar, vincula el interés de Alcidamante por las pruebas matemáticas de Zenón —que deduce del fr. *37, atribuido por Avezzù al orador— con la inventiva de Palamedes en el campo de las ciencias, y reconoce un *pendant* egipcio del héroe argivo en la figura de Theuth, el protagonista del mito final del *Fedro* (274c ss.), inventor del número y el cálculo, la geometría, la astronomía y, sobre todo, la escritura; cf. J. A. CLÚA, «Hermes, Theuth i Palamedes, protoi heuretai», *en Col.loqui sobre la figura mítica d'Hermes,* Barcelona, 1986, págs. 57-69. En segundo lugar, ve en la condena platónica de Alcidamante causas políticas, que colocarían al rétor junto a LISIAS, cuyo *Tratado sobre el amor* refuta Sócrates en el *Fedro* y cuyos intereses oratorios eran próximos a los de Alcidamante. Para otras posibles alusiones platónicas a Alcidamante en el *Fedro,* cf. MILNE, *A study...,* págs. 9-20.

*22 [*ad* T 14 A.] LUCIANO, *El banquete* 12-14, 16, 19, 35, 43-47[35]

En cuanto Cleodemo acabó de decir esto, irrumpió el 12
cínico Alcidamante, que no había sido invitado, haciendo aquella gracia vulgar de «Menelao, que acudió por su cuenta»[36]. A muchos les pareció que había obrado con desvergüenza, y a hurtadillas decían lo primero que les venía a la mente, uno, lo de «¡estás loco, Menelao!»[37], otro, «pero no le plugo en su ánimo al Atrida Agamenón»[38], haciendo cada uno un comentario distinto, gracioso y adecuado a la circunstancia. Sin embargo, ninguno se atrevió a decirlo en voz alta, pues temían a Alcidamante, que era verdaderamente «de recia voz guerrera»[39] y el más ruidoso de todos los cínicos, por lo cual se consideraba el mejor y el más temible de todos.

Aristéneto consintió y le pidió que tomara asiento junto 13
a Histieo y Dionisodoro. Pero él dijo: «¡Quita! Eso de sentarse en una silla o un diván es de mujeres y de afeminados; como vosotros, que os banqueteáis sobre ropas de púrpura,

---

[35] En el diálogo, Licino, el narrador, refiere el desarrollo de un agitado banquete de filósofos. El Alcidamante lucianesco tiene todas las trazas de ser un cínico inventado, y así lo entienden todos los editores de Luciano; cf. M.-O. GOULET-CAZÉ, *L'ascèse cynique. Un commentaire de Diogène Laërce VI 70-71,* París, 1986, pag. 246. Con todo, la elección del nombre del filósofo imaginario puede derivar —según AVEZZÙ, págs. 68-69— de la lectura de alguna obra de nuestro rétor. El hecho de que aquél asuma en el desenfrenado *Banquete* lucianesco el papel que Antístenes había ostentado en el moderado *Banquete* jenofonteo puede relacionarse con que Alcidamante escribiera, quizás, un *Encomio de Proteo, el perro* (test. 10), y Antístenes, fundador del cinismo, un tratado *Sobre Proteo.*

[36] Paráfrasis de *Il.* II 408, donde Menelao acude sin que lo inviten a un sacrificio de un buey que ofrece Agamenón a los aqueos más notables.

[37] *Il.* VII 109.

[38] *Il.* I 24 y 378.

[39] Calificativo aplicado a Menelao en *Il.* II 408; cf. *supra,* nota 36.

recostados casi boca arriba en esas camas blandas. Yo voy a cenar de pie, paseando por la sala del banquete, y, si me canso, extiendo el tabardo en el suelo y me tumbo apoyándome sobre el codo, tal como pintan a Heracles». «Si así lo prefieres, que así sea», dijo Aristéneto. Y a partir de ese momento fue cenando mientras daba vueltas en círculo, trasladándose en busca de pastos más abundantes, como los escitas[40], y rondando a los que servían las viandas. Pero no permaneció inactivo mientras comía: disertaba sobre la virtud y el vicio y se mofaba del oro y la plata; por ejemplo, preguntó a Aristéneto para qué quería tantos y tan grandes copones, cuando los de los alfareros valen igual. Y cuando comenzaba ya a resultar molesto, Aristéneto lo frenó momentáneamente haciendo un gesto a un esclavo para que le sirviera una enorme copa en la que hubiera escanciado vino sin aguar. Y parecía que había tenido una idea excelente, pero no sabía a cuántos males iba a dar comienzo aquella copa. Pues, en cuanto la tomó, Alcidamante se quedó callado un rato y, tirándose al suelo, se quedó medio desnudo, como había amenazado, y clavó el codo recto, mientras sostenía la copa con la mano derecha, tal como representan los pintores a Heracles en casa de Folo. [...]

16 El cínico Alcidamante, que ya estaba bebido, preguntó el nombre de la novia; pidió silencio con voz potente y, volviendo la vista a las mujeres, dijo: «¡Cleantis, brindo por ti en honor de Heracles, mi patrón!». Como todos se echaron a reír por eso, dijo: «¿Os habéis reído, escoria, porque he brindado por la novia en honor de nuestro dios Heracles? Pues debéis saber que, si no acepta mi brindis, jamás tendrá un hijo como yo, de fuerza indomable, pensamiento libre y tan recio cuerpo». Y al mismo tiempo siguió desnudándose, has-

[40] Pueblo nómada que habitaba al norte del mundo habitado.

ta las vergüenzas. De nuevo se rieron de ello los comensales, y él, enfadándose, se puso de pie con una mirada salvaje y enloquecida; estaba claro que no iba a mantener la calma por más tiempo. Y quizás hubiera atizado a alguien con el bastón de no ser porque trajeron oportunamente un enorme pastel: en cuanto le dirigió su mirada, se quedó más calmado, depuso su enojo y se lo fue zampando mientras paseaba. [...]

Los demás se reían cuando recibían burlas, pero cuando 19
lanzó (*sc.* el bufón) una pulla del estilo contra Alcidamante, diciéndole que era un perrito maltés[41], aquél se enojó —estaba claro que llevaba ya rato celoso de él, porque era bien considerado y, además, el rey del banquete—: tiró el tabardo y lo retó a una pelea, pues si no, le dijo, le atizaría con el bastón. Así que el pobre Satirión —que así se llamaba el bufón— se puso de pie y peleó con él. Y la cosa resultaba de lo más agradable: un filósofo enfrentándose con un bufón, dando golpes y recibiéndolos, alternativamente. De los presentes, unos sentían conmiseración y otros reían, hasta que Alcidamante se rindió a los golpes, derrotado por un hombrecillo bien entrenado. Muchas risas echaron a costa de ellos dos. [...]

El admirable Alcidamante llegó incluso a orinar en me- 35
dio, sin consideración hacia las mujeres[42]. [...]

Hermón y Zenótemis yacían juntos como queda dicho: 43
encima el uno, Zenótemis, y el otro, debajo de él. [...] A continuación se oyó un grito y cayeron al suelo golpeándose mutuamente en la cara con las aves; agarrándose de las barbas, pidieron ayuda, Hermón a Cleodemo, Zenótemis a Al-

[41] Diógenes el Cínico decía ser un perro maltés cuando estaba hambriento; cf. Dióg. Laerc., VI 55, y *Pap. Vindob. gr.* 29946, col. II Bastianini (= fr. 143 Giann.).

[42] Cf. Diógenes, fr. 146 Giann. (= Dióg. Laerc., VI 46).

cidamante y Dífilo. Y tomaron partido, unos por uno, otros
44 por otro, salvo Ión, que permaneció neutral. Y trabaron
combate. [...] Entretanto, Alcidamante se destacó comba-
tiendo del lado de Zenótemis: después de atizarle a Cleode-
mo en la cabeza con el bastón, le partió la mandíbula a
Hermón y dejó malparados a unos sirvientes que trataban de
45 socorrerlos [...] El mayor mal de todos era Alcidamante,
porque, en cuanto ponía en fuga a su oponente, golpeaba a
quienquiera que se le acercase. Y muchos, sábelo bien, hu-
46 bieran caído de no ser porque se le rompió el bastón. [...]
Finalmente, Alcidamante derribó la lámpara y produjo una
gran oscuridad, y, como era de suponer, la situación empeo-
ró mucho, porque no podían conseguir otra luz con facili-
dad, y muchas acciones tremendas tuvieron lugar en la oscu-
ridad. Cuando, en un momento dado, se presentó uno
trayendo una lámpara, Alcidamante se había apoderado de
la flautista, desnudándola y afanándose en tomarla por la
fuerza. [...]

47 Después de esto el banquete se dio por terminado. De nuevo, de las lágrimas pasaron a la risa a costa de Alcidamante, Dionisodoro e Ión. [...] Con los demás, Dionico hizo lo que pudo y se los llevó a dormir, vomitando la mayoría por las calles. Pero Alcidamante se quedó allí, pues no pudieron echar al individuo una vez que se echó sobre la cama y se durmió de lado.

# «SOBRE LOS QUE COMPONEN DISCURSOS ESCRITOS» O «SOBRE LOS SOFISTAS»

## SINOPSIS

Exordio (1-2)

- Acusación contra los llamados sofistas: no se preocupan de los saberes específicos; no saben dar discursos; se enorgullecen del dominio de la escritura y, por ello, reivindican para sí todo el arte de los discursos (1).
- La escritura es una actividad de segundo orden y menos honrosa que otras; la dedicación a ella es propia de poetas, no de sofistas (2).

Argumentos contra la escritura (3-28)

- Argumento 1º (3-5)
  - Es fácil y está al alcance de cualquiera, a diferencia de la improvisación (3-4).
  - Generalización: lo fácil se considera menos valioso (5).
  - Conclusión: la escritura es menos valiosa que la improvisación.
- Argumento 2º (6-8)
  - Quien sabe pronunciar discursos, sabe también escribirlos, pero no al revés (6).

Generalización: quien puede con lo difícil, también puede con lo fácil. Ejemplos deportivos (7).
Conclusión: El improvisador sabrá escribir bien, pero no al revés (8).

Argumento 3º (9-13)
La improvisación es útil en todas las circunstancias de la vida; la escritura, raras veces (9).
El discurso improvisado ofrece una ayuda rápida; la escritura precisa de mucho tiempo (10).
Inadecuación de la escritura a las asambleas y los tribunales y adecuación a un régimen tiránico (11).
El carácter elaborado del discurso escrito produce desconfianza (12); los mejores discursos escritos son los que se asemejan a los improvisados (13).
Conclusión: la improvisación supera a la escritura.

Argumento 4º (14-15)
La escritura genera incoherencia en la vida de quien la cultiva.
Primera causa: mezcla de forma anómala en el estilo partes elaboradas y partes corrientes (14).
Segunda causa: las facultades se poseen y se pierden según se tengan o no a mano materiales de escritura y tiempo para redactar (15).

Argumento 5º (15-17)
La práctica de la escritura está en proporción inversa a la facultad de hablar (15).
Torpeza y perplejidad del escritor a la hora de pronunciar discursos (16).
Símil del preso liberado, que sigue caminando como cuando llevaba grilletes en los pies (17).

Argumento 6º (18-21)
La improvisación sólo requiere memorizar el orden de los argumentos; la escritura exige además memorizar las palabras exactas (18).

Los argumentos son pocos e importantes; las palabras, muchas y corrientes (19).

Los olvidos se ocultan fácilmente al improvisar (20), pero quedan patentes al recitar un escrito (21).

Argumento 7º (22-23)

Los discursos escritos fallan en relación a las circunstancias, por ser más largos o más breves de lo deseado (22); no pueden prever las expectativas de los oyentes, mientras que quienes improvisan alargan o acortan su intervención sobre la marcha (23).

Argumento 8º (24-26)

Capacidad del discurso improvisado de incorporar sobre la marcha argumentos nuevos sin generar turbiedad (24); el discurso escrito, o no los incorpora o, en caso de hacerlo, enturbia el discurso (25).

Conclusión: nadie apreciará un arte que impide aprovechar los bienes que se presentan espontáneamente, que ayuda menos que el azar y vuelve peor a quien lo emplea (26).

Argumento 9º (27-28)

Los escritos no son discursos, sino imitaciones de discursos. Se asemejan a esculturas, estatuas y pinturas: producen deleite pero son inútiles (27), ya que, al tener una sola forma y una sola disposición, no se adecuan a las circunstancias (28).

El discurso improvisado se asemeja a un cuerpo real: es útil y versátil.

Objeciones de un interlocutor ficticio y refutación (29-33)

Objeciones (29)

Alcidamante critica la escritura mediante un escrito.

La calumnia, pero busca la fama que da.

Alabando la improvisación, se dedica a la filosofía.

Considera el azar más importante que la previsión.

Considera más cabales a quienes hablan con atolondramiento que a quienes planifican sus escritos.

Refutación (30-33)

Alcidamante no rechaza por completo la escritura, aunque la considere inferior a la improvisación (30).

La usa para demostrar que quien improvisa sabe también, con poco esfuerzo, redactar escritos.

La escritura sirve para seducir a las multitudes poco preparadas y para atraer alumnos que no estén acostumbrados al arte de la improvisación (31).

El progreso en el aprendizaje se observa mejor en la escritura que en la improvisación (32).

El escrito permite a su autor dejar memoria de sí.

Improvisar no es hablar atolondradamente, pues requiere prever y estructurar los argumentos (33).

Conclusión: las virtudes de la improvisación (34)

Genera oradores consumados.

Permite aprovechar las circunstancias.

Se granjea el favor del auditorio.

Propicia la agilidad mental y oculta los olvidos.

Es de utilidad para las necesidades de la vida.

1 Puesto que algunos de los llamados sofistas[43] han descuidado saberes y aprendizajes y son tan inexpertos como los profanos en la facultad de pronunciar discursos[44], pero se dan importancia y mucho se ufanan por haberse ocupado de redactar discursos y hacer ostentación de su sabiduría

[43] Cf. fr. *34, con un proemio polémico semejante. El ataque se dirige aquí contra quienes se arrogan el nombre, pero no dan el salto de la teoría a la práctica y ocultan su ignorancia de los saberes específicos *(historíai)* bajo un barniz de cultura general; cf. O'Sullivan, *Alcidamas,* pág. 90.

[44] Una expresión parecida para decir justamente lo contrario se lee en Isócr., XIII 9. Aquí «facultad» es sinónimo de «arte», como en Arist., *Ét. Nic.* 1094a10; cf. Pendrick, «Plato and ῥητορική», pág. 14, nota 18.

con medios inseguros[45], y, estando en posesión de una parte minúscula de la facultad retórica[46], reivindican el arte entera[47], por esta razón me dispongo a emprender una acusación[48] contra los discursos escritos, no porque estime que 2
me es ajena la capacidad de aquéllos, sino porque me enorgullezco más de otras actividades y creo que la escritura debe practicarse como una actividad de segundo orden, y sostengo que quienes consumen su vida en este cometido se encuentran muy lejos tanto de la retórica como de la filosofía[49], y creo que sería mucho más adecuado llamarlos artífices que sofistas[50].

---

[45] En griego *di' abebaíōn, lectio difficilior* que encuentra confirmación más adelante, cuando el rétor aclara que quien fía todo en la memoria, a menudo se queda callado sin saber qué decir (§§ 18, 21). Cf. PLATÓN, *Fedro* 275c, donde Sócrates critica a quien piensa que basta dejar algo por escrito para que quede «claro y firme» *(saphès kaì bébaion).* La mayor parte de los editores acepta la corrección de Reiske *dià biblíōn,* «mediante libros» cf. MARISS, *Alkidamas,* pág. 87-89.

[46] Es, seguramente, la primera aparición conservada del término 'retórica', usado en § 2 para designar una actividad distinta de la filosofía.

[47] Críticas semejantes se leen *infra,* § 15 y fr. *34, 10-13; cf. PLATÓN, *Fedro* 269bc; ISÓCR., XIII 4 (por sus semejanzas verbales) y 20, donde critica a los escritores de tratados de retórica, quienes han restringido la retórica política —el arte que él cultiva— a la simple oratoria judicial.

[48] Perífrasis por «acusar» *(katēgorêsai,* cf. § 29). Alcidamante utiliza un término judicial para oponerse a la reivindicación del arte retórica en su totalidad por parte de los logógrafos; cf. AVEZZÙ, pág. 75.

[49] Por filosofía debe entenderse, según MUIR, pág. 2, «tanto el tratamiento metódico de un tema [...] como la actividad humana implicada en esta dedicación [...]. Alcidamante, probablemente, no entendía por tal sino una buena cultura general aliada a la capacidad de emplearla para fines prácticos». AVEZZÙ, pág. 75, ve aquí una alusión velada a Isócrates, quien llamó 'filosofía' a sus enseñanzas y dedicó diez años a la composición del *Panegírico;* cf. *infra,* fr. 11.

[50] El término *poiētaí* es ambiguo; cf. Introducción general, pág. 16.

3 Pues bien, en primer lugar y a partir de ahí, uno podría despreciar la escritura tomando en consideración que es cosa fácil de abordar[51], sencilla y al alcance de cualquier naturaleza. En efecto, ponerse a hablar adecuadamente de improviso[52] sobre el asunto que surja, sirviéndose de una presta disponibilidad de argumentos y palabras[53] y, adecuándose atinadamente a las circunstancias ocasionales[54] y a los deseos de los hombres, pronunciar el discurso conveniente, no es propio de toda naturaleza ni de una formación cualquiera[55].
4 Por el contrario, tomarse mucho tiempo para escribir y corregir con dedicación, y, cotejando los escritos de los sofistas[56] precedentes, reunir de muchas partes argumentos en un solo escrito, e imitar los logros de lo que está bien dicho, corregir unos pasajes a partir del consejo de los profanos, y depurar y reescribir otros después de meditarlos una y otra

---

[51] Sólo aquí se da un uso metafórico del adjetivo *euepíthetos,* término del lenguaje militar que significa «fácil de atacar», «expugnable»; cf. RENEHAN, «The Michigan Alcidamas-papyrus», pág. 100.

[52] En griego *ek toû parautíka,* sintagma que Alcidamante emplea en §§ 8, 9 y 28 como un tecnicismo para referirse a la improvisación.

[53] «Argumentos» traduce *enthymḗmata,* que aparece en la retórica de la mano de Alcidamante e Isócrates y adquiere un sentido técnico fijo con ARIST., *Ret.* I 2, 1356b1-5. La rapidez se concibe como una virtud del discurso improvisado de los sofistas, pero para PLATÓN, *Eutid.* 303c, denota superficialidad. Sobre el origen deportivo de la metáfora de la velocidad, cf. MARISS, *Alkidamas,* págs. 106-107.

[54] Cf. *infra,* § 9.

[55] El modelo, como en §§ 15 y 31, es Gorgias, quien dejaba que sus diversos auditorios propusieran los temas de disertación. Desde Protágoras (fr. 3 D.-K.) se consideró que talento *(phýsis),* formación *(paideía)* y ejercitación *(melétē)* eran requisitos necesarios para lograr el éxito en la oratoria; cf. ISÓCR., XIII 14-15; XV 187-192; PLATÓN, *Fedro* 269d. Aquí se habla de los dos primeros, y del tercero, en §§ 11, 15, 26 y 34.

[56] O «sabios», en sentido no técnico. La selección de los aciertos de los escritores anteriores era una propuesta educativa habitual en la época: cf. JENOF., *Recuerdos de Sócrates* I 6, 14 (también III 10, 2) y Ps. ISÓCR., I 52.

vez consigo mismo, incluso a los ineducados les resulta fácil[57]. Todo lo bueno y lo bello es escaso, difícil y suele con- 5
seguirse con esfuerzo, mientras que lo vulgar y ordinario es de fácil adquisición[58], de manera que, puesto que escribir un discurso nos resulta más accesible que pronunciarlo, es razonable que su adquisición la consideremos de menor valía.

A continuación, nadie en su sano juicio puede descon- 6
fiar de que los oradores diestros[59], con poco que cambien la disposición de su espíritu, escribirán discursos adecuadamente[60], mientras que nadie confiaría en que quienes se han ejercitado en escribir discursos, por esa misma facultad vayan a ser también capaces de pronunciarlos. En efecto, es razonable que quienes llevan a cabo las tareas difíciles, cuando vuelven su atención a las que son más fáciles, estén en plenas condiciones de gestionar la realización de sus asun-

---

[57] Alcidamante asocia el proceso de selección y copia al plagio literario; cf. una crítica semejante en Platón, *Fedro* 278de. La víctima del ataque puede ser Isócrates; cf. Gercke, «Die alte ΤΕΧΝΗ ΡΗΤΟΡΙΚΗ», págs. 348-349 y «Die Replik», págs. 179-180, quien vio aquí un ataque contra la práctica escolar isocratea, descrita en *Panath.* XII 200-206, de leer sus discursos a sus discípulos, para ver si éstos los aprobaban o sugerían correcciones. Con todo, ya Hubík, «Alkidamas oder Isokrates?», pág. 235, y Raeder, «Alkidamas und Plato», pág. 271, hicieron ver que se dirige más bien a la práctica de la oratoria ática en general.

[58] Mediante una construcción deliberadamente desequilibrada (cf. Mariss, *Alkidamas,* págs. 121-122), Alcidamante expone un lugar muy común en su época: cf. *e. g.* Hes., *Trab.* 287-292; Demócr., fr. 182 D.-K.; Heród., III 116, 3; Jenof., *Recuerdos de Sócrates* I 6, 5; Plat., *Eutid.* 304b, y Arist., *Ret.* I 7, 1364a23-30.

[59] Hablar con destreza *(deinòs légein)* era el eslogan habitual de los sofistas y los maestros de escuela que aprendieron con ellos: cf. Platón, *Men.* 95c (sobre Gorgias), *Prot.* 312d; Isócr., XV 293.

[60] En el discurso el verbo *logographéō* tiene el sentido neutro de 'escribir discursos' frente al sustantivo *logógraphoi* (§ 13), tecnicismo para designar los 'autores profesionales de discursos escritos'. Con todo, Muir, pág. 45, ve aquí un doble sentido.

tos, pero a quienes se han ejercitado en las fáciles, la dedicación a las más difíciles se les presenta repelente y ardua[61]. Cualquiera podría comprender esto a partir de los siguientes
7 ejemplos[62]. El que es capaz de levantar una gran carga, cuando se aplica a las más ligeras, puede manejarlas con más facilidad, mientras que aquel cuya fuerza alcanza sólo para las ligeras no sería capaz de soportar ninguna de las más pesadas. Y otro ejemplo: el corredor de pies ligeros[63] puede, con facilidad, marchar al paso de los más lentos, pero el lento no sería capaz de correr a la misma velocidad que los más rápidos[64]. Además de éstos, el que lanzando la jabalina o la flecha es capaz de acertar en blancos lejanos, también acertará en los cercanos con más facilidad, pero quien sabe disparar a lo que está cerca no está claro que vaya a ser

---

[61] Una afirmación semejante se lee en Isócr., XV 49; cf. también Jenof., *Banquete* II 10. Se trata del lugar común de 'el más y el menos'; cf. Arist., *Ret.* II 1397b12 ss.; Quint., *Inst. Orat.* II 7, 3.

[62] Los supuestos ejemplifican el lugar común mediante los contrastes pesado/ligero, rápido/lento y lejos/cerca. Los dos primeros reaparecen en Arist., *Sobre el cielo* I 11, 281a7-17. Como recuerda Muir, pág. 46, la analogía retórica-atletismo ayudaba a atraer al aprendizaje de la retórica a los jóvenes, generalmente interesados por los deportes; cf. Alcid., fr. 25; Antifonte, *Tetral.* II 4-5; Isócr., XV 180-185; Platón, *Sof.* 231e, y, sobre la descripción de actividades mentales a partir de ejercicios físicos, O'Sullivan, *Alcidamas,* págs. 64-65.

[63] En gr. *podṓkēs,* epíteto homérico aplicado a Aquiles *e. g.* en *Il.* II 860 y 874, pero que en época clásica raras veces se aplica a personas.

[64] Con Blass, aceptamos el jonismo de los mss. *toîs thássosin* —y *prássonta* en § 16—, frente a los aticismos correspondientes que adopta Avezzù. «Correr a la misma velocidad» es en griego *homodromeîn,* que sólo aparece aquí, pero encuentra paralelos contemporáneos en *orthodromeîn* (Jenof., *Equit.* VII 14) y *stadiodromeîn* (Platón, *Teág.* 129a). Por el contrario, no existen paralelos para *homodrameîn,* corrección de Radermacher aceptada por Avezzù.

capaz de acertar en blancos lejanos[65]. Pues bien, lo mismo 8
pasa con los discursos: quien hace buen uso de ellos de improviso, no es poco evidente que con tiempo y dedicación será un distinguido creador de discursos escritos[66]; ahora bien, quien dedica su tiempo a la escritura, no deja de ser evidente que, cuando se pase a los discursos improvisados, acabará con la mente llena de perplejidad, extravío y turbación[67].

Más aún: considero que el pronunciar discursos es útil 9
siempre y en toda ocasión en la vida de los hombres, mientras que la facultad de escribirlos pocas veces resulta oportuna en ella[68]. Pues, ¿quién no sabe que improvisar un discurso al instante es indispensable tanto para los que hablan en la asamblea como para los que intervienen en los juicios y para quienes mantienen conversaciones privadas[69]? Y a menudo sobrevienen inesperadamente en los asuntos ocasiones en las que quienes se quedan callados pasarán con

---

[65] Las flechas en este ejemplo evocan el ardid que, según *Odiseo* 6, empleaba Palamedes para recibir información de los troyanos.

[66] En griego *logopoiós*. Por el contexto positivo en que aparece, el término no debe considerarse sinónimo de 'logógrafo', y ello a pesar de que Platón lo emplea con ese sentido en *Eutid.* 289de.

[67] Cf. § 2. Debemos a Alcidamante el uso técnico de *autoschediázein* y sus derivados para describir la improvisación; cf. fr. 6. Para una asociación semejante de escritura y turbación, cf. ESQUINES, II 35.

[68] La enseñanza de los sofistas y sus seguidores persigue el éxito práctico en la vida: cf. §§ 26, 27, 14 y 34, así como el fr. 33. VAHLEN, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 516 (seguido por USENER, *Isokrates*, pág. 16, nota 6), vio en esta insistencia un ataque velado contra Isócrates, quien pretende influir en la vida mediante la escritura; cf. *e. g.* III 30 y VI 36.

[69] Cf. PLATÓN, *Fedro* 261a (= ALCID., test. *20) y *Sof.* 222c; ISÓCR., XV 136; *Retórica a Alejandro* 92, 12-20 FUHRMANN. Según PLATÓN, *Gorg.* 452a, el sofista de Leontinos consideraba como su profesión el dominio del discurso en los tribunales y las asambleas, pero cabe añadir a estas competencias la destreza en las reuniones privadas (cf. *Hel.* 13).

razón por despreciables[70], mientras que a quienes hablan los vemos honrados por los demás, como si estuvieran dotados
10 de la misma inteligencia que un dios[71]. Cuando es preciso hacer entrar en razón a los que se equivocan, o consolar a los desventurados, o calmar a los irritados, o rebatir las acusaciones que se presentan inesperadamente[72], en esos momentos la facultad de pronunciar discursos puede ser un útil aliado en la necesidad de los hombres; en cambio, la escritura requiere de dedicación y prolonga el tiempo de sus intervenciones más allá de las ocasiones: mientras que éstas demandan una ayuda rápida en los debates, aquélla elabora los discursos con dedicación y lentitud. De modo que, ¿quién en su sano juicio se esforzaría por conseguir esta facultad,
11 que queda tan por debajo de las circunstancias? ¿Cómo no va a ser absolutamente ridículo que, cuando el heraldo pregunta: «¿Quién de los ciudadanos quiere hablar?»[73], o cuan-

---

[70] Sobre las ocasiones de los asuntos (gr. *kairoì pragmátōn),* cf. *supra,* § 3. Alcidamante asocia de nuevo silencio y logografía en §§ 15 y 21.

[71] El favor del pueblo es un atractivo añadido a la destreza oratoria; cf. § 29 y fr. 11. O'Sullivan, *Alcidamas,* pág. 73, ha relacionado esta consideración divina del orador con los honores que éste recibe en *Od.* VIII 173: «Lo miran como a una deidad cuando pasa entre el pueblo»; cf. fr. 28, que podría evocar una situación semejante a la de los versos inmediatamente anteriores de Odiseo (VIII 170-172; cf. Hes., *Teog.* 91).

[72] Tordesillas, «Lieux et temps», pág. 214, ha relacionado esta enumeración con Gorg., *Hel.* 8-14, donde se describe el poder del *lógos* de «acabar con el miedo, desterrar la aflicción, producir la alegría o intensificar la compasión» (§ 8; trad. de A. Melero; cf. Isócr., III 7-8). Algunas de estas actividades se tradujeron en tiempos de Alcidamante en tratados: Antifonte compuso uno sobre la *alypía,* i. e. la 'alegría', y Trasímaco, otro sobre el modo de calmar la cólera.

[73] Alcidamante reproduce la fórmula del heraldo *(Tís agoreúein boúletai?,* cf. *e. g.* Aristóf., *Acarn.* 45; *Tesmof.* 379; Demóst., XVIII 170), pero le añade «de los ciudadanos» para marcar el contraste entre la práctica democrática del discurso improvisado y la tiránica del discurso escrito.

do el agua ya está corriendo en los tribunales[74], el rétor se dirija a su tablilla para componer el discurso y aprendérselo de memoria? Porque, la verdad, si fuéramos tiranos de las ciudades[75], de nosotros dependería reunir los tribunales de justicia y deliberar sobre los asuntos comunes, de forma que convocaríamos a los demás ciudadanos a una audición de los discursos sólo cuando hubiéramos terminado de escribirlos[76]. Pero, dado que son otros quienes tienen esta potestad, ¿no es, entonces, una estupidez por nuestra parte emplear una modalidad de discursos distinta, ⟨que es contraria a los discursos que carecen de exactitud⟩[77]? En efecto, si los dis- 12

[74] Es decir, cuando ya está saliendo el agua de la clepsidra, una vasija con un agujero en su base con la que se medía el tiempo de las intervenciones. Éstas variaban, probablemente, entre los treinta y los dieciocho minutos para las intervenciones de los portavoces y entre doce y seis para los personajes de segunda fila; cf. Muir, págs. 11-12. Nótese que memorizar un discurso escrito en un juicio sólo podría tener sentido cuando uno intervenía en primer lugar, no cuando había que rebatir lo argumentado por el primer ponente.

[75] Cf. fr. 28, donde las leyes, fijas e inmutables por estar escritas, aparecen descritas como «soberanas *(basileîs)* de las ciudades».

[76] La tiranía elimina el derecho democrático a la palabra en los tribunales y las asambleas, y reduce al súbdito a la condición de espectador de unas palabras inamovibles. Cf. Eur., *Supl.* 426 ss. y Avezzù, págs. 77-78. Significativamente, Gorgias (fr. 23 D.-K.) había definido las representaciones teatrales como «audición y contemplación», y Aristóteles *(Ret.* I 3, 1358b2-8) distinguió al espectador de aquel que juzga sobre hechos pasados (tribunales) o futuros (asamblea). La lectura interior de un texto escrito se asimilará desde sus comienzos al espectador de una obra teatral: cf. J. Svenbro, «La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa», en G. Cavallo, R. Chatier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental,* Madrid, 2001 (ed. orig., Roma-París, 1997), págs. 67-108.

[77] La precisión *(akríbeia)* del artesano se da en los discursos escritos, que son más parecidos a poesías que a discursos. Para sanar el texto, adoptamos los suplementos de Mariss (cf. *Alkidamas,* págs. 176-178), que evitan tener que establecer a continuación la laguna que propone Avezzù.

cursos perfectamente acabados en sus términos, más semejantes a poesías que a discursos[78], alejados tanto de la espontaneidad como de una mayor semejanza a la verdad[79], y que parecen estar moldeados y ensamblados[80] con preparación, llenan de desconfianza e inquina las mentes de sus
13 oyentes, ⟨***⟩[81]. Y la mayor prueba: quienes escriben los discursos[82] para los tribunales rehúyen la exactitud y remedan el estilo de los que improvisan, y da la impresión de que cuando mejor escriben es cuando producen discursos lo menos parecidos a los escritos[83]. Y es que, cuando también los logógrafos consideran el colmo de la conveniencia imitar a quienes improvisan, ¿cómo no estar obligado a tener en la mayor estima aquel tipo de formación, gracias a la cual estaremos bien pertrechados para este género de discursos?

---

W. Krauss, «Nachgelassene textkritische Notizen», *Wien. Stud.* 113 (2000), 5-11, esp. pág. 10, propone eliminar el adverbio *akribôs* y suplir antes ⟨*hoi tôn anankaíōn*⟩, es decir: «... una modalidad distinta de discursos, que son contrarios a los que se necesitan?».

[78] Alcidamante reutiliza la distinción habitual en la época entre *poiḗmata* y *lógoi* (poesías y discursos en prosa, cf. Isócr., XV 45) para caracterizar los discursos escritos e improvisados, respectivamente.

[79] Cf. §§ 25 (espontaneidad) y 27 (proximidad a la verdad).

[80] Como indica Mariss, *Alkidamas,* págs. 183-184, lo «moldeado» es con frecuencia sinónimo de lo inventado y, en consecuencia, falso. Cf. *e. g.* Lisias, XII 48, donde aparecen los dos verbos.

[81] En la laguna, postulada por Radermacher, habría estado la oración principal que falta, cuyo sentido podría ser: «no surten el efecto deseado». Isócrates contesta a este ataque en *Panegírico* 11.

[82] Perífrasis equivalente a 'logógrafo', que aparece a continuación.

[83] Avezzù, pág. 78, ha relacionado el pasaje con el texto anónimo *Sobre la grandilocuencia (P. Oxy.* 410), donde, entre las indicaciones para lograr la persuasión, se recomienda servirse de expresiones «que no parezcan escritas, sino corrientes» *(mḕ gegramménais... allà idiōtikaîs),* así como dar la impresión de estar improvisando *(autoschediázein).* Sobre la *dissimulatio artis,* cf. Arist., *Ret.* III 2, 1404b18-21 y Mariss, *Alkidamas,* pág. 187.

También pienso que los discursos escritos merecen ser 14
rechazados[84] porque vuelven incoherente la vida de quienes los cultivan. En efecto, saberse de memoria discursos escritos sobre todos los asuntos entra dentro de lo imposible[85]; cuando uno improvisa unas cosas pero imprime otras *(sc.* en la mente)[86], un discurso que es tan desigual tiene por fuerza que procurar el reproche a quien lo pronuncia: unas partes parecen más próximas a la declamación teatral y la recitación rapsódica, mientras que las otras resultan vulgares y ordinarias al lado de la exactitud de aquéllas[87].

Portentoso es que quien reivindica como actividad pro- 15
pia la filosofía y promete educar a otros[88], sea capaz de hacer ostentación de su sabiduría si tiene a mano una tablilla o un libro, pero si queda privado de ellos, en nada quede mejor que los ineducados; y que sea capaz de producir un discurso si se le da tiempo, pero si ha de hacerlo de inmediato sobre un tema propuesto, se quede con menos voz que los profanos; y que ofrezca las artes de los discursos, cuando es evidente que no alberga en sí ni la más mínima facultad de

---

[84] *Apodokimázein* («rechazar», «desestimar», cf. § 30) es, de nuevo, un término del lenguaje judicial, como *katēgoreîn* en §§ 1 y 29; cf. Isócr., VIII 40, XII 29 y XV 203.

[85] De donde se deduce que la pretensión de los sofistas de saber hablar sobre todo (cf. *e. g.* Platón, *Sof.* 233ab, *Rep.* X 598cd) puede lograrse únicamente mediante la improvisación.

[86] El empleo metafórico de esta imagen de la orfebrería se encuentra ya en Gorg., *Hel.* 13 y 15, e Isócr., XIII 18. La heterogeneidad de esta mezcla se retoma en §§ 24-25.

[87] Rapsodas y actores son aquí exponentes de la imitación de un texto ajeno, fijado de antemano e inalterable.

[88] En el siglo iv a. C. el término 'filosofía' se define variamente para designar la actividad de las diferentes escuelas. La pretensión de ser educadores es constante entre los sofistas; cf. *e. g.* Platón, *Prot.* 317b: «Reconozco que soy sofista y educo a los hombres» (trad. de C. García Gual); también *ibid.* 349a, *Gorg.* 519e; Isócr., XIII 1, 10 y *Carta* IX 15.

hablar; y es que, efectivamente, la práctica de la escritura
16 provoca la mayor dificultad para hablar. Pues, cuando uno se ha habituado a componer los discursos con minuciosidad, a construir las expresiones con exactitud y ritmo[89], y a perfeccionar el estilo empleando un lento proceso mental, es inevitable que, cuando pase a los discursos improvisados, al hacer[90] lo contrario de lo que acostumbra, tenga la mente llena de perplejidad y alboroto[91], que se sienta a disgusto por todo y no se diferencie en nada de aquéllos a quienes les flaquea la voz[92] y, al no poder contar con una desenvuelta agudeza mental[93], nunca componga los discursos con flui-
17 dez y como a la gente le gusta. Ahora bien, igual que quienes después de muchos años se liberan de las cadenas no pueden caminar como los demás, sino que vuelven a las posturas y los pasos regulares[94] con los que se veían forza-

---

[89] Es la primera aparición del término 'ritmo' en un contexto retórico. La reflexión sobre el ritmo de la prosa artística suele atribuirse a Trasímaco, sofista del siglo v a. C. (cf. ARIST., *Ret.* III 8, 1409a1-2; CIC., *El Orador* 174-175; QUINT., *Inst. Orat.* IX 4, 87), aunque también a Isócrates (cf. CIC., *Sobre el orador* III 44, 173 y *Bruto* 32). Cf. además ISÓCR., XV 46, donde alaba el ritmo y la belleza formal de los discursos, que contribuyen a la claridad de los contenidos, y IX 10, donde critica que la métrica y el ritmo oculten la falta de contenidos.

[90] Sobre el jonismo *prâssonta,* cf. *supra,* nota 64 a § 7.

[91] Hay una relación de causalidad entre los dos términos: el embarazo del orador que no encuentra las palabras adecuadas se traduce en el alboroto del auditorio, que interrumpe al orador sin cesar.

[92] En griego *ischnóphōnos,* aplicado a quienes tienen una voz débil, balbucen o tartamudean. Se aplica a Isócrates en la *Vida de Isócrates* XXXIV 36 MATHIEU-BRÉMOND y en PS. PLUTARCO, *Vida de los diez oradores.* 837a, y a Platón en DIÓG. LAERC., III 5.

[93] La redundante perífrasis sirve, probablemente, para anticipar la imagen del preso cargado de cadenas (§ 17).

[94] En gr. *tà schḗmata kaì toùs rythmoús.* Se trata de términos usados para describir movimientos corporales (cf. PLATÓN, *Leyes* II 665a), que acaban convertidos en tecnicismos para describir primero la poesía lírica,

dos a caminar cuando estaban encadenados, de ese mismo modo la escritura, retardando los procesos del pensamiento y ejercitando la práctica de hablar con modos contraproducentes, deja al alma sin recursos[95] e impedida, y se convierte en un obstáculo para la absoluta fluidez de los discursos improvisados[96].

Estimo que en los debates el aprendizaje de los discur- 18
sos escritos resulta difícil, su memorización, fatigosa, y su olvido, vergonzoso[97]. Pues todos estarán de acuerdo en que es más difícil aprender y memorizar las cosas pequeñas que las grandes, y muchas cosas, más que pocas. Pues bien, en las improvisaciones sólo hay que tener la mente puesta en los

---

por ser a menudo ejecutada por un coro de danzantes, y luego, la poesía en general; cf. Mariss, *Alkidamas,* págs. 214-215.

[95] En griego *áporon,* un término perfectamente adecuado a la imagen: el alma no sabe qué camino tomar.

[96] La imagen presenta semejanzas con la caverna platónica. Puede que ambas se hayan inspirado en la imagen, de tradición órfico-pitagórica, del alma encadenada al cuerpo; cf. A. Bernabé, «Una etimología platónica», *Philologus* 139 (1995), 204-237. La imagen alcidamantina ha sido fielmente imitada por Plut., *Lib. educ.* 6e. Sobre el valor metafórico de la fluidez *(eurhoía)* del discurso, cf. Platón, *Fedro* 238c.

[97] Aristóteles no trata en la *Retórica* de la memoria, que Isócrates (XV 189) había considerado una cualidad natural del buen orador. Quizás haya sido Teodectes, discípulo de Isócrates contemporáneo del Estagirita, quien la introdujo en la teoría retórica; cf. H. Blum, *Die antike Mnemotechnik,* Hildesheim-Nueva York, 1969, págs. 92-100. Al distinguir a continuación entre la útil memorización de los argumentos y su orden, y la inútil de un discurso entero, Alcidamante se opone a la valoración absoluta de la escritura como instrumento de la memoria que hicieron sus míticos creadores: cf. Esquilo, *Prom.* 460-461; Gorg., *Palam.* 30 *(mnḗmēs órganon);* Platón, *Fedro* 274e *(mnḗmēs... phármakon).*

argumentos, y mostrarlos de improviso con las palabras[98]; por su parte, en los discursos escritos es necesario hacer memoria y aprendizaje detallado tanto de las palabras
19 como de los argumentos[99]. En efecto, mientras que los argumentos en los discursos son pocos e importantes, los palabras y las expresiones son numerosas, corrientes y no muy distintas entre sí, y mientras que cada argumento se expone una sola vez, de las mismas palabras nos vemos obligados a servirnos muchas veces. Por ello, andamos sobrados de recursos para memorizar los unos, mientras que de las otras resulta difícil recuperar la memoria, y su aprendizaje, difícil
20 de retener[100]. Además, en los discursos improvisados los olvidos mantienen oculta la vergüenza, pues, dado que su estilo es desenvuelto y que las palabras no están rigurosamente pulidas[101], en el caso de que al orador se le escape algún ar-

[98] Alcidamante evita asociar la memoria a la improvisación, aunque algún papel hubo de desempeñar en sus enseñanzas. Cf. Mariss, *Alkidamas,* págs. 224-225, acerca del debate al respecto en época romana.

[99] Así, en el *Fedro* platónico, el protagonista confiesa a Sócrates que no ha logrado aprenderse de memoria el discurso *Amatorio* de Lisias, pero sí puede referir los argumentos principales en su orden (228d). Los contenidos y la expresión lingüística estaban bien delimitados en tiempos de Alcidamante; cf. O'Sullivan, *Alcidamas,* págs. 1-3 y 27-28. Brown, *Extemporary speech,* págs. 96-101, y Hudson-Williams, «Impromptu speaking», pág. 29, entienden que Alcidamante se está refiriendo a la facilidad del improvisador para encadenar lugares comunes.

[100] El calificativo *dysanálēptos* aparece sólo aquí, aunque más tarde Aristóteles usará expresiones cercanas en *De mem.* 451a20-21 *(mnḗmēs... análēpsis... analambánei mnḗmēn).* En cuanto a *dysphýlaktos,* sólo lo había usado antes Eurípides con este sentido en fr. 320 N$^2$ y, con otros sentidos, en *Andr.* 728 («desprotegido») y *Fen.* 924 («frente a los que no hay protección posible»).

[101] *Synexesménos* es un término del lenguaje artesanal, que acabará convertido en tecnicismo de la crítica literaria: cf. Ps. Demetr., *Sobre el estilo* 14; Dion. Halic., *Sobre Demóstenes* 40 (pág. 215, 7 Us.-Rad.), *Sobre Tucídides* 24 (pág. 261, 12 Us.-Rad.), *Comp. verb.* 22 (págs. 96, 18;

gumento, no sólo no le resultará difícil pasarlo por alto y, enlazando con los argumentos siguientes, no revestir el discurso de aprieto alguno, sino que también le resultará fácil hacer la exposición de los que se le hayan escapado, en el caso de que luego los recuerde[102]. Por el contrario, a quie- 21
nes pronuncian discursos escritos, por poco que omitan o trastoquen a causa de la lid, es inevitable que les nazcan la perplejidad, el extravío y la búsqueda[103], que hagan pausas prolongadas e interrumpan el discurso con numerosos silencios y que su perplejidad resulte indecorosa, ridícula e insalvable[104].

Considero que quienes improvisan se dejan llevar mejor 22
de los deseos de los oyentes que quienes pronuncian los discursos escritos de antemano[105], pues quienes han trabajado fatigosamente los escritos con mucha antelación a los debates, en ocasiones fallan en los tiempos[106]: o se hacen odio-

108, 1-2; 111, 3 Us.-Rad.); Ps. Plut., *Vida de Homero* II 72 Kindstrand.

[102] No sólo por una eventual falta de concentración, sino también por su adecuación a las circunstancias, el discurso improvisado no puede construir un orden rígido de argumentación. Incurre, pues, en la misma falta de orden en la disposición de las partes que Platón critica en el discurso *Amatorio* de Lisias *(Fedro* 264be), donde se cita el epigrama recogido *infra,* fr. *36.

[103] De las palabras y expresiones exactas que ha olvidado; cf. Arist., *De mem.* 453a12 y 15, donde la reminiscencia se define como un tipo de búsqueda. Aceptamos el texto que ofrecen Blass y Radermacher a partir del códice X y la edición Aldina.

[104] En griego cada calificativo tiene una sílaba más que el anterior *(aschḗmona… katagélaston kaì dysepikoúrēton).*

[105] Cf. §§ 21 y 3.

[106] El término *kairoí* tiene aquí un sentido más amplio que en el resto del discurso, y se refiere a su «objetiva oportunidad», conforme al tiempo interno del discurso; cf. Vallozza, «Καιρός nella teoría retorica», pág. 121, e Isócr., XIII 16, quien considera propio de un espíritu valiente y capaz de opinar el «no errar en los tiempos *(tôn kairôn mḕ diamarteîn)*».

sos a quienes los escuchan por hablar más tiempo del deseado o dejan de hablar antes de tiempo, cuando la gente quiere
23 seguir escuchándolos. Porque es difícil, y quizás imposible, que la previsión humana llegue a conocer el futuro[107] como para prever con exactitud de qué modo se mantendrá la atención de los oyentes en relación con la extensión de lo que se les dice. Por el contrario, en las improvisaciones es potestad de quien habla administrar los discursos[108] con las miras puestas en la capacidad de atención, ya sea acortando la extensión, ya exponiendo por medio de discursos más extensos lo que se había concebido como más breve[109].

24 Aparte de esto, vemos que ni siquiera unos y otros son capaces de servirse por igual de los argumentos que se dan en los mismos debates. Quienes pronuncian discursos no escritos[110] tienen a su disposición una multitud de recursos para introducir en su estructura cualquier argumento que puedan tomar de sus adversarios[111] o idear por sí mismos como resultado de la concentración de su pensamiento[112]; pues,

---

[107] Que el hombre no puede conocer el futuro y variar el curso del destino es una idea tradicional: cf. Pínd., *Ol.* XII 7-12; Heród., III 65, 3; Jenof., *Recuerdos de Sócrates* IV 3, 12; Gorg., *Hel.* 11; Isócr., XIII 7-8.

[108] Cf. Alcid., fr. 28, donde se llama al buen orador o al propio Homero «dispensador *(oikonómos)* del placer de los oyentes».

[109] Los sofistas tenían la destreza de alargar y acortar su discurso a placer, en función de la atención del público: cf. Platón, *Fedro* 267ab (sobre Gorgias y Tisias) y *Prot.* 329b, 334e-335b y 337e-338b (sobre Protágoras); Arist., *Ret.* III 17, 1418a34-38.

[110] La expresión reaparece en el siglo iv a. C. en la *Retórica a Alejandro* XXXVI 37; cf. también Plut., *Vida de Demóstenes* 8, 6.

[111] Tomar argumentos del contrario supone que el improvisador está asumiendo el papel de la parte demandada en un pleito judicial. La estructura *(táxis)* del discurso forense en diferentes partes debía de ser simple en tiempos de Alcidamante: prólogo, narración, pruebas y epílogo.

[112] La dualidad de fuentes de la argumentación responde a la de medios de corrección de las composiciones escritas de § 4.

como con sus palabras exponen argumentos sobre cualquier cosa improvisadamente, ni siquiera cuando hablan más de lo que habían planeado hacen el discurso en modo alguno incoherente y embrollado[113]. En cambio, a quienes participan 25
en los debates con discursos escritos, si se les da un argumento que se sale de lo que han preparado, les resulta difícil encajarlo[114] y emplearlo adecuadamente, pues la exactitud del tratamiento de las palabras no admite la espontaneidad[115], sino que es forzoso, o no usar ningún argumento que la fortuna le ofrezca o, en caso de usarlo, destruir y demoler la organización de las palabras: al decir unas cosas con precisión y otras atolondradamente, el estilo resulta turbio e incomprensible[116]. Entonces, ¿qué persona en su sano juicio 26
aceptaría una ocupación semejante, que supone un obstáculo para el empleo de los bienes espontáneos[117], en ocasiones procura a los contendientes un auxilio menos valioso que la suerte y, mientras que las restantes artes acostumbran a guiar la vida de los hombres hacia lo mejor, es ella un obs-

[113] Sobre la incoherencia de un discurso híbrido, cf. § 14; sobre la turbación que producen los escritos, cf. § 8.

[114] En griego *enarmósai,* nuevo término del lenguaje artesanal usado para caracterizar la composición de los discursos escritos; cf. §§ 12 y 20.

[115] La construcción sorprende por la selección léxica: *exergasía* («tratamiento»; cf. § 12 y 16) y *automatismoí* («espontaneidad») no están constatados antes de Alcidamante. El primero de ellos adquirirá un sentido técnico para caracterizar el discurso estilísticamente elaborado; en cuanto al segundo, cf. Hipócr., *Sobre las enfermedades agudas* 57.

[116] La mezcla ha aparecido en § 14. Una contraposición de discursos compuestos con exactitud y con atolondramiento se lee en Isócr., 11-12. No debe confundirse este discurso carente de planificación *(eikêi)* con el improvisado *(ek toû parautíka);* cf. §§ 29 y 33.

[117] Como observa Mariss, *Alkidamas,* pág. 261, la vinculación de la espontaneidad con la improvisación, y de la fatiga (cf. §§ 18 y 22) con la escritura, evoca el contraste con la dichosa edad de Oro.

táculo para disponer de la abundancia de recursos espontáneos[118]?

27 Y ni siquiera considero que sea justo llamar 'discursos' a los escritos, sino simulacros, figuras e imitaciones de discursos[119], y sería natural que tuviera[120] de ellos la misma opinión que tenemos tanto de las esculturas de bronce como de las estatuas de piedra y las pinturas de animales. Igual que éstas son imitaciones de cuerpos reales y su contemplación produce deleite, pero no procuran ninguna utilidad a la
28 vida de los hombres[121], del mismo modo el discurso escrito, al servirse de una sola forma[122] y una sola disposición, pro-

---

118 Que las artes *(téchnai)* contribuyen al progreso era una idea asentada; cf. ESQUILO, *Prom.* 251 y 442-506; PLATÓN, *Prot.* 320c-322d y MARISS, *Alkidamas,* págs. 263-266. A ello se opone Alcidamante en *Odiseo* 22 y 24; cf. un ataque semejante, en este caso contra la música, en EUR., fr. 186 N$^2$: «¿Y cómo considerar sabio un arte que, cuando se adueña de un hombre bien dotado, lo vuelve peor?».

119 Cf. § 12. En gr. *eídōla kaì schḗmata kaì mimḗmata lógōn.* Los tres sustantivos denotan los productos de la pintura y las demás artes plásticas. Aquí sirven, respectivamente, para criticar lo engañoso y fantasmagórico de la escritura, su carácter estático y la distancia que la separa de su modelo, el lenguaje oral; cf. MARISS, *Alkidamas,* págs. 267-269. Sobre su semejanza con pasajes platónicos, cf. Introducción General, págs. 49- 50.

120 O «tuviéramos», según entendamos la corrección de la forma *échoi* mediante una *m* suprascrita como *échoimi* (Avezzù) o *échoimen* (Sauppe, Blass, Radermacher, Muir, Mariss).

121 Isócrates defiende, justamente, el punto de vista contrario: la audición produce un placer efímero, mientras que la lectura procura una enseñanza cada vez que se relee un escrito; cf. *e. g.* II 48-49, XII 1-2 (con USENER, *Isokrates,* págs. 47 ss.), y PLATÓN, *Gorg.* 513b, donde se habla del placer que el orador procura a su público.

122 Sobre el empleo del término *schêma,* cf. *supra,* nota 94. W. SÜSS, «Theramenes der Rhetor und Verwandtes», *Rhein. Mus.* 66 (1911), 183-189, reconoció el modelo del pasaje en ARISTÓF., *Ranas* 534 ss., donde el coro considera propio de un hombre sabio como el político Terámenes el darse continuamente la vuelta y quedarse junto al muro más seguro «no como un cuadro pintado, adoptando una sola postura» *(gegramménēn ei-*

duce ciertas sensaciones cuando se lee de un libro, pero, al permanecer inmutable ante las circunstancias, no resulta de ningún provecho a quienes lo han adquirido[123]. Además, igual que los cuerpos reales, pese a tener unas composturas[124] mucho peores que las estatuas hermosas, ofrecen una utilidad multiplicada para las acciones[125], así también el discurso que se pronuncia, cuando nace de improviso de la propia inteligencia, está lleno de vigor y de vida, acompaña a las circunstancias y se asemeja a los cuerpos reales[126], mientras que el escrito, al tener una naturaleza semejante a la imagen[127] de un discurso, queda privado de toda utilidad.

---

*kón' hestánai, labónth' hèn schêma)*». Es, sin embargo, preferible concebir ambos pasajes como reelaboraciones de un lugar común difundido: cf. Avezzù, pág. 78, y Mariss, *Alkidamas,* págs. 272-273.

[123] La misma idea se lee en Platón, *Fedro* 276ab, donde Sócrates compara el discurso escrito con los efímeros jardines de Adonis, cuyos cultivos marchitaban en unos pocos días. Del mismo modo, la escritura, al alejarse de su autor, queda privada del socorro que éste pudiera procurarle. Isócrates replicó a esta acusación en el *Filipo* (25-27) y la *Epístola* a Dionisio de Siracusa (1-6); cf. Usener, *Isokrates,* págs. 115-119; Too, *The Rhetoric of Identity...,* págs. 119-124.

[124] En griego *eumorphías,* conjetura de Dobree apoyada por Muir, pág. 60, para sanar el texto corrupto †*euporías*†. Avezzù, pág. 18, acepta la corrección de Gomperz *theōrías* («donosuras»).

[125] Para la concepción de la estatua como una idealización de los cuerpos reales, cf. Jenof., *Recuerdos de Sócrates* III 10, 2; Platón, *Rep.* V 472de; Máx. Tir., *Disert. filos.* XVII 3.

[126] La comparación del discurso oral con un ser vivo es corriente en la época; cf. Muir, págs. 61-62 y Mariss, *Alkidamas,* pág. 279. Aparece, para defender la composición estructural del discurso, en Platón, *Fedro* 264be, 275d-276a, y Arist., *Poét.* 1450b34-51a4 y 1459a17-21.

[127] En griego *eikṓn,* término técnico para designar la representación figurada, ya sea pintada o esculpida; cf. Vallozza, «Alcuni motivi...», págs. 49-50.

29 Quizás alguien podría decir[128] que «carece de lógica que
acuse a la facultad de la escritura cuando está claro que él
mismo está haciendo sus declamaciones por medio de ella[129],
y que calumnie esa práctica, por medio de la cual se dispone
después a obtener renombre entre los griegos, y además
que, dedicándose a la filosofía, alabe los discursos impro-
visados[130], y considere el azar más importante que la previ-
sión y que son más cabales quienes hablan atolondradamen-
30 te que quienes escriben con preparación[131]». En primer lu-
gar, yo he pronunciado estas palabras no porque rechace por
completo la facultad de la escritura, sino por considerarla in-
ferior a la improvisación y por estar convencido de que debe
consagrarse la mayor dedicación a la facultad de pronunciar
discursos[132]. En segundo lugar, me sirvo de la escritura sin
tenerla por ello en la mayor estima, sino para demostrar a
quienes se dan importancia por esta facultad que nosotros,
por poco que nos esforcemos, seremos capaces de oscurecer
31 y anular sus discursos[133]. Además de esto, también me valgo

[128] Un interlocutor ficticio expone cinco posibles objeciones al discurso, que denuncian su carácter paradójico.

[129] Según A. Hellwig, *Untersuchungen zur Theorie der Rhetorik bei Platon und Aristoteles,* Gotinga, 1973, pág. 142, el pasaje permite establecer un contraste entre debate oratorio *(agṓn)* y declamación *(epídeixis)* semejante al que hay entre discurso improvisado y escrito a lo largo del discurso.

[130] El interlocutor considera la improvisación incompatible con la filosofía, que exige una reflexión continuada. Sobre la distinción entre retórica y filosofía, cf. §§ 1-2.

[131] Alcidamante contesta en § 33 a esta confusión entre improvisar y hablar atolondradamente *(eikêi légein).*

[132] La cual, por ser contraria a la escritura *(graphikḕ dýnamis),* se asimila a la improvisación; cf. § 2. La ejercitación continuada *(epiméleia)* es uno de los puntales de la enseñanza sofística; cf. nota 55 a § 3.

[133] Con la escritura ha asociado Alcidamante la jactancia en § 1, y la fatiga en §§ 18 y 22.

de la escritura para las declamaciones oratorias que se pronuncian ante las multitudes[134]. Pues a quienes frecuentan nuestra compañía los animamos a que nos pongan a prueba del modo en que acostumbramos cuando estamos en condiciones de hablar oportuna y armoniosamente sobre cualquier tema que se nos proponga, pero a quienes acuden a las recitaciones al cabo del tiempo y no nos han frecuentado con anterioridad, empezamos por mostrarles alguno de nuestros escritos; en efecto, acostumbrados a escucharles a los demás discursos ⟨escritos⟩, puede que si nos oyen improvisar se hagan una idea inferior de nuestra valía. Aparte 32
de esto, en los discursos escritos se pueden distinguir con la mayor nitidez los signos del progreso que debe producirse en el pensamiento[135]. En efecto, no es fácil discernir si improvisamos ahora mejor que antes, pues es difícil retener en la memoria los discursos anteriores, mientras que cuando dirigimos la mirada a los escritos es fácil contemplar en ellos, como en un espejo[136], los progresos del alma. Además, nos ponemos a escribir discursos tanto porque tenemos el afán de dejar recuerdos de nosotros mismos[137] como por satisfacer nuestra sed de gloria.

Pero, verdaderamente, nadie debe creer que, por preferir 33
la facultad de improvisar a la de la escritura, estamos exhor-

---

[134] En griego *óchloi,* cuya connotación despectiva sirve para caracterizar como carente de criterio a la masa que se complace con los discursos escritos; cf. MARISS, *Alkidamas,* pág. 292.

[135] En consecuencia, en la enseñanza de la improvisación es necesaria la ejercitación de la escritura, porque permite valorar el perfeccionamiento en el dominio de la palabra *(epídosis;* cf. ISÓCR., XV 267 y IX 81).

[136] Para otro uso de la imagen del espejo, cf. fr. 33.

[137] Los escritos se conciben como memoria eterna del escritor y fuente de aprendizaje para las generaciones venideras: cf. TUC., I 22, 4; JENOF., *Recuerdos de Sócrates* I 6, 14; PLATÓN, *Banquete* 209cd; *Fedro* 258be; HOR., *Odas* III 30.

tando a hablar atolondradamente. Consideramos que los oradores deben servirse de los argumentos y de su disposición con previsión, pero improvisar en lo referente a la exposición de las palabras[138]. En efecto, las exactitudes de los discursos escritos no aportan tanto provecho como oportunidad tienen las exposiciones de los discursos proferidos de im-
34 proviso[139]. Así pues, quien desee convertirse en un orador consumado y no en un competente creador de discursos[140], y prefiera aprovechar bien los momentos a seleccionar con exactitud las palabras[141], y se preocupe por tener como aliada la benevolencia de sus oyentes más que la inquina como adversario[142], y, además, quiera tener una mente flexible, una memoria rica en recursos y unos olvidos que pasen inadvertidos[143], y esté interesado en adquirir una facultad discursiva adecuada a las necesidades de la vida[144], ¿no es razonable que practique con ahínco la improvisación continuamente y

[138] La planificación se asocia a la *inuentio* y a la *dispositio* de los argumentos, mientras que la improvisación, a la *léxis*. Cf. Isócr., XIII 16; Platón, *Fedro* 236a.

[139] En griego *ek toû parachrêma,* tecnicismo habitual para referirse al discurso improvisado; cf. *e. g.* Platón, *Banquete* 185c, *Crát.* 399d, *Critias* 107d; Dem., I 1; Jenof., *Recuerdos de Sócrates* II 1, 20, y Mariss, *Alkidamas*, pág. 104. Sobre la oposición entre utilidad y deleite, cf. § 27.

[140] La oposición recupera el contraste inicial (§§ 1-2) entre los sofistas diestros en hablar en público y los escritores, más semejantes a poetas.

[141] A lo largo del discurso, Alcidamante ha vinculado la improvisación con la oportunidad y la exactitud con la escritura; cf. §§ 9-13 y 22-27.

[142] Para la contraposición entre benevolencia y animadversión, cf. §§ 12-13 y 22-23; Platón, *Leyes* I 635ab. Sobre el empleo de terminología militar para el enfrentamiento retórico, cf. §§ 3, 21, 26.

[143] La riqueza de recursos que proporciona la improvisación es una constante del discurso: cf. §§ 6, 13, 19 y 24, y contrasta con la gravedad que revisten los olvidos en la recitación de un escrito (§§ 18-21).

[144] Sobre la utilidad de la improvisación para la vida, cf. §§ 9, 10 y 14.

en toda ocasión y que, dedicándose a escribir como juego y ocupación de segundo orden[145], sea juzgado sensato por los sensatos?

---

[145] En gr. *en paidiâi kaì parérgōi,* una idea que ya había avanzado en § 2. El carácter paradójico del discurso queda evidenciado por la comparación con GORG., *Hel.* 21: «Quise escribir este discurso como un encomio de Helena y un juego *(paígnion)* de mi arte» (trad. de A. MELERO); cf. también PLATÓN, *Banquete* 197e y *Fedro* 278b, así como las críticas de Isócrates a este tipo de encomios en X 1-13.

# «ODISEO» O «CONTRA PALAMEDES POR TRAICIÓN»

## SINOPSIS

Exordio (1-4)

Los oradores hasta el momento no han hablado pensando en el bien común, aunque ése debe ser el propósito de los discursos públicos. De las intervenciones han surgido, más bien, pendencias. Todos persiguen sus ganancias particulares y nadie se preocupa de quienes perjudican al común (1-2).

El hombre de valía no promueve diferencias por beneficiar a los suyos. ⟨Odiseo enumera sus beneficios al ejército griego⟩ (3).

Odiseo se propone acusar a Palamedes, pero no por una enemistad previa. El delito de Palamedes es de traición, es el más grave, castigado con la muerte (4).

Narración I (5-7)

Combate junto a las naves en compañía de Diomedes. Intercambio de proyectiles entre Palamedes y un arquero troyano. Descubrimiento del mensaje en la flecha (5-6).

Mensaje de la flecha y testimonio de los que pudieron leerlo (7).

Argumentación (8-21)

La prueba de convicción, el proyectil, se ha perdido, pero caben conjeturas (8).

El tridente representado en el escudo de Palamedes es contraseña de reconocimiento para los troyanos. Se puede concluir que también llevaba un mensaje la lanza de Palamedes. Éste nunca ha respetado el decreto que obliga a entregar las flechas recogidas en el campo de batalla (8-11).

Narración II (12-21)

Nauplio y Palamedes, responsables de la guerra de Troya. Historia de Auge y Télefo (12-16).

Viaje de Paris a Grecia y rapto de Helena. Comportamiento remiso de Palamedes ante el rapto.

Palamedes y la leva del ejército griego: Enopión y Cíniras (17-21).

Refutación (22-28)

Los inventos que Palamedes reivindica para sí no son suyos, sino que eran ya conocidos (22-26).

Los que él ha introducido son perjudiciales (27-28).

Peroración (29)

Si no se castiga a Palamedes, la desobediencia cundirá en el ejército: el castigo debe ser ejemplar.

1 Muchas veces me han dado ya que pensar y me han causado extrañeza, oh, varones griegos, las intenciones de los que toman la palabra. ¿Con qué propósito se presentan aquí con tanta desenvoltura para daros consejo sobre cuestiones de las que no se saca ningún provecho para el común, aunque sí muchas descalificaciones mutuas, y prodigan a la ligera discursos inoportunos sobre lo que sea[146]?
2 Dice cada

[146] La inoportunidad puede tener que ver con la ocasión (cf. VALLOZA, «Καιρός nella teoria retorica», pág. 119, nota 3) o exclusivamente con el contenido de los discursos; cf. MARISS, *Alkidamas*, pág. 148, quien destaca (pág. 287) la continuidad existente entre este discurso y *Sobre los sofistas*

uno su propio parecer con la intención de conseguir algo, y algunos hablan en la asamblea cobrando honorarios de quienes consideran que más pueden conseguir. Así, si alguien en el campamento no cumple, o perjudica el común por conseguir para sí mismo dinero, vemos que ninguno de ellos se preocupa, pero si alguno de nosotros[147] consigue un botín mayor que otro por haber traído un prisionero del campo enemigo, por ese motivo, gracias al empeño que ésos ponen, tenemos grandes pendencias entre nosotros mismos[148]. Yo, 3
por mi parte, considero que el varón de valía y justo ni se cuida de enemistades particulares ni tendrá en mucho su propia bandería, promoviendo la rivalidad por causa de un solo hombre, ⟨o⟩ las riquezas[149], y no aquello que vaya a beneficiar a la mayoría. ⟨Pero⟩ no ***[150], sino que ahora, dejando a un lado los esfuerzos y los discursos pasados, intentaré llevar a Palamedes, aquí presente, a juicio ante vosotros

en cuanto a las ideas de inutilidad, inoportunidad y atolondramiento de determinados discursos y oradores.

[147] Una diferencia recurrente entre los manuscritos X y A concierne al uso de los pronombres personales de primera y segunda persona del plural. En cinco ocasiones, además de la que anotamos, A presenta la segunda, frente a la primera que ofrece el manuscrito X (§§ 2 bis, 5, 12 y 23). Sólo en una ocasión ocurre a la inversa (en § 9: A *hēmôn* : X *hymôn*), y no hay discrepancias en el resto de los casos en los que X ofrece la segunda del plural. La tendencia unánime de los editores es la de mantener la primera del plural, cuando algún manuscrito la testimonia.

[148] Alusión a la disputa entre Agamenón y Aquiles que abre la *Ilíada*.

[149] Adoptamos, como Muir, la corrección del pasaje debida a Radermacher. Avezzù mantiene el texto del manuscrito X, que habría que traducir: «ni aprovechando su particular bandería por causa de un solo hombre tendrá en mucho el dinero».

[150] En este pasaje Blass señaló una laguna, porque falta el primer miembro de la construcción adversativa que sigue. Allí Odiseo aludiría, probablemente, a los esfuerzos arrostrados por él en beneficio de la expedición, tal como hace Antístenes en su *Odiseo* (fr. 54 Giann.).

4 con toda justicia. El asunto es, para que lo sepáis, la traición, para el cual hay establecido un castigo diez veces mayor que para los demás delitos[151]. Ahora bien, como todos vosotros sabéis, entre éste y yo no ha habido jamás enemistad o disputa sobre cuestión alguna, ni siquiera en la palestra ni en el banquete, donde suelen surgir la mayor parte de las discordias y ofensas[152]. Pero este hombre a quien me dispongo a acusar es filósofo y hábil[153], de modo que con razón ⟨debéis⟩ prestar atención y no desentenderos de lo que aquí se está diciendo.

5 En realidad, vosotros mismos conocéis bien el peligro en que estuvimos cuando algunos de nosotros se habían refugiado ya en las naves, otros en las empalizadas, y los enemigos habían caído ya sobre las tiendas y reinaba una completa confusión sobre qué salida habría de la calamidad

---

[151] Sobre el delito de traición *(prodosía),* castigado con la muerte, cf. D. M. MacDowell, *The law in Classical Athens,* Londres, 1978, págs. 176-179.

[152] Tal afirmación contradice la leyenda troyana conocida. Su enemistad con Palamedes es un motivo relevante de los preliminares de la expedición narrados en los *Cantos Ciprios.* Las reyertas en las palestras y los banquetes, pese a tratarse de instituciones propias de la ciudad arcaica y clásica, podrían *(pace* Muir) encontrar correspondencias en los poemas homéricos: cf. los conflictos entre héroes en los funerales de Patroclo en *Il.* XXII, y la narración de una riña entre Odiseo y Aquiles durante un banquete por la primacía entre los griegos en *Od.* VIII 75-76.

[153] El término *philósophos* sirve aquí para descalificar a Palamedes, como también en § 22, al refutar su valía como inventor. En el proemio de los discursos judiciales, la denuncia de la excesiva habilidad oratoria del contrincante sirve para desprestigiar a éste; cf. Tuc., VIII 68, 1 sobre Antifonte y su *dóxa deinótētos.* El nombre de Palamedes era proverbial para señalar la inteligencia de una persona: cf. Aristóf., *Ranas* 1451. Llama la atención el uso exclusivamente negativo de los términos 'filósofo' y, más adelante, 'sofista', en contraste con el uso más neutro que de ellos se hace en *Sobre los sofistas;* cf. Mariss, *Alkidamas,* págs. 97-98.

inminente. ⟨***⟩ Las cosas están de este modo[154]. Nos en-
contrábamos junto a las puertas, manteniendo la formación
de batalla, Diomedes y yo, y al lado estaban Palamedes y
Polipetes[155]. Y al salir nosotros en formación al encuentro 6
de los hombres, un arquero se desmarcó corriendo de los
enemigos y le apuntó a él, pero no le acierta y viene a dar
cerca de mí. Él arroja su lanza contra aquél, quien la recogió
y se marchó a su campamento. Yo recojo el dardo y se lo
doy a Euríbates para que se lo entregue a Teucro y éste lo
utilice[156]. Como hubiera un breve receso de la batalla, me
muestra que la flecha tiene unas letras bajo las plumas. Es- 7
tupefacto con el caso, hago venir a Esténelo y a Diomedes y
les fui mostrando lo que había. El escrito decía lo siguiente:

> *Alejandro a Palamedes: cuanto acordaste con Télefo*[157]*, todo lo obtendrás, y mi padre te da como esposa a Casandra, tal como pediste. Ahora, hágase cuanto antes lo que te corresponde.*

---

[154] La laguna en el texto fue señalada por Radermacher. La frase que sigue ha sido rectificada por prácticamente todos los editores. Avezzù está convencido de la corrupción del pasaje y propone en el aparato crítico leerla en modalidad interrogativa: «¿Cómo está la situación para vosotros (o nosotros), oh, varones?». En lo sucesivo, Alcidamante usará el presente narrativo en alternancia con los tiempos históricos, diferencia que hemos respetado en la traducción.

[155] Se trata, como señala Auer, *De Alcidamantis...*, págs. 29-30, de una situación figurada a partir del libro XII de la *Ilíada* (vv. 118 ss.), cuando los aqueos se refugian en las defensas que han construido para protegerse con sus barcos. En Homero no aparecen Diomedes y Esténelo, pero sí Polipetes; cf. *Il.* XII 127 ss. y 343-350.

[156] Euríbates es el heraldo de Odiseo (cf. *Il.* II 184), y Teucro, hijo de Telamón y hermanastro de Ayante, el mejor arquero del ejército.

[157] Alcidamante innova frente a la tradición al introducir en la «traición» de Palamedes las figuras mediadoras de Télefo y Alejandro, sobre los cuales, cf. §§ 12-17, con las notas correspondientes.

Esto es lo que había allí escrito. Aproximaos los que recogisteis el proyectil y dad testimonio en mi favor.

⟨TESTIGOS⟩

8 Os habría mostrado también el proyectil mismo, para que se viera que es auténtico, pero con el tumulto Teucro lo disparó sin darse cuenta. Con todo, debo contar también cómo es el resto y no dejar que se juzgue así a la ligera por delito capital a un varón aliado imputándole la más vil de las acusaciones, a alguien que, además, gozaba antes de prestigio entre vosotros.

9 En efecto, nosotros, antes de irrumpir aquí, estuvimos en
un mismo lugar largo tiempo y ninguno de nosotros vio a
éste con un signo en el escudo. Pero, en cuanto arribamos
aquí, trazó en él un tridente[158]. ¿Por qué razón? Para que se
le pudiera reconocer por la inscripción y para que quien le
hiciera frente le disparara una flecha conforme a la consigna
10 y éste le disparara a su vez. Conviene, con razón, conjeturar
a partir de estos hechos también sobre el lanzamiento de la
lanza, pues afirmo que en aquélla había también algo escrito
sobre en qué momento y ocasión llevaría a cabo la traición.
En efecto, de esta manera eran fiables los envíos recíprocos,
al despachar éste a aquéllos y aquéllos a éste por ese medio
11 y no a través de mensajeros. Pero consideremos también lo
siguiente. Hubo entre nosotros un decreto que dictaba que

[158] El signo emblemático pintado o repujado en bronce sobre el escudo era una práctica habitual del armamento hoplítico y distinguía a los soldados según su ciudad; cf. A. M. Snodgrass, *Arms and armor of the Greeks*, Baltimore-Londres, 1999, págs. 54-55. El tridente era el emblema de la ciudad arcadia de Mantinea, dato del que, según Muir, pág. 73, nada se puede sacar para la interpretación del discurso, aunque más adelante el mito de Télefo nos llevará a Tegea, otra ciudad de Arcadia que limita con la Argólide, región a la que tradicionalmente se asociaba Palamedes.

quien tomara un proyectil de los enemigos, lo llevara a los jefes, por ser escasos los que tenemos a nuestra disposición. Y mientras que los demás han obedecido las órdenes del decreto, se sabe que éste, que ha recogido cinco dardos que le fueron disparados, no ha llevado ni uno ante vosotros, de modo que también por eso me parece que debería ser en justicia reo de muerte. ¿Os dais cuenta acaso, oh, varones grie- 12
gos, de que esto es propio de la inteligencia del sofista y de la soberbia de aquel que obra así por andar filosofando sobre lo que menos debería[159]?

Y mostraré también que su padre y él mismo han sido la causa de las circunstancias que ahora nos agobian y de la expedición en su conjunto. Pero es necesario que se cuenten los hechos por medio de una relación más extensa. Su padre es un pobre, de nombre Nauplio[160], cuyo oficio es la pesca. Éste ha hecho desaparecer a muchísimos griegos, ha sus- 13
traído muchas riquezas de las naves, ha infligido los mayores daños a los marineros y no se ha privado de ninguna ruindad. Lo sabréis conforme avance el argumento, cuando oigáis la verdad de los hechos.

Cuando Aleo, rey de Tegea, acudió a Delfos, el dios le 14
vaticinó que, si le nacía de su hija un descendiente, sus hijos habrían de morir a manos de éste. Al oír esto, Aleo marcha

[159] Radermacher señaló en esta oración una laguna. El suplemento que Avezzù propone en el aparato crítico exigiría traducir: «¿Creéis acaso, varones griegos, que esto es extraño a la inteligencia y el orgullo del sofista...?». Traducimos sin considerar que haya laguna, siguiendo el orden propuesto por Blass, con su conjetura. Avezzù traduce de manera diversa la expresión que nosotros vertemos: «sobre lo que menos debería», pues la entiende con un referente personal: «contra quienes menos debería». Aunque la interpretación es posible, es más frecuente la construcción con acusativo con este sentido de hostilidad.

[160] Para esta caracterización de Nauplio, cf. Auer, *De Alcidamantis...*, pág. 39, nota 1, quien remite a Virg., *En.* II 87.

a toda prisa a su casa y consagra a su hija como sacerdotisa de Atenea, diciéndole que morirá si alguna vez se une a un varón. Por un azar, Heracles, en su expedición contra Augeas, llega a Élide y Aleo lo hospeda en el templo de Ate-
15 nea. Al ver Heracles a la muchacha en el templo, se unió a ella bajo los efectos del vino. Cuando el padre se percató de que la joven estaba embarazada, manda llamar al padre de éste, pues sabía que era un barquero hábil. Cuando llega Nauplio, le entrega a la joven para que la arroje al mar[161].
16 Éste la toma y se la lleva, y, cuando estaban en el monte Partenio, da a luz a Télefo. Sin hacer caso del encargo que le había hecho Aleo, la llevó consigo y la vendió junto con su hijo en Misia al rey Teutrante. Teutrante, que no tenía hijos, desposa a Auge y, tras dar al niño de ella el nombre de Télefo[162], lo adopta como su propio hijo y se lo confía a Príamo para que lo eduque en Ilión.

---

[161] Sobre el origen de Télefo, cf. Ps. Apolodoro, *Biblioteca* II 7, 4 y III 9, 1 (donde Aleo entrega a la joven a Nauplio para que muera); Paus., VIII 48, 7, y 54, 6; Diod. Síc., IV 33, 8e; Higin., *Fáb.* XCIX. Ninguno de ellos menciona un oráculo como origen de la reclusión de la joven. Muir, pág. 75, sugiere que se trata de una invención de Alcidamante, quien adapta oportunamente a la fábula de Télefo un motivo originario del mito de Nauplio: éste había recibido un encargo semejante de Catreo, asustado por un oráculo que sancionó su muerte a manos de un hijo suyo, y de igual modo lo desobedeció; cf. Ps. Apolodoro, *ibid.* III 2, 2.

[162] Este episodio difiere notablemente de lo que conocemos por los relatos citados en la nota anterior, que refieren la exposición del niño en el monte Partenio, donde fue recogido por unos pastores tras ser amamantado por una cierva, hecho que dio motivo al nombre de Télefo, que sólo le fue impuesto entonces. El motivo aparecía en los *Aléadas* de Sófocles, la primera pieza de su trilogía sobre el mito de Télefo, donde Auge es vendida al rey Teutrante, pero Télefo llega más tarde a Misia en busca de su madre y es adoptado por el rey; cf. Diod. Síc., IV 33, 11 e Higin., *Fáb.* C. Alcidamante, por su parte, elabora una versión cercana a la de Eurípides, según la cual Auge y Télefo arriban juntos a Misia; cf. Estrabón, XII 8, 4 y XIII 1, 69, así como Paus., VIII 4, 2, quien cita como fuente de la información a Hecateo de Mileto (fr. 29a Jacoby).

Con el paso del tiempo, Alejandro tuvo el deseo de marchar a Grecia, porque quería contemplar el templo de Delfos; también, evidentemente, porque tenía noticia de la belleza de Helena y por haber conocido la historia del nacimiento de Télefo, de dónde era, el modo en que fue vendido y por quién[163]. Así que Alejandro hizo su viaje a Grecia por esos motivos. En esa ocasión, los hijos de Molo llegan de Creta solicitando a Menelao que los reconciliara y repartiera entre ellos el patrimonio, pues su padre había muerto y ellos estaban en disputa por las propiedades paternas[164]. Bien, ¿qué sucede entonces? Decidió hacer la travesía y, tras encargar a su mujer y los hermanos ⟨de ella⟩[165] que atendieran a los huéspedes, para que nada les faltase hasta que regresara él mismo de Creta, se marchó. Alejandro, tras burlar a su esposa y tomar todo lo que podía de las estancias, zarpó y se fue, sin mostrar respeto ni a Zeus Hospitalario ni a ninguno de los dioses, perpetrando acciones ilícitas y bárbaras, increíbles de oír para todos, incluso para la posteridad. Y cuando marchaba de vuelta a Asia[166] llevando consigo las rique-

17 18 19

[163] WILAMOWITZ, «Lesefrüchte», pág. 534, proponía secluir las palabras que traducimos «evidentemente porque tenía noticia», por considerarlas un glosa introducida en el texto.

[164] Según Ps. APOLODORO, *Epít.* 3, 3, el motivo del viaje de Menelao a Creta es la muerte de Catreo, su abuelo materno. Molo era hijo ilegítimo de Deucalión; cf. Ps. APOLODORO, *Bibl. mit.* III 2, 1.

[165] Suplemento de Blass para aclarar la referencia a los Dioscuros.

[166] Se trata de un pasaje muy castigado, debido al contrasentido que parece encerrar el texto transmitido —que Avezzù mantiene—, que habría que traducir: «al llegar a Asia...»; no se entiende qué pueda reprochársele a Palamedes cuando Paris está ya en su tierra. Como Muir, aceptamos la corrección de MacDowell. Blass se inclinaba por trasladar la frase al comienzo de la siguiente, antes del § 20, «cuando los griegos...», supliendo en su lugar «Cuando esto sucedía,...». WILAMOWITZ, «Lesefrüchte», pág. 535, corregía en «al llegar a Nauplia», y Radermacher sugería en el aparato crítico «a Misia». Recientemente, G. ZOGRAPHOU-LYRA, «᾿Αλκιδάμας, “᾿Οδυσσεὺς

zas y a la mujer, ¿recurriste en ese caso a alguien, sea de-
nunciándolo a gritos a los habitantes de alrededor, sea reu-
niendo ayuda? No podrías decirlo, sino que permitiste que
20 los griegos fueran insultados por los bárbaros. Cuando los
griegos supieron del rapto y Menelao se percató, empezó a
reunir al ejército y envió mensajeros de entre nosotros a las
ciudades, uno a cada sitio, para exigir contingentes. A éste
lo envió a Quíos, a la corte de Enopión[167], y a Chipre, a la
de Cíniras[168], pero éste ⟨***⟩[169], y disuadió a Cíniras de par-
ticipar en nuestra expedición y, tras recibir de él gran canti-
21 dad de riquezas, zarpó y se fue. Y a Agamenón le entrega
una coraza de bronce que no vale nada, mientras que él se
queda con el resto de las riquezas. Anunciaba que Cíniras

---

κατὰ Παλαμήδους προδοσίας" 18-19», *Δωδώνη* (*Φιλολ.*) 23.2 (1994), 227-232, ha tratado con detalle esta cruz y propone leer, en vez de «Asia», «Asine», localidad de la Argólide cercana a Argos, mencionada en *Il.* II 560.

[167] Hijo de Ariadna y Dioniso (o Enómao, según Ps. Apolodoro, *Biblioteca* I 3, 3) y fundador de Quíos (cf. Paus., VII 4, 7-9), cuyo nombre se asocia a la difusión del vino. Según varias fuentes, fue el padre de Marón, de quien recibe Odiseo el vino con el que embriaga al Cíclope en *Od.* IX 127, si bien Homero lo presenta como hijo de Evante. Ninguna otra fuente vincula a Enopión con la historia troyana.

[168] Cíniras es el primer rey de Chipre. En *Il.* XI 20-28, se describe con detalle, dentro de una escena de armamento, una valiosa coraza regalo de Cíniras a Agamenón. Por Ps. Apolodoro, *Epít.* 3, 9, conocemos el relato de la visita de Menelao, Odiseo y Taltibio a su corte, el regalo de la coraza y la treta del rey para incumplir su promesa de enviar naves a Troya. Cf. también Escolios a *Il.* XI 20b Erbse, y Eustac., *Ad Il.* XI 20, según los cuales la promesa era enviar cincuenta naves, pero Cíniras fabricó cuarenta y nueve de barro, de modo que sólo una llegó a Troya. Avezzù, pág. 82, ve una alusión a la historia en Platón, *Rep.* III 522d.

[169] La laguna fue señalada por Avezzù. Wilamowitz, «Lesefrüchte», pág. 535, proponía corregir la segunda mención de Cíniras en una expresión referida a Enopión, como «el de Quíos». Se espera, en efecto, una aclaración de la actuación de Palamedes en la corte de Enopión semejante a la que leemos sobre Cíniras.

enviaría cien naves. Vosotros mismos podéis ver que ninguna nave suya ha venido. De modo que también por esto me parece que sería justo castigarlo con la muerte, si es que merece castigo el sofista cuyas maquinaciones más vergonzosas contra sus allegados han quedado en evidencia.

Merece la pena averiguar qué cosas ha intentado también
ingeniar, engañando a los jóvenes y convenciéndolos de que 22
él ha descubierto las formaciones de combate, las letras, los números, las medidas, los pesos, las damas, los dados, la música, la moneda y las señales luminosas, y no siente vergüenza cuando se pone abiertamente en evidencia ante vosotros que miente[170]. Pues Néstor aquí presente, el más anciano en-
tre todos nosotros, combatió en persona en las bodas de Pirí- 23
too junto con los lapitas contra los centauros en formación de falange[171], y se dice que Menesteo fue el primero en ordenar por batallones y poner en formación compañías y falanges, cuando Eumolpo, el hijo de Posidón, marchó contra los atenienses en compañía de los tracios[172]. Así que no es de Pala-

[170] Sobre la figura de Palamedes como sabio inventor y su peculiar tratamiento por parte de Alcidamante, cf. Introducción General, págs. 28-29. El rétor innova al atribuir al héroe la invención de la moneda.

[171] Referencia al famoso episodio la lucha entre lapitas y centauros, mencionado en *Il.* I 262-263, II 742-744 y *Od.* XXI 295-304, donde, sin embargo, no hay ninguna referencia al tipo de formación que emplearon los lapitas. La indicación de Alcidamante ilumina el debate sobre el origen de la formación hoplítica; cf. P. Cartledge, «La nascita degli opliti e l'organizzazione militare», en E. Settis (ed.), *I Greci,* vol. II: *Una storia greca. Formazione,* Turín, 1996, págs. 686-693.

[172] Menesteo fue el jefe del contingente ateniense de cincuenta naves; cf. *Il.* II 546-556, XII 373 y XIII 195; Heród., VII 159-161; Esquines, III 185; Plut., *Vida de Cimón* 7. Su presencia aquí parece una innovación de Alcidamante, relacionada, tal vez, con que se le atribuía la fundación de Elea, la patria del orador; cf. test. 1. En cuanto a la cronología de la invención, en la versión más conocida del mito era Erecteo el rey de Atenas cuando Eumolpo marchó con la tropa tracia contra la ciudad. Eurípides

24 medes el hallazgo, sino de otros antes. Las letras fue Orfeo el primero que las dio a conocer por aprenderlas de las Musas[173], como muestra la inscripción que hay sobre su tumba:

*Al siervo de las Musas, Orfeo, aquí pusieron los tracios,*
*a quien mató Zeus de altas mientes con su humeante dardo,*
*de Eagro al hijo amado, quien enseñó a Heracles*
*y a los hombres descubrió letras y sabiduría*[174].

25 La música, Lino el de Calíope, a quien asesina Heracles[175], y los números, Museo el de los Eumólpidas[176], ateniense, como muestran sus poemas:

---

dedicó al tema una pieza famosa, *Erecteo,* que representaba el sacrificio de la hija del rey para la salvación de la ciudad.

[173] Test. 123 Kern. La relación de Orfeo con la escritura es especialmente estrecha, aunque sólo aquí se le atribuye la invención de las letras. Al músico se le asignaba, sobre todo, la invención de la lira (test. 56-57 Kern), el hexámetro (test. 106 Kern) y la medicina (test. 84 Kern). Platón, *Leyes* III 677d, cita juntos a Palamedes y a Orfeo como inventores reconocidos, aunque sin especificar los hallazgos respectivos; Himerio, *Discursos* LXIX 3, los hace a ambos víctimas de la envidia.

[174] *Ant. Pal.* (Apénd.) 148. Sobre la muerte de Orfeo fulminado, cf. Paus., IX 30, 5 (= test. 116 Kern). La alusión a Heracles en el verso 3 como discípulo de Orfeo es única, pues este cometido suele asignarse a Lino. Dióg. Laerc., I 5 y *Ant. Pal.* VII 617 ( = test. 125 Kern) presentan como inscripción sepulcral un dístico atribuido a Lobo de Argos *(Suppl. Hell.* fr. 518), cuyo segundo verso coincide con el de Alcidamante. Para otros epigramas, cf. test. 126-128 Kern.

[175] Lino, fr. 62 II Bernabé. Sobre Lino discípulo de Orfeo, cf. Orfeo, test. 163-165 Kern. Alcidamante parece aprovechar esta cercanía para atribuir a Lino rasgos tradicionalmente asignados al maestro, como ser hijo de Calíope e inventar la música y el hexámetro. Lino es conocido en época clásica como músico, maestro de música e inventor del treno; cf. Herácl. Pónt., en Ps. Plut., *Sobre la música* 3, 1131f (= fr. 157 Wehrli). Alcidamante recoge la tradición de su muerte a manos de Heracles, irritado por sus regaños; cf. Ps. Apolodoro, *Biblioteca* II 4, 9.

[176] Museo es una figura literaria en estrecha relación con Orfeo; cf. test. 166-172 Kern y, para una detallada comparación de las figuras,

*Canto agudo de seis partes y veinticuatro medidas.*
*Así que cien varones cumplen diez generaciones*[177].

La moneda, ¿no la descubrieron los fenicios, que son los 26
más sabios e inteligentes entre los bárbaros? Dividieron en secciones iguales un lingote de metal y fueron los primeros en imprimirles un cuño, ⟨con el que mostraban⟩[178] el mayor o menor valor según el peso. De ellos lo toma éste y se ingenia arteramente el mismo procedimiento[179]. Así que todo

---

F. GRAF, *Eleusis und die orphische Dichtung Athens in vorhellenistischen Zeit,* Berlín-Nueva York, 1974, págs. 9-21. PLATÓN, *Rep.* II 364e, los menciona como autores de poemas relacionados con el destino de las almas en Ultratumba. Distingue a Museo una especial relación con Atenas y Eleusis, bien por ser originario de la segunda, bien por ser descendiente del tracio Eumolpo, aunque las fuentes disienten sobre la distancia de esa ascendencia; cf. Escolios a SÓFOCLES, *Edipo rey* 1056 y DIÓG. LAERC., I 6.

[177] MUSEO, fr. 103 BERNABÉ. Según lo interpreta Alcidamante, el primer verso hace alusión al hexámetro, cuya invención, que compartía con Orfeo (test. 106 KERN), se le atribuyó al menos desde Demócrito (fr. 15 D.-K). También se le atribuye la invención de las letras: cf. test.127 KERN. Este hexámetro es atribuido a Orfeo y a la Pitia por LONGINO, *Prólogo a Hefestión* 85, pág. 180, 2-3 CONSBRUCH (= fr. dub. 356 KERN = 166 BERNABÉ = LONGINO, fr. 42 PATILLON-BRISSON). M. L. WEST, *The Orphic poems,* Oxford, 1983 (reimpr. 1998), pág. 232, combina los textos de Proclo reunidos como frs. 157 y 356 KERN en un texto que describe el cetro que Fanes da a Dioniso, donde los números se refieren a la duración del reinado de Dioniso y la extensión de las *Rapsodias* (24). El segundo verso no parece tener relación con el primero y sólo se cita aquí para confirmar la atribución de los números a Museo.

[178] El término que traducimos por «lingote de metal» *(holósphyron)* es raro y aparece sólo en autores tardíos, referido a estatuas hechas de un solo bloque. Seguimos las sugerencias de MUIR, pág. 84, quien se remite a G. K. JENKINS, *Ancient Greek coins,* Londres, 1990, págs. 4-5.

[179] Éste es el único texto que atribuye la invención de la moneda a los fenicios, a quienes se relaciona, por lo general, con la de las letras; cf. HERÓD., V 57-59. Alcidamante parece tener en mente, precisamente,

aquello de lo que éste pretende ser inventor es, con toda evidencia, más antiguo que él. También inventó medidas y pe- 29
27 sos, que son engaños y perjurios para gentes de mercaderías y comercio; y las damas, que son trifulcas e insultos para los gandules[180]. Y enseñó, además, el juego de los dados, la mayor calamidad: penas y daños para los que pierden, ridículo y oprobio para los que ganan, porque lo que se gana en los dados resulta improductivo, y la mayor parte se gasta inmediatamente. Ingenió, cierto, las señales luminosas, pero
28 su intención al hacerlo era nuestra desgracia y la utilidad para los enemigos[181]. Sin embargo, la virtud del hombre es obedecer a los jefes, hacer lo ordenado, agradar a la multitud toda y demostrar que se es, en todo lugar, un hombre de valía, que hace el bien a los amigos y el mal a los enemigos. Es lo contrario de todo eso lo que éste sabe: favorecer a los enemigos y perjudicar a los amigos[182].

---

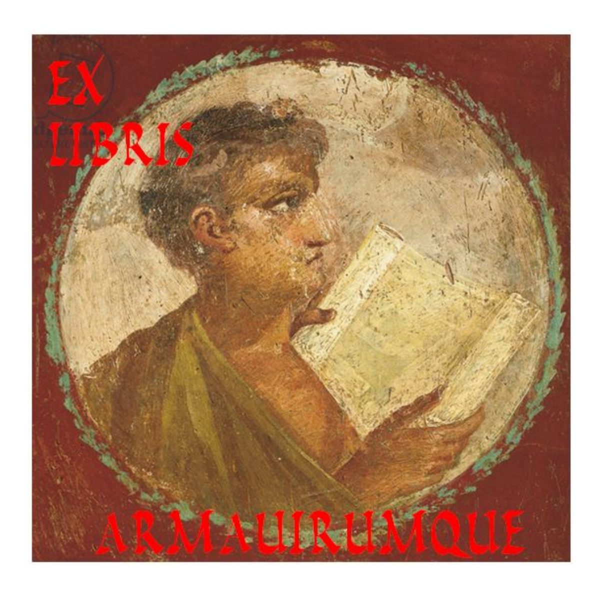
este pasaje herodoteo, donde se refiere que los griegos cambiaron la forma *(rhythmón)* dada a las letras; Palamedes se ha apropiado del invento sin alterar el procedimiento *(rhythmón)*. Sobre los orígenes de la moneda en Grecia, cf. N. F. Parise, «Le prime monete. Significato e funzione», en Settis, *I Greci (cit. supra,* nota 171), vol. II, págs. 716-750.

[180] Al definir así las damas y los dados, Odiseo puede estar aludiendo a Aquiles y Ayante, rivales suyos y amigos de Palamedes. Especialmente famosa fue la pintura que los representaba jugando a un juego de mesa; se conservan unas cien pinturas con el motivo, y pudieron ser miles. Sobre las innovaciones en la composición del motivo, cf. S. Woodford, *Images of Myth in Classical Antiquity,* Cambridge, 2003, págs. 116-119.

[181] Referencia ominosa al conocido episodio de la venganza de Nauplio, quien mediante las señales luminosas consiguió hacer naufragar numerosas naves griegas; cf. Ps. Apolodoro, *Epít.* 3, 7 y 11.

[182] Sobre este lema fundamental de la moral popular antigua, cf. K. J. Dover, *Greek popular morality,* Oxford, 1974, págs. 180-181.

Yo os pido que, tras considerar en común, decidáis so- 29
bre él y no lo dejéis libre ahora que lo tenéis a vuestra merced. Ahora bien, si lo compadecéis y lo dejáis libre a causa de la habilidad de sus discursos, surgirá un extraordinario desorden en el ejército. En efecto, cada uno individualmente, cuando sepa que Palamedes, aun habiendo cometido tan gran delito a los ojos de todos, ningún castigo ha sufrido, intentará a su vez cometerlos. Así que, si sois sensatos, votaréis lo mejor para vosotros mismos y para los demás daréis ejemplo con el castigo que le impongáis.



# FRAGMENTOS [183]

## A) *FÍSICO*

**1** [F 8 A.] DIÓGENES LAERCIO, VIII 56 (= *VS* 31 A 1)

Alcidamante refiere en su *Físico* que Zenón y Empédocles escucharon las lecciones de Parménides en los mismos años y que más tarde se apartaron de él: mientras que Zenón se dedicó a filosofar por su cuenta, el otro siguió las enseñanzas de Anaxágoras y de Pitágoras, y de éste imitó la solemnidad de vida y de aspecto, y de aquél, las doctrinas físicas [184].

---

[183] En la Introducción (págs. 30 y sigs.) pueden leerse las informaciones sobre los contenidos de las obras conservadas fragmentariamente y la adscripción de los fragmentos citados sin indicación de fuente.

[184] D. O'BRIEN, «The relation of Anaxagoras and Empedocles», *Journ. Hell. Stud.* 88 (1968), 93-113, esp. págs. 94-96, rebatió los argumentos de Zeller y Burnet para negar credibilidad al testimonio. Que Empédocles siguiera las enseñanzas de Pitágoras debe entenderse, dada la distancia temporal que los separa, en el sentido de que asistió a exposiciones de sus doctrinas.

## B) *MESENIO*

2 [F 3 A.] Anónimo, *Comentario a la «Retórica» de Aristóteles (Commentaria in Aristotelem Graeca* XXI 2, p. 74, 29-32 Rabe)

En favor de los mesenios, que habían hecho defección de los lacedemonios y no se dejaban persuadir de seguir siendo esclavos, Alcidamante tiene una declamación que dice:

La divinidad ha dejado que seamos libres; a nadie hizo esclavo la naturaleza [185].

3 [F 4 A.] Aristóteles, *Retórica* II 23, 1397a7-12

Un lugar común *(tópos)* de los entimemas demostrativos se da a partir de los contrarios: hay que mirar si existe un contrario del

---

[185] Cf. *Comp. Menandr. et Philist.* II 123-124: «Por naturaleza nadie nació nunca esclavo», versos atribuidos durante mucho tiempo al cómico Filemón (= fr. 95, 2 Kock). Para la mentalidad griega la igualdad de los hombres era una afirmación novedosa e incluso escandalosa; cf. Guthrie, *Historia...*, vol. III, págs. 158-165. Avezzù, pág. 84, interpreta las palabras del escoliasta como una cita literal. El correspondiente texto de la *Retórica* parece incompleto. Aristóteles (*Ret.* I 13, 1373b18 ss.) acaba de definir como común la ley conforme a la naturaleza. Tras citar unos versos de Sófocles *(Ant.* 456-457) y de Empédocles (fr. 135 D.-K.), añade: «Y como dice Alcidamante en el *Mesenio»,* a lo que no sigue cita alguna. De ello se han dado tres explicaciones: una, la existencia de una laguna; otra, propuesta por Sauppe, que todo el discurso girara en torno al tópico, en cuyo caso el comentario del escoliasta no sería una cita literal, sino una descripción general del *Mesenio* (cf. Vahlen, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 505 y «Ueber einige Zitate», págs. 637-638); finalmente, una tercera, apoyada por Avezzù, *ibid.,* es que las palabras de la cita fuesen tan conocidas entre los discípulos del Estagirita que citarlas hubiera resultado superfluo.

término contrario[186], refutando *(sc.* la proposición) en el caso de que no lo haya y confirmándola si lo hay, como, por ejemplo, «es bueno ser temperado, porque abandonarse a los placeres es nocivo». O como en el *Mesenio:*

Pues si la guerra es la responsable de los males presentes, con la paz hay que enmendarlos[187].

## C) *MUSEO*

4 [F 5 A.] Estobeo, IV 52, 22 = *Certamen de Homero y Hesíodo,* pág. 228, 78-79 Allen

Del *Museo* de Alcidamante:

*De principio, es lo mejor no nacer para los hombres;*
*ya nacido, cruzar cuanto antes las puertas de Hades*[188].

---

[186] Es decir, si al contrario del primer término de la proposición le corresponde también el contrario del segundo. Sobre la inferencia a partir de los contrarios, expuesta por Aristóteles en *Cat.* 10-11, *Tóp.* II 8, 113b15-114a25 (esp. 113b27-114a7; también II 2, 109b17 ss.), y *Metaf.* V 10, 1018a20-38, cf. Q. Racionero (trad.), *Aristóteles. Retórica*, Madrid, Gredos, 1994, pág. 264, nota 220.

[187] Al introducir la cita, el comentarista señala: «Alcidamante aconsejó a los lacedemonios que ⟨no⟩ sojuzgaran a los mesenios, argumentando *a contrario*». La sentencia parece una contestación a Isócrates, *Arquidamo* 49 ss., donde el rey espartano argumenta en contra de un acuerdo de paz. Al ejemplo alcidamantino el Estagirita añade dos pasajes trágicos, uno anónimo y otro del *Tiestes* de Eurípides (fr. 396 N$^2$). Quint., *Inst. Orat.* V 10, 73, traduce el pasaje sin indicación de autor *(Si malorum causa bellum est, erit emendatio pax)*.

[188] Estobeo incluye los versos en la selección titulada «Encomio de la muerte». El propio antólogo los atribuye de inmediato a Teognis (IV 52, 30; también Clem. Al., *Strom.* III, III, 15, 1), y, en efecto, figuran en la *Colección teognídea* como los hexámetros de dos dísticos elegiacos sucesivos (I 425, con variantes triviales, y 427). Los versos circularon como refrán: cf. Diogen., III 4; *Suda*, *s. v.* «Es mejor sanar el comienzo que el

5 [F 6 A.] *Certamen de Homero y Hesíodo,* pág. 234, 215-240 ALLEN [189]

Cuando terminó el concurso, Hesíodo hizo la travesía a Delfos para interrogar al oráculo y consagrar al dios las primicias de su victoria. Cuando se acercaba al templo dicen que la profetisa entró en trance y dijo:

*Dichoso es este hombre que pisa mi casa,*
*Hesíodo honrado por las Musas inmortales:*
*tanta será su fama cuanto la aurora se extiende.*
*Mas guárdate del hermoso bosque de Zeus Nemeo:*
*allí el fin de la muerte te está destinado.*

Tras escuchar el oráculo, Hesíodo se mantenía alejado del Peloponeso, creyendo que el dios se refería a la Nemea de allí, y, tras llegar a Eneo, en la Lócride, se hospeda en casa de Anfífanes y Ganíctor, los hijos de Fegeo [190], por no comprender la profecía [191],

---

final» (A 4099); DIÓG. LAERC., X 126. El *Pap. Lit. Lond.* 191, ll. 12-15 (antes *Pap. Petrie* 25, pág. 225 ALLEN), presenta restos de los versos que concuerdan con la versión que leemos.

[189] = págs. 41, 26-42, 16 WILAMOWITZ. El mismo relato se lee en la *Vida de Hesíodo* atribuida a TZETZES (pág. 3, 26-42 M.-W.), donde se añaden detalles como el nombre de la muchacha, Ctemene, madre de Estesícoro. La noticia aparecía ya en la *República de los orcomenios* de ARISTÓTELES (fr. 524 ROSE). Parte del pasaje (pág. 234, 226-235 ALLEN) se lee en el *Pap. Inv. núm. $M_2$ (Coll. of the Greek Papyr. Soc.),* del siglo I a. C., publicado por B. MANDILARAS, «A new papyrus of the *Certamen Homeri et Hesiodi*», *Platon* 42 (1990), 45-51, con pocas variantes respecto del texto de las ediciones modernas.

[190] Ganíctor es también el nombre del hijo de Anfidamante que instituye los juegos funerarios en honor de su padre; cf. *Cert.*, pág. 228, 62-63 ALLEN.

[191] La historia del asesinato de Hesíodo es narrada en términos semejantes por PAUS., IX 31, 6, pero atribuida a Antifonte y Ctimeno, los hijos de Ganíctor de Naupacto. Por *Cert.*, págs. 234, 240-235, 247 ALLEN, pasaje que sigue inmediatamente al texto del fr. 5, sabemos que esta variante la transmitía Eratóstenes. PLUTARCO (*Soll. anim.* 969e) menciona también a los hijos de Ganíctor, a quienes denunció el perro de Hesíodo.

pues ese lugar se llamaba, en su conjunto, Santuario de Zeus Nemeo. Como la estancia allí entre los de Eneo se fuera prolongando demasiado y los jóvenes sospecharan que Hesíodo había seducido a la hermana, lo mataron y lo arrojaron al mar que hay entre Eubea y la Lócride[192]. Como al tercer día el cadáver fue empujado a tierra por delfines mientras celebraban una fiesta local que se llamaba Ariadnea[193], todos corrieron a la playa y, al reconocer el cuerpo, le dieron sepultura tras llorarlo y se pusieron a buscar a los asesinos. Éstos, temiendo la ira de sus conciudadanos, botaron un barco de pesca y pusieron rumbo a Creta. Pero Zeus los fulminó con un rayo en medio de la travesía y los hundió en el mar, como dice Alcidamante en el *Museo*[194].

**6** [F 7 A] *Pap. Michigan* 2754

... ellos *(sc.* los muchachos), cuando lo vieron, improvisaron[195] este verso:

---

[192] Los nombres geográficos han motivado diferentes intentos de corrección. Nietzsche proponía «Beocia» en lugar de «Eubea»; en su edición recogía «entre Bolina (o Eupalia) y Molicria» a partir del pasaje de Pausanias citado en la nota anterior. El *Pap. Inv. núm.* $M_2$ *(cit. supra,* nota 189) confirma la lección del manuscrito, «Eubea», pero presenta el orden inverso de los nombres, «entre la Lócride y Eubea».

[193] Nietzsche corregía «Ariadnea» en «de la sagrada Río», pero de nuevo el papiro confirma la lectura del manuscrito.

[194] Según Vahlen, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 502, sólo la noticia de la muerte de los asesinos de Hesíodo debe atribuirse al *Museo.*

[195] En *Cert.*, pág. 238, ll. 326-327 Allen, los muchachos no improvisan por propia iniciativa, sino que responden a la pregunta de Homero («Al decir éstos...»); las demás versiones tampoco hacen referencia alguna a la improvisación. Aunque ésta refuerza la atribución a Alcidamante (cf. Winter, pág. 127, con la bibliografía antigua, y Renehan, «The Michigan Alcydamas-Papyrus», pág. 103), el verbo utilizado, *schediázein,* no significa en griego clásico 'improvisar', sentido para el que se esperaría *autoschediázein,* que es el que el rétor emplea en ocho ocasiones en su discurso *Sobre los sofistas;* cf. Kirk, «The Michigan Papyrus», pág. 154, y Koniaris, «The Michigan papyrus 2754», págs. 111-113, pero también West, «The Contest», págs. 436, y Renehan, *ibid.*, págs. 93-100, con ar-

*Los que atrapamos dejamos; llevamos los que no atrapa-*
*[mos*[196].

Él, al no poder entender el dicho, les preguntó qué querían decir, y ellos dijeron que, tras marchar de pesca, no lograron pescar nada, pero se sentaron a despiojarse, y de los piojos, los que habían atrapado los habían dejado allí, mientras que los que no habían atrapado los seguían llevando en los tabardos. Entonces recordó el oráculo y que había llegado el final de su vida[197], y compone para sí el siguiente epigrama:

*Cubre aquí la tierra la cabeza sagrada,*
*de héroes al divino caudillo, Homero*[198].

Al retirarse, resbala en el cieno[199] y, tras caer de costado, así, dicen, murió.

---

gumentos gramaticales a favor de que Alcidamante usara el verbo simple con el significado requerido.

[196] Corregimos, con Winter y la mayoría de los editores, el *élabon* del papiro, sin duda un error, por *hélomen* («atrapamos»). La imagen de Homero vencido por los niños aparece ya en HERÁCLITO (fr. 56 D.-K.), donde no se mencionan ni los pescadores ni la muerte del poeta; cf. KIRK, *ibid.*, págs. 157-160. Aparece ilustrada en una pintura pompeyana (núm. 1105 KAIBEL) con la siguiente inscripción: «Anciano sentado pensativo, al que preguntan dos pescadores lo que abajo está escrito», y sigue el enigma en griego. Sendas inscripciones «Homero» y «Pescadores», en griego, acompañan las imágenes.

[197] La referencia es al oráculo que advierte a Homero del lugar de su muerte en la isla de Íos y de la causa de ella, el «enigma de los muchachos»; cf. *Cert.*, pág. 228, 59-60 ALLEN; PROCLO, *Crest.* pág. 100, 7 ALLEN. West secluye la frase explicativa como una glosa.

[198] Los versos parecen construidos como un enigma hasta «de héroes», al modo de los que centran el concurso de ingenio. En el *Certamen* que conocemos los versos aparecen al final del texto.

[199] Este detalle de la muerte de Homero sólo aparece en *Cert.,* pág. 238, 334 ALLEN, y en TZETZES, pág. 255, 264 ALLEN. El término que traducimos por «cieno» *(pēlós)* es una corrección de Winter a partir del texto de Tzetzes. Avezzù sugiere que la corrupción es de términos que indicarían

Sobre este asunto intentaré[200] ganarme una reputación, pues veo que los estudiosos[201] gozan de una especial admiración. Es por eso, en efecto, por lo que Homero[202], tanto en vida como una vez muerto, recibe honores entre todos los hombres. Por consiguiente, en agradecimiento a él por el favor de este recreo[203], daré a conocer su origen[204] y el resto

---

el estado anímico de Homero ante su incapacidad para resolver el enigma, en concordancia con lo que encontramos en la mayoría de las vidas; cf. *Etim. Magn.*, *s. v.* «*háleos*», pág. 59, 45 Kallierges: «El insensato y vano, el que desvaría»; Teognosto, *Cánones ortográficos,* pág. 270, 3 Cramer: «*Paleós,* el que insulta; también se aplica al estúpido». A diferencia del *Certamen,* el papiro omite el detalle de que Homero muere al tercer día del accidente.

200 El texto del papiro es de difícil lectura: o precisa de correcciones o hay que postular una laguna, como West, «The Contest», pág. 437, quien propone completar el pasaje del siguiente modo: «Sobre este asunto ⟨considero que hay que aplicarse, a partir del cual será grata a las Musas⟩ la excelencia...». Adoptamos las correcciones de Avezzù, quien invierte la secuencia de verbos y opta por reconstruir la sintaxis.

201 Como señala Richardson, «The Contest», pág. 4, el término *historikoí* es en tiempos de Platón una palabra nueva (cf. Platón, *Sof.* 267e), lo que hace pensar en una acuñación del propio Alcidamante. Avezzù cita para la valoración de Homero como historiador el pasaje de Proclo, *Crest.*, pág. 101, 4 Allen.

202 Restituido por Winter. Körte proponía «guía», *hodēgós*.

203 Traducimos por «recreo» el término *paidiâs*, que ya Körte intentó corregir en *paideías* «educación». La cercanía de ambos términos y el juego de sentido entre ellos es una constante de los diálogos platónicos. De nuevo Alcidamante aporta aquí un paralelo con Platón: cf. *Sof.* 34 y Mariss, *Alkidamas,* págs. 312-313, con bibliografía. Cuestión más importante es establecer qué es lo que se califica de «educación» o «recreo», si la poesía de Homero en general o la vida y el certamen que acaban de ser relatados y que serán mencionados de inmediato; en este segundo caso, como propone Winter, la traducción debería ser: «en agradecimiento por el recreo (o enseñanza) del certamen»; cf. fr. 19.

204 Winter rellenaba la pequeña laguna con *ag]ônos* («concurso»), frente a la lectura *g]énos* («estirpe», «origen») que acepta Avezzù de Page. Kirk propone tentativamente *aiônos* con el sentido de «generación».

de la poesía[205] gracias al rigor de la memoria[206], como propiedad común de aquellos de los griegos que aspiran a la belleza[207].

De [Alci]damante, *Sobre Homero*[208].

## D) FRAGMENTOS SOBRE RETÓRICA[209]

7 [F 12 A.] Diógenes Laercio, IX 54

Alcidamante dice que hay cuatro especies de discurso:

Afirmación *(phásis),* negación *(apóphasis),* interrogación *(erṓtēsis)* y alocución *(prosagóreusis)*[210].

---

205 Según West, «The Contest», pág. 438, sólo puede referirse a la poesía no homérica; cf. Isócr., XII 33. La reconstrucción de West elimina la mención a la estirpe o al certamen (cf. nota anterior); el texto propuesto se traduciría: «dejándolo a un lado *(sc.* a Homero), ofreceremos el resto de la poesía». En coherencia con su interpretación 'propléptica' del pasaje, Dodds, «The Alcidamas Papyrus again», pág. 188, sostiene que se refiere al resto de la poesía homérica.

206 Aceptamos, como Avezzù, el suplemento *dià akribeías,* de Körte y Page. La propuesta de Winter es más atrevida: *dià anchisteías,* «por la cercanía» o «vecindad».West propone «por la brevedad» *(dià bracheías).*

207 Es traducción de *phi[lokal]eîn.* Richardson propuso *phi[lodox]eîn.*

208 El texto del papiro sólo transmite el final del nombre del autor en genitivo *(...]damantos).* Nadie ha contestado la reconstrucción del nombre de Alcidamante, aunque sí se han planteado reservas sobre la seguridad con que se toma la reconstrucción; cf. Kirk, «The Michigan Papyrus», pág. 150, nota 1; Koniaris, «The Michigan papyrus 2754», págs. 109-110.

209 Estos fragmentos no tienen por qué provenir de un tratado de retórica como el aristotélico; cf. Introducción General, pág. 44.

210 Según Laercio, Protágoras dividió el discurso en cuatro especies: súplica, pregunta, respuesta y mandato (IX 54 = Prot., test. 1 D.-K.); a continuación, informa de que algunos lo dividieron en siete especies, entre las que figuraba la narración *(diḗgēsis),* sobre la cual cf. *infra,* fr. 9.

**8** [F 13 A.] *Prolegómenos a los «Estados» de Hermógenes* VII 8 WALZ

Otros definían *(sc.* la retórica) restrictivamente cuando decían que era dialéctica, y definían la dialéctica del siguiendo modo:

Es la facultad de lo que resulta persuasivo *(pithanón)*[211].

Esta definición daba Alcidamante.

**9** [F 14 A.] TZETZES, *Escolios al tratado «Sobre la invención» de Hermógenes (Anecd.,* vol. IV, pág. 58, 29-59, 4 CRAMER)

De un caso conocido no debe hacerse una narración *(diēgeîsthai),* / ni tampoco cuando los hechos resultan ser oscuros *(ádoxa).*

---

Como indica AVEZZÙ, pág. 91, ésta no fue incluida en la cuatripartición alcidamantina de tipos de discurso, seguramente porque *diḗgēsis* y sus derivados tienen para él un sentido puramente técnico como parte del discurso judicial y no como tipo de discurso *per se.* La información de Laercio se repite en *Suda, s. v. «Prōtagóras»* (Π 2958).

[211] Es patente la deuda con la definición de la retórica como «creadora de persuasión *(peithoûs dēmiourgós)*» que PLATÓN, *Gorg.* 453a, atribuye al sofista de Leontinos; cf. DOXÓP., *Prolegómenos a los «Ejercicios retóricos» de Aftonio,* vol. II 104, 18 WALZ. Sin embargo, antiguos y modernos han dudado de esta atribución. Los *Prolegómenos a Hermógenes* (vol. IV, pág. 19, 19 WALTZ) la retrotraen a Córax y Tisias. A BLASS, *Attische Beredsamkeit,* pág. 348, le sonaba aristotélica; cf. ARIST., *Ret.* I 2, 1355b25-26: «Entendamos por retórica la facultad de teorizar lo que es adecuado en cada caso para convencer» (trad. de Q. RACIONERO). Por su parte, H. MUTSCHMANN, «Die älteste Definition der Rhetorik», *Hermes* 53 (1918), 440-443, prefiere atribuir la definición a Platón, en quien la metáfora del «artífice», de origen médico, aparece en *Cárm.* 174e (la medicina, artífice de salud) y en *Banquete* 188d (el médico Eriximaco define la adivinación como «artífice de amistad entre dioses y hombres»). Con todo, la comparación de la retórica con la medicina era un lugar común de Gorgias, por lo que es plausible su autoría de la definición; cf. MILNE, *A study...,* pág. 19. En general sobre retórica y persuasión, cf. LÓPEZ EIRE, «Literatura y vida pública», págs. 14-15 y 32, quien sugiere remontar la definición a Empédocles, maestro de Gorgias.

/ No hay que colocar siempre las narraciones / tras el proemio, sino tras las pruebas, según dicen algunos; / tampoco en el epílogo, como sostienen aquéllos, / colocaremos nosotros las narraciones que ellos dicen / que deben colocarse tras las pruebas. Si en los epílogos, /

paradiegesis[212]

las llamamos, como Alcidamante, /

tanto si son repeticiones de la propia narración / como si son una recapitulación y un segundo discurso sobre el mismo tema; /

yo llamo 'narración' a la que sigue al proemio / y a la que lo precede, cuando presentamos el asunto.

**10** [*ad* F 1 A.] Tzetzes, *Escolios al tratado «Sobre la invención» de Hermógenes* 6-10[213]

Quien enseñe el discurso artístico debe enseñarlo / de modo que sea comprensible y claro a quienes lo usen, / pero seductor y aclamado el discurso sin artificio, / como dejó escrito Alcidaman-

[212] Si Alcidamante ha distinguido la *diḗgēsis* o narración propiamente dicha de su repetición o *paradiḗgēsis,* se habría hecho acreedor de las críticas que Aristóteles *(Ret.* III 13, 1414b14 ss.) dirige contra Teodoro de Bizancio y sus discípulos, quienes «consideraban como cosas distintas la narración, la postnarración y la prenarración», cf. López Eire, «Literatura y vida pública», págs. 66-67; en cambio, no merecería el reproche si la paradiégesis es un segundo argumento sobre el mismo tema. Sobre la narración, cf. Arist., *ibid.,* III 13, 1416b16 ss. y el fr. 133 Rose$^3$, según el cual, Teodectes, tras el proemio, destinado a captar la benevolencia del auditorio, y antes del debate y el epílogo, reservaba la narración para lograr la persuasión. Un conciso examen de la documentación retórica sobre la narración puede verse en Avezzù, págs. 91-92.

[213] El texto se lee en *Anecdota* IV, p. 34 Cramer = *Epít. Ret.* III, pág. 684 Walz.

te, el refutador del arte (*sc.* retórica)[214]. / En consecuencia, redacta las explicaciones con sabiduría y sin pomposidad.

**11** [*ad* F 1 A.] TZETZES, *Historias* XI 661-664 LEONE

Cuántos años pasó (*sc.* Isócrates) escribiendo sus libros, no lo sé. / Lisias dice que él tardó diez años enteros / en completar su discurso para las Panateneas. / Y el rétor Alcidamante echa en cara esto a otros[215].

**12** [F 15 A.] TZETZES, *Historias* XII 561-567 LEONE

Cuatro dicen que son las virtudes naturales del discurso / el rétor Isócrates y Alcidamante [...]: /

Claridad (*saphés*), magnificencia (*megaloprépeia*), concisión (*sýntomon*) y persuasión (*pithanón*), /

con el embellecimiento de las figuras retóricas[216].

---

[214] En gr. *technoélenchos,* calificativo que se ha entendido como una evidencia de la lectura por parte de Tzetzes del discurso *Sobre los sofistas*.

[215] Referencia a ALCID., *Sof.* 2, donde se contrapone la excelencia de la improvisación a la torpeza de los discursos escritos. Isócrates tardó diez años en componer el *Panegírico;* cf. Ps. PLUT., *Vida de los diez oradores* 837F, y FOCIO, *Bibl.,* cód. 260, col. 161d. A Lisias lo critica Platón (*Fedro* 228a) por el mismo motivo.

[216] Cf. ARIST., *Ret.* III 12-13, 1414a17-27, donde se critica que algunos estimen como virtudes del discurso lo placentero y la magnificencia, por no ser preferibles a la moderación, la liberalidad y cualesquiera otras virtudes propias del talante. QUINT., *Inst. Orat.* IV 2, 31, habla sólo de la lucidez, la brevedad y la verosimilitud, y más adelante (61-63) critica la magnificencia por no ser siempre oportuna ni útil.

## E) FRAGMENTOS DE PROCEDENCIA INCIERTA CITADOS POR ARISTÓTELES EN LA *RETÓRICA*[217]

**13** [F 10 A.] ARISTÓTELES, *Retórica* II 23, 1398b10-16

Otro *(sc.* lugar común procede) por inducción. [...] Así, Alcidamante sostiene que

Todos honran a los sabios; por ejemplo, los de Paros han honrado a Arquíloco, pese a su maledicencia[218], y los de Quíos a Homero, pese a no ser ciudadano[219], y los de Mitilene a Safo, pese a ser mujer, y los de Lacedemonia nombraron a Quilón miembro del consejo de ancianos, pese a que no tenían el menor aprecio por las palabras[220], y los griegos de Italia a Pitágoras[221], y los lampsacenos a Anaxá-

[217] Es plausible que todos los pasajes de Alcidamante citados por Aristóteles provengan del prólogo del *Museo;* cf. Introducción, págs. 37-38.

[218] Sobre la proverbial maledicencia de Arquíloco, cf. PÍND., *Pít.* II 54 y HORAC., *Ars* 79: «A Arquíloco lo armó la rabia con su propio yambo».

[219] O'SULLIVAN, *Alcidamas,* pág. 80, considera humorística esta observación de Alcidamante, que contradice la pretensión de los quiotas de ser compatriotas del poeta (cf. *Cert.* 13-14) y favorece la idea de que «Alcidamante haya escrito algo semejante al comienzo de nuestro *Certamen*». La reivindicación de los quiotas es recurrente en la tradición biográfica antigua: cf. Ps. PLUT., *Vida de Homero* I 88, II 7-8, IV 6, V 3, VI 5-9 ALLEN; *Suda, s. v.* «*Hómēros*» (O 253); EUSTAC., *Comentario a la Il.* IV 17.

[220] Según DIÓG. LAERC., I 68, Quilón no perteneció a la *gerousía* espartana, sino que fue un éforo. Sobre la parquedad de palabras *(brachylogía)* de los lacedemonios, cf. PLATÓN, *Leyes* I 641e.

[221] La información relativa a Pitágoras es problemática. Caben dos posibilidades: la primera es que, como propuso C. THUROT, «Observations critiques sur la *Rhétorique* d'Aristote», *Rev. Archéol.* n.s. 5 (1862), 40-61, esp. págs. 42 y 47, falte tras su nombre «un verbo con complemento que indique cómo los griegos de Italia honraron a Pitágoras» (o bien un parti-

goras, pese a ser extranjero, lo enterraron y lo siguen venerando aún hoy[222].

**14** [F 11 A.] Aristóteles, *ibid.* II 23, 1398b16-19

Los atenienses fueron dichosos mientras observaron las leyes de Solón, los lacedemonios, las de Licurgo, y en Tebas, cuando los dirigentes se entregaron a la filosofía, entonces la ciudad fue dichosa[223].

---

cipio concesivo que señalase un tipo de defecto, como en los casos anteriores). La segunda es que nos hallemos ante un añadido al texto de la *Retórica,* como ha defendido R. Kassel, *Der Text der aristotelischen Rhetorik. Prolegomena zu einer kritischen Ausgaben,* Berlín-Nueva York, 1971, págs. 139-140, quien entiende que la información rompe el *crescendo* de la construcción sintáctica: tres nombres de poetas en paralelo, con los tres pueblos que los honran pese a sus respectivas deficiencias de carácter, procedencia o sexo, seguidos de dos filósofos con los pueblos que los honran, con un enunciado particular sobre cada uno.

[222] Cf. Dióg. Laerc., II 14-15, sobre su respetuoso enterramiento y sobre el respeto a la costumbre, instaurada por las autoridades de la ciudad conforme a la última voluntad del filósofo, de que los niños celebrasen juegos, una vez al año, durante el mes en que él muriera.

[223] Este segundo pasaje, que sigue inmediatamente al anterior en la *Retórica,* no está perfectamente trabado con él. Caben dos soluciones: puede considerarse no una parte de la cita de Alcidamante, sino un ejemplo distinto, construido quizás por el propio Estagirita (cf. R. Kassel, *Aristotelis Ars Rhetorica,* Berlín-Nueva York, 1976, pág. 131); también cabe establecer una laguna entre ambos pasajes para solucionar la brusca transición. El ejemplo desarrolla la idea platónica de que los filósofos deben gobernar o bien los gobernantes devenir filósofos; cf. Platón, *Rep.* V 473d y, en concreto sobre Licurgo y Solón, *ibid.* X 599d y *Banquete* 209d. En cuanto a los «dirigentes tebanos», Alcidamante debe de referirse a Epaminondas y a Pelópidas; cf. Polibio, *Historia* VI 43, 6. Según Cic., *Sobre los deberes* I 44, 155, el magisterio del pitagórico Lisis de Tarento influyó decisivamente en el carácter de Epaminondas.

**15** [F 16 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406a1-3

La frialdad[224] del estilo resulta de cuatro causas: de las palabras compuestas, como, por ejemplo, [...] Alcidamante:

Con el alma llena de coraje y la mirada ignícroma[225].

**16** [F 17 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406a3-4

Y:

Creyó que su buen empeño sería a la postre fructífero[226].

**17** [F 18 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406a4

E:

Hizo que la persuasión de los discursos fuera a la postre fructífera[227].

---

[224] Cf. *supra,* test. 14.

[225] Es decir, del color del fuego *(pyríchrōs);* el término parece ser de cuño alcidamantino. Según RICHARDSON, «The Contest», pág. 6, el pasaje es una adaptación de *Il.,* I 103-104, donde se describe el talante del enojado Agamenón. A su juicio, los tres ejemplos siguientes pueden estar quizás modelados sobre pasajes del libro I de la *Ilíada.*

[226] El adjetivo *telesphóros* sólo había aparecido antes en Homero y en la tragedia. En el primero se dice cuatro veces de un período de tiempo que se cumple *(Il.* XIX 32; *Od.* X 467, XIV 292 y XV 230) y una, de crías de animales que alcanzan una edad *(Od.* IV 86). Según el comentarista del pasaje aristotélico *(CAG* XXI 2, pág. 175, 3-4 RABE), éste sería el uso propio. Con todo, en la tragedia se usa también referido a los dioses (ESQUILO, *Prom.* 511; SÓF., *Ayante* 1390), a sus profecías y a las súplicas a ellos dirigidas, así como a los anhelos humanos; cf. ESQUILO, *Coéf.* 213, 541; EUR., *Med.* 714; *Fen.* 69 y 641. El caso más próximo a Alcidamante lo encontramos en ESQUILO, *Coéf.* 663, donde se dice de una persona «capaz de llevar a término» una empresa, y en SÓF., *Ed. Col.* 1489, donde se habla de hacer un favor.

[227] Cf. la nota anterior e *infra,* el fr. 29.

**18** [F 19 A.] Aristóteles, *ibid.* III 3, 1406a5
Y:

Tonoazulada (era) la superficie del mar[228].

Todos estos vocablos resultan poéticos por ser compuestos.

**19** [F 20 A.] Aristóteles, *ibid.* III 3, 1406a7-9 y 1406b14-15
Ésta es la primera causa; la segunda es hacer uso de palabras extravagantes *(glôttai)*; por ejemplo, [...] Alcidamante dice

juguete *(áthyrma)*[229] a la poesía,

[...] sin aportar ningún juguete semejante a la poesía.

**20** [F 21 A.] Aristóteles, *ibid.* III 3, 1406a9-10
Y:

El desafuero[230] de la naturaleza.

---

[228] El epíteto *kyanóchrōs* sólo había aparecido antes en Eurípides en pasajes líricos: en *Hel.* 1502 se aplica al mar encrespado; en *Fen.* 308, Yocasta lo usa para describir el cabello de su hijo Polinices, lo cual se corresponde con el uso habitual del adjetivo *kyanéos/kýanos* en Homero.

[229] Aristóteles cita dos veces el pasaje, la primera de ellas de forma incompleta. El término *áthyrma* es tanto una *glosa* de la forma corriente para 'juguete' *(paígnion)* cuanto una metáfora de la creación poética frecuentemente atestiguada. Sin embargo, para el comentarista anónimo *(CAG* XXI 2, pág. 177, 19-20 Rabe) *áthyrma* es una metáfora fría por emplearse habitualmente en una esfera, la del placer, distante de la poética. De ser así, la segunda cita podría recoger un juicio sobre Homero, como propuso Foss, *De Gorgia...*, pág. 83, y aceptó Vahlen, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 500: el poeta no habría incluido en su poesía ningún «juguete», sino sólo cosas serias.

[230] Como indica Vahlen, *ibid.*, pág. 492, la expresión designa la maldad innata; cf. Dem., XX 140 y XXI 172. El comentarista *(CAG* XXI 2, pág. 175, 10-11 Rabe) observa que para describir el daño de la naturaleza debería haber usado *anōmalía* («irregularidad») en vez del término homérico *atasthalía* («desafuero»). En cualquier caso, a Aristóteles hubo de re-

**21** [F 22 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406a10-11
Y:

Aguzado por la pura rabia de su pensamiento[231].

**22** [F 23 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406a11-21
Una tercera causa está en usar epítetos largos o inoportunos o frecuentes. [...] Por eso las obras de Alcidamante parecen frías, porque no utiliza los epítetos como condimento, sino como plato fuerte, de tan profusos, grandilocuentes y obvios que son, como decir no «sudor», sino

el húmedo sudor[232].

**23** [F 24 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406a21-22
Y no «en los Juegos Ístmicos», sino

en la festividad de los Juegos Ístmicos[233].

---

sultarle especialmente censurable el hacer depender un sustantivo abstracto de otro; cf. O'SULLIVAN, *Alcidamas*, pág. 33.

[231] Según el comentarista anónimo *(CAG* XXI 2, p. 175, 11-12 RABE), *tethēgménon, lit.* 'afilado', es un vocablo poético aplicado de manera especial a la espada; su uso figurado aparece ya, por ejemplo, en JENOF., *Recuerdos de Sócrates* III 3, 7, y *Ciropedia* I 6, 41. El adjetivo *ákratos (lit.* 'incontenible') se emplea para dar un valor absoluto al sustantivo al que acompaña *(e. g. ákratos sophía* «pura sabiduría»); de ahí nuestra traducción. En general sobre la cita, *vid.* VAHLEN, *ibid.*, págs. 492-493.

[232] El ejemplo lo hereda Ps. DEMETR., *Sobre el estilo* 116. QUINT., *Inst. Orat.* VIII 6, 40, aduce los ejemplos de los «blancos dientes» y los «húmedos vinos». Cf. *Sof.* 16: «con una desenvuelta agudeza mental».

[233] La misma perífrasis reaparece en una anécdota sobre Antístenes; cf. DIÓG. LAERC., VI 2 (= HERMIPO, fr. 34 WEHRLI). SOLMSEN, «Drei Rekonstruktionen», pág. 138-139, se sirve de este fragmento y del 23 para postular un contraste entre las competiciones populares del cuerpo y las menos populares, pero superiores, del alma; cf. ISÓCR., IV 1.

**24** [F 25 A.] Aristóteles, *ibid.* III 3, 1406a22-23
Y no «leyes», sino

las leyes, soberanas de las ciudades[234].

**25** [F 26 A.] Aristóteles, *ibid.* III 3, 1406a23-24
Y no «a la carrera»[235], sino

con el impulso del alma que nos hace correr[236].

**26** [F 27 A.] Aristóteles, *ibid.* III 3, 1406a24-25
Y:

Tomando... del santuario natural de las Musas[237].

**27** [F 28 A.] Aristóteles, *ibid.* III 3, 1406a25-26
Y:

Sombría (era) la inquietud de su alma.

---

[234] La expresión es evocada por Agatón en el *Banquete* platónico (196c), donde dice que Eros no comete violencia, porque «las leyes soberanas de la ciudad» consideran justo lo que de buen grado acuerdan los ciudadanos. El modelo más conocido de la expresión es Pínd., fr. 169a, 1-2 Sn.-M.: «La ley, tirano de todos, mortales e inmortales», un pasaje evocado en otros diálogos por boca de partidarios de la sofística, en concreto, por Calicles en *Gorg.* 484b (cita) y por Hipias en *Prot.* 337d (alusión). En general, *vid.* M. Gigante, *Nomos basileus,* Nápoles, 1993[2].

[235] Vahlen, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 494, propuso corregir «no 'a la carrera' *(ou drómōi)*» por «no 'con impulso' *(hormêi)*». Cf. la nota siguiente.

[236] Como explica Vahlen, *ibid.,* «impulso que nos hace correr» *(dromaíāi... hormêi)* parece una perífrasis poética que reemplaza el término usual *spoudêi,* que significa tanto 'a toda prisa' como 'con diligencia'. A su juicio, este fragmento y el anterior son uno solo y deben leerse seguidos. Sobre la imagen deportiva implícita, cf. *supra,* nota 233.

[237] «El santuario natural de las Musas» merece la condena de Aristóteles si debe entenderse como la escuela del talento, opuesta a la escuela del arte (cf. Narcy, «Alcidamas d'Élée», pág. 107), pero en tal caso esperaríamos una construcción sintáctica diferente. Sobre las interpretaciones del pasaje, cf. Blass, *Attische Beredsamkeit,* vol. II, pág. 350, nota 1 y Vogt, «Die Schrift vom Wettkampf», pág. 217, nota 68.

**28** [F 29 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406a26-27

Y no «⟨artífice⟩ del favor», sino

artífice de un favor popular completo y dispensador del placer de los oyentes[238].

**29** [F 30 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406a27-29

Y no «con ramas tapó su cuerpo», sino

con las ramas de la foresta recubrió la vergüenza de su cuerpo[239].

**30** [F 31 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406a29-31

Y:

El deseo contrahacedor del alma

(he aquí un caso al mismo tiempo de compuesto y de epíteto, de modo que resulta un vocablo poético)[240].

---

[238] La descripción cuadra con Homero, aunque puede aplicarse también al orador que, además de persuadir, complace a sus oyentes; cf. GORG., *Hel.* 8. Es patente el influjo de la definición de la retórica como «artífice de persuasión» *(peithoûs dēmiourgós);* cf. *supra,* fr. 8. En cuanto a *oikonómos* («dispensador»), es, según RICHARDSON, «The Contest», pág. 8, el primer ejemplo de un uso literario de esta familia léxica, junto con *oikonomía* en *Sof.* 25 (cf. *tamieúesthai* en § 23).

[239] Se trata de una paráfrasis de *Od.* VI 127-129, cuando Odiseo se presenta casi desnudo ante la princesa Nausícaa. Allí aparece la expresión poética «rama de la densa foresta» (v. 128), pero Alcidamante ha sustituido el homerismo *ptórthon* ('rama') por *kládos.* Traducimos la cita tal como la establece Avezzù, lo cual comporta excluir de ella *apékrypsen* («tapó»), de acuerdo con la propuesta de Vahlen y Diels. Por su parte, el comentarista del pasaje *(CAG* XXI 2, pág. 176, 14 RABE) sostiene que Alcidamante ha reemplazado dicho verbo por *parémpischen* («recubrió»).

[240] El comentario se refiere al adjetivo *antímimos.* Éste, como explica VAHLEN, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 498, requiere un complemento en dativo —que Aristóteles no recoge en la cita— que exprese aquello que afronta o reproduce el alma. Según SOLMSEN, «Drei Rekonstruktionen», pág. 137, se trataría de la poesía, pero, según el comentarista anónimo

31 [F 32 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406a31-32
Y:

Tan excesivo el colmo de la perversidad[241].

32 [F 33 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406b5-12
Y, además, un cuarto tipo de frialdad resulta de las metáforas, porque también hay metáforas inadecuadas, las unas, por su ridiculez —ya que también los comediógrafos emplean metáforas— y las otras, por su carácter excesivamente solemne y trágico, ya que pierden claridad cuanto más se alejan (*sc.* sus términos). Por ejemplo, [...] como dice Alcidamante,

La filosofía, baluarte de las leyes[242].

33 [F 34 A.] ARISTÓTELES, *ibid.* III 3, 1406b12-14
Y:

La *Odisea*, hermoso espejo de la vida del hombre[243].

---

(*CAG* XXI 2, pág. 176, 15-17 RABE), el pasaje fue interpretado como la actuación del alma contraria «al deseo y la voluntad del cuerpo».

[241] A diferencia de Avezzù y de acuerdo con VAHLEN, «Der Rhetor Alkidamas», pág. 498, incluimos el adverbio *hoútōs* en la cita de Alcidamante, no en la fórmula introductoria de Aristóteles.

[242] Existen dos traducciones posibles del pasaje (resumidas por NARCY, «Alcidamas d'Élée», pág. 105). El sentido positivo lo daba ya el comentarista anónimo (*CAG* XXI 2, pág. 177, 16-18 RABE), según quien el término *epiteíchisma* ('baluarte'), aplicado a la filosofía, debía entenderse como «auxiliadora y custodia (*boēthòn kaì phylakḗn*)»; cf. ANTÍSTENES, fr. 134 GIANN. (= DIÓG. LAERC., VI 13) y DEM., XXI 138. El segundo sentido, el negativo ('baluarte contra'), fue señalado por BLASS, *Attische Beredsamkeit,* vol. II 2, pág. 352, nota 5, quien observó que *epiteíchisma* se refiere con más frecuencia a una fortificación en territorio enemigo (cf. TUC., VIII 95, 6 y VII 47, 4), en cuyo caso existiría una tensión entre las leyes y la filosofía, que pone coto a aquéllas. Apoyan esta segunda interpretación SOLMSEN, «Drei Rekonstruktionen», pág. 138, nota 9; GUTHRIE, *Historia...,* vol. III, pág. 302, y AVEZZÙ, págs. 94-95.

[243] Cf. ALCID., *Sof.* 32; LICURGO, *Contra Leócrates* 102: «Los poetas, que imitan la vida del hombre, seleccionando los hechos más hermosos

## F) FRAGMENTOS DE ATRIBUCIÓN DUDOSA[244]

### *34 *Sobre la música (Pap. Hibeh* 13 = Pack² 2438)

Muchas veces me ha causado extrañeza, varones griegos, que no os percatéis de que haya quienes hacen demostraciones extrañas de sus propias artes[245]. Os dicen, en efecto, que son 'armónicos'[246] y, tras escoger ciertas piezas, las comparan y censuran unas al azar, otras las ensalzan a la ligera. Y dicen que no se les debe considerar ni tañedores de cítara ni cantores, pues sobre eso, dicen, remiten a otros, mientras que lo propio de ellos es la parte teórica, pero es evidente que de aquello que remiten a otros no se han preo-

---

persuaden a los hombres con la palabra y la demostración»; también Jenof., *Banquete* IV 6 y la crítica de Platón, *Rep.* X 596d. Sobre la pervivencia de la metáfora, cf. Introducción, págs. 71-72.

[244] Recogemos en esta sección una serie de atribuciones debidas a autores modernos, ordenadas en función de su plausibilidad: muy grande para los frs. 34-36, razonable para el 37 y escasa para 38 y 39.

[245] Suele aceptarse que el blanco de este ataque es Damón, autor de una versión de la teoría del efecto ético de la música, o bien el grupo heredero de su enseñanza; cf. Brancacci, «Alcidamante e PHibeh 13», pág. 65 (nota 7) y 70-71. Sobre el sentido de *harmonikoí,* cf. Brancacci, *ibid.,* págs. 69-70; West, «Analecta Musica», pág 18, y la nota siguiente.

[246] El término *harmonía,* con sus derivados, es el núcleo de la terminología musical del papiro, y se articula en dos contextos básicos. Por un lado, los personajes atacados se dan a sí mismos el título de *harmonikoí,* por tener en los *harmoniká* su campo propio de actividad, que precisan como la parte teórica y aplican por medio de la comparación crítica *(synkrínontes)*. Por otro, *harmonía* se opone a *chrôma,* distinción interpretada en relación con la de los géneros enarmónico, diatónico y cromático en la construcción del tetracorde; cf. M. L. West, *Ancient Greek Music,* Oxford, 1992, págs. 164-165, e *infra,* nota 248.

cupado de manera conveniente, mientras que aquello en lo que dicen ser fuertes, en eso están improvisando[247]. Pues dicen que, de las melodías, unas hacen a los hombres continentes, otras, prudentes, otras, justos, otras, valientes, otras, cobardes[248], porque no saben bien que ni el cromático *(chrôma)* podría hacer cobardes ni el enarmónico *(harmonía)* valientes a quienes se sirvan de él.

En efecto, ¿quién ignora que los etolios, los dólopes y cuantos hacen sus sacrificios en las Termópilas usan la música diatónica[249] y son, sin embargo, mucho más valientes que los actores trágicos, que suelen cantar en enarmónico[250]? De

---

[247] Sobre la distinción entre músicos instrumentistas y «armónicos», cf. PLATÓN, *Rep.* VII 531b; sobre el término *schediázein* con el sentido de 'improvisar', cf. fr. 6, nota 195.

[248] La lista se corresponde bien con la que se atribuye a Damón (cf. fr. 37 D.-K.), pero sus distinciones se refieren a los modos —llamados también *harmoníai*— y los ritmos, no a los géneros, como en el caso del autor del papiro, cuya formulación es semejante a la de Diógenes de Babilonia: cf. FILOD., *Sobre la música* IV, págs. 39-40 NEUBECKER.

[249] Traducimos el suplemento de WEST, «Analecta Musica», pág. 20, para quien el de Grenfell y Hunt (*toùs The*[*rmopýl*]*ēisi*), además de ser paleográficamente menos convincente, no basta para completar el espacio que dejan las lagunas del papiro. BRANCACCI, «Alcidamante e PHibeh 13», págs. 62-63, nota 1, propone entender la expresión como una referencia al ejército que dio prueba de su valor en la batalla de las Termópilas. La referencia a etolios y dólopes puede ser un testimonio del uso del diatónico en lo cantos de la Liga Anfictiónica, que se reunía en Antela, aunque es dudoso que esto valga para los etolios.

[250] El papiro presenta la expresión *diatónōi têi mousikêi,* opuesta a la que designa el «enarmónico», *dià pa*]*ntòs... eph' harmonías* (lit. «sobre una armonía completa»), usual en el canto de los actores trágicos. Según WEST, el autor parece hacer del diatónico una variedad del cromático *(Ancient Greek Music,* págs. 165 y 248) o, al menos, un paso en la dirección que conduce a él («Analecta Musica», pág. 20), y ve en el testimonio un indicio del origen noroccidental del género diatónico.

modo que ni el cromático hace a la gente cobarde ni el enarmónico, valiente. Llegan a tal punto de osadía que, aunque dedican mucho tiempo a las cuerdas, las tañen bastante peor que los tañedores profesionales, y cuando cantan, peor que los cantores, y cuando exhiben sus comparaciones, lo hacen todo peor en todos los aspectos que un rétor cualquiera[251]. Y acerca de aquellas cuestiones que reciben el nombre de 'armónicas', con las que dicen tener cierta afinidad, no pueden decir ni una palabra, sino que andan poseídos, marcando erradamente el ritmo sobre el estrado[252], al tiempo que suenan los sonidos del salterio[253]. Y no se avergüenzan de declarar que, de las canciones, unas tienen algo propio del laurel, otras, de la hiedra, y además inquieren si no es evidente que en esto la práctica propia es imitar bien[254]. También los sátiros que danzan al son de la flauta...[255].

[251] Seguimos la puntuación de BRANCACCI. WEST puntúa el texto de modo que la traducción sería: «cuando hacen sus comparaciones, *(sc.* lo hacen) peor que un rétor cualquiera, haciendo todo peor que todos».

[252] Si *sanídion* se refiere a la superficie de madera sobre la que tiene lugar la ejecución de la pieza, podría ser un indicio para la datación del escrito; cf. ANDERSON, *Ethos and Education,* págs. 149-150. Con todo, puede referirse también al puente del instrumento, como propuso CRÖNERT, «Die Hibehrede», pág. 156. West, por su parte, ve aquí una referencia a un artilugio semejante al llamado *kroúpeza,* consistente en un calzado que llevaba ajustada a la suela una placa para marcar el ritmo; cf. *Ancient Greek Music,* págs. 123-124.

[253] Primer empleo del término, que designa en el siglo IV el arpa de manera genérica. El texto, con todo, parece aludir específicamente al hecho de que los 'armónicos' sólo pulsaban *(psállein)* la cuerdas, a diferencia del tañido de otros instrumentos de cuerda, que además se rasgueaban. El instrumento mencionado podría ser semejante al salterio, y lo preferirían los teóricos de la música para una mejor demostración de las propiedades de intervalos y escalas; cf. WEST, «Analecta Musica», pág. 21, y *Ancient Greek Music,* págs. 78-79.

[254] La traducción responde a los suplementos *epitḗ[deusis / eû mi]meîsthai.* West reconstruye la frase de manera muy distinta: «... si no es evi-

*35 [*ad* F 6 A.] *Certamen de Homero y Hesíodo,* pág. 235, 247-254 ALLEN[256]

Más tarde, los orcomenios, conforme a un oráculo, hicieron traer sus restos *(sc.* de Hesíodo) y lo enterraron en su país, poniendo sobre su tumba la siguiente inscripción:

*Ascra es su patria, pródiga en mieses, mas, ya muerto,*
*la tierra minia de los que doman caballos retiene los [huesos*
*de Hesíodo, cuya fama es la más grande entre los hombres,*
*si a los varones juzga la piedra de toque de la sabidu- [ría*[257].

---

dente que la melodía evoluciona en espiral» *(epì tê*[*s hêlikos ki*]*neîsthai);* habría que entender que la melodía toma la forma propia de los brotes de la hiedra, que recibía el nombre de *Hedera helix;* cf. TEOFR., *Hist. plant.* III 18, 6, 7. Se observará que, si bien la mención explícita de la mimesis desaparece con esta reconstrucción, se mantiene la discusión del problema, por lo que siguen siendo válidas las observaciones de BRANCACCI, «Alcidamante e PHibeh 13», pág. 82.

[255] WEST suple a continuación «en el lagar» *(lēn*]*ón).*

[256] = 42, 22-29 WILAMOWITZ. West incluye entre las secciones atribuidas al *Museo* este texto y el siguiente, conforme a su hipótesis de que Alcidamante establecía allí un paralelo entre las vidas de Hesíodo y Homero. La misma noticia y el mismo epigrama aparecen en TZETZES, *Vida de Hesíodo,* pág. 3 M.-W. La noticia se asigna también a la *República de los orcomenios* de ARISTÓTELES, a partir de los escolios a HES., *Trabajos* 631 (= fr. 565 ROSE$^3$). La versión de la *Vida* añade la información de que la tumba de Hesíodo se hallaba en medio del ágora. El epigrama sólo presenta una variante de escasa importancia, y le siguen dos versos que Píndaro habría añadido a la composición.

[257] El epigrama aparece en *Ant. Pal.* VII 54, atribuido a Mnesalco. PAUS., IX 38, 1-4, cuenta con detalle la llegada de los huesos de Hesíodo a Orcómeno y reproduce con escasas variantes el epigrama, que más adelante (IX 38, 9) atribuye a Quersias, un oscuro poeta de Orcómeno.

*36 [*ad* F 6 A.] *ibid.* págs. 235-236, 260-274 ALLEN [258]

Al escuchar los poemas, los hijos del rey Midas, Janto y Gorgo, le piden *(sc.* a Homero) que componga un epigrama para la tumba del padre, sobre la cual había una doncella de bronce que lloraba la muerte de Midas. Y lo compone así:

*Doncella de bronce soy y en el túmulo de Midas yazgo.*
*Mientras corra el agua, los árboles crezcan altos,*
*los ríos vayan crecidos, el mar ciña la costa*
*y el sol al levantarse brille y la luna esplendorosa,*
*aquí mismo seguiré sobre esta tumba tan llorada*
*e indicaré a los que pasan que aquí está enterrado Midas*[259].

---

[258] Ya MILNE, *A study...*, pág. 61, consideraba que este episodio, conocido y citado por Platón (cf. la nota siguiente), hubo de aparecer en el *Museo*. WEST, «The Contest», págs. 447-449, apoyó la hipótesis, en la idea de que la historia de la copa de Homero era paralela a la del trípode de Hesíodo, la cual, a su juicio, también derivaba de Alcidamante. La idea no ha convencido a AVEZZÙ, pág. 48, quien, con todo, incorpora un resumen de ella a los textos del fr. 6. Recientemente, O'SULLIVAN, *Alcidamas,* págs. 99-100, lo ha tomado como testimonio de las ideas de Alcidamante sobre el estilo. Todo ello aconseja su incorporación a la relación de fragmentos, al menos en la sección de dudosos.

[259] La versión es semejante a la de la *Vida de Heródoto* (págs. 198-199 ALLEN), donde son los yernos o los cuñados de Midas quienes piden a Homero que componga este epigrama, que aún podía leerse en la tumba de Gordias, padre de Midas. PLATÓN, *Fedro* 264c, lo atribuye a Cleobulo de Lindos, paternidad que había defendido Simónides (fr. 581 PAGE = DIÓG. LAERC., I 6). En el diálogo, Sócrates lo emplea para ilustrar la falta de orden estructural *(táxis)* que encuentra en discursos como el *Amatorio* de Lisias. Lo cita sin los versos centrales, lo que lo convierte en un *kýklos, i. e.* aquella composición cuyos versos pueden leerse en el orden que se quiera sin cambiar el sentido. Cf. *Ant. Pal.* VII 153 y DIÓN DE PRUSA, XXXVII 38-39, que reproducen esta versión, y también JUAN FILÓPONO, *Ad Anal. Sec.* 77b BRANDIS, quien omite la línea tercera. Como la versión extensa del epigrama altera esta peculiaridad compositiva, se ha pensado que la forma original, que habría que atribuir igualmente a Alcidamante, es la que transmite Platón; cf. MILNE, *A stu-*

Y, tras recibir de ellos una copa de plata, la consagra en Delfos a Apolo con la siguiente inscripción:

*Señor Apolo, este bello presente te dio Homero*
*por tu prudencia. ¡Ojalá me dieras tú siempre la gloria!*

*37 [F 9 A.] SIMPLICIO, *Comentario a la «Física» de Aristóteles* V 250a19 (*CAG* X, pág. 1108, 18-28 DIELS = *VS* 29 A 29)[260]

Por este procedimiento desecha también (*sc.* Aristóteles) la argumentación de Zenón de Elea (*sc.* de que una porción de mijo, sea del tamaño que sea, hace ruido al caer), que éste había planteado a Protágoras el sofista. Dijo:

Dime, Protágoras: cuando cae un grano de mijo, o la diezmilésima parte de un grano, ¿hace ruido?». Cuando aquél le dijo que no lo hacía, preguntó: «Y cuando cae una fanega de mijo, ¿hace ruido o no?». Cuando respondió que la fanega hacía ruido, dijo Zenón: «¿Cómo es eso? ¿No existe una proporción entre la fanega de mijo y un grano o la diezmilésima parte del grano?». Cuando aquél le dijo que la había, replicó Zenón: «¿Cómo es eso? ¿No serán también las mismas las proporciones de los sonidos entre sí? Como la hay entre las cosas que hacen ruido, también la hay entre los ruidos; y si así son las cosas, si la fanega de mijo hace ruido, también lo hará un solo grano y su diezmilésima parte.

De este modo planteaba Zenón el argumento.

---

*dy...*, pág. 61, nota 18. En general sobre el epigrama, cf. FORD, *The origins...*, págs. 101-109.

[260] DIELS, «Gorgias und Empedokles», pág. 334, nota 1 y 357-358, propuso como posible fuente de esta anécdota el *Físico* de ALCIDAMANTE. AVEZZÙ, pág. 52, aceptó la propuesta e incluyó el pasaje como fr. 9.

*38 ARISTÓTELES, *Retórica* II 24, 1401a15-24 [261]

O si alguien, ensalzando al perro, incluye al del cielo [262] o a Pan, porque Píndaro dijo: «Oh, bienaventurado, a quien de la gran / diosa el perro multiforme *(pantodapós)* / los Olímpicos llaman» [263]; o

⟨si⟩, porque no tener perro es muy deshonroso, de ahí sea evidente que el perro es honorable.

O decir que

Hermes es el más sociable *(koinōnikós)* de los dioses, porque es el único al que se llama 'común' *(koinós)* [264].

O que

La palabra *(lógos)* es lo más sabio, porque los hombres buenos son merecedores no de dinero, sino de mención *(lógos)*;

en efecto, el ser 'digno de mención' no se dice unívocamente [265].

---

[261] CORNFORD («Hermes, Pan, Logos») propuso que estos ejemplos de entimemas derivados de equívocos los habría tomado el Estagirita del *Encomio de la pobreza* o *De Proteo, el perro* (test. 10). También de Alcidamante habría tomado los siguientes ejemplos sobre Hermes y Lógos, lo cual, de ser aceptado, implicaría un interés del orador por los orígenes del pensamiento, básicamente por el orfismo, el pitagorismo y Heráclito, contenidos que pudieron tener cabida en el *Museo*. El carácter literal de los pasajes que delimitamos como citas es cuestionable.

[262] La constelación de Sirio.

[263] Fr. 96 SN.-M.

[264] Cuando alguien encontraba algo casualmente, su acompañante *(koinōnós)* podía reclamarle la mitad del hallazgo común aduciendo que Hermes es común *(koinòs Hermês)*; cf. TEOFR., *Caract.* XXX 9, y MENANDRO, *El arbitraje* 108.

[265] Es decir, sin ambigüedad.

*39 ARISTÓTELES, *Retórica* II 23, 1397b25-27[266]

Y si no son malos los restantes cultivadores de las artes, tampoco los filósofos[267]. Y si no son malos los generales porque a menudo se les condene a la muerte, tampoco los sofistas.

---

[266] BLASS, *Attische Beredsamkeit,* vol. II, pág. 351, sugirió la posibilidad de que estos ejemplos los tomara el Estagirita del *Museo.*

[267] Cf. ISÓCR., XV 209.

# CONCORDANCIAS

## A) Testimonios

| TRADUCCIÓN | AVEZZÙ | RADERMACHER |
|---|---|---|
| 1 | 2 | 1 |
| 2 | 3 | — |
| 3 | 4 | — |
| 4 | *ad* F 12 | — |
| 5 | 5 | — |
| 6 | 6 | — |
| 7 | 7 | — |
| 8 | 8 | — |
| 9 | 1 | 11 |
| 10 | 14 | 13 |
| 11 | *ad* 14 | 12 |
| 12 | *ad* 14 | — |
| 13 | *ad* F 12 | 2 |
| 14 | 10 | — |
| 15 | — | — |
| 16 | 13 | — |
| 17 | *ad* F 12 | 3 |
| 18 | 12 | 10 |
| 19 | 15 | — |

| TRADUCCIÓN | AVEZZÙ | RADERMACHER |
|---|---|---|
| dud. 20 | *ad* 15 | — |
| dud. 21 | — | — |
| dud. 22 | *ad* 14 | — |

## B) Discursos

| TRADUCCIÓN | AVEZZÙ | RADERM. | MUIR |
|---|---|---|---|
| *Sobre los sofistas* | 1 | 15 | sin núm. |
| *Odiseo* | 2 | 16 | sin núm. |

## C) Fragmentos

| TRADUCCIÓN | AVEZZÙ | RADERM. | MUIR |
|---|---|---|---|
| 1 | 8 | — | — |
| 2 | 3 | 17 | 1 |
| 3 | 4 | 17 | 2 |
| 4 | 5 | — | 26 |
| 5 | 6 | — | — |
| 6 | 7 | — | 27 |
| 7 | 12 | 9 | 5 |
| 8 | 13 | 4 | 6 |
| 9 | 14 | — | — |
| 10 | *ad* F 1, 1 | 7 | — |
| 11 | *ad* F 1, 2 | — | — |
| 12 | 15 | 6 | — |
| 13 | 10 | 14 | 3 |
| 14 | 11 | — | 4 |

| TRADUCCIÓN | AVEZZÙ | RADERM. | MUIR |
|---|---|---|---|
| 15 | 16 | — | 7 |
| 16 | 17 | — | 8 |
| 17 | 18 | 5 | 9 |
| 18 | 19 | — | 10 |
| 19 | 20 | — | 11 |
| 20 | 21 | — | 12 |
| 21 | 22 | — | 13 |
| 22 | 23 | — | 14 |
| 23 | 24 | — | 15 |
| 24 | 25 | — | 16 |
| 25 | 26 | — | 17 |
| 26 | 27 | — | 18 |
| 27 | 28 | — | 19 |
| 28 | 29 | — | 20 |
| 29 | 30 | — | 21 |
| 30 | 31 | — | 22 |
| 31 | 32 | — | 23 |
| 32 | 33 | — | 24 |
| 33 | 34 | — | 25 |
| dud. 34 | — | — | — |
| dud. 35 | *ad* F 6 | — | — |
| dud. 36 | *ad* F 6 | — | — |
| dud. 37 | 9 | — | — |
| dud. 38 | — | — | — |
| dud. 39 | — | — | — |

# ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

T = Testimonios; S = *Sobre los sofistas;* O = *Odiseo;* F = Fragmentos.

ANAXÍMENES DE LÁMPSACO

# RETÓRICA A ALEJANDRO

# INTRODUCCIÓN

## 1. *Autoría y datación*

La *Retorica a Alejandro (Rh. Al.)* es el manual de *ars rhetorica* más antiguo de los que conservamos *(ca.* 340 a. C.)[1], puesto que la otra obra del s. IV que ha pervivido es la *Retórica* de Aristóteles, cuya forma definitiva data probablemente del 335 a. C., como ha señalado G. A. Kennedy[2]. Tradicionalmente la *Rh. Al.* se atribuyó a Aristóteles, lo que ha facilitado su conservación hasta nuestros días. Esta atribución se basa en la *Carta* apócrifa que precede al tratado, en la que el falsificador suplanta la personalidad de Aristóteles y se dirige a Alejandro para presentar su obra como

[1] Para la datación del tratado contamos con dos fechas relevantes. La Bua fija una fecha *ante quem*: «La scoperta di un papiro che comprende 17 frammenti della *Rhetorica ad Alexandrum,* databile al 285-250 a. C., pone il *terminus ante quem* all'anno 300, confermando, almeno in parte, l'opinione comune» (G. LA BUA, «Quintil. *Instit. Or.* 3, 4, 9 e la *Rhetorica ad Alexandrum», GIF* 47 [1995], 273). El propio texto de la *Rh. Al.* nos ofrece una fecha *post quem*, puesto que se cita la batalla entre siracusano y corintios contra cartagineses en el puerto de Siracusa que tuvo lugar entre los años 342 y 339 a. C.

[2] G. A. KENNEDY, *A new History of Classical Rhetoric*, Princeton, 1994, pág. 49-50, donde se data la obra después del 341 a. C.

fruto de una petición del monarca. La datación de esta falsa carta no es muy segura pero recientemente La Bua ha propuesto que puede ser de los siglos II-III d. C., y que a partir de este momento es cuando se produce la falsa atribución a Aristóteles[3]. La crítica se ha esforzado en demostrar con toda clase de argumentos que Aristóteles no fue el autor ni de la carta ni del tratado[4].

En el siglo XIX, L. Spengel postuló la autoría de Anáximenes de Lámpsaco para nuestro tratado[5]. Su argumento principal era la coincidencia en la división de siete especies que presentaban tanto el comienzo de la *Rh. Al.* (1, 1), como un texto de Quintiliano sobre Anaximenes (Quint., *Inst. Or.* III 4, 9); especialmente relevante es la coincidencia de la especie indagatoria:

> Anaximenes iudicialem et contionalem generalis partes esse voluit, septem autem species: hortandi, dehortandi, laudandi, vituperandi, accusandi, defendendi, exquirendi (quod ἐξεταστικόν dicit); quarum duae primae deliberativi, duae sequentes demonstrativi, tres ultimae iudicialis generis sunt partes

Buchheit rechazó la autoría de Anaxímenes por la divergencia en el número de géneros: Quintiliano atribuye a Anaxímenes la clasificación de los géneros en dos y el texto de

---

[3] La Bua apunta además: «in questo senso il fatto che Quintiliano conosca l'opera sotto il nome di Anassimene mi sembra un elemento decisivo. A conferma di ciò è opportuno anche segnalare che la *Rhetorica ad Alexandrum* no compare come opera aristotelica nella lista di Diogene Laerzio» (G. LA BUA, *ob. cit.*, pág. 276.

[4] Aunque hay quienes, como P. GOHLKE, *Aristoteles. Rhetorik an Alexander,* Paderborn, 1959, defienden la autenticidad de la *Carta*.

[5] Esta atribución moderna a Anaxímenes de Lámpsaco tiene un precedente ya en el siglo XVI, pues Petrus Victorius en el año 1549 basándose en la cita de Quintiliano propuso a Anaxímenes como autor del tratado.

la *Rh. Al.* nombra los tres habituales. Este argumento contrario parece ser desechado por G. A. Kennedy, puesto que esa clasificación no se emplearía, según Kennedy, en el resto de la obra, sigue inmediatamente a la carta introductoria, de carácter espurio, y bien puede ser un pequeño cambio introducido por el autor de la carta[6].

Ahora bien, no han faltado quienes aceptan la autoría de Anaxímenes pero prefieren que se edite la obra como anónima (Cope). Entre nosotros, J. Sánchez Sanz se muestra muy crítico con los argumentos de quienes defienden la autoría de Anaxímenes y apunta lo siguiente: «creemos que el caso debe seguir abierto y que quedan aún puntos oscuros en la atribución de la autoría a Anaxímenes y, sobre todo, en las alteraciones del texto propuestas a tal fin por Spengel»[7].

Recientemente, G. La Bua ha retomado el asunto de la autoría en relación con la contradicción evidente entre la cita de Quintiliano y el texto de la *Rh. Al.* en el número de géneros, porque la coincidencia de las especies sigue siendo un argumento fuerte para sostener la autoría de Anaxímenes. La Bua considera que el camino emprendido por Spengel de enmedar el texto de la *Rh. Al.* en el sentido de poner dos géneros (como aparece en Quintiliano) es una vía errónea, entre otras razones, porque después de enumerar las siete especies, éstas se agrupan en tres tipos de discursos (*Rh. Al.* 1, 2):

> Ése es el número de las especies de discursos. Las usaremos en los discursos deliberativos, en los judiciales sobre contratos y en las declamaciones privadas

[6] G. A. KENNEDY, *ob. cit.*, pág. 50.

[7] J. SÁNCHEZ SANZ, *Retórica a Alejandro,* Salamanca, 1989, pág. 14.

La explicación que La Bua ofrece a la contradicción entre los tres géneros del texto y los dos géneros que postula la cita de Quintiliano es muy sutil. Se sintetiza en los siguientes pasos:

1) El hecho de que Quintiliano conozca la obra como de Anaxímenes (puesto que la falsa atribución a Aristóteles es posterior a Quintiliano) hace improbable la hipótesis de contaminación del texto originario, que presentaría inicialmente dos géneros, con la tradición aristotélica de tres géneros (hipótesis que lleva a enmedar el texto, como hace Spengel);
2) El texto orginario de Anaxímenes presentaría los tres géneros, lo que daría sentido a todo el proemio;
3) La mención de Quintiliano de dos géneros se explicaría porque Quintiliano leyó la obra de Anaxímenes en un texto «alterado» en el que aparecían dos géneros;
4) La tradición de la obra de Anaxímenes habría tenido, pues, una doble suerte: la presencia del texto originario que lleva a la tradición manuscrita que conocemos, con sus tres géneros; una tradición manualística con un texto alterado en el que ya aparecerían dos géneros;
5) Esta tradición alterada con sólo dos géneros tuvo lugar dentro de escuela peripatética, seguida por Quintiliano, que presenta la clasificación en tres géneros como una innovación teórica de Aristóteles. Había, pues, que negar esa división a las retórica pre-aristotélicas; para los peripatéticos, Aristóteles habría sido el «inventor» de la tripartición,

mediante la introducción del género epidíctico en el sistema bipartito anterior constituido por los géneros deliberativo y judicial[8].

6) En conclusión, la obra sería de Anaxímenes, presentaría tres géneros retóricos y siete especies, y la cita de Quintiliano confirma el número de especies (con especial relevancia en la especie indagatoria) y rebaja el número de género a dos, para mayor gloria de Aristóteles como inventor del sistema tripartito.

En resumen, ante el carácter hipotético de los argumentos esgrimidos no cabe dar por sentada definitivamente la autoría de Anaxímenes. De todos modos, hasta el día de hoy es la teoría que goza de mayor aceptación[9]. Anáximenes nació en Lámpsaco y su padre se llamaba Aristocles. Fue discípulo de Diógenes el cínico y de Zoilo de Anfípolis, hombre que se situaba al margen de las ideas convencionales[10]. Contemporáneo de Aristóteles, fue también preceptor de Alejandro, al que acompañó en su expedición. Como historiador es autor de unas *Helénicas* en doce libros (desde la teogonía hasta la batalla de Mantinea); unas *Filípicas* en ocho libros, al menos; y la *Historia referente a Alejandro*. Toda su obra histórica se ha perdido, pero al parecer en ella lo más importante era el arte de los discursos. Dionisio de Halicarnaso nos ofrece una semblanza personal de Anaxíme-

---

[8] Esa tradición peripatética que atribuye a Anaxímenes un sistema bipartito ya sería conocida por Dionisio de Halicarnaso, pues en su noticia sobre Anaximenes, citada más abajo, leemos: «y tocó la oratoria deliberativa y judicial» (LA BUA, *ob. cit.*, pág. 281).

[9] Véase A. LÓPEZ EIRE, «La oratoria», en *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1988, pág. 759.

[10] J. LENS TUERO, «Otros historiadores del V y IV», en J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1988, págs. 589-590.

nes, muy breve pero muy interesante, y un juicio crítico sobre sus obras, que teniendo en cuenta la perspicacia crítica de Dionisio en otras ocasiones no debería pasar desapercibido:

> Anaxímenes de Lámpsaco quiso ser una especie de cuadrado perfecto en todos los géneros literarios (pues escribió Historias, ha dejado tratados sobre Homero, publicó manuales de retórica, y tocó la oratoria deliberativa y judicial), sin embargo, observo que no llega a la plenitud en ninguno de esos géneros sino que carece de fuerza y poder de convicción en todos[11].

## 2. *Estructura y contenido*

En la *Rh. Al.*, es evidente la relación entre los tres géneros (cf. La Bua, 1995) y las parejas antitéticas de especies: deliberativo: suasoria/disuasoria; epidíctico: encomiástica/reprobatoria; y judicial: acusatoria/defensiva, quedando al margen la indagatoria. El autor analiza los recursos oratorios comunes a todas las especies, pero nos advierte que los tópicos de lo justo, lo legal, lo conveniente, etcétera, son especialmente apropiados a la pareja suasoria/disuasoria; la amplificación y minimización a la encomiástica/reprobatoria; y la argumentación a la acusatoria/defensiva.

La *Rh. Al.* contrapone el género epidíctico a los otros dos, deliberativo y judicial. Por un parte, el epidíctico es privado frente al carácter público del deliberativo y del judicial. Por otra, el género epidíctico no responde al carácter agonístico de los otros dos. Especialmente interesante es el capítulo 3 dedicado al encomio y al vituperio (Buchheit, 1960). La *Rh. Al.* propone la adjudicación de buenas obras al destinatario por diferentes vías: realización, mediación,

[11] Dionisio de Halicarnaso, *Sobre Iseo* 19, 3; la traducción es mía.

origen, intervención. El cuerpo del encomio o vituperio comienza con la genealogía, sigue la sucesión de distintas etapas de la vida hasta llegar a la madurez, donde se repasan las cualidades propias de la virtud; justicia, sabiduría, valentía y buenas constumbres. Las cualidades ajenas a la virtud (fuerza, belleza, riqueza) no merecen elogio sino felicitación.

La estructura de la obra es la siguiente:

I. Carta preliminar

1. Dedicatoria y exhortación al estudio (1-4)
2. Elogio del *logos* (5-15)
3. Supuesto envío y despedida (16-17)

II. Clasificación de géneros y especies (1-5)

1. Especies suasoria y disuasoria (1, 3-2, 35)
   A) Definición (1, 3-5)
   B) Argumentos (1, 6-24)
   C) Temas de deliberación (2)
2. Especies encomiástica y reprobatoria (3)
   A) Definición (3, 1)
   B) Argumentos (3, 2-5)
   C) Amplificación y aminoración (3, 6-14)
3. Especies acusatoria y exculpatoria (4)
   A) Definición (4, 1)
   B) Acusación (4, 2-6)
   C) Exculpación (4, 7-11)
4. Especie indagatoria (5)
   A) Definición (5, 1)
   B) Argumentos (5, 2-4)
5. Usos aislado y combinado de las especies (5, 5)

III. Elementos comunes a todas la especies

1. Argumentos ya desarrollados (6, 1-2)
2. Nuevos elementos comunes (6, 3-21)

- A) Pruebas propias (7, 2-13)
  - a) Definición (7, 2-3)
  - b) Lo probable (7, 4-14)
  - c) Ejemplos (8)
  - d) Evidencias (9)
  - e) Entimemas (10)
  - f) Sentencias (11)
  - g) Indicios (12)
  - h) Comprobaciones (13)
- B) Pruebas añadidas (14-17)
  - a) Opiniones del orador (14)
  - b) Testigos (15)
  - c) Declaraciones mediante tortura (16)
  - d) Juramentos (17)
- C) Otros elementos comunes (18-21)
  - a) Anticipación (18)
  - b) Peticiones (19)
  - c) Recapitulación (20)
  - d) Ironía (21)

IV. Elocución

1. Elegancia y duración del discurso (22)
2. Composición literaria (23)
3. Estilo binario (24)
4. Claridad (25)
5. Antítesis, isocolon y paromeosis (26-28)

V. Partes del discurso (29-37)

1. Especies suasoria y disuasoria (29-34)
   - A) Proemio (29)
   - B) Narración (30-31)
   - C) Confirmación (32)
   - D) Anticipación (33, 1-2)
   - E) Recapitulación (33, 3)
   - F) Partes del discurso disuasorio (34, 7-11)
   - G) Pasiones en ambas especies (34, 12-15)

2. Especies encomiástica y reprobatoria (35)
   A) Proemio y clasificación de bienes (35, 1-4)
   B) Linaje (35, 5-10)
   C) Bienes de fortuna (laguna en el texto)
   D) Niñez y juventud (35, 11-15)
   E) Virtudes (35, 16)
   F) Partes del discurso reprobatorio (35, 17-19)
3. Especie acusatoria (36, 1-39)
   A) Proemio (36, 1-15)
   B) Narración (36, 16)
   C) Confirmación (36, 17-18)
   D) Anticipación (36, 19-28)
   E) Recapitulación (36, 29)
4. Especie exculpatoria (36, 30-50)
   A) Proemio (36, 30)
   B) Confirmación (36, 31-36)
   C) Contestación a anticipaciones (36, 37-44)
   D) Recapitulación (36, 45-50)
5. Especie indagatoria (37)

VI. Ética de la retórica (38, 1-11)

VII. Resumen (38, 12-25)

### 3. *Valoración de la obra*

La crítica que se ha planteado la valoración de la *Rh. Al.* generalmente vacila entre la consideración de su importancia por ser probablemente el manual de retórica más antiguo que conservamos, y su infravaloración frente a la originalidad y profundidad de la *Retórica* de Aristóteles. Esta ambigüedad crítica queda patente incluso en los estudios que utilizan la *Rh. Al.* como una preciosa fuente para comprender mejor la literatura clásica. Así, P. Moraux, en un artículo de 1954, demostró que Tucídides sigue la organización retórica para la organización de sus discursos; Moraux se basa preci-

samente en el desarrollo de la *dispositio* dentro del género deliberativo que presenta la *Rh. Al.* Pues bien, Moraux acepta los prejuicios de falta de originalidad, a pesar de que él mismo reconoce que nuestro conocimiento de la retórica del siglo v a. C. es muy limitado. Y, a pesar de que con su trabajo queda fuera de toda duda que la comparación de la literatura antigua con la teoría retórica es un método de investigación muy fructífero, su consideración de que la *Rh. Al.* es un «monumento» se rebaja con la precisión de la supuesta falta de originalidad de un «buen» maestro que sintetiza los conocimientos de retórica:

> Pour trouver des traités de rhétorique complets e bien conservés, nous devons descendre jusqu'au début de la seconde moitié du IV siècle, où deux monuments s'offrent à nous, la *Rhétorique* d'Aristote et l'ouvrage connu sous le nom de *Rhétorique à Alexandre* et conservé dans le *corpus aristotelicum.* Ce second traité est, selon toute vraisemblance, l'œuvre du rhéteur Anaximène [...] il referme les préceptes traditionnels de la rhétorique antérieure: son originalité semble assez restreinte: l'auteur est un bon maître d'école que a fait consciencieusement la somme de ce qu'avaient enseigné ses prédécesseurs [12].

En esta misma línea de investigación que profundiza en las correspondencias entre los discursos de Tucídides y la *Rh. Al.* se encuadra un trabajo reciente de Romero Cruz, quien nos ofrece un análisis comparativo muy detallado entre la preceptiva de la *Rh. Al.* y la práctica de Tucídides, llegando a explicar aspectos tan interesantes como la presencia de elementos judiciales en el discurso deliberativo de Alcibíades, que demuestran que la utilización de recursos retóri-

[12] P. MORAUX, «Thucydide et la rhétorique», *Études Classiques* 22 (1954), pág 6.

cos por parte del historiador y su adaptación rigurosa «a las normas de un manual del siglo siguiente, es un indicio, entre otros, de la existencia de manuales que contribuirían a la uniformidad en el uso de los procedimientos retóricos»[13].

No encuentro ninguna razón para que se siga subestimando un documento técnico (porque eso es un manual de retórica) que nos ayuda tanto a comprender la organización de los discursos de Tucídides. Incluso excelentes trabajos monográficos recientes, como el de Sánchez Sanz, quien supera el prejuicio de que la *Rh. Al.* es sólo una síntesis de manueales anteriores, limita su aprecio comparándola con la obra de Aristóteles:

> La *RaA* es, pues, el tratado de retórica más antiguo que conservamos completo. Data de c. 340 a. C., siendo así algo anterior a la *Retórica* de Aristóteles. La *RaA* supera a los anteriores manuales en amplitud de miras y desarrollo técnico; abarca, además del judicial, los otros dos campos que ya Platón echaba en falta, el deliberativo y el epidíctico [...]. Además, en la *RaA* se da un tratamiento más amplio de la argumentación, que por primera vez ofrece la división entre argumentos técnicos y no técnicos. Por último, se interesa por cuestiones estilísticas, lo que con el tiempo se llamaría *elocutio.* [...] Por otra lado, la *RaA* es muy inferior en muchos aspectos a la Retórica aristotélica; especialmente se destaca la diferencia en el tratamiento lógico; también en el modo de ilustrar mediante ejemplos, que en Aristóteles proceden siempre de oradores o de escritores prestigiosos, mientras que en la *RaA* son cosecha del propio autor. Sin embargo, se aprecia en la *RaA* un cierto empeño por conseguir definiciones con precisión filosófica[14].

---

[13] F. Romero Cruz, «Tucídides VI 16 y la *Retórica a Alejandro», en Homenaje a M. C. Giner,* pág. 153.

[14] J. Sánchez Sanz, *ob. cit.*, pág. 19.

## 4. *La «Rh. Al.» y el género epidíctico*

Sin embargo, la *Rh. Al.* es interesante no sólo porque sea el manual de retórica más antiguo de los que conservamos. Como apunta, Sánchez Sanz, es lícito pensar que superó a los primeros manuales de retórica, entre otras cosas, por su tratamiento de los tres géneros. Especial atención y estima merece el desarrollo del género epidíctico en la *Rh. Al.* y, sobre todo, su *dispositio.*

Siguiendo a las primeras retóricas, que se limitaban al género judicial, el sistema escolar extendió la *dispositio* de la retórica judicial como modelo canonizado. Sin embargo, ese esquema con sus variantes se adapta bien al género deliberativo, pero no se corresponde con el epidíctico. Este hecho es muy grave, pues el género epidíctico es el que mayor influencia ha ejercido en la literatura[15] y deberíamos tener en cuenta el esquema compositivo propuesto por la *Rh. Al.* para los elogios y vituperios. En este ámbito, Aristóteles se muestra más deudor de los primeros manuales, y por tanto menos original, que la *Rh. Al.*[16].

Frente a la *dispositio* del género epidíctico que presenta Aristóteles, similar aunque con algunas reservas a la de los discursos judiciales, en la *Rh. Al.*, el esquema compositivo

---

[15] Como señala Curtius para la Edad Media, «el discurso panegírico fue el que más influyó en la poesía medieval» (E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media latina* I-II, Madrid, 1955, vol. I pag. 226).

[16] Aristóteles critica que la *dispositio* del género judicial se aplique mecánicamente a los otros géneros; por ejemplo, la narración es propia del discurso judicial pero advierte que el género epidictico no tiene necesidad de narración y menos aún de refutación del contrario (ARIST., *Retórica* III 13). A pesar de esas advertencias, Aristóteles en su *Retórica* aplica el mismo esquema en cuatro partes a los tres géneros retóricos. L. Pernot ha señalado que en la retórica de Aristóteles el discurso de elogio está una posición marginal con relación a los otros dos géneros (L. PERNOT, *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain* I-II, París, 1993. pág. 28-29).

del discurso epidíctico se separa netamente del judicial. La *Rh. Al.* propone la adjudicación de buenas obras al destinatario por diferentes vías: realización, mediación, origen, intervención. El cuerpo del encomio o vituperio comienza con la genealogía, sigue la sucesión de distintas etapas de la vida hasta llegar a la madurez, donde se repasan las cualidades propias de la virtud: justicia, sabiduría, valentía y buenas costumbres. Las cualidades ajenas a la virtud (fuerza, belleza, riqueza) no merecen elogio sino felicitación.

Así pues, la *Rh. Al.* inicia una serie de textos retóricos que llegan hasta la Antigüedad tardía y que ofrecen una disposición propia para los discursos de elogio. Esta *dispositio* se desarrolla y se hace más compleja a lo largo de su evolución histórica. Llama la atención que la retórica romana de la República no haya prestado casi ninguna atención al género epidíctico, cuya utilidad principal sería su inserción en los discursos deliberativos y judiciales[17]. Por el contrario, en época imperial, el elogio se desarrolla ampliamente. Así, por ejemplo, Quintiliano aporta muchos temas que después serán recogidos por Menandro el Rétor.

La importancia que pueda tener la *Rh. Al.* en los estudios literarios quedará patente cuando se vaya demostrando que ese y otros manuales de retórica tuvieron una influencia decisiva en la literatura helenístico-romana. Esa influencia es tan grande que no es exagerado afirmar que, cuando la retórica ha alcanzado su completo desarrollo a lo largo del siglo IV a. C., nos hallamos por primera vez en la tradición europea con una literatura retorizante, es decir, una literatura que

[17] De hecho, la *Retórica a Herenio* dedica los dos primeros libros a la *inventio* del género judicial mientras que la *inventio* de los otros dos géneros se aborda sólo en el principio del libro III. Según nos advierte L. Pernot, Cicerón en su tratado sobre la *inventio* relega los géneros deliberativo y epidíctico a una especie de apéndice (L. PERNOT, *ob. cit.*, pág. 51).

aplica a la producción literaria los métodos sistematizados por la retórica. Desde época alejandrina, los poetas y prosistas, antes de componer sus obras literarias, habían recibido una educación escolar retórica y aplicaban el sistema retórico a la producción literaria.

Para ofrecer un solo ejemplo de estas ideas, que pueden situar correctamente la *Rh. Al.* en los estudios de la literatura helenístico-romana, voy a referirme al *Idilio* 17 de Teócrito, un elogio a Ptolomeo Filadelfo. Como señala Gow, la presencia de elementos hímnicos que elevan a Ptolomeo a la categoría divina en el *Idilio* 17 es indiscutible, pero no es menos cierto que existen muchas correspondencias con la prescripciones de Menandro el Rétor para el «discurso real», como ha señalado la crítica[18]. F. Cairns ofreció un revelador y brillante análisis al comparar los tópicos del elogio con los tratados epidícticos de Menandro el Rétor. El resultado era sorprendente pero provocó fuertes polémicas, de las que recientemente se hacía eco R. Webb: la principal fuente de comparación es Menandro, en el s. IV d. C., muchos siglos posterior al *Idilio* de Teócrito[19].

---

[18] Véase una discusión detallada de la crítica sobre este aspecto desde el siglo XIX en M. A. MÁRQUEZ, *Retórica y retrato poético*, Huelva, 2001, pág. 75 ss.

[19] La conciencia de esta falla cronológica por parte de Cairns y su intento de superación, «the very close coincidences between Theocritus and Menander are a further useful indication of the general reliability of Menander as a witness for the state of the generic patterns many centuries before he lived» (F. CAIRNS, *Generic Composition in Greek and Roman Poetry*, Edimburgo, 1972, pág. 105), no parecen suficientes. Webb resume el problema con estas palabras: «The detailed use of Menander's schemata in the interpretation of earlier poetry is therefore highly problematic» (R. WEBB, «Poetry and Rhetoric», en *Classical Rhetoric in the Hellenistic Period (330 B.C.-A.D. 400)*, edición de STANLEY E. PORTER, Leiden-Nueva York-Colonia: 1997, pág. 360).

Este problema metodológico, se soluciona comparando el *Idilio* 17, en primera instancia, con la *Rh. Al.*, que debe ser nuestra verdadera fuente para la comparación de la literatura de los siglos III-I a. C. con el género epidictico; y, en segunda instancia, con el *Evágoras* de Isócrates, que es una rigurosa aplicación oratoria de los esquemas del «discurso real»[20]. Las principales conclusiones que se sacan de esa doble comparación son las siguientes:

a) en primer lugar, no hay duda de la influencia del género epidíctico y, concretamente, del *basilikòs lógos* sobre el encomio poético, como se ve por los tópicos utilizados; la total coincidencia con la *Rh. Al.* en los temas, frente a ciertas faltas de coincidencia con respecto a los tratados de Menandro, apunta a la *Rh. Al.* como auténtica fuente del *Idilio* 17;

b) en segundo lugar, el *Idilio* 17 no es sólo un poema muy retórico, como quiere L. Pernot *(ob. cit.*, pág. 45), sino que en su *dispositio* depende de la *Rh. Al.*, única fuente anterior que nos ofrece una organización del discurso epidictico independiente del judicial, pues la *Retórica* de Aristóteles ofrece el mismo esquema para los tres géneros;

c) finalmente, y en un orden más general, podemos concluir que la *Rh. Al.,* como otros posibles manuales de retórica, hicieron posible la aparición de una literatura que se caracteriza por ser retorizante, es decir, por utilizar los modos de producción de la retórica y sus esquemas compositivos. El nacimiento de este tipo de literatura sólo fue posible desde el auge de la escuela alejandrina, cuyos poetas eruditos recibieron una educación esencialmente retórica y maneja-

[20] He realizado esa comparación minuciosamente en un trabajo anterior (M. A. Márquez, *ob. cit.*, pág. 59-90).

ron desde la infancia los manuales que se difundieron a lo largo del siglo IV a. C.

## 5. *El texto. Ediciones y traducciones*

Se conservan treinta códices que transmiten el texto completo de nuestro tratado, al margen de los que comprenden partes del texto o resúmenes[21]. Todos ellos forman dos familias ('a' y 'b'), como ya señaló el siglo pasado L. Spengel. A la familia 'a' pertenecen las principales fuentes, entre las que se encuentra el *Matritensis* gr. 4632 (del año 1462)[22]. Del códice *Neapolitanus gr.* 137 (s. XIV), cuya sigla es N en la edición de Fuhrmann, derivan todos los ejemplares que integran la familia 'b'. A estas fuentes hay que añadir las traducciones latinas de nuestra obra y restos papiráceos del siglo III a. C.

El comienzo de los trabajos modernos sobre los manuscritos de nuestro tratado se remonta a las obras de L. Spengel y Kayser, aunque la base definitiva en la que se habrá de fundamentar cualquier trabajo futuro es la edición de M. Fuhrmann (Teubner), publicada a mediados de los años sesenta. Existen de nuestro tratado dos traducciones inglesas, de E. S. Forster y de H. Rackham, y una alemana, de P. Gohlke, citadas en la bibliografía. En español, contamos con la buena traducción de J. Sánchez Sanz, que incluye además dos amplios glosarios (español-griego, griego-español); J. Sánchez Sanz nos da cuenta también de una traducción an-

---

[21] Véase M. FUHRMANN, *Anaximenis ars rhetorica,* Leipzig, 1966, pág. VIII; a estos treinta habría que añadir el códice Rehidgeranum 23 perdido desde 1945.

[22] Los principales manuscritos de la familia 'a' son: *Laurentianus* 60, 18 (del año 1427); *Parisinus* gr. 2039 (s. XV); *Utinensis* gr. 3 (s. XV); y *Vaticanus* gr. 1580 (s. XV). A la familia 'b' pertenece otro códice español, *Matritensis* gr. 4684 (s. XIV), de menor importancia.

terior a la suya inédita: «De una traducción no publicada del humanista español Vicente Mariner dan noticia Julián Apraiz, *Apuntes para una Historia de los Estudios Helénicos en España,* Madrid, 1874, p. 132, y M. Menéndez Pelayo, *Biblioteca de traductores españoles,* Santander, 1953, vol. III *sub* V. Mariner»[23].

## 6. *Notas sobre la presente traducción*

He seguido el texto establecido por M. Fuhrmann en su edición teubneriana, pero he tenido en cuenta también las ediciones de L. Spengel y W. D. Ross y trabajos de crítica textual, como los de R. Kassel y M. D. Reeve, citados en la bibliografía. Los pasajes en los que me desvío de M. Fuhrmann son los siguientes:

| | FUHRMANN | LECTURA ADOPTADA |
|---|---|---|
| 1, 7 | τῶν ἀπελευθέρων | τῶν τοῦ ἀπελευθέρου BUHLE |
| 2, 14 | θέσιν | θέσιν τοιάνδε ποιεῖσθαι REEVE |
| 2, 17 | τῶν [τῇ πόλει] λειτουργησάντων | τῶν τελευτώντων *codd.*, SPENGEL |
| 2, 30 | — | Παρέχειν SPENGEL |
| 3, 2 | {ἢ τοῖς πράγμασιν} | ἢ τοῖς πράγμασιν *codd.*, SPENGEL |
| 5, 5 | τάς ὄψεις καὶ τὰς αἰσθήσεις | τὰς ὄψεις {καὶ τάς αἰσθήσεις} KASSEL |
| 6, 3 | ⟨καὶ ἀστειολογίαι⟩ | — *Codd.* |
| 7, 5 | τοῖς σώμασιν ἤ τινι τῶν ἄλλων αἰσθήσεων | τοῖς σώμασιν {ἤ τινι τῶν ἄλλωναἰσθήσεων} (KASSEL) |

[23] J. SÁNCHEZ SANZ, *ob. cit.*, pág. 40.

| | Fuhrmann | Lectura adoptada |
|---|---|---|
| 11, 3 | τοῖς τῶν προγεγενημένων παραδείγμασι | τοῖς προγεγενημένοις παραδείγμασι Reeve |
| 15, 3 | χαλεπόν | οὐ χαλεπόν *codd.* |
| 22, 1 | ἐκ τούτου τοῦ τόπου | ἐκ τούτου τοῦ τρόπου Spengel |
| 22, 5 | χρῆσθαι | μὴ χρῆσθαι Spengel, comment. |
| 28, 1 | τὲχνασμα | τὲχνημα Usener |
| 29, 23 | ὅταν τισ† ἡσυχίαν πρὸς τοὺς μηδὲν ἀδικοῦντας... † | ὅταν τις ἡσυχίαν πρὸς τοὺς ἀδικοῦντας ἄγειν ἢ πολεμεῖν πρὸς τοὺς μηδὲν ἀδικοῦντας... Reeve |
| 34, 10 | τόπου | τρόπου *Codd.*, Spengel |
| 36, 37 | ἄγραφα· τὸν γὰρ νόμον οὐκ ἐᾶν τοιαῦτα πράττειν, λέγειν δὲ ὅπως ἄν τις βούληται συγχωρεῖν. | ἄγραφα, λέγειν δὲ ὅπως ἄν τις βούληται συγχωρεῖν. Reeve |
| 36, 47 | ἀδικοῦντας | ἀκούοντας Usener |
| 38, 12 | τοὺς πολίτας | τοὺς πολέμους Kassel |

# BIBLIOGRAFÍA


J. M. ATWILL, *Rhetoric reclaimed: Aristotle and the liberal arts tradition,* Ithaca, 1998.

K. BARWICK, «Die 'Rhetorik ad Alexandrum' und Anaximenes, Alkidamas, Isokrates, Aristotles und die Theodekteia», *Philologus* 110-111 (1966-1967), 212-245 y 47-55.

F. CAIRNS, *Generic Composition in Greek and Roman Poetry,* Edimburgo, 1972.

P. CHIRON, «Observations sur le lexique de la *Rhétorique à Alexandre*», *Ktèma* 24 (1999), 313-340.

M. L. CLARKE, *Rhetoric in Greco-Roman Education,* Nueva York, 1957.

Th. COLE, *The Origins of Rhetoric in Ancient Greece,* Baltimore, 1991.

E. S. FORSTER, *De Rhetorica ad Alexandrum. The Works of Aristotle translated into English,* under the Editorship of W. D. Ross, vol. 11, Oxford, 1924 (reimp. 1952).

M. FUHRMANN, *Anaximenis ars rhetorica,* Leipzig, 1966.

P. GOHLKE, *Aristoteles. Rhetorik at Alexander,* Paderborn, 1959.

HERNÁNDEZ GUERRERO, J. y GARCÍA TEJERA, M. C. (1994) *Historia breve de la retórica,* Madrid: Síntesis.

D. A. G. HINKS, «Tria genera causarum», *Classical Quarterly* 30 (1936), 170-176.

G. A. KENNEDY, «The earliest Rhetorical Handbooks», *American Journal of Philology* 30 (1959), 169-178.

—, *The Art of Persuasion in Greece,* Princeton, 1963.
—, *A New History of Classical Rhetoric,* Princeton, 1994.
—, «Historical Survey of Rhetoric», en S. E. PORTER, *Classical Rhetoric in the Hellenistic Period (330 B.C.- A.D. 4000),* Leiden-Nueva York-Colonia, 1997, págs. 3-42.
G. LA BUA, «Quintil. *Instit. Or.* 3, 4, 9 e la *Rhetorica ad Alexandrum*», *Giornale Italiano di Filologia* 47 (1995), 271-282.
R. A. LANHAM, *A Handlist of Rhetorical Terms,* Berkeley, 1991.
H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura* I-III, Madrid, 1966.
J. LENS TUERO, «Otros historiadores del v y IV», en *Historia de la literatura griega,* ed. por J. A. LÓPEZ FÉREZ, Madrid, 1988, 589-590.
A. LÓPEZ EIRE, «La oratoria», en J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.), *Historia de la literatura griega,* Madrid, 1988, pág. 759.
M. A. MÁRQUEZ, *Retórica y retrato poético,* Huelva, 2001.
D. MARSH, «Francesco Filelfo's Translation of the *Rhetorica ad Alexandrum*», en W. W. FORTENBAUGH (ed.), *Peripatetic Rhetoric after Aristotle,* New Brunswick, 1994, págs. 349-364.
J. MARTIN, *Antike Rhetorik. Technik und Methode,* Munich, 1974.
P. MORAUX, «Thucydide et la rhétorique», *Études Classiques* 22 (1954), 3-23.
O. NAVARRE, *Essai sur la rhétorique grecque avant Aristote,* París, 1900.
L. PERNOT, «Lieu et lieu commun dans la rhétorique antique», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé,* 1986 oct., 253-284
—, *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain* I-II, París, 1993.
S. E. PORTER (ed.), *Classical Rhetoric in the Hellenistic Period (330 B.C.- A.D. 400),* Leiden-Nueva York-Colonia: 1997.
H. RACKHAM, *Aristotle. Problems* II (Books 22-28), by W. S. Hett, *Rhetorica ad Alexandrum,* by H. RACKHAM, Londres-Cambridge (Mass.), 1957.
M. D. REEVE, «Notes on Anaximenes», *Classical Quarterly* 20 (1970), 237-241.

F. ROMERO CRUZ, «Tucídides VI 16 y la *Retórica a Alejandro»,* en *Homenaje a M. C. Giner,* 149-153.

J. SÁNCHEZ SANZ, *Retórica a Alejandro,* Salamanca, 1989.

L. SPENGEL, *Anaximenes. Ars rhetorica,* Leipzig, 1844 (reimp. Hildesheim-Nueva York, 1981).

P. A. STAPLETON, *A Latin translation of the Rhetorica ad Alexandrum from the thirteenth century,* Diss., Univ. of Illinois at Urbana-Champaign, 1977.

R. WEBB, «Poetry and Rhetoric», en *Classical Rhetoric in the Hellenistic Period (330 B.C.-A.D. 400),* edición de STANLEY E. PORTER, Leiden-Nueva York-Colonia: 1997, pág. 339-370.

# CARTA DE ARISTÓTELES A ALEJANDRO

Aristóteles a Alejandro[24]. Que te vaya bien. 1

En tu carta me decías que me habías enviado muchas veces a muchas personas para convencerme de que escribiera para ti los procedimientos de los discursos políticos[25]. Yo lo aplacé en esas ocasiones no por negligencia, sino porque pretendía escribirte sobre ellos con tanta exactitud como no lo ha hecho nadie de los que se han ocupado de ese asunto.

---

[24] Sobre la autoría de la *Carta* merece citar las primeras palabras del comentario de Spengel (L. SPENGEL, *Anaximenes. Ars rhetorica*, Leipzig, 1844, reimp. Hildesheim-Nueva York, 1981, pág. 93): *Hanc epistolam ad Alexandrum neque ab Aristotele neque ab Anaximene, quem huius artis rhetoricae auctorem esse dico, scriptam, sed a falsario posterioris aetatis.* Sobre la autoría del tratado, véase el capítulo correspondiente de la introducción.

[25] Es la primera aparición de la palabra *lógos,* en esta ocasión con el significado técnico de «discurso» que le otorga la retórica. En toda la carta y el tratado aparece en muchas ocasiones con los significados de palabra, palabra hablada, razonamiento, argumento, etc. La tradición filosófica del *lógos* tiene uno de los exponentes más señeros en los fragmentos de Heráclito, para quien logos es tanto palabra como razón ordenadora del cosmos. Sobre el elogio del «discurso» que sigue en la carta, SÁNCHEZ SANZ *(ob. cit.,* pág. 45) remite la la *Antídosis* de ISÓCRATES (XV 253-257).

2 Con razón tenía ese propósito: pues igual que tú te esfuerzas en tener la vestimenta más hermosa de todo el mundo, así debes intentar alcanzar la fuerza retórica más estimada. Pues tener un espíritu sabio es mucho más hermoso y propio de un rey que un rico aliño indumentario.

3 Es absurdo que quien es el primero en los hechos parezca que va detrás de cualquiera en las palabras, sabiendo además que, para los que viven en un régimen democrático, todos los asuntos se remiten a la ley, pero para los que son gobernados bajo la guía de la realeza, todos los asuntos se remiten al discurso.

4 En efecto, como la ley común que conduce a lo más noble suele llevar por buen camino a las ciudades independientes, así tu discurso podría conducir a las ciudades establecidas bajo tu realeza hacia lo conveniente. También la ley es, para decirlo simplemente, un discurso limitado por el común acuerdo de una ciudad que muestra cómo debe realizarse cada cosa.

5 Además de eso, me parece que no se te oculta que elogiamos como nobles y honrados a los que utilizan el discurso y prefieren hacer todo con su ayuda, mientras que a los que actúan sin discurso aborrecemos en la idea de que son incultos y salvajes.

6 Por medio del discurso reprobamos a los malos que manifiestan su maldad y aprobamos a los honrados que muestran su virtud. Con el discurso prevenimos los males futuros y gozamos de los bienes presentes. También por medio del discurso evitamos las contrariedades inminentes y conseguimos las ventajas que no poseemos. Pues como es preferible una vida sin penas, así es deseable un discurso inteligente.

7 Deberás saber que la mayoría de los hombres tienen como ejemplo o bien la ley o bien tu vida y discurso. Para

sobresalir entre todos los griegos y bárbaros, debes poner todo tu esfuerzo en que los que se dedican a esas cosas[26], cuando escriban bellamente sobre tu persona con las letras de la virtud, no se guíen a sí mismos hacia lo vil, sino que intenten participar de la virtud misma.

Además, deliberar es la actividad humana más divina, 8
de modo que no debes consumir tu esfuerzo en cosas marginales y viles, sino que debes querer aprender el fundamento mismo del bien deliberar. ¿Qué persona sensata discutiría que actuar sin haber deliberado es señal de insensatez, y que bajo la guía del discurso llevar a cabo algo de lo que prescribe es señal de educación?

Todo el mundo sabe que los griegos que mejor se go- 9
biernan recurren primero al discurso y después a los hechos; y además de ellos, los bárbaros que están mejor considerados utilizan el discurso antes que las acciones, pues saben muy bien que la visión de lo provechoso que nace gracias al discurso es acrópolis de salvación. Se debe creer inexpugnable esta visión, y no considerar que la seguridad de los edificios puede salvarnos.

Pero temo escribir más, no sea que quizá parezca que 10
me adorno aportando pruebas con respecto a cosas rigurosamente conocidas, como si no estuviera todo el mundo de acuerdo. Por eso me detengo, y digo sólo lo que puede decirse para toda la vida: el discurso es lo que nos diferencia

[26] Es evidente que el autor se refiere a los oradores, como ISÓCRATES, que escribió el *Evágoras,* discurso fúnebre encargado por su hijo tras la muerte de Evágoras, rey de Salamina, en Chipre, desde el año 411 al 374-373 a. C. Si aceptáramos la autoría de ANÁXIMENES DE LÁMPSACO, sería legítimo pensar también en una alusión a los historiadores, pues también ellos representan bellamente las vidas y palabras de los hombres sobresalientes. Tampoco cabría desechar la intepretación de SÁNCHEZ SANZ (*op. cit.*, pág. 46) como una alusión a representaciones pictóricas.

del resto de los animales. También esto no diferenciará del resto de los hombres a nosotros, los que por el destino hemos recibido un honor muy grande.

11 Pues el resto de los animales también utiliza el deseo, la pasión y cosas similares, pero ninguno excepto el hombre utiliza el discurso. Sería lo más absurdo de todo, si abandonáramos por negligencia lo que nos hace estar bien, la única cosa por la que llevamos una vida más dichosa que el resto de los animales. Así pues, te recomiendo que te dediques a la filosofía de los discursos[27], a la que estás llamado desde hace tiempo.

12 Pues lo mismo que la salud es vigilante del cuerpo, así la educación se constituye en vigilante del alma. Si ella es tu guía, no fracasarás en las acciones y salvarás, por así decirlo, todos los bienes que posees ahora.

13 Aparte de lo dicho, si ver con los ojos es agradable, escrutar con los ojos del alma es maravilloso. Y además, como el general es el salvador del ejército en campaña, así el discurso acompañado de la educación es el comandante de la vida. Omitir estos temas y parecidos creo que es bueno en la ocasión presente.

14 En tu carta me encargabas que nadie del mundo accediera a este libro. Sabes que, lo mismo que los progenitores quieren más a los hijos engendrados que a los adoptados, así los inventores quieren sus hallazgos más que los simples expertos. Pues como por los hijos, así también por los discursos se muere.

15 Los llamados sofistas parios, a causa de una iletrada negligencia, no los crean personalmente. Por eso no los aman, sino que cobran dinero y los pregonan. Yo te recomiendo

[27] «Filosofía de los discursos» en el sentido profundo que Isócrates dio a su enseñanza retórica.

que vigiles estos discursos para que, mientras son jóvenes, nadie los corrompa con dinero y, cuando lleguen a su sazón conviviendo decorosamente contigo, alcancen una fama sin tacha[28].

Como me enseñó Nicanor[29], he adoptado las ideas de 16 los demás escritores de tratados, si alguno escribió cuidadosamente en los suyos algo sobre las mismas cosas que yo trato[30]. Te encontrarás con los dos libros siguientes: uno es mío y está incluido en los tratados escritos por mí para Teodectes; el otro es de Córax[31].

Se ha añadido particularmente todo lo que faltaba a es- 17 tos tratados sobre preceptos políticos y judiciales[32]. De ahí

---

[28] Este pasaje recuerda al *Fedro* platónico, en el que los escritos se presentan como hijos de sus autores que no saben defenderse de los ataques ni responder a las peticiones de aclaración que se les haga: «Porque es que es impresionante, Fedro, lo que pasa con la escritura, y por lo tanto se parece a la pintura. En efecto, sus vástagos están ante nosotros como si tuvieran vida; pero, si se les pregunta algo, responden con el más altivo de los silencios. Lo mismo pasa con las palabras [*lógoi*]. Pero, eso sí, con que una vez algo haya sido puesto por escrito, las palabras ruedan por doquier, igual entre los entendidos que como entre aquellos a los que no les importa en absoluto, sin saber distinguir a quiénes conviene hablar y a quiénes no. Y si son maltratadas o vituperadas injustamente, necesitan siempre la ayuda del padre, ya que ellas solas no son capaces de defenderse ni de ayudarse a sí mismas» (*Fedro* 275 d-e; PLATÓN, *Diálogos III, Fedón, Banquete, Fedro*, trad. de C. GARCÍA GUAL, M. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ y E. LLEDÓ, B.C.G. 93), Madrid, 1992.

[29] Personaje del que no se ha podido dar ninguna noticia.

[30] Sabemos que ya en época de Aristóteles existían recopilaciones de tratados retóricos *(synagōgḗ technôn).*

[31] Se trataría respectivamente de un manual atribuido a uno de los fundadores sicilianos de la retórica, Córax, y de la *Teodecteia,* atribuida tradicionalmente a Aristóteles, aunque podría ser obra conjunta de Aristóteles y Teodectes (cf. SÁNCHEZ SANZ, *ob. cit.,* pág. 47, n. 9).

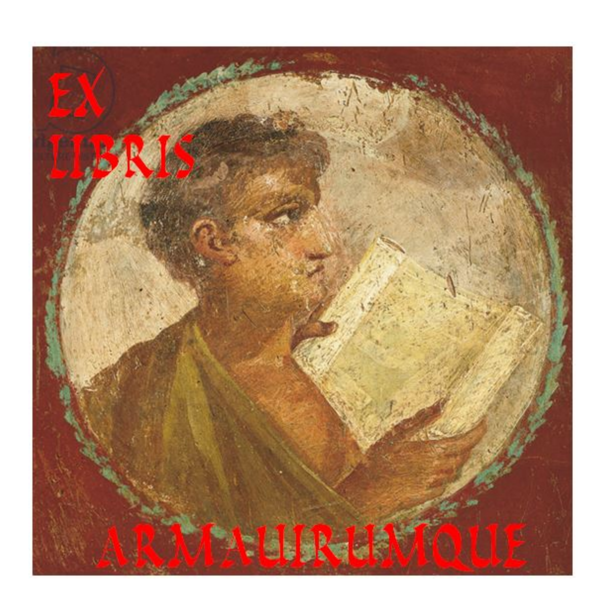
[32] Esta frase tiene un sentido ambiguo. Podría admitirse otra interpretación distinta: los otros puntos relacionados con los discursos políticos y judiciales (es decir, los temas que no han sido adoptados de esas dos fuen-

que, para cada uno de esos ámbitos, te será suficiente con los comentarios que he escrito para ti.

Que tengas buena salud.

---

tes) tienen un tratamiento especial siguiendo métodos diferentes de los empleados hasta entonces por la tradición retórica (véase la traducción de E. S. Forster, *De Rhetorica ad Alexandrum. The Works of Aristotle translated into English*, under the Editorship of W. D. Ross, vol. 11, Oxford, 1924 [reimp. 1952]).



# RETÓRICA A ALEJANDRO

Hay tres géneros retóricos: el deliberativo, el demostrativo y el judicial[33]. Siete son sus especies: suasoria, disuasoria, laudatoria, vituperadora, acusatoria, exculpatoria e indagatoria, o sola por sí misma o con otra[34]. 1

Ése es el número de las especies de discursos. Las usaremos en los discursos deliberativos, en los judiciales sobre contratos y en las declamaciones privadas[35]. La forma más 2

---

[33] En la introducción se ha señalado la coincidencia en el número de géneros de la *Retórica a Alejandro* y la *Retórica* de Aristóteles (ARISTÓTELES, *Retórica,* trad. de Q. RACIONERO, B.C.G. 142, Madrid, 1994). Mientras que en la *Retórica* de Aristóteles, se utilizan los términos *génos* y *eîdos* para designar a los géneros, como señala LAUSBERG (H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria. Fundamentos de una ciencia de la literatura* I-III, Madrid, Gredos, 1966, § 61) en la *Retórica a Alejandro* estos términos aparecen muy bien diferenciados para designar a los géneros (*génos*) y a la especies *(eîdos).*

[34] Como apunta J. SÁNCHEZ SANZ (*ob. cit., ad loc.*), la posibilidad de uso independiente o combinado con otra especie se refiere sólo a la especie indagatoria, véase § 37, 1, donde se dice «La especie indagatoria no se presenta por sí misma con mucha frecuencia, sino que se combina con las demás especies; sobre todo es útil en las réplicas».

[35] Aunque *idía homilía* designa en general cualquier reunión de carácter privado, en este contexto el autor parece referirse a las lecciones parti-

fácil de tratar sobre ellas, sería tomar separadamente cada especie y contar con cuidado sus funciones, sus usos y sus realizaciones. En primer lugar, vamos a desarrollar los discursos suasorio y disuasorio, puesto que su utilización es una de las más frecuentes en las declamaciones privadas y en los discursos deliberativos.

3 Hablando en términos generales, la persuasión[36] es la inducción a elecciones, razones o acciones, y la disuasión es la objeción a elecciones, razones o acciones.

4 Según se han definido esos conceptos, el que persuade debe mostrar que las cosas a las que induce son justas, legales, convenientes, nobles, agradables y fáciles. Si no, debe mostrarse que son factibles, cuando induzca a cosas molestas, y que es necesario hacerlas[37].

5 El que disuade debe objetar con lo contrario, que no es justo, legal, conveniente, noble, agradable ni factible. Y si no, que es trabajoso e innecesario. Todas las acciones participan de unas y otras cualidades, de modo que nadie que sostenga una y otra posición carecerá de razones.

6 Así pues, los que persuaden y disuaden deben tener los siguientes objetivos (intentaré definir qué es cada cosa y mostrar de dónde se obtendrán para los discursos):

---

culares y a las lecturas públicas de los sofistas, que desarrollan el género demostrativo (discursos de exhibición).

[36] En nuestra traducción, «persuasión», en su sentido restringido, se corresponde con el adjetivo «suasorio», antónimos respectivamente de «disuasión» y «disuasorio».

[37] Encontramos por primera vez los argumentos principales para la persuasión en el género deliberativo; se completan con el argumento de verosimilitud, más frecuente en el género judicial, y todo ello con el sentido de la oportunidad propio de la primera retórica.

Lo justo es el hábito no escrito de todos o de la mayoría, 7
que define lo noble[38] y lo vergonzoso. Es decir, honrar a los progenitores, beneficiar a los amigos y corresponder a los bienhechores. Pues las leyes escritas no prescriben a los hombres hacer esas cosas y otras parecidas, sino que son costumbre por el hábito no escrito y la ley común[39].

Eso es lo justo. A su vez, la ley es el común acuerdo de 8
un ciudad que prescribe por escrito cómo debe hacerse cada cosa.

Lo conveniente es la vigilancia de los bienes presentes o 9
la adquisición de los que no se tienen, o la liberación de los males presentes o la evitación de los daños que se teme que ocurran.

Distinguirás lo conveniente para los individuos en rela- 10
ción con el cuerpo, el alma y sus bienes adquiridos[40]. Lo conveniente para el cuerpo es la fuerza, la hermosura, la salud; para el alma, el valor, la sabiduría, la justicia; los bienes adquiridos son los amigos, el dinero y las propiedades[41].

[38] En la definición de lo justo, aparece subsumido el concepto de «nobleza», que es al mismo tiempo un argumento independiente. La explicación de esta aparente falta de coherencia puede hallarse en las distintas acepciones que el término conlleva: como parte de lo justo, lo noble designa a la belleza estética; como argumento independiente (1, 12), se refiere a lo que nos granjea buena fama.

[39] Esta distinción entre lo justo y lo legal, parece más clara que la que hace Aristóteles en la *Retórica* (I 13, 1373b), entre ley particular (la ley de cada comunidad concreta) y la ley general, cercana al concepto de ley natural.

[40] El concepto de bienes adquiridos apunta a lo que queda fuera del propio individuo (cuerpo y alma). Esta distinción tiene precedentes platónicos; véase Platón, *República* 618d, trad. de C. Eggers Lan, Madrid, 1992 (B.C.G. 94).

[41] Resulta sumamente interesante esta definición de lo conveniente para el individuo dentro del ámbito del género deliberativo por dos razones: por su organización triádica: tres aspectos, cada uno con tres componen-

11 Las cosas contrarias a éstas son inconvenientes. Las cosas convenientes para la ciudad son: concordia, potencia militar, dinero y abundancia de ingresos, excelencia y gran número de aliados. En suma, consideramos convenientes todas las cosas de estas mismas características, y las contrarias a éstas, inconvenientes.

12 Cosas nobles son las que procuran cierta reputación y cierto honor reconocido a los que las hacen. Agradables son las que producen placer. Fáciles son las cumplidas con el menor tiempo, fatiga y gasto. Posibles, todas las que pueden ocurrir. Necesarias, aquellas cuya realización no está en nosotros, sino que son así por necesidad divina o humana.

13 Las cosas justas, legales, convenientes, nobles, agradables, fáciles, posibles y necesarias son las dichas. Nos resultará fácil hablar sobre ellas con los conceptos antes dichos, los similares a ellos y sus contrarios, y los que ya han sido sentenciados por los dioses o por los hombres, por jueces bien considerados o por nuestros adversarios.

14 Lo justo es como lo hemos hecho patente antes. Lo similar a lo justo es así: «como consideramos justo obedecer a

---

tes; pero, sobre todo, porque conecta el género deliberativo con el esquema del encomio: lo conveniente en el género deliberativo coincide con lo elogiable del género demostrativo: bienes corporales, virtudes y fortuna. ARISTÓTELES en su *Retórica* nos advierte de esta coincidencia entre los géneros deliberativo y demostrativo: «El elogio y las deliberaciones tienen un aspecto común, pues si a lo que se aconseja al deliberar se le cambia la expresión se convierte en un encomio. Puesto que sabemos lo que se debe hacer y cómo se debe ser, a eso mismo se debe cambiar la expresión y darle la vuelta para que sean consejos; como, por ejemplo, que uno no debe enorgullecerse por los bienes de la fortuna sino por los que consigue uno mismo. Así dicho es un consejo, pero es un elogio así: 'no se enorgullece por los bienes de la fortuna sino por los que ha conseguido por sí mismo'. De modo que, cuando se quiera elogiar, véase qué se aconsejaría y, cuando se quiera aconsejar, qué se elogiaría» I 9, 5, 1367b-1368a), como he señalado en una monografía (M. Á. MÁRQUEZ, *ob. cit.*).

los progenitores, del mismo modo es adecuado que los hijos imiten las acciones de los padres»; y «como es justo corresponder a los bienhechores, así es justo no dañar a los que nada malo nos han hecho».

De este modo debe usarse lo similar a lo justo. Es nece- 15
sario hacer patente lo justo a partir de lo contrario así: «como es justo castigar a los que hacen algo malo, así también es adecuado corresponder a los bienhechores»[42].

Usarás lo sentenciado como justo por jueces bien consi- 16
derados así: «no somos nosotros los únicos que odiamos y perjudicamos a los enemigos, sino que también los atenienses y lacedemonios juzgan que es justo vengarse de los enemigos».

Así pues, usarás lo justo de muchas maneras procedien- 17
do de ese modo. Lo legal propiamente es como lo hemos definido antes. Donde sea útil, debe usarse la ley prescriptora misma y, después, lo similar a la ley escrita[43]. Sería algo así: «como el legislador reprime a los que roban con las mayores penas, así debe también castigarse severamente a los que engañan, pues estos roban el entendimiento»; y «como el legislador hizo herederos de los que mueren sin hijos a los parientes más cercanos, así también es adecuado que yo ahora disponga del dinero del liberto, pues, una vez muertos los que lo manumitieron y ya que yo mismo soy el pariente más cercano, también sería justo que yo fuera dueño de las cosas del liberto».

---

[42] J. SÁNCHEZ SANZ (*ob. cit., ad loc.*) señala el paralelo de LISIAS XXV 16.

[43] El modo de argumentación es el mismo empleado con respecto al concepto de lo justo: en primer lugar, se argumenta con el concepto en sí mismo; después, con lo similar y lo contrario al concepto; finalmente, recurriendo a la jurisprudencia.

18 Lo similar a lo legal se usa de ese modo, y lo contrario así: «si la ley prohíbe repartir los bienes públicos, es evidente que el legislador juzgó que todos los que se benefician del reparto delinquen»; «si las leyes prescriben honrar a los que gobiernan noble y justamente la república, es evidente también que consideran merecedores de castigo a los que arruinan los bienes públicos»[44].

19 Así se hace patente lo legal a partir de lo contrario; a partir de lo sentenciado ya antes así: «no sólo yo afirmo que el legislador estableció esta ley por estas razones, sino que también antes, cuando Lisítides[45] refirió cosas parecidas a las que yo digo ahora, los jueces votaron los mismo en relación con esta ley».

20 Con este procedimiento mostraremos lo legal de muchas maneras. Lo conveniente en sí mismo se ha definido en los párrafos anteriores. Es necesario usarlo en los discursos como los conceptos ya explicados, si es posible, y con el mismo procedimiento que expusimos para lo legal y lo justo, así también es necesario manifestar lo conveniente de muchas maneras.

21 Lo similar a lo conveniente sería así: «pues como en la guerra conviene colocar a los más valientes en primera fila, así en el gobierno público es ventajoso que los más sensatos y justos estén a la cabeza del pueblo»; y «como a los hombres sanos les conviene vigilar para no enfermar, así también a las ciudades concordes les conviene mirar para no sufrir revueltas».

---

[44] Según Reeve (M. D. Reeve, «Notes on Anaximenes», *Classical Quarterly* 20 [1970], 237-241), debería atetizarse el primer ejemplo de este párrafo, porque el autor no está tratando de actos abiertamente ilegales sino de medios no expresamente ilegales.

[45] Wenland (*ob. cit.*, pág. 61) apunta que este Lisítides puede ser el alumno de Isócrates nombrado en la *Antídosis* (Isócrates, XV 93, trad. de J. M. Guzmán Hermida, B.C.G. 29).

Procediendo de este modo, harás muchas analogías de lo 22
conveniente. Lo conveniente será manifiesto a partir de conceptos contrarios así: «si interesa honrar a los buenos ciudadanos, sería conveniente también reprimir a los malos»; «si creéis que no es conveniente hacer la guerra nosotros solos contra los tebanos, sería conveniente que hiciésemos la guerra contra los tebanos después de establecer una alianza con los lacedemonios».

A partir de conceptos contrarios, de esta manera harás 23
manifiesto lo conveniente. Es necesario usar lo discernido por jueces bien considerados así: «los lacedemonios, cuando derrotaron a los atenienses, creyeron que era conveniente para ellos no esclavizar la ciudad, y a su vez los atenienses con los tebanos, aunque estaba en sus manos asolar Esparta, creyeron conveniente salvar a los lacedemonios».

Procediendo así, te resultará fácil hablar de lo justo, lo 24
legal y lo conveniente. Para lo noble, lo agradable, lo fácil, lo posible y lo necesario, procede de la misma manera. Con esos recursos, nos resultará fácil hablar de esas cosas.

Ahora, definiremos sobre cuántos, cuáles y qué asuntos 2
se delibera en los consejos y las asambleas. Pues si conocemos claramente cada uno de ellos, las circunstancias mismas nos proporcionarán las ideas peculiares para cada deliberación y, sabiendo de antemano las ideas comunes más frecuentes, podremos aplicarlas fácilmente a cada uno de los casos. Por eso debemos clasificar los asuntos sobre los que se delibera en público.

Para decir lo principal, son siete las propuestas sobre las 2
que se habla en asamblea[46]. Pues es necesario que delibe-

---

[46] Aristóteles (*Retórica* I 4, 2, 1359b) recoge cinco asuntos que se tratan en las asambleas: adquisición de recursos, guerra y paz, defensa del territorio, importaciones y exportaciones, y legislación; Quintín Racionero (*ob. cit.*) señala que Aristóteles sigue una larga tradición retórica,

remos y hablemos en el consejo y ante el pueblo sobre las fiestas religiosas, las leyes, la constitución política, las alianzas y tratados con otras ciudades, la guerra y la paz o los ingresos de dinero. Resulta que son éstas las propuestas sobre las que deliberaremos y hablaremos en asamblea. Clasifiquemos cada propuesta y miremos de qué manera es posible utilizarlas en los discursos.

3 De las fiestas religiosas es necesario hablar de uno de estos tres modos: o diremos que hay que preservar la situación actual[47], o que hay que cambiar para que sean más magníficas, o para que sean más humildes. Cuando digamos que debe preservarse la situación actual, podremos basarnos en el argumento de justicia, diciendo que en todas partes es injusto violar los hábitos patrios, y que todos los oráculos prescriben a los hombres hacer los sacrificios según esos hábitos, y que es necesario sobre todo mantener las prácticas religiosas de los que fundaron las ciudades y establecieron los cultos a los dioses.

4 En el argumento de conveniencia, diciendo que será conveniente para los ciudadanos particulares o para el conjunto de la ciudad hacer los sacrificios según las costumbres pa-

---

porque su lista coincide con la que ofrece Jenofonte (*Recuerdos de Sócrates* III 6, 4-13), salvo en la legislación, y parcialmente con la de la *Retórica a Alejandro*.

[47] Spengel (*ob. cit.*, pág. 119) remite para esta idea al *Areopagítico* de Isócrates: «En primer lugar, en cuanto a los asuntos divinos –es de justicia comenzar por aquí– los atendían y celebraban sin desigualdad ni desorden. No hacía una procesión de trescientos bueyes cuando les parecía, ni dejaban abandonados al azar los sacrificios heredados de los antepasados. [...]. Sólo vigilaban esto: que no se aboliera ninguna de las costumbres heredadas de los antepasados ni se añadiese nada fuera de lo acostumbrado. Porque pensaban que la piedad no estaba en el lujo, sino en no cambiar nada de lo que los antepasados dejaron» (Isócrates, VII 29-30, *ob. cit.*, B.C.G. 29)

trias con vista a la recaudación de dinero, y que será útil para estimular la valentía de los ciudadanos, puesto que se harán más valientes por el deseo de gloria ante el desfile de hoplitas, caballeros y soldados ligeros.

En el argumento de nobleza, si así las fiestas resultan es- 5
pléndidas. En el argumento de agradabilidad, si los sacrificios dedicados a los dioses conllevan de algún modo un espectáculo multicolor. En el argumento de posibilidad, si no hay en ellos ni indigencia ni exceso.

Cuando sostengamos la situación actual, procediendo 6
así, se ha de observar cómo es posible explicar el asunto con los conceptos dichos o similares. Cuando aconsejemos cambiar las ceremonias sagradas para hacerlas más suntuosas, tendremos razones[48] decorosas para variar las costumbres patrias diciendo:

Añadir a lo existente algo no es destruirlo, sino aumen- 7
tar lo establecido; y además que es verosímil[49] que los dio-

---

[48] En este párrafo, como en §§ 2, 3; 2, 10; 3, 14; y 38, 1, se utiliza el término técnico *aphormḗ,* cuyo significado coincide con el de *tópos,* en tanto que designan el punto de partida o la base de operaciones de la argumentación, concebida como un combate militar (cf. L. PERNOT, «Lieu et lieu commun dans la rhétorique antique», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* [1986 oct.], 253-284).

[49] Esta es la primera aparición en nuestro tratado del argumento de verosimilitud basado en *tó eikós,* que se remonta a las primera retóricas sicilianas. De hecho, PLATÓN lo atribuye a TISIAS en *Fedro* 273b (traducción de E. LLEDÓ, B.C.G. 93), y ARISTÓTELES a Córax (*Retórica* II 24, 1402a). Sin embargo, su primera manifestación literaria se encuentra ya en el *Himno a Hermes*. El himno nos presenta a Hermes como un hábil orador que, tras ser descubierto en su primer robo (el principal episodio narrado es el robo del ganado de Apolo por parte de Hermes, cuando sólo tiene un día de vida), se enfrenta a un juicio. Su discurso de defensa «inventa» el argumento basado en lo verosímil (*Himno homérico* IV, 265-272; véase *Himnos homéricos. La «Batracomiomaquia»,* ALBERTO BERNABÉ, B.C.G. 8, Madrid, 1978). Al margen de su historia, nos enfrentamos al problema

ses sean más benevolentes con los que más los honran; y que ni siquiera nuestros padres hicieron siempre los sacrificios de la misma forma, sino que según las ocasiones y viendo la prosperidad, legislaban el servicio a los dioses, tanto particular como público; y que, en todas los demás asuntos, así administramos las ciudades y las casas particulares.

8 Di también si de estos actos organizados habrá algún provecho, esplendor o agrado para la ciudad, procediendo como se ha dicho antes.

9 Cuando las restrinjamos a un nivel más humilde, en primer lugar, hay que llevar el discurso al argumento de la ocasión, arguyendo que a los ciudadanos les van las cosas peor que antes; y que no es verosímil que los dioses se regocijen con los gastos de los sacrificios, sino con la piedad de los que hacen los sacrificios; y que los dioses y los hombres condenan la gran insensatez de los que hacen algo por encima de sus posibilidades; y que los gastos públicos no dependen sólo de las personas sino también de la prosperidad o de la pobreza.

10 Así pues tendremos estas razones y otras similares cuando tratemos de los sacrificios. Para que sepamos argumentar y legislar los asuntos del sacrificio óptimo, voy a definirlo: el mejor de todos los sacrificios es el piadoso con los dioses, moderado en los gastos, magnífico por el espectáculo y provechoso para la guerra.

11 Será piadoso con los dioses, si no quebranta las costumbres patrias; moderado en los gastos, si no se consume todo

---

de su traducción. Generalmente se traduce por «lo probable», siguiendo el camino abierto por la primera retórica latina, que lo tradujo como *probabile* (*Retórica a Herenio* II 2, 3). Sin embargo, creo preferible la traducción de *tò eikós* por «lo verosímil» (siguiendo a EMILIO LLEDÓ en su traducción de *Fedro*), porque puede darnos cuenta mejor del concepto griego, explicado por LAUSBERG del siguiente modo: «verosimilitud psicológica que une los elementos integrantes de un todo».

lo aportado; magnífico por el espectáculo, si se utilizan en abundancia oro y cosas así que no se consumen; y provechoso para la guerra, si desfilan armados caballeros y hoplitas[50].

12 Con estos principios organizaremos de la forma más noble los asuntos religiosos. Con los recursos antes dichos sabremos de qué manera es posible deliberar sobre cada una de las ceremonias sagradas.

13 Del mismo modo, disertemos ahora de las leyes y de la constitución política. Las leyes son, en suma, los acuerdos comunes de la ciudad, que por escrito definen y prescriben cómo debe hacerse cada cosa.

14 En las democracias[51], la institución de las leyes debe hacer que los cargos menores y más numerosos sean por sorteo (pues eso previene contra las revueltas), pero que los mayores sean electivos por la mayoría. Pues así el pueblo, siendo soberano para otorgar los honores a quienes quiera, no recelará de quienes los obtengan, y los más ilustres practicarán su excelencia[52], sabedores de que la estima de los ciudadanos no les será perjudicial.

15 Así debe legislarse en las democracias sobre las magistraturas. Sería un gran trabajo disertar sobre los restantes aspectos de la administración uno por uno, pero, en suma, debe vigilarse para que las leyes disuadan a la mayoría de tramar contra los grandes propietarios, y persuadan a los ricos de que gastar en servicios públicos es un honor.

---

[50] Al lector actual puede sorprender que se arguya que los sacrificios pueden ser provechosos para la guerra, pero hay que considerar que los desfiles militares formaban parte de las fiestas religiosas, lo cual serviría para aumentar la valentía de los ciudadanos.

[51] Para la descripción del sorteo de cargos en la democracia, SPENGEL remite al *Areopagítico* de ISÓCRATES (*ob. cit.*, VII 23).

[52] El autor se refiere al ideal de *aretḗ* como *kalokagathía*.

16 Se lograría ese objetivo, si hubiera algunos honores establecidos por las leyes para los grandes propietarios a cambio de los gastos hechos en favor de la comunidad y, de entre los pobres, se dignificara más a los que trabajan el campo y a los marinos que a los ociosos de las plazas. Pues así, los ricos prestarán voluntariamente sus servicios a la ciudad[53], y la mayoría no estará anhelante de hacer acusaciones falsas[54] sino de trabajar.

17 Además de esas cosas, deben establecerse leyes severas para que no se reparta la tierra ni se confisquen los bienes de los caídos en combate y sentar grandes castigos para quienes las violen. Es necesario limitar un terreno público en buen sitio delante de la ciudad para sepultura de los muertos por la ciudad y mantener con dinero público a sus hijos hasta la juventud.

18 Así pues, la institución de las leyes en las democracias debe hacerse así. Con respecto a las oligarquías, las leyes deben distribuir los cargos paritariamente entre todos los que participan en su política; de ellos, la mayoría debe ser por sorteo, pero los más importantes deben ser por votación secreta, bajo juramento y celebrada con el mayor rigor.

19 En las oligarquías deben sentarse las mayores penas para quienes intenten ultrajar a algún ciudadano. Pues la mayoría no se irrita tanto si se le priva de los cargos, como soporta mal si sufre ultraje. Es necesario también que las desavenencias de los ciudadanos se solucionen rápidamente y que

[53] Es la institución griega de la «liturgia», o sea, el servicio o encargo público que sufraga un ciudadano con su dinero; por ejemplo, pagar el montaje de obras de teatro.

[54] El autor se refiere a la «siconfatía», que consiste en acusar falsamente y a sabiendas a un individuo para perjurdicarlo por enemistad, venganza o ajuste de cuentas político. Se trata de uno de los defectos que más se echan en cara al régimen democrático en Grecia.

no se alarguen en el tiempo; y que no se congregue a la muchedumbre del campo en la ciudad, pues a partir de tales aglomeraciones el pueblo se une y derroca las oligarquías.

Hablando en términos generales, las leyes en las democracias deben impedir que la mayoría aceche los bienes de los ricos y en las oligarquías, disuadir a los que participan de la política de ultrajar a los más débiles y acusar falsamente a los ciudadanos[55]. 20

Con estas recomendaciones no ignorarás a qué deben aspirar las leyes y la constitución política. El que quiera defender una ley debe mostrar que es igual para todos los ciudadanos, compatible con las demás leyes y conveniente para la ciudad, sobre todo para su concordia, y si no, para la excelencia de los ciudadanos, los ingresos públicos, la buena consideración de la ciudad, el poderío político o para alguna otra cosa similar. 21

El que se opone debe observar, en primer lugar, si la ley no es común, luego si no es compatible con las demás leyes, sino contraria; además, si no sólo no es conveniente para las cosas antes dichas sino al contrario perjudicial. Con estos recursos nos será fácil hacer propuestas y hablar sobre las leyes y la constitución política. 22

Emprenderemos ahora la disertación sobre las alianzas y los tratados con las demás ciudades. Los tratados y pactos necesariamente deben hacerse conforme a las estipulaciones comunes, y ganarse los aliados en las siguientes ocasiones: 23

[55] Esta frase resume las reflexiones sobre las constituciones políticas; nada se ha dicho sobre la sicofantía en las oligarquías; de hecho se relaciona este fenómeno con las democracias. Por eso desde el s. XVI (Fuhr) se sospecha que la última parte («y acusar falsamente a los ciudadanos») es una interpolación.

cuando uno por sí mismo sea débil o se espera una guerra, o porque se cree que se disuadirá de la guerra a otro[56].

24 Estas y otras muchas similares son las razones para hacerse con aliados. Cuando quieras apoyar que se haga una alianza, debes hacer ver que se trata de una de esas ocasiones que se han dicho, y mostrar que se establece con quienes son, sobre todo, justos, que han hecho antes algún bien a la ciudad, que poseen un gran poderío y que viven en lugares vecinos; y si no es el caso, se reúnen de esos argumentos los que haya.

25 Cuando te opongas a la alianza, es posible hacer ver, en primer lugar, que no es necesario hacerla en ese momento; en segundo lugar, que resulta que los posibles aliados no son justos; luego, que antes nos han perjudicado[57]; y si no, que geográficamente están muy distantes y no pueden acudir en auxilio en las ocasiones convenientes. Con estos argumentos y otros similares nos será fácil oponernos y apoyar las alianzas.

26 Sobre la guerra y la paz, del mismo modo, tomemos las ideas más importantes. Las razones para declarar la guerra a alguien son las siguientes: si se ha cometido una injusticia contra nosotros antes y ahora se presenta la ocasión de vengarnos de los que la cometieron; si ahora la sufrimos y hemos de guerrear en nuestra defensa o en la de algún pariente o bienhechor; o para socorrer a los aliados que sufren una injusticia; o porque es conveniente para la ciudad; o para obtener buena consideración, ganancias, poder o alguna otra cosa del estilo.

---

[56] En el texto aparece interpolada la siguiente frase: «(por esto se establece una alianza con otro)».

[57] En este lugar, se ha detectado una laguna del texto que contendría ahí un colon correspondiente a «que poseen un gran poderío» del párrafo anterior (Fuhrmann, *ad loc.*).

Cuando exhortemos a la guerra, hay que reunir el mayor 27
número posible de estas razones y después hay que mostrar a quienes se exhorta que están en la mayoría de las circunstancias por las que se gana una guerra.

Todos los que hacen la guerra vencen por la benevolen- 28
cia de los dioses (a la que llamamos fortuna), el número y fuerza de las tropas, la abundancia de dinero, la inteligencia del general, la virtud de los aliados o la naturaleza del lugar. Cuando exhortemos a la guerra, tomaremos, de entre estos argumentos y otros similares, los más apropiados a los hechos y los haremos patentes, aminorando los de los contrarios y aumentando los nuestros mediante amplificaciones.

Si intentamos impedir una guerra que está a punto de 29
declararse, en primer lugar, hay que mostrar que no hay ninguna razón en absoluto o que los motivos de enfado son pequeños y sin importancia; después, que no conviene hacer la guerra, refiriendo las desgracias que les suceden a los hombres por su causa. Además de esto, hay que mostrar que las circunstancias que abocan a la victoria (las que acabamos de enumerar) son más bien favorables a los enemigos.

Así pues a partir de estos argumentos hay que disuadir 30
de una guerra que está a punto de declararse. Si intentamos parar una que ya ha estallado, si los que reciben nuestro consejo van venciendo, lo primero que hay que decir es lo siguiente: el que tiene sentido común no debe esperar hasta que sufra una derrota, sino en la victoria firmar la paz; luego que en la guerra es natural que mueran muchos, incluso de los vencedores, pero la paz salva a los perdedores y [permite que] los vencedores disfruten de las cosas por las que lucharon[58]. Hay

[58] En esta última frase, el texto aparece entre cruces en la edición de Fuhrmann. En nuestra traducción, seguimos la edición de Spengel, quien introdujo *paréchein* para dar sentido al pasaje

que exponer los cambios de fortuna en la guerra, que son muchos e imprevistos.

31 Con estos argumentos hay que exhortar a la paz a los que van venciendo en la guerra. A los que van perdiendo, hay que exhortarlos con los sucesos mismos y con los siguientes argumentos: que no se irriten con los que iniciaron los agravios y se convenzan con las desgracias; que tengan en cuenta los peligros que se corren por no firmar la paz; y que es preferible ceder una parte de los bienes a los más fuertes que ser derrotados en la guerra y perder la vida además de las posesiones.

32 En suma, debemos saber que todos los hombres suelen terminar las guerras entre ellos cuando estiman que los contrarios tienen razón, tienen desavenencias con los aliados, se agotan por la guerra, tienen miedo a los enemigos, o entre ellos mismos se producen revueltas. De modo que, no tendrás escasez de argumentos, reuniendo los más apropiados a las circunstancias de todos estos y similares, cuando sea necesario deliberar sobre la guerra y la paz.

33 Nos queda todavía tratar de los ingresos de dinero. En primer lugar, hay que observar si alguna de las posesiones de la ciudad está descuidada y no aporta ingresos ni está consagrada a los dioses. Me refiero, por ejemplo, a algunos lugares públicos descuidados, de los que se generaría algún ingreso a la ciudad si se vendieran o alquilaran a particulares, pues este es el recurso más común.

34 Si no hay nada así, es necesario hacer las contribuciones según las rentas estimadas[59], o establecer que los pobres aporten su persona en caso de peligro, los ricos, dinero, y los artesanos, armas.

---

[59] Se trata de la timocracia; Solón de Atenas, en el siglo VI a. C., estableció una estimación fija (τίμημα) para cada una de las clases sociales.

En suma, cuando debatamos sobre los ingresos de dinero debe hacerse patente que nuestras propuestas son iguales para todos los ciudadanos, duraderas e importantes, y las de los contrarios son lo contrario de eso. Con lo dicho, sabemos las propuestas de las que se tratan en las deliberaciones y las partes de ellas con las que compondremos los discursos suasorios y disuasorios. Ahora, presentándolas seguidas, delimitemos las especies laudatoria y vituperadora[60]. 35

3 En suma, la especie laudatoria es la amplificación de resoluciones, acciones y palabras bien consideradas y la atribución de las que no se poseen; la especie vituperadora es lo contrario: la aminoración de lo bien considerado y la ampliación de lo mal considerado. Son elogiables los hechos justos, conformes a la ley, convenientes, nobles, agradables y los fáciles de hacer[61]. Ya se ha dicho antes cuáles son estos y dónde los encontraremos en abundancia.

2 El que alaba debe mostrar en su discurso que en la persona o en los hechos se da alguna de las circunstancias siguientes: se ha realizado por él o por ello, o conseguido por su mediación, u ocurrido a partir de él o de ello, o sucedido con el objetivo de ello, o que sin él o ello no se hubiera llevado a cabo. También el que vitupera debe mostrar de la misma manera que en el vituperado se da lo contrario.

3 El argumento «a partir de...» es, por ejemplo, a partir de la gimnasia se origina la salud corporal; del no esforzarse,

---

[60] El género demostrativo o epidíctico, tratado por ARISTÓTELES en *Retórica* I, 9, alcanza su mayor desarrollo en los tratados epidicticos de MENANDRO EL RÉTOR (*Dos tratados de retórica epidíctica,* trad. de M. GARCÍA GARCÍA y J. GUTIÉRREZ, introd. de F. GASCÓ y F. HERNÁNDEZ MUÑOZ, B.C.G. 225, Madrid, 1996).

[61] El autor ha desarrollado este tipo de argumentos en el género deliberativo. Véase la nota correspondiente al parágrafo 1, 10, donde se cita un pasaje aristotélico que relaciona los consejos del género deliberativo y los motivos de elogio en el género demostrativo.

caer en la debilidad; del estudiar, ser más inteligente; y del ser negligente, carecer de lo necesario.

4 «Con el objetivo de...» es, por ejemplo, con el objetivo de una corona honorífica otorgada por los ciudadanos se soportan muchas fatigas y peligros; con el objetivo de congraciarse con los enamorados no se preocupa uno de nada más.

5 «Sin él...» es, por ejemplo, sin marineros no hay victoria naval; sin beber no hay borrachera. Siguiendo este método, de la misma manera que ya se ha dicho, encontrarás muchos temas de elogio y vituperio.

6 En suma, amplificarás y aminorarás todo esto de la siguiente manera: en primer lugar, haciendo patente, como acabo de abordar, que muchas cosas malas o buenas han sucedido por él.

7 Éste es un modo de amplificación. El segundo es traer a colación algo juzgado importante, bueno si alabas, malo si vituperas, y luego relacionarlo con aquello de lo que hablas y hacer una comparación, refiriendo la grandeza de aquello de lo que tú hablas y la pequeñez de lo otro, y así parecerá grande.

8 El tercer modo es comparar aquello de lo que hablas con lo más pequeño del mismo género; pues parecerá así más grande aquello de lo que hablas, como las personas medianas parecen mayores de tamaño cuando se juntan a personas mas pequeñas.

9 También será posible en todo caso amplificar así: si dices lo contrario a lo que se juzga muy bueno, parecerá muy malo. Y al contrario, si dices lo contrario a lo que se considera muy malo, parecerá muy bueno.

10 También puede amplificarse lo bueno y lo malo así: si haces patente que lo hizo a propósito, convenciendo de que lo había premeditado mucho tiempo, que atañía a muchos, que lo hizo durante mucho tiempo, que ningún otro antes lo ha-

bía intentado, que lo hizo con los que ningún otro lo había hecho, voluntariamente, con premeditación, y que si todos actuáramos igual que él, nos iría bien o muy mal[62].

También es necesario convencer mediante comparacio- 11
nes y amplificar superponiendo una cosa sobre otra del siguiente modo: quien cuida de sus amigos, es probable que también honre a sus propios padres; quien honra a sus padres, también querrá hacer bien a su propia patria. En suma, si haces patente que algo es causa de muchas cosas, ya sean buenas o ya sean malas, parecerá importante.

También debe observarse si parecerá mayor el asunto tra- 12
tado por partes o expuesto en términos generales; debe hablarse de ello del modo que resulte mayor.

Procediendo así harás muchísimas y grandísimas ampli- 13
ficaciones. Por el contrario, aminorarás en los discursos las cosas buenas y malas procediendo del modo contrario al que hemos expuesto para las amplificaciones, y sobre todo si demuestras que no es causa de nada, y si no, que es causa de cosas mínimas e insignificantes.

Con los argumentos que hemos expresado, sabemos am- 14
plificar y aminorar cuando pronunciemos discursos de elogio y vituperio. Los recursos de amplificación son útiles también en las demás especies, pero tienen su mayor función en los elogios y vituperios. Con estos recursos nos resultarán fáciles esas especies.

Desarrollemos ahora de un modo similar las especies 4
acusatoria y exculpatoria[63], de qué se componen y cómo

---

[62] Spengel (*ob. cit.*, pág. 142) remite para esta idea a Lisias, XXV 15.

[63] El género judicial es tratado por Aristóteles en *Retórica* I, 10-15. A partir del desarrollo de la retórica latina en el siglo I a. C., con el anónimo *Retórica a Herenio* (trad. S. Núñez, B.C.G. 244, Madrid, 1997) y los diversos tratados de Cicerón (Cicerón, *La invención retórica*, trad. S. Núñez, B.C.G. 245, Madrid, 1997), el género judicial se convirtió en el verdadero centro de interés de toda la reflexión retórica.

deben utilizarse. Para decirlo resumidamente, la especie acusatoria es la exposición de delitos y errores. La exculpatoria es la refutación de delitos y errores de los que se acusa o se sospecha.

2 Puesto que cada una de estas dos especies tiene esa función, es necesario que el acusador diga, cuando acuse de maldad, que resulta que los actos de los contrarios son injustos, ilegales e inconvenientes para la mayoría de los ciudadanos; cuando acuse de necedad, que son perjudiciales para el que los hace, vergonzosos, molestos e imposibles de llevar a cabo. Estas y otras similares son las argumentaciones contra malvados y necios.

3 También los acusadores deben atender a esto: en qué delitos las leyes establecen castigos y en cuáles los jueces estiman las penas. Pues bien, cuando la ley sea definitoria, el acusador sólo debe tratar de demostrar que el hecho ha sucedido.

4 Pero cuando los jueces estimen la pena [***][64], deben amplificarse los delitos del contrario y sobre todo mostrar que delinquió voluntariamente y con premeditación, y no accidentalmente, sino con la preparación más grande.

5 Si no fuera posible hacer eso, sino que consideras que el contrario mostrará que de algún modo cometió un error, o que pretendía hacer el bien pero sufrió un infortunio, debes refutar su excusa diciendo a los oyentes que los que han hecho algo no deben andar diciendo que han cometido un error, sino que deben precaverse antes de actuar; luego debes decir que, si se equivocó y sufrió un infortunio, se le debe imponer un pena por su infortunio o error más que a quien no hizo ni una cosa ni otra. Además, debes decir que

[64] En este punto hay una laguna en el texto; el sentido podría ser: «en primer lugar hay que demostrar que el hecho ha sucedido; a continuación...».

tampoco el legislador absolvió a los que yerran sino que los hizo responsables para que no yerren de nuevo.

Di también que, si admiten estos argumentos de defensa, provocarán que muchos se decidan a delinquir, pues, si les sale bien, harán lo que quieran y, si fracasan, repitiendo que han sufrido un infortunio no recibirán ningún castigo. Los acusadores deben refutar la excusa con tales argumentos y, como he dicho antes, demostrar mediante la amplificación que las obras de los contrarios son causa de muchos males. 6

La especie acusatoria se completa con esas partes. La exculpatoria consta de tres procedimientos: pues el defensor debe demostrar o que no hizo nada de lo que se le acusa; o, si fuera necesario reconocerlo, debe intentar mostrar que los hechos son conforme a la ley, justos, nobles y convenientes para la ciudad; pero si no es posible demostrar eso, debe intentar alcanzar indulgencia atribuyendo los hechos a error o infortunio y mostrando que los daños derivados de esos hechos son pequeños[65]. 7

Define qué es delito, error e infortunio así: establece como delito hacer algo malo con premeditación y afirma que debe imponerse la pena más grande a los delincuentes; debes afirmar que hacer algo perjudicial por desconocimiento es un error. 8

[65] Los dos primeros procedimientos del discurso de defensa se han puesto en relación con la teoría de los estados de causa:

1) El hecho de que la defensa niegue los hechos imputados se corresponde con el estado de conjetura (el acusador atribuye un hecho, el acusado lo niega y el juez se pregunta *an fecerit*; LAUSBERG, §§ 84-85).

2) Cuando se reconocen los hechos pero no se admite que sean delictivos, nos encontramos ante el estado de cualidad (el juez se pregunta *an iure/recte fecerit;* LAUSBERG, §§ 88-89).

9 Considera infortunio el no realizar algo de lo que se quiere con buena intención no por culpa de uno mismo, sino de algún otro o de la fortuna, y afirma que delinquir es propio de los malvados, pero cometer un error o sufrir un infortunio al actuar no es propio sólo de quien habla sino que es común a los jueces y a los demás hombres. Si te ves obligado a reconocer alguna de las acusaciones pide indulgencia, haciendo común a los oyentes los errores e infortunios.

10 A su vez, el defensor debe examinar en qué delitos las leyes establecen castigos y en cuáles los jueces estiman las penas. Cuando la ley defina los castigos, debe mostrar que no hizo nada en absoluto o que actuó según las leyes y la justicia.

11 Cuando los jueces estimen las penas, no debe afirmarse que no se hizo como en el caso anterior, sino debe intentar demostrarse que el contrario ha sufrido un perjuicio pequeño e involuntario. Con de estos argumentos y otros similares, nos será fácil hablar en los discursos acusatorios y exculpatorios. Nos queda desarrollar la especie indagatoria.

5 Para decir lo principal, la indagación es hacer patente qué propósitos, acciones o discursos del indagado se contradicen entre sí o con el resto de su vida. El que indaga debe buscar si el discurso que indaga o las acciones del indagado o los propósitos se contradicen mutuamente.

---

El tercer procedimiento, es decir, cuando se admite haber cometido un acto delictivo pero se atribuye a error o infortunio, no tiene relación con los estados de causa; para una interpretación distinta, véase SÁNCHEZ SANZ, *ob. cit.*, págs. 27-28. La relación de este pasaje con la teoría de los «status» ha sido puesta de relieve también por Romero Cruz: «La otra responde a la utilización de un tópico frecuente en la oratoria judicial, donde se intenta captar la benevolencia de los jueces mediante la enumeración de los servicios prestados a la patria, todo ello enlazado con el hábil uso de la teoría de los 'status', teoría que, sin haber recibido todavía ese nombre,

El procedimiento es el siguiente: observar en el tiempo pasado si en principio era amigo de alguien y se convirtió en su enemigo y de nuevo volvió a hacerse amigo[66]; o hizo alguna otra cosa [contradictoria o que llevaba a la maldad][67]; o si todavía haría, si se le presentase la oportunidad, algo contrario a su hechos anteriores. 2

De la misma manera, mira si algo de lo que dice ahora es contrario a lo que decía antes; o si pudiera decir algo contrario a lo que dice ahora o a lo que decía antes. 3

De la misma manera, se propuso algo contrario a sus propósitos anteriores; o si se lo propondría si se presentase la oportunidad. Del mismo modo, con los demás hábitos notorios, utiliza las contradicciones de la vida del indagado. Procediendo así en la especie indagatoria no dejarás de lado ningún modo de indagación. 4

Una vez clasificadas ya todas las especies, debe utilizarse cada una de ellas por separado cuando convenga, y en común, combinando sus funciones. Pues tienen grandes diferencias; sin embargo, tienen en común unas con otras los usos. Sucede lo mismo que las razas[68] humanas; también estas son similares en unas cosas y diferentes por su aspecto. Así definidas las especies, ahora enumeraremos los elementos que todas requieren y desarrollaremos cómo deben utilizarse. 5

encontramos ya utilizada por Antifonte y expresada de un modo teórico en la *RaA* 1427 a 25» (F. ROMERO CRUZ, *ob. cit.*, pág. 151).

66 Según Reeve, puede haberse perdido aquí parte del texto: «si en principio era amigo de alguien y se convirtió en su enemigo, o si en principio era enemigo y se convirtió en amigo».

67 Interpolación señalada en la edición de Fuhrmann.

68 Tanto para las «especies» retóricas como para las razas humanas, el autor utiliza el mismo término, *eídē,* lo que explica la comparación entre discursos y hombres.

6 En primer lugar, lo justo, lo legal, la conveniente, lo noble, lo agradable, etcétera, como lo expusimos al principio[69], son comunes a todas las especies, pero sobre todo se utilizan en las especies suasoria y disuasoria.

2 En segundo lugar, las amplificaciones y aminoraciones necesariamente son útiles en el resto de la especies, pero sobre todo se utilizan en el elogio y en el vituperio.

3 En tercer lugar, las pruebas, que necesariamente se usan en todas las partes[70] de los discursos, son muy útiles en las acusaciones y en las defensas, pues estas especies necesitan muchísimo la réplica[71]. Además de esto, hallamos las anticipaciones, las súplicas, las recapitulaciones[72], la extensión del discurso, la medida de la extensión, la brevedad y la elocución; estos usos y otros similares son comunes a todas las especies.

7 Expuse antes la definición y el uso de lo justo, lo legal y conceptos similares, y hablé de las amplificaciones y las aminoraciones. Ahora trataré los demás temas, comenzando por las pruebas[73].

2 Existen dos tipos de pruebas: pues unas proceden de los propios discursos, de las acciones y de las personas; y otras se añaden a las palabras y los hechos. Lo verosímil, ejem-

---

[69] Véase 1, 7 y ss.

[70] Spengel propone «partes y especies».

[71] En el final de esta oración, el texto está indudablemente corrupto; aparentemente no tiene relación el uso extenso de las pruebas con la práctica de «discursos contrarios» *(antilogíai)*.

[72] En paralelo a la enumeración de § 28, 3, los editores introducen en ese punto como elemento común el lenguaje elegante.

[73] Traduzco como «prueba», en el sentido técnico forense que concede el *Diccionario* de la Real Academia: «Justificación de la verdad de los hechos controvertidos en un juicio, hecha por los medios que autoriza y reconoce por eficaces la ley».

plos, evidencias, entimemas, sentencias, indicios y refutaciones son pruebas procedentes de los discursos mismos, de las personas y de los hechos; son pruebas añadidas las opiniones del orador, los testigos, las declaraciones bajo tortura y los juramentos.

Debe hablarse de cada una de estas pruebas: cuál es su 3
naturaleza, de dónde obtendremos los recursos para ellas y en qué se diferencian unas de otras.

Lo verosímil es aquello de lo que los oyentes tienen en 4
su mente ejemplos. Me refiero, por ejemplo, a si alguien afirma que quiere que su patria sea grande, que sus parientes prosperen, que a sus enemigos les vaya mal; cosas similares, en suma, parecerán verosímiles, pues cada uno de los oyentes asume que él mismo tiene tales deseos con respecto a estas cosas y otras similares. De modo que nosotros debemos observar siempre si en nuestros discursos conseguimos que los oyentes estén de acuerdo con nosotros sobre el asunto del que hablamos. Pues es verosímil que sea así como más crean en lo que decimos.

El argumento de verosimilitud tiene esta naturaleza y 5
los podemos dividir en tres tipos: uno es apelar en los discursos a las pasiones que acompañan naturalmente a los hombres, por ejemplo, si alguien resulta que desprecia a alguien o lo teme, o está tranquilo o triste, anhelante o sin deseos, o alguna otra pasión que se padece con el alma o el cuerpo[74], y que todos compartimos. Estas pasiones y otras similares, puesto que son comunes a la naturaleza humana, son fáciles de conocer por los oyentes.

---

[74] En la edición de Fuhrmann no aparece como interpolado «o algún otro sentido».

6 Éstas son las pasiones habituales naturalmente en los hombres y a ellas, según afirmamos, debe apelarse en los discursos. Otra parte del argumento de verosimilitud es el hábito, lo que cada uno de nosotros hace por costumbre. La tercera es el afán de lucro, pues frecuentemente por el lucro preferimos actuar violentando nuestra naturaleza y carácter.

7 Definidos así estos conceptos, debe mostrarse en las suasorias y disuasorias, a propósito de lo que se examina, que el hecho al que nosotros exhortamos o nos oponemos es tal como afirmamos que es; y si no, que las cosas similares a ese hecho son de ese modo que nosotros decimos en todas o en la mayoría de las veces.

8 Así hay que recurrir al argumento de verosimilitud en lo que a los hechos se refiere. Con respecto a las personas, en las acusaciones, si puedes, demuestra que antes muchas veces el acusado ha realizado el hecho que se le imputa; y si no, cosas similares. Intenta hacer patente qué provechoso le era actuar así. Pues de la misma manera que la mayoría de los hombres estiman más que nada el provecho, así también creen que los demás hacen todo con ese objetivo.

9 Así pues, si puedes recurrir a lo verosímil a partir de la parte contraria misma, hazlo así; pero si no, aporta lo habitual de gente similar. Me refiero, por ejemplo, a que si acusas a un joven, di que ha hecho lo que suelen hacer los de su edad, pues se creerá por similitud lo que se diga contra él. Lo mismo ocurre también si muestras que sus compañeros son como tú dices que es él. Pues también por el trato con ellos parecerá que se dedica a las mismas cosas que sus amigos.

10 Así pues, es necesario que los acusadores aborden lo verosímil de este modo. El defensor debe mostrar sobre todo que nunca antes hizo nada de los hechos de los que se le acusa, ni él ni ninguno de sus amigos ni de sus similares, y tampoco hubiera sido provechoso hacerlo.

Si fuera evidente que has actuado así antes, debes culpar a la edad o aportar alguna otra excusa, por la que verosímilmente te equivocaste entonces. Di también que ni entonces te fue conveniente hacerlo ni ahora te resultaría provechoso. 11

Si no hubieras hecho nada similar, pero resulta que algunos de tus amigos lo han hecho, es necesario decir que no es justo que por su culpa tú seas acusado, y mostrar que otros de tus amigos habituales son decentes, pues así harás que la acusación sea ambigua. Si demuestran que gente similar a ti ha hecho lo mismo, afirma que es absurdo pensar que, porque otros patentemente se hayan equivocado, eso sea una prueba de que tú también hayas hecho aquello de lo que se te inculpa. 12

Así es necesario que te defiendas a partir de lo verosímil, si niegas que has cometido el acto del que se te acusa, pues harás increíble la acusación. Pero si te ves obligado a reconocerlo, iguala tus acciones al carácter de la mayoría diciendo sobre todo que todo o casi todo el mundo hace lo mismo o cosas similares a las que tú has hecho. 13

Si no fuera posible mostrar eso, debes buscar refugio en el infortunio y en el error, e intentar obtener indulgencia recurriendo a las pasiones que son comunes al género humano, por la cuales nos apartamos de lo razonable y que son las siguientes: el amor, la ira, la embriaguez, la ambición y similares. Con este procedimiento abordaremos lo verosímil de la manera más técnica. 14

Los ejemplos son hechos similares o contrarios a los que en el momento presente nos referimos. Cuando no sea creíble lo que dices y quieras hacerlo evidente, si por medio del argumento de verosimilitud no resulta creíble, entonces hay que usar los ejemplos, para que, al comprender que otra acción similar a lo que tú te refieres ha 8

ocurrido como tú dices, se crea en mayor grado lo que tú dices[75].

2 Hay dos tipos de ejemplos: pues unos hechos suceden de acuerdo con lo racional y otros al contrario. Los que suceden de acuerdo con lo racional infunden credibilidad; los que suceden contra lo racional infunden incredulidad.

3 Me refiero, por ejemplo, a si alguien afirma que los ricos son más justos que los pobres y aporta algunas acciones justas de hombres ricos. Tales ejemplos parecen de acuerdo con lo razonable, pues es sabido que la mayoría cree que los ricos son más justos que los pobres.

4 Pero si quedara patente que algunos ricos han delinquido por dinero, se haría que los ricos perdieran crédito utilizando un ejemplo contrario a lo verosímil.

5 De la misma manera ocurriría si se aportara un ejemplo de los que parecen suceder de acuerdo con lo racional; por ejemplo, que en una ocasión los lacedemonios o los atenienses utilizando un gran número de aliados derrotaron a los contrarios, y se exhortara a los oyentes a conseguir muchos aliados. Tales ejemplos son acordes con lo racional, pues todos creen que en las guerras el número tiene no poca influencia en la victoria.

6 Si alguien quisiera dejar patente que no es ésta una razón para vencer, utilizaría ejemplos contrarios a lo verosímil; por ejemplo, diciendo que los exiliados atenienses, después de tomar File con cincuenta hombres luchando contra los de la ciudad que eran muchos más y tenían a los lacedemonios como aliados, entraron en la propia ciudad;

[75] El sentido de este párrafo es evidente, pero parece que su texto ha sido explayado por una mano posterior a la del autor. Es difícil de creer que el autor haya confinado todos los ejemplos a las partes no convincentes del discurso (Reeve, *op. cit.*, pág. 239).

y que los tebanos, cuando los lacedemonios y casi todos los 7
peloponesios invadieron Beocia, ellos solos, puestos en orden de batalla junto a Leuctra, vencieron a la potencia lacedemonia; y que Dión de Siracusa navegó contra su ciudad con tres mil hoplitas y derrotó a Dionisio que poseía una fuerza muchas veces mayor.

De la misma manera, los corintios acudieron en auxilio 8
de los siracusanos con nueve trirremes y derrotaron a los cartagineses, que estaban fondeados con ciento cincuenta naves delante del puerto de Siracusa y ocupaban toda la ciudad excepto la acrópolis[76]. En suma, estos ejemplos y otros similares que han sucedido contra lo racional suelen hacer perder crédito a los consejos que se basan en lo verosímil.

Ésta es la naturaleza de los ejemplos. Deben usarse de 9
estos dos modos: cuando hablemos de asuntos acordes con lo racional, mostrando que los hechos se cumplen de este modo la mayoría de las veces; cuando hablemos de asuntos contrarios a lo racional, aportando cuantos hechos que, pareciendo contrarios a lo racional, sucedieron razonablemente.

Cuando el contrario diga esto, es necesario mostrar que 10
éstos resultaron bien por buena suerte, y decir que tales hechos han ocurrido rara vez, pero que los que tú dices, frecuentemente. Así deben utilizarse los ejemplos.

Cuando aportemos ejemplos contrarios a lo racional, es 11
necesario reunir el mayor número posible y decir que no suelen suceder los ejemplos que suceden de acuerdo con lo racional más que estos.

Deben utilizarse los ejemplos no sólo con estos proce- 12
dimientos, sino también de los contrarios. Me refiero, por ejemplo, al hecho de dejar patente que algunos por tratar

---

[76] Este ejemplo ofrece la fecha *post quem* más reciente para datar la redacción del tratado. La batalla contra los cartagineses a la que se refiere el autor tuvo lugar entre los años 342 y 339 a. C.

arrogantemente a su aliados echaron a perder su amistad y dices: «nosotros, si los tratamos equitativa y solidariamente,
13 conservaremos la alianza durante mucho tiempo»; o también, si dejas patente que otros iniciaron la guerra sin preparación y por eso fueron derrotados y dices a continuación: «si entráramos en guerra preparados, tendríamos mayores esperanzas de vencer».

14 Obtendrás muchos ejemplos de los hechos del pasado y del presente, pues la mayoría de las cosas que se hacen son en parte similares y en parte distintas unas de otras. De modo que, por esta razón, nos resultará fácil encontrar ejemplos y replicaremos sin dificultad a lo que dicen los demás. Así pues, sabemos los tipos de ejemplos, cómo utilizarlos y de dónde obtendremos muchos.

9 Las evidencias son cuantos hechos contradicen el asunto del discurso y cuantos surgen de las contradicciones internas del discurso mismo[77]. A partir de las contradicciones con el discurso o con los hechos, la mayoría de los oyentes ve que las palabras y los hechos quedan en evidencia.

2 Obtendrás muchas evidencias observando si el discurso del contrario se contradice con lo que ha hecho o si su acción es contraria al discurso. Tales son las evidencias y así harás muchísimas.

10 Los entimemas son no sólo las contradicciones con el discurso o la acción, sino también todas las demás. Obtendrás muchos entimemas con el procedimiento que he dicho en la especie indagatoria, y observando si en el discurso hay contradicciones internas o si las hay entre los hechos y lo justo, lo legal, lo conveniente, lo honesto, lo posible, lo fá-

---

[77] Siguiendo la anotación de Quintiliano (véase Lausberg, *ob. cit.*, § 361), Forster y Rackmam entendieron este concepto como «infallible signs». De acuerdo con esta interpretación, proponemos la traducción como «evidencias».

cil, lo verosímil, el carácter del que habla o la normalidad de los hechos[78].

Debe recurrirse a tales entimemas contra nuestros adver- 2
sarios; a nuestro favor deben decirse los entimemas opuestos, mostrando nuestras acciones y palabras en contradicción con lo injusto, lo ilegal, lo inconveniente, el carácter de los malvados y, en suma, a lo que se considera perverso.

Deben reunirse estos argumentos lo más brevemente po- 3
sible y expresarlos con el menor número posible de palabras. De este modo haremos muchos entimemas y así es como mejor los utilizaremos.

La sentencia es, para decir lo principal, la exposición de 11
la opinión propia sobre la totalidad del asunto. Dos son los tipos de sentencias: la sentencia tópica y la paradójica.

Cuando digas una sentencia tópica, no debes aportar en 2
absoluto las razones, pues ni se ignora ni se desconfía de lo dicho. Pero cuando digas una paradójica, es necesario que expreses las razones concisamente, para que evites la locuacidad y la desconfianza. Deben aportarse sentencias adecuadas a los hechos, para que lo dicho no parezca a contrapelo ni extemporáneo.

Haremos muchas sentencias a partir de la propia natura- 3
leza del asunto, por sobrepujamiento o por correspondencia. Algunas de las que se basan en la propia naturaleza son las siguientes: «no me parece posible que el inexperto pueda ser un buen general». Otro ejemplo: «es propio de personas sensatas utilizar los ejemplos sucedidos antes e intentar evitar los errores a lo que conduce la insensatez».

---

[78] Naturalmente la limitación en este pasaje de las evidencias y los entimemas a las contradicciones vincula estos procedimientos con la especie indagatoria, definida en 5, 1 así. «la indagación es hacer patente qué propósitos, acciones o discursos del indagado se contradicen entre sí o con el resto de su vida».

4 De esta manera a partir de la propia naturaleza del asunto haremos las sentencias. Por sobrepujamiento son, por ejemplo, las siguientes: «me parece que los que roban actúan peor que los que saquean, pues unos se apoderan de los bienes furtivamente y los otros a las claras».

5 De este modo haremos muchas sentencias por sobrepujamiento. Las sentencias por correspondencia son así: «me parece que los que se apropian de dinero hacen lo mismo que los que traicionan a su ciudad, pues ambos delinquen contra los que confiaron en ellos».

6 Otro ejemplo: «me parece que la parte contraria actúa de manera similar a los tiranos; pues estos consideran que no deben someterse a juicio por los delitos que han cometido ellos mismos, pero tratan inexorablemente de que se castiguen los delitos de los que inculpan a otros; la parte contraria, si tiene algo mío, no me lo devuelve, pero si yo tomé algo de ellos, creen que deben recobrarlo con intereses». Procediendo de este modo haremos muchas sentencias.

12 El indicio es una cosa que se relaciona con otra, pero no una cosa que ser relacione al azar con otra cosa, ni cualquier cosa con cualquier otra, sino la que suele suceder antes, durante o después del hecho.

2 Un indicio puede serlo no sólo de lo sucedido, sino también de lo no sucedido; de la misma manera, un indicio puede serlo no sólo de lo existente, sino también de lo no existente. De los indicios, unos hacen que creamos y otros, que sepamos; los mejores son los que hacen que sepamos; en segundo lugar están los que proporcionan una opinión convincente.

3 Para decirlo resumidamente, obtendremos muchos indicios a partir de cada cosa hecha, dicha o vista, tomando cada una de ellas por separado; a partir de la grandeza o pequeñez de los males o de los bienes sucedidos; también a partir de los testigos y de los testimonios; de los que están de nues-

tra parte o de los que están de parte de los contrarios; a partir de los contrarios mismos, de las apelaciones, de las circunstancias temporales y de otras muchas cosas. Así pues, de esa manera obtendremos muchos indicios.

Una refutación es lo que no puede ser de otro modo que 13
[***] como nosotros decimos y a partir de lo imposible por naturaleza o imposible según lo exponen los contrarios[79].

Es necesario por naturaleza que los seres vivos necesi- 2
tan de alimentos y cosas similares. Es necesario según nosotros decimos que los azotados confiesen lo que los azotadores les exijan.

Es imposible por naturaleza que un chiquillo robe tanta 3
plata cuanta no sería capaz de llevar y llevándola se vaya. Será imposible según diga el contrario, si afirma que en cierta época hizo el contrato en Atenas con nosotros y podemos demostrar a los oyentes que en esa ocasión estábamos forasteros en alguna otra ciudad.

Con estos recursos y otros similares haremos muchas re- 4
futaciones. En suma, hemos expuesto todas las pruebas que se basan en el discurso mismo, en las acciones y en las personas. Observemos también en qué se diferencian unas de otras.

Así pues, lo verosímil se diferencia del ejemplo porque 14
los oyentes mismos tienen conocimiento de lo verosímil, pero los ejemplos [los aportamos nosotros. Los ejemplos se diferencian de las envidencias, porque los ejemplos][80]

[79] El texto está corrupto en este pasaje; según la reconstrucción del editor, el sentido podría ser: «Una comprobación es lo que no puede ser de otro modo que como nosotros decimos. Haremos muchas comprobaciones a partir de lo necesario por naturaleza o necesario según decimos nosotros, y a partir de lo imposible por naturaleza o imposible según lo exponen los contrarios».

[80] SPENGEL reconstruyó la laguna que hay en ese pasaje, y traducimos de acuerdo con esa reconstrucción, que no está recogida en la edición de FUHRMANN.

2 es posible aportarlos a partir de contradicciones y similitudes, pero las evidencias sólo constan de las contradicciones en el discurso y en la acción.

3 El entimema y la evidencia se diferencian porque, la evidencia es una contradicción en el discurso o en la acción, mientras que el entimema abarca también las contradicciones en los demás componentes; o porque no está en nuestras manos obtener la evidencia, si no es que haya una contradicción en los hechos o en las palabras, mientras que es posible a los que hablan procurarse el entimema de muchos sitios.

4 Las sentencias se diferencian de los entimemas en que los entimemas se componen sólo de contradicciones, mientras que es posible expresar las sentencias con contradicciones o simplemente por ellas mismas.

5 Los indicios se diferencias de las sentencias y de los demás tipos de pruebas dichos en que todas estas infunden a los oyentes una opinión, mientras que algunos indicios hacen que los jueces tengan un conocimiento claro; y porque no es posible procurarse uno mismo la mayoría de las otras pruebas, pero es posible obtener fácilmente muchos indicios.

6 La refutación se diferencia del indicio porque algunos indicios sólo hacen que los oyentes tenga una opinión, mientras que toda refutación enseña a los jueces la verdad.

7 De modo que sabemos por lo dicho cómo son las pruebas que proceden del discurso, de las acciones y de las personas, de dónde se obtienen y en qué se diferencian unas de otras. Ahora desarrollemos cada uno de las pruebas que se añaden[81].

8 La opinión del orador consiste en mostrar la idea que tiene de los hechos. Debes presentarte a ti mismo como un

[81] Sobre la distinción de los dos tipos de argumentos, véase § 7, 2.

experto en aquello de lo que hables, y demostrar que te conviene decir la verdad al respecto y, si replicas, mostrar sobre todo que el contrario no tiene ninguna experiencia en aquello de lo que expone igualmente su opinión.

Si eso no fuera posible, debes mostrar que también los 9
expertos con frecuencia yerran; pero si tampoco eso fuera posible, debes decir que a la parte contraria no le conviene decir la verdad en ese asunto. Así utilizaremos las opiniones del orador, bien al exponer nuestra opinión, bien al contradecir a otros.

El testimonio es la declaración voluntaria del que sabe 15
algo. Lo testificado necesariamente es o convincente o no convincente o ambiguo como prueba, y del mismo modo el testigo es fidedigno o no es fidedigno o dudoso.

Cuando lo testificado sea convincente y el testigo fide- 2
digno, los testimonios no necesitan para nada conclusiones, a no ser que quieras decir en pocas palabras una sentencia o entimema por mor de la elegancia. Pero cuando el testigo sea visto con desconfianza, debe demostrarse que una persona así no cometería falso testimonio ni por agradecimiento, ni por venganza ni por lucro.

También debe enseñarse que no conviene cometer falso 3
testimonio, pues el provecho es pequeño y no es difícil ser descubierto en falso testimonio[82], y las leyes castigan a quien es descubierto no sólo con multa sino también con la mala fama y el descrédito.

Así haremos creíbles a los testigos. El que contradice un 4
testimonio debe desacreditar al testigo, si fuera reprobable, o indagar si lo testificado resultara no ser convincente, o in-

[82] En esta última frase nos apartamos del texto de Furhmann, que tendría el siguiente sentido: «y ser descubierto en falso testimonio es una falta grave».

cluso basarse en esas dos cosas, reuniendo en un punto los aspectos peores de la parte contraria.

5 Hay que considerar si el testigo es amigo de aquel a cuyo favor testifica, o si participa del asunto en algún punto, o si es enemigo de aquel contra quien testifica, o es pobre; pues son sospechosos de cometer falso testimonio unos por agradecimiento, otros por venganza, y otros por lucro.

6 Afirmaremos que el legislador ha establecido la ley del falso testimonio contra éstos, y que es absurdo que, si el legislador no confía en los testigos, confíen en ellos los jueces, que han jurado juzgar según las leyes. De esta manera haremos que los testigos no sean convincentes.

7 Es posible también testificar en falso subrepticiamente de este modo: «Préstame testimonio, Calicles». «No, por los dioses, pues cometió ese acto a pesar de que yo intentaba impedirlo». Así, aunque comete un falso testimonio en esa declaración, no sufrirá la pena de falso testimonio.

8 Por tanto, cuando nos convenga testificar en falso subrepticiamente, así lo haremos. Si la parte contraria lo hace, desvelaremos su mala acción y exigiremos que testifiquen por escrito. Con estos recursos sabemos cómo deben utilizarse testigos y testimonios.

16 La declaración bajo tortura es la que hace involuntariamente quien sabe algo. Cuando nos convenga fortalecerla, debe decirse que los ciudadanos particulares en los asuntos más importantes y las ciudades en los más grandes toman como prueba las declaraciones bajo tortura, y que son más convincentes que los testimonios. Pues a los testigos con frecuencia les conviene mentir, mientras que a los torturados, decir la verdad, pues así cesarán sus sufrimientos lo más pronto posible.

2 Cuando quieras hacer que las declaraciones bajo tortura no sean convincentes, debe decirse, en primer lugar, que los

torturados llegar a ser enemigos de quienes los entregan a la tortura y, por eso, inventan muchas acusaciones falsas contra sus dueños. Después debe decirse que con frecuencia no declaran la verdad a los torturadores, para que cesen sus males lo más pronto posible.

Debe mostrarse que muchas personas libres torturadas[83] 3
mintieron en contra de sí mismas, para evitar el sufrimiento momentáneo, de modo que es mucho más razonable que los esclavos prefieran mentir contra sus dueños y evitar el castigo, en vez de no mentir y soportar muchos sufrimientos de cuerpo y alma para que otros no sufran ningún daño. Así pues, con estos recursos y otros similares, haremos que las declaraciones bajo tortura sean convincentes o no.

El juramento es una denuncia sin pruebas que busca su 17
apoyo en la divinidad. Cuando queramos engrandecerlo, debe decirse que nadie se atrevería a perjurar por miedo al castigo de los dioses y al deshonor de los hombres. Debe insistirse en que es posible que el perjurio pase desapercibido a los hombres, pero no a los dioses.

Cuando la parte contraria recurra al juramento y quera- 2
mos aminorarlo, debe mostrarse que es humano hacer el mal y no cuidarse si se perjura; pues quien cree que sus malas obras pasan desapercibida a los dioses, cree también que no recibirá castigo al perjurar. Sobre los juramentos, tendremos muchos que decir si procedemos del mismo modo que hemos dicho antes.

En pocas palabras hemos explicado ya todas las pruebas, 3
como nos propusimos, y hemos dejado claro no sólo qué fun-

---

[83] Sobre la tortura a personas libres, Spengel remite a ANDÓCIDES, I, 43-44 (ANTIFONTE. ANDÓCIDES, *Discursos y fragmentos*, B.C.G. 154, Madrid, 1991). A su vez, SÁNCHEZ SANZ (*ob. cit.*, pág. 66) apunta que los extranjero libres podían ser interrogados bajo tortura por razones de Estado; por el contrario, los ciudadanos no podían serlo nunca.

ción tiene cada una de ellas, sino también en que se diferencian unas de otras y cómo deben usarse. Ahora intentaremos enseñar las demás cosas que son propias de las siete especies y útiles en todos los discursos.

18 La anticipación es el medio por el que nos anticipamos a las críticas de los oyentes y a las palabras de los que van a replicar, y apartamos la objeciones que puedan presentarse.

2 Es necesario anticiparse a las censuras de los oyentes así: «quizá algunos de vosotros os asombráis de que, a pesar de ser tan joven, he intentado hablar en la asamblea sobre asuntos tan importantes»; o bien, «que nadie me responda molesto porque voy a haceros propuestas sobre lo que algunos otros temen hablar libremente delante de vosotros»[84].

3 Sobre lo que vaya a molestar a los oyentes, debes anticiparte y aportar los motivos por los que te parece que obras correctamente haciendo propuestas, y mostrar la carencia de oradores o la magnitud de los peligros, o el interés público u otro motivo similar, con el que deshagas la objeción que pueda presentarse.

4 Si los oyentes no dejan de protestar ruidosamente, es necesario decir con pocas palabras en forma de sentencia o entimema: «lo más absurdo de todo es que venís aquí como para deliberar lo mejor, pero de hecho creéis que se delibera bien sin querer oír a los que hablan»; o bien, «lo que está bien es levantarse y hacer propuestas u oír a los que las hacen y votar a mano alzada lo que parezca bien».

5 En los discursos deliberativos, hay que utilizar las anticipaciones y afrontar las protestas así. En los judiciales nos anticiparemos de un modo similar y afrontaremos las protestas, si se producen al principio del discurso, así:

---

[84] Spengel cita como paralelo de estos ejemplos un pasaje de *Arquidamo* de Isócrates (VI 1).

«¿Cómo no va a ser absurdo que el legislador prescriba 6 que se asignen dos discursos a cada una de las partes y que vosotros, que sois jueces y que habéis jurado juzgar según la ley, no queráis oír ni siquiera uno?»; y también: «¿no es absurdo que el legislador tenga tanto cuidado de que vosotros, tras oír todo lo dicho, emitáis el voto fielmente a lo jurado, y que vosotros os comportéis al respecto de una manera tan negligente que, sin haber aguantado ni siquiera el principio del discurso, ya consideréis que lo sabéis todo con exactitud?»

Y de otra forma: «¿no es absurdo que el legislador pres- 7 criba que, si se produce un empate en la votación, gane el encausado, y que vosotros lo entendáis tan al contrario que ni siquiera oís a los que se defienden de las acusaciones? ¿no es absurdo que el legislador conceda esa ventaja en las votaciones a los acusados porque corren mayor peligro, y que vosotros no alterquéis con los que acusan sin peligro y aturdáis con vuestras protestas a los que se defienden de las acusaciones entre miedos y peligros?»

Si las protestas se producen al principio, hay que enfren- 8 tarse a ellas de ese modo. Pero si protestan cuando el discurso está ya avanzado o si son unos pocos los que lo hacen, hay que reprobar a los que protestan y decirles que lo justo es que oigan primero, para no impedir a los demás juzgar rectamente, y, cuando hayan oído, que hagan entonces lo quieran.

Si es la mayoría la que protesta, no increpes a los jueces 9 sino a ti mismo, pues reprobarlos hace que se irriten, pero increparte a ti mismo y decir que has errado en tu discurso hará que obtengas indulgencia. Debes también rogar a los jueces que oigan el discurso benévolamente y que no dejen de antemano patente su opinión con respecto a lo que van a votar secretamente.

10 En una palabra, afrontaremos las protestas principalmente o con sentencias o con entimemas, mostrando que los que protestan se oponen a lo justo, a las leyes, al interés de la ciudad o a lo noble, pues los oyentes dejan de protestar sobre todo con estos recursos.

11 Así pues, por lo que acabo de decir, sabemos cómo hay que utilizar las anticipaciones con el auditorio y cómo debemos afrontar las protestas. Mostraré ahora cómo debemos anticiparnos a lo que probablemente dirán los adversarios: «quizá se queje de su pobreza, de la que yo no soy responsable, sino su modo de ser»; y también: «sé que va a decir esto y lo otro».

12 En los discursos que anteceden, debemos anticiparnos así para deshacer y debilitar los argumentos que probablemente dirá la parte contraria, puesto que, por muy fuertes que sean, no parecen igualmente grandes a los que ya los han oído con antelación.

13 Si nos corresponden los discursos que siguen y la parte contraria se ha anticipado a lo que vamos a decir, debemos oponernos a la anticipación deshaciéndola del siguiente modo:

14 «La parte contraria no sólo me acusa de muchas cosas falsas ante vosotros, sino que también, sabiendo a ciencia cierta que yo refutaría sus argumentos, se ha anticipado a los míos y los ha hecho sospechosos de antemano, para que vosotros no los aceptéis con la misma confianza o para que yo no los diga ante vosotros, porque los ha destrozado con antelación. Por mi parte, creo que vosotros debéis oír los argumentos de mi boca y no de la suya, aunque haya intentado destrozarlos anticipándose, y diré lo que en mi opinión no es un indicio pequeño de que no dice nada sano»[85].

[85] El texto en su última frase está corrupto y Fuhrmann lo encierra entre cruces. Sin embargo, el editor nos advierte que el sentido de la frase se

También Eurípides utilizó este recurso técnico en el siguiente pasaje de su *Filoctetes:* 15

*diré mis argumentos, aunque parezca que me los ha destrozado*
*reconociendo él mismo que ha delinquido;*
*ahora vas a saber mi historia oyéndola de mi boca,*
*y que él se ponga en evidencia con sus palabras*[86].

Sabemos por lo dicho cómo deben utilizarse las anticipaciones antes los jueces y la parte contraria. La petición es en los discursos lo que los oradores piden a los oyentes.

De las peticiones unas son justas y otras, injustas. Así, 19
es justo pedir que se atienda a lo que se dice y que se oiga con benevolencia; también es justo pedir que se nos preste ayuda de acuerdo con las leyes, que no se vote nada contra las leyes y que se sea indulgente en los infortunios. Si la petición fuera contra las leyes, es injusta; si no, justa.

Esas son las peticiones; hemos precisado sus diferencias 2
para que sepamos utilizar lo justo y lo injusto según la ocasión y para que no nos pase desapercibido cuando la parte contraria haga una petición injusta a los jueces. A partir de lo dicho, no seremos ignorantes con respecto a este asunto.

La recapitulación[87] es un recordatorio conciso y debe uti- 20
lizarse al final tanto de las partes del discurso como del discurso completo. Recapitularemos en suma con soliloquios, enumeraciones, elecciones, preguntas o ironías.

---

comprende teniendo en cuenta el ejemplo de Eurípides aducido inmediatamente después.

[86] EURÍPIDES, *Filoctetes* fr. 797 (NAUCK).

[87] Sobre la recapitulación anota SPENGEL *(ob. cit.,* pág. 184): «*palillogía* vocabulum Aristoteli ignotum; diversa ab hac est quam posteriores dicunt *palillogían,* haec enim illis exornatio est quae et *epanálēpsis* et *anadíplōsis*. Aliis est *anakephalaíōsis, epánodos,* autori ad Herenn. IV cap. 40 *frequentatio*».

2 Mostraré cómo es cada uno de los tipos de recapitulación. La recapitulación con soliloquios es algo así: «me pregunto qué hubieran hecho si no hubiera quedado patente que ellos nos abandonaron antes y si no se hubiera probado que marcharon contra nuestra ciudad y que nunca hicieron nada de lo concertado».

3 Con soliloquios es así. Con enumeraciones, de este modo: «he demostrado que ellos fueron los primeros en romper la alianza, que nos atacaron antes, cuando luchábamos contra los lacedemonios, y que, sobre todo, intentaron esclavizar nuestra ciudad».

4 Recapitular con enumeraciones se hace así. Recapitular a partir de una elección del modo siguiente: «debe pensarse que, desde que hicimos amistad con ellos, nunca nos ha tocado sufrir ningún mal de nuestros enemigos, pues muchas veces nos prestaron su ayuda e impidieron que los lacedemonios devastaran nuestro país, y todavía ahora siguen aportando mucho dinero».

5 Recapitularemos a partir de una elección así; y a partir de una interrogación del modo siguiente: «con gusto les preguntaría por qué no nos pagan los tributos; pues no se atreverán a decir que están sin recursos ellos, que hacen muestras de recibir de su país cada año tanto dinero; ni podrán sostener que gastan mucho dinero en la administración de la ciudad, pues es de sobra conocido que ellos son los isleños que menos gastan».

21 La ironía[88] consiste en decir algo fingiendo no decirlo o designar los hechos con las palabras contrarias. Como re-

[88] En la *Retórica a Alejandro,* aparece el término «ironía» *(eirōneía)* empleado con dos sentidos diferentes: a) como «preterición», que «consiste en manifestar que se va a omitir ciertas cosas» (LAUSBERG, § 882); b) en el sentido auténtico de ironía (LAUSBERG, §§ 582-585). En cualquier caso

cordatorio breve de lo dicho, su forma sería la siguiente: «no creo en absoluto necesario decir que claramente ellos, que afirman haber hecho muchos beneficios, han obrado muy mal contra la ciudad; mientras que nosotros, de quienes ellos dicen que somos desagradecidos, muchas veces les hemos ayudado y no hemos cometido ningún delito contra los demás».

Eso es recordar brevemente lo dicho pretendiendo prete- 2
rición. A su vez, designar los hechos con las palabras contrarias sería del modo siguiente: «está claro que ellos, los buenos, han hecho muchos males a los aliados y que nosotros, los malos, somos los responsables de muchos de sus bienes». Así pues, recordando brevemente con estos recursos, utilizaremos las recapitulaciones al final tanto de las partes del discurso como del discurso completo.

Ahora vamos a exponer de qué depende hablar con ele- 22
gancia y dar al discurso la duración que se quiera. Hablar con elegancia depende del siguiente recurso: por ejemplo, decir la mitad de los entimemas de modo que los oyentes mismos supongan la otra mitad.

También deben insertarse sentencias. Es necesario elegir 2
los entimemas[89] y ordenarlos a lo largo de todas las partes, cambiando las palabras y sin poner nunca muchos similares en la misma parte. Así el discurso lucirá elegante.

El que quiera alargar el discurso debe dividir el asun- 3
to y enseñar en cada parte qué naturaleza tienen los contenidos, y explicar la utilidad tanto pública como privada, y desarrollar sus motivos. Si quisiéramos alargar todavía

---

llama la atención que la utilización de ambos recursos (preterición e ironía) se restrinja a las recapitulaciones.

[89] Pasaje entre cruces; ignoramos si se refiere a las sentencias, entimemas o a ambos.

más el discurso, deben utilizarse muchas palabras para cada cosa[90].

4 Es necesario también recapitular cada parte del discurso, que la recapitulación sea concisa, reunir al final del discurso aquellos temas sobre los que has tratado en cada una de las partes y hablar del asunto como un todo. De este modo, se extenderán los discursos.

5 El que quiera hablar brevemente debe constreñir el asunto entero en una palabra y que esta exprese muy brevemente el asunto. Es necesario establecer pocos nexos y utilizar muchos zeugmas[91]; en cuanto al uso de las palabras, no utilizar endíadis[92]; suprimir la recapitulación concisa de las partes y recapitular sólo al final. De este modo, haremos que el discurso sea breve.

6 Si quieres hablar durante un tiempo mediano, debes elegir las partes más importantes y, sobre ellas, hacer el discurso. Es necesario también utilizar palabras medianas, y no las más largas ni las más breves, ni muchas para una sola cosa, sino las que dicta la mesura.

7 También es necesario no suprimir totalmente los epílogos de las partes intermedias ni ponerlos en todas, pero es necesario recapitular al final los temas que quieras que los oyentes retengan.

8 Con esos recursos, controlaremos la duración del discurso, cuando queramos. Si quieres escribir un discurso elegante,

---

[90] Se trata de la figura denominada pleonasmo (LAUSBERG, *ob. cit.*, § 462).

[91] Sobre el asíndeton, véase LAUSBERG, § 709; sobre el zeugma, LAUSBERG, *ob. cit.*, § 697.

[92] Teniendo en cuenta la primera parte de la frase, que apunta al uso de nombres, creemos que se refiere a la figura llamada endíadis *(hen dià dyoîn;* véase LAUSBERG, *ob. cit.*, § 673), y no al estilo binario, desarrollado en 24.

procura sobre todo que el carácter del discurso sea adecuado a las personas[93]. Conseguirás esos si examinas los caracteres: grande, preciso y mediano[94]. Como ya estás informado de esas cuestiones, disertaremos ahora sobre la composición literaria, que también es necesaria.

En primer lugar, los tipos de palabras son tres: simple, 23
compuesto o metafórico. Del mismo modo, también las posiciones son tres: la primera consiste en el encuentro de vocal final y vocal inicial; la segunda, en consonante final y consonante inicial; y la tercera, en la unión de consonante y vocal[95].

Hay cuatro aspectos en el orden de palabras: el primero 2
consiste en poner las palabras similares en paralelo o dispersarlas; el segundo, en utilizar las mismas palabras o variarlas; el tercero, en designar las cosas con una sola palabra o con varias; y el cuarto, en nombrar las cosas ordenadamente o cambiando el orden. Mostraré ahora cómo conseguirás un estilo bellísimo.

En primer lugar, debes recurrir al estilo binario, y luego 24
hablar con claridad. Las formas del estilo binario son las siguientes:

---

[93] La adecuación del discurso al carácter de la persona es uno de los puntos de mayor interés para la retórica antigua. En este pasaje, podemos dudar de si se refiere a la adecuación del discurso al orador o del discurso a los oyentes; ambos aspectos fueron ampliamente desarrollados por Aristóteles en su *Retórica*.

[94] Sobre los tres *genera dicendi*, véase LAUSBERG, *ob. cit.*, §§ 1078ss.

[95] «Muy mala clasificación, ajena a principios lógicos. En general, el capítulo, o más aún, esta parte de la obra que se ocupa de la elocución (cap. 22-25), es bastante deficiente. Sin embargo, hay que tener en cuenta que nos encontramos aquí primeras formulaciones de técnicas que sólo muy posteriormente adquirieron pleno desarrollo» (SÁNCHEZ SANZ, *ob. cit.*, pág. 8, n. 109)

Primera: «uno mismo puede esto y lo otro»;
Segunda: «éste no puede, pero el otro puede»;
Tercera: «éste puede esto y lo otro»;
Cuarta: «ni uno mismo ni otro pueden»;
Quinta: «aquél puede, pero uno mismo no puede»;
Sexta: «uno mismo puede una cosa, pero aquél no puede otra»

2 Observarás cada una de estas formas en los ejemplos siguientes: 'uno mismo puede esto y lo otro': «yo no sólo fui el autor de esos beneficios vuestros, sino que también impedí que Timoteo marchara contra vosotros».

3 'Éste no puede, pero el otro puede': «él no puede ser vuestro embajador, pero éste es amigo de los espartanos y podría llevar a cabo perfectamente lo que queréis»;

4 'éste puede esto y lo otro': «no sólo se mostró valiente entre los enemigos, sino que también puede participar en las deliberaciones de los ciudadanos de manera sobresaliente»;

5 'Ni uno mismo ni otro pueden': «ni yo podría con pocas fuerzas vencer a los enemigos, ni ningún otro ciudadano»;

6 'Aquél puede, pero uno mismo no puede': «pues ése es fuerte de cuerpo, pero resulta que yo soy débil»;

7 'Uno mismo puede una cosa, pero aquél no puede otra': «yo puedo pilotar un barco, pero ése no puede ni siquiera remar». De esta manera, recurrirás a las formas del estilo binario, procediendo del mismo modo en todos los asuntos. Ahora hay que considerar de qué manera te expresarás con claridad.

En primer lugar, denomina lo que digas con nombres apropiados, y evita la ambigüedad. Con respecto a las vocales, procura no colocarlas seguidas[96]. Presta atención tam-

[96] Encontramos aquí la prescripción de evitar el hiato, que era un procedimiento retórico muy utilizado ya desde Isócrates.

bién a los llamados artículos[97], para aplicarlos donde sea necesario. Observa también que la composición literaria no sea ni desordenada ni invertida[98], pues lo que se dice así resulta mal entendido. Si utilizas un nexo en el principio de una frase, procura que sea correlativo el nexo que sigue.

Un ejemplo de nexos correlativos es el siguiente: «por 2
mi parte, yo me presenté donde dije; tú, por la tuya, a pesar de que afirmabas que vendrías, no viniste». También cuando el mismo nexo sea correlato, como: «pues tú fuiste el autor tanto de aquello como de esto»[99].

Con respecto a los nexos, basta lo dicho, y de estos 3
ejemplos debe deducirse lo relativo a lo demás. La composición literaria no debe hacerse ni desordenada ni invertida. El desorden es así, como cuando dices: «es terrible que este pegue a este», pues no está claro cuál de los dos es el que pega. Te expresarás con claridad si dices:

«es terrible que este sea pegado por este»[100]. En eso 4
consiste el desorden en la composición literaria[101]. Mira en los ejemplos siguientes qué es prestar atención a los artículos, para aplicarlos donde sea necesario: «esta persona delinque contra esta persona». De hecho, la presencia de los artículos hace clara la expresión y su supresión la haría poco clara.

---

[97] El autor de la obra denomina «artículo» a lo que nosotros entendemos como artículos, demostrativos, incluso partículas.

[98] El hipérbaton es el medio de invertir la composición literaria.

[99] En griego se utiliza el mismo nexo, *kaì... kaì,* que hemos traducido por «tanto de... como de...».

[100] La ambigüedad surge en griego porque en la oración completiva de infinitivo, cuando el verbo está en voz activa, tanto el sujeto como el objeto van en acusativo, mientras que, cuando el verbo está en voz pasiva, el sujeto va en acusativo pero el agente se expresa con el sintagma preposicional *hypò* + genitivo.

[101] Spengel señala una laguna en este lugar del texto, porque faltaría un ejemplo de composición invertida.

5 A veces ocurre lo contrario. Éste es el tratamiento de los artículos. No pongas las vocales unas junto a otras, a no ser que te sea imposible expresarte de otra manera, o haya alguna pausa u otra separación.

6 Evitar la ambigüedad es lo siguiente: algunas veces una misma palabra se aplica a más de una cosa, como *odós,* umbral de las puertas, y *hodós,* camino que se recorre[102]. En tales casos, debe tomarse una palabra específica. Si hacemos eso en el uso de las palabras, nos expresaremos con claridad. Utilizaremos el estilo binario según el procedimiento antes expuesto.

26 Hablemos ya sobre la antítesis, el isocolon[103] y la paromeosis, pues también necesitaremos estos recursos. La antítesis se da cuando los términos contrapuestos se oponen por la expresión y el asunto, o por una de esas dos cosas[104].

2 Un ejemplo de la oposición por la expresión y el asunto sería: «pues no es justo que ese se enriquezca poseyendo mis bienes y yo me empobrezca perdiéndolos».

3 Sólo por la expresión: «que dé el rico y afortunado al pobre y necesitado». Por el asunto: «yo lo cuidé cuando estaba enfermo, pero él a mí me ha causado males grandísimos». En este caso, las expresiones no son contrarias, sino los hechos. La antítesis más bella sería la que combina ambos aspectos, el asunto y la expresión, aunque las otras dos también son antítesis.

---

[102] Spengel señala este pasaje como un caso antiquísimo en el que parece que el espíritu no se pronunciaba. El autor entiende este ejemplo como un caso de polisemia, cuando se trata más bien de un caso de homonimia.

[103] El término griego empleado es *parísōsis.*

[104] Sobre la antítesis, véase LAUSBERG, § 787.

El isocolon[105] se da cuando se emplean dos *cola* corres- 27
pondientes; muchos miembros pequeños se corresponderían con pocos grandes, pues existe la correspondencia tanto por la longitud como por el número. El isocolon tiene la forma siguiente: «o bien por la carencia de dinero o bien por la magnitud de la guerra», pues estos *cola* no son ni similares ni opuestos sino sólo se corresponden uno a otro.

La paromeosis es más intensa que el isocolon, pues no 28
sólo hace que se correspondan los *cola,* sino que también sean similares con palabras similares[106], como por ejemplo: «cuando representes las palabras, haz artificio del sentimiento»[107]. Sobre todo debes hacer similares los finales de las palabras, pues es el factor esencial de la similitud. Son similares las palabras que se forman con sílabas similares, en las que la mayoría de las letras son las mismas, como: «insuficiente por el número, suficiente por la fuerza»[108].

Sobre estos asuntos, basta, pues sabemos qué es lo justo, 2
lo legal, lo noble, lo conveniente y las demás cosas, y dónde encontraremos en abundancia estos conceptos. Igualmente conocemos la amplificación y la aminoración, qué son y de dónde las obtendremos para el discurso.

De manera similar, sabemos las pruebas, las anticipacio- 3
nes, las peticiones a los oyentes, las recapitulaciones, el lenguaje elegante, el control sobre la duración del discurso, y todo los aspectos de la composición literaria.

---

[105] Para el isocolon, véase Lausberg, §§ 719-754.

[106] Según Lausberg *(ob. cit.,* § 732), «la paromeosis es la suprema intesificación del isocolon (Lausberg, *ob. cit.,* § 719) e incluye el homeoteleuton (Lausberg, *ob. cit.,* § 725) y el homeoptoton (Lausberg, *ob. cit.,* § 729)».

[107] El ejemplo se comprende en griego: *lógou mímēma* frente a *póthou téchnēma;* paromeosis que lleva isocolon, homeoteleuton (finales fónicos iguales) y homeoptoton (finales casuales iguales).

[108] En griego: *plḗthei mèn endeôs, dynámei dè entelôs.*

4 De modo que, puesto que sabemos —por lo que hemos expuesto anteriormente— las funciones comunes de todas las especies y sus diferencias y sus usos, si nos habituamos a ellas y las practicamos con ejercicios preparatorios[109], tendremos una gran facilidad para hablar y escribir.

5 Así pues, puedes dividir los procedimientos oratorios en partes muy precisas. Ahora expondré cómo es necesario ordenar orgánicamente[110] los discursos según las especies, qué parte utilizar primero y de qué manera[111]. Antepongo el proemio, pues es una parte común de las siete especies y lo dicho es adecuado para todos los asuntos.

29 Hablando en términos generales, el proemio es una preparación de los oyentes y una exposición resumida del asunto destinada a los que no lo conozcan, para que sepan de qué trata el discurso y puedan seguir la base de su razonamiento, y una petición de que nos presten atención y una captación

---

[109] Se trata de los *progymnásmata*, que tanta importancia tuvieron en el desarrollo escolar de la retórica, sobre todo en época imperial.

[110] La comparación de un discurso con un organismo vivo aparece por primera vez en el *Fedro* platónico (264c), cuando Sócrates critica los fallos técnicos del discurso de Lisias. Esta comparación platónica se hizo tradicional y la encontramos de nuevo en HORACIO (*Ars poetica* 1 ss.).

[111] En los capítulos 29-34, se desarrolla la teoría de la *dispositio* en el género deliberativo. La *Retórica a Alejandro* propone una organización de este tipo de discurso en cinco partes: proemio, narración, confirmación, anticipación y recapitulación. Por noticias indirectas, sabemos que Córax desarrolló un esquema tripartito del discurso deliberativo (proemio, agón y epílogo), muy dependiente de la lírica (véase MÁRQUEZ GUERRERO, *ob. cit.*, pág. 60). Este esquema tripartito procedente de la retórica siciliana se enriqueció progresivamente. DIONISIO DE HALICARNASO atribuye la división en cuatro partes a Isócrates (*Sobre Lisias* 16-17). La primera retórica latina (*Retórica a Herenio* y Cicerón) ofrece una división en seis partes del discurso judicial, para el que QUINTILIANO ofrece la organización canónica en cinco partes: proemio, narración, demostración, refutación y peroración (*Inst. orat.* III 9, 1).

de su benevolencia, en la medida de lo posible. Así pues, el proemio debe ser de carácter preparativo. Mostraré cómo lo utilizaremos, en primer lugar, en los discursos deliberativos de la especie suasoria.

Exponer de antemano el asunto a los oyentes y dejarlo 2
manifiesto se hace así: «me he levantado para postular que es necesario que nosotros combatamos en favor de los siracusanos»; «me he levantado para opinar que no es necesario que nosotros socorramos a los siracusanos».

Así se resume el asunto. Sabríamos pedir que se nos pres- 3
te atención, si observáramos en nosotros mismos a qué discursos y hechos prestamos más atención en las deliberaciones.

¿Acaso no es cuando deliberamos sobre asuntos graves 4
o terribles o que nos afectan; o cuando los oradores afirman que demostrarán que a lo que ellos exhortan es justo, noble, conveniente, fácil y agradable de hacer; o cuando nos piden que les oigamos prestándoles atención?

Como los oradores a sus oyentes, así también nosotros 5
haremos que los nuestros nos presten atención si recogemos, de entre los argumentos antes dichos, los más adecuados a los hechos de los que vamos a hablar y se los exponemos.

Con estos argumentos les pediremos que nos presten aten- 6
ción. Nos procuraremos su benevolencia observando, en primer lugar, qué predisposición muestran hacia nosotros, si están con ánimo benevolente u hostil, o ni bien ni mal.

Si resulta que su disposición es benevolente, es super- 7
fluo referirse a la benevolencia; si de todas maneras queremos hacerlo, es necesario hablar sucintamente, con ironía y del siguiente modo: «considero que es superfluo decir ante vosotros, que lo sabéis claramente, que quiero lo mejor para la ciudad y que con frecuencia hicisteis lo conveniente gra-

cias a mis consejos, y que yo mismo me muestro justo en los asuntos comunes y más desprendido de mis bienes que aprovechado de los públicos; intentaré demostrar que, si también ahora os persuado, tomaréis una decisión acertada».

8 De ese modo deben mencionar la benevolencia en los discursos deliberativos quienes están bien considerados. Quienes ni están desacreditados ni bien considerados deben decir que es justo y conveniente que se oiga con benevolencia a los ciudadanos que todavía no han sido puestos a prueba.

9 A continuación, hay que halagar a los oyentes con elogios, «que examinen el discurso justa y perspicazmente, como suelen hacerlo», y además hay que ser modesto diciendo: «no me he levantado porque confíe en mi destreza, sino porque considero que propondré lo conveniente para la comunidad».

10 Quienes no están ni bien ni mal considerados deben procurarse la benevolencia con estos recursos. Necesariamente quienes estén desacreditados, lo están por ellos mismos, por los hechos de los que hablan o por el discurso. El descrédito mismo procede del presente o del pasado.

11 Si se es sospechoso de alguna maldad del pasado, en primer lugar, debe anticiparse y decir a los oyentes: «yo no ignoro que estoy desacreditado, pero demostraré que son calumnias».

12 A continuación, tienes que defenderte sucintamente en el proemio, si tienes algo que decir en tu defensa, y reprobar el veredicto. Pues necesariamente, si alguien es acusado en público o en privado, o ha habido un veredicto, o va a haberlo o los acusadores renuncian a que lo haya.

13 Tienes que decir que el veredicto fue injusto y que fuiste objeto de una maquinación de tus enemigos. Si no fuera posible decir eso, hay que decir que suficiente infortunio sufriste entonces y que no es justo que todavía estés desacreditados por hechos ya juzgados.

Pero si el veredicto estuviera pendiente, tienes que decir que estás dispuesto a que en ese momento los asistentes te juzguen de las acusaciones que se te hacen y, si se demuestra que has delinquido contra la ciudad, te condenas tú mismo a muerte. 14

Si los acusadores no prosiguen la causa, es necesario convertir eso mismo en señal de que la acusación que se te hace se lleva con falsedad, pues no parecerá verosímil que acusadores veraces renuncien al veredicto. 15

Siempre es necesario acusar de prejuicio a nuestros acusadores y decir que el prejuicio es terrible, frecuente y causante de muchos males. Hay que hacer ver que ya han muerto muchas personas acusadas injustamente. También es necesario mostrar que es una simpleza que quienes deliberan sobre asuntos comunes no examinen lo conveniente después de oír los discursos de todos, sino que se irriten por las calumnias de algunos. También debes anunciar que demostrarás que lo que presentas a deliberación es justo, conveniente y noble. 16

Quienes están desacreditados por cosas pasadas deben deshacer los prejuicios en los discursos deliberativos de ese modo. Del momento presente, lo primero que desacredita a los oradores es la edad, pues irrita que intervenga en una deliberación uno muy joven o un viejo; pues se piensa que para uno no ha llegado el momento de empezar y para el otro ya ha llegado el de descansar. 17

En segundo lugar, irrita quien suele hablar en todas las ocasiones, pues da la impresión de ser un intrigante; y también quien nunca antes ha hablado, pues parece que participa en la deliberación contra su hábito por un interés privado. 18

Ésos son los prejuicios en el momento presente contra lo que participan en las deliberaciones. Quien es demasiado joven debe alegar la falta de personas que deliberen y el 19

hecho de que se trata de un asunto que le atañe, me refiero, por ejemplo, si se trata de la primera posición de las carreras de antorchas, del gimnasio, de armas o caballos o sobre la guerra[112].

20 Pues al joven le interesa no la menor parte de esos asuntos. También hay que decir que, si todavía no tiene buen sentido por la edad, sí lo tiene por su naturaleza e interés. Hay que mostrar también que, para quien yerra, el infortunio es privado, pero para quien acierta, el provecho es común.

21 Con estos recursos, el joven debe hacer sus alegaciones. El viejo debe basarse en la falta de personas que deliberen y en su propia experiencia, y además en la magnitud y la novedad de los peligros y cosas similares.

22 El que suele hablar demasiado, en su experiencia y en el hecho de que sería vergonzoso que quien antes siempre ha hablado ahora no manifieste su opinión. El que no suele hablar, en la magnitud de los peligros y en el hecho de que todo aquel que participa en la ciudad debe manifestar su opinión sobre las circunstancias presentes.

23 Con estos recursos intentaremos deshacer en los discursos deliberativos los prejuicios hacia la persona misma del orador. Los prejuicios hacia el asunto que se trata ocurren cuando se aconseja mantener la paz con los que han cometido algún delito o hacer la guerra contra los que son más poderosos[113], o cuando se exhorta a firmar una paz vergonzosa o a gastar menos en los sacrificios, o se propone algo similar.

24 Con respecto a esos prejuicios, debe utilizarse en primer lugar la anticipación a los oyentes. A continuación, atribuir

[112] Véase Isócrates, VI 3.

[113] Sánchez Sanz propone una interpretación contaria: «se aconseja calma ante quienes nos han agraviado o ante quienes son más poderosos» (*ob. cit.*, pág. 76).

la culpa a la necesidad, la fortuna, las circunstancias, la conveniencia, y decir que son culpables los hechos y no, quienes hacen esas propuestas.

Con estos recursos quitaremos a los oyentes los prejui- 25
cios hacia el asunto. Por otra parte, el discurso deliberativo sufre prejuicios cuando suena largo, rancio o inverosímil.

De ahí que, si es largo, hay que culpar a la cantidad de 26
hechos; si rancio, hay que mostrar que esa es la ocasión para ese tipo de discurso; si increíble, debe prometer que demostrarás a lo largo del discurso que es verdadero.

Así haremos el proemio de los discursos deliberativos. 27
¿Cómo dispondremos sus partes? Si no hay ningún prejuicio hacia nosotros mismos, ni hacia el discurso, ni hacia el asunto, en el comienzo mismo expondremos la propuesta y pediremos a continuación que se nos preste atención y que se oiga el discurso con benevolencia.

Si existiera alguno de los prejuicios a los que ya nos 28
hemos referido hacia nuestra persona, nos anticiparemos a los oyentes y proporcionaremos sucintamente defensas y excusas; expondremos el tema y pediremos a los oyentes que presten atención. De este modo hay que hacer el proemio de los discursos deliberativos.

Después de esto, es necesario que narremos los hechos 30
ocurridos o que los recordemos; o que dejemos claros los hechos actuales; o que adelantemos los que van a ocurrir.

Cuando narremos una embajada, debemos exponer mi- 2
nuciosa y limpiamente todo lo tratado, para que, en primer lugar, el discurso se extienda, pues ese tipo de discurso será simplemente una narración y no podrá insertarse ninguna otra forma discursiva.

Además, debemos hacer eso, si hemos fracasado, para 3
que los oyentes crean que hemos errado en la empresa no por nuestra despreocupación, sino por alguna otra causa. Si

hemos tenido éxito, para que no supongan que ha sucedido así por fortuna, sino por nuestro celo. Lo creerán, puesto que no estaban presentes cuando sucedieron los hechos, si a lo largo del discurso observan nuestro celo en no pasar por alto nada, sino en narrar cada cosa con rigor.

4 Por esta razones, cuando narremos una embajada, hay que narrar cada cosa del modo que sucedió. Ahora bien, cuando hablemos en asambleas y contemos algo sucedido o dejemos en claro los hechos presentes o adelantemos lo que va a suceder, debemos hacerlo con claridad, brevedad y no increíblemente.

5 Con claridad, para que se enteren de los hechos de los que se habla; con pocas palabras, para que recuerden lo dicho; y verosímilmente, para que los oyentes no rechacen nuestra exposición antes de que hayamos reforzado el discurso con pruebas y argumentos forenses.

6 Nuestra narración deberá ser clara en lo que respecta a los hechos y en lo que respecta a las palabras. En lo que respecta a los hechos, si no los exponemos en orden inverso, sino que contamos en primer lugar los primeros hechos sucedidos, que suceden o sucederán; y disponemos los restantes en orden; y si no pasamos a otro tema abandonando aquel del que hemos empezado a hablar.

7 Por lo que respecta a los hechos, así será clara nuestra narración. Por lo que respecta a las palabras, si designamos los hechos con las palabras más apropiadas y habituales posibles, y no las colocamos en orden inverso, sino que las ordenamos de modo que las palabras que conciertan vayan seguidas.

8 Nuestra narración será clara si cuidamos de esos aspectos. Será breve, si suprimimos en nuestro discurso lo que no sea necesario de los hechos y palabras, y dejamos sólo aquello cuya supresión haría que el discurso fuera oscuro.

De este modo nuestra narración será breve. Y será vero- 9
símil si, en asuntos increíbles, aportamos las pruebas por las que lo narrado parece haber sucedido de acuerdo con el principio de verosimilitud. Debemos dejar de lado cuanto resulte demasiado increíble.

Pero si fuera necesario contarlo, debemos mostrarnos 10
conscientes y diferirlo aplicándole el recurso de la preterición, y prometer que demostraremos que es verdad más adelante, alegando que en primer lugar quieres demostrar que lo dicho antes es verdadero, justo o algo similar.

De ese modo nos curaremos del descrédito. En suma, 11
con todos los recursos mencionados, haremos que nuestras narraciones, exposiciones y predicciones sean claras, breves y verosímiles.

Las dispondremos de tres modos. En primer lugar, cuan- 31
do los hechos sobre los que hablamos sean escasos y conocidos por los oyentes, los uniremos al proemio, para que esa parte, por estar aislada, no sea insignificante.

En segundo lugar, cuando los hechos sean demasiado 2
numerosos y desconocidos, haremos que vayan uniéndose unos a otros y mostraremos que son justos, convenientes y nobles, para que nuestro discurso no sea simple y sencillo por limitarnos a narrar los hechos, sino que atraigamos también la atención de los oyentes.

Sí los hechos son de un número moderado y desconoci- 3
dos, debemos disponer de forma orgánica la narración, exposición o predicción después del proemio. Lograremos ese objetivo, si contamos los hechos desde el principio hasta el final, sin combinarlos con ninguna otra cosa, sino mostrando los hechos mismos desnudos. Así sabremos cómo debemos disponer la narración después del proemio.

A continuación, está la confirmación, con la que con- 32
firmaremos, mediante las pruebas y los argumentos de justi-

cia y conveniencia, que los hechos narrados son como nos propusimos demostrar. Así pues cuando [***] anudando debemos hacer[114]. Las pruebas más adecuadas a los discursos deliberativos son: la forma habitual de suceder las cosas, los ejemplos, los entimemas y la opinión del orador. También hay que utilizar cualquier otra prueba que venga bien.

2 Las pruebas deben disponerse así: en primer lugar, la opinión del orador; si no ha lugar para la opinión del orador, la forma habitual de suceder las cosas, mostrando que los hechos de los que hablamos o hechos similares suelen suceder así.

3 Después hay que aportar los ejemplos y, si hay alguna similitud, hay que aplicarla al asunto del que hablamos. Debemos elegir los ejemplos más adecuados al asunto y más cercanos al tiempo y al lugar de los oyentes; si esto no fuera posible, los ejemplos más sobresalientes y conocidos. Después de los ejemplos, hay que pronunciar las sentencias. Debemos también terminar con entimemas y sentencias las partes dedicadas al argumento de verosimilitud y a los ejemplos.

4 Así hay que aplicar las pruebas a los hechos. Si los hechos, simplemente contados, son creíbles, hay que dejar de lado las pruebas y confirmar los hechos narrados con los argumentos de justicia, legalidad, conveniencia, nobleza, agradabilidad, facilidad, posibilidad y necesidad.

5 Si es posible, en primer lugar hay que disponer el argumento de justicia, pasando por lo justo en sí mismo, lo similar a lo justo, lo contrario y lo sentenciado como justo. Deben aportarse también los ejemplos similares a lo que decimos que es justo[115]. Tendrás mucho que decir a partir de lo

[114] Existe una laguna en este pasaje. El sentido podría ser: «Así pues, cuando los hechos no sean creíbles debemos anudar la argumentación».

[115] Es decir, recurriendo a la jurisprudencia.

que considera justo cada persona en particular, y de lo que se considera justo en cada ciudad donde hables y en las demás ciudades.

Cuando hayamos desarrollado todo procediendo de ese 6 modo, en el final de esta parte aportaremos sentencias y entimemas, en número moderado y diferentes unos de otros. Si esta parte es larga y queremos que se recuerde, haremos una breve recapitulación. Pero si tiene una duración moderada y se recuerda bien, la remataremos y expondremos otra cosa. Me refiero a lo siguiente: «considero que con lo ya dicho ha quedado suficientemente demostrado que es justo que socorramos a los siracusanos; intentaré explicar que también nos conviene hacerlo».

A su vez, con respecto al argumento de conveniencia, 7 procede de modo similar a lo dicho antes sobre el argumento de justicia, y en el final de esa parte coloca una recapitulación o un remate y expón cualquier otra cosa que te sea posible exponer. De este modo debes anudar unas partes con otras y entretejer el discurso.

Cuando hayas expuesto todas las pruebas y argumentos 8 que te sea posible en la confirmación del discurso suasorio, sucintamente muestra con entimemas y sentencias que no hacerlo es injusto, inconveniente, vergonzoso y desagradable, y sucintamente opón que hacer aquello a lo que exhortas es justo, conveniente, noble y agradable.

Cuando ya hayas utilizado suficientes sentencias, remata 9 la confirmación del discurso suasorio[116] con un final. De ese modo confirmaremos lo expuesto. Después de esa parte, pronunciaremos la anticipación[117].

---

[116] En este párrafo y en anterior, se utiliza el término «persuasión» *(protropḗ)* para designar al discurso suasorio.

[117] Naturalmente, el autor denomina aquí «anticipación» *(protratálēpsis)* a la parte del discurso que la tradición fijará como *refutatio*, mientras

33 Mediante la anticipación, destrozas anticipándote las réplicas posibles a lo que tú has dicho. Debes aminorar los argumentos ajenos y amplificar los tuyos, como ya has oído en las amplificaciones.

2 Es necesario enfrentar los argumentos uno a uno, cuando el tuyo sea mayor; o muchos a muchos, o uno a muchos, o muchos a uno, utilizando todos los modos de variación, y amplificar los tuyos y aminorar y debilitar los de los contrarios.

3 Y de ese modo utilizaremos la anticipación. Después de exponer esto, al final, recapitularemos con las formas antes dichas del soliloquio, enumeración, elección, interrogación e ironía.

34 Sin intentamos persuadir de que socorramos a unos particulares o a una ciudad, es adecuado decir brevemente si ellos hicieron algún gesto de amistad, agradecimiento o compasión hacia los que integran la asamblea, pues se desea ayudar sobre todo a quienes tienen esa disposición.

2 Todos amamos a quienes, como cabría esperar, nos han tratado bien, nos tratan o nos tratarán, ellos mismos o sus amigos, a nosotros mismos o a las personas por las que nos preocupamos.

3 Estamos agradecidos a quienes, como no cabría esperar, nos han hecho, hacen o harán algún bien, ellos mismos o sus amigos, a nosotros mismos o a las personas por las que nos preocupamos.

4 Pues bien, si hubiera algo de ello, es necesario enseñarlo con pocas palabras, e inducir a la compasión. Tendremos muchos recursos para hacer digno de compasión a quien queramos, si somos conscientes de que todos compadece-

que en el capítulo 18, denomina «anticipación» a un procedimiento retórico general.

mos a quienes consideramos próximos y a aquellos cuya desgracia creemos inmerecida.

5 Debemos mostrar que se encuentran en esas circunstancias aquellos a quienes queremos hacer dignos de compasión, y demostrar que, si los oyentes no los socorren, han padecido, padecen o padecerán algún mal.

6 Pero si no hubiera nada de ello, hay que mostrar que aquellos de los que hablas han sido, son o serán privados de bienes de los que participan todas las personas o la mayoría; o que nunca alcanzaron, alcanzan o alcanzarán cierto bien, si los oyentes ahora no se compadecen. Con estos recursos induciremos a compasión.

7 Con los recursos contrarios a estos disuadiremos. Haremos el proemio y narraremos los hechos del mismo modo. Utilizaremos las pruebas y mostraremos a los oyentes que lo que se intenta llevar a cabo es ilegal, injusto, inconveniente, vergonzoso, desagradable, imposible, trabajoso e innecesario. La disposición será similar a la del discurso suasorio.

8 Quienes por sí mismos disuaden deben seguir esa disposición. Pero quienes replican a las suasorias propuestas por otros, en primer lugar, deben anteponer en el proemio el asunto al que van a replicar y recoger las demás cosas una por una.

9 Después del proemio, lo mejor es que expongas cada una de las cosas antes dichas una por una y que demuestres que no son justas, legales, convenientes y consecuentes con aquello a lo que exhorta el adversario. Lo conseguirás mostrando que lo que dice es injusto, inconveniente o similar a lo injusto e inconveniente, o contrario a lo justo, conveniente o lo que así se juzga. Procede de un modo similar también con las demás cosas.

10 Éste es el mejor modo de disuasión; pero si no te fuera posible, disuade a partir del argumento[118] que la parte contraria haya dejado de lado: por ejemplo, si el adversario presenta el argumento de justicia, intenta tú demostrar que es vergonzoso, inconveniente, trabajoso, imposible o lo que puedas de ese tenor. Si utiliza el argumento de conveniencia, demuestra tú que es injusto y cualquier otro argumento añadido.

11 Debes amplificar tus argumentos y aminorar los del adversario, como ya se ha dicho en la suasoria. Es necesario que aportes sentencias y entimemas como allí, y que deshagas las anticipaciones y que recapitules al final.

12 Además, en el discurso suasorio, debes mostrar que existe una amistad entre aquellos a los que intentas persuadir y aquellos a los que propones ayudar, o que aquellos a los que intentas persuadir les deben favores[119]. Por el contrario, que con razón se siente ira, envidia u odio hacia aquellos a los que no queremos socorrer.

13 Infundiremos odio mostrando que ellos o sus amigos han tratado mal indebidamente a aquellos a los que queremos disuadir o a quienes les preocupan;

14 infundiremos ira si demostramos que, contra lo esperable, ellos o sus amigos han despreciado o delinquido contra aquellos a los queremos disuadir o contra quienes les
15 preocupan; infundiremos envidia, en suma, contra quienes

[118] En este pasaje, FURHMANN corrige *trópou* con *tópou*. Nosotros hemos preferido la forma de los manuscritos, seguida también por SPENGEL. En cualquier caso, de acuerdo con el ejemplo, el sentido es diáfano: el que replica debe insistir en el argumento que no haya tratado la parte contraria.

[119] Parece evidente que esa frase referida al discurso suasorio es una interpolación dentro del tratamiento de la disposición del discurso disuasorio.

mostremos que han tenido, tienen o tendrán éxito sin merecerlo; o que nunca han sido, son o serán privados de ningún bien; o que nunca han sufrido, sufren o sufrirán ningún mal.

Así pues, infundiremos envidia, odio o ira de ese modo; 16
infundiremos amor, agradecimiento y compasión con los recursos de la suasoria. Compondremos y dispondremos la disuasoria de este modo, con todos los recursos antes dichos. Conocemos, pues, la especie suasoria y la especie disuasoria[120] en sí mismas, cómo son, con qué se forman y cómo hay que utilizarlas.

A continuación expondremos y analizaremos las espe- 35
cies laudatoria y la vituperadora[121]. Hay que hacer el proe-

---

[120] SPENGEL propuso añadir «y la especie disuasoria», puesto que se han desarrollado las dos especies del género deliberativo.

[121] En el capítulo 35, se trata la *dispositio* del género epidíctico. Teniendo en cuenta que Aristóteles no ofrece una *dispositio* específica para el discurso epidíctico (de hecho aplica un esquema en cuatro partes a los tres géneros), la *Retórica a Alejandro* cobra especial importancia por su separación neta del esquema compositivo del género epidíctico frente a la *dispositio* común de los géneros deliberativo y judicial. El cuerpo del encomio o vituperio comienza con la genealogía, sigue la sucesión de distintas etapas de la vida hasta llegar a la madurez, donde se repasan las cualidades propias de la virtud: justicia, sabiduría, valentía y buenas costumbres. Las cualidades ajenas a la virtud (fuerza, belleza, riqueza) no merecen elogio sino felicitación. La *Retórica a Alejandro* inicia una serie de textos retóricos que llegan hasta la Antigüedad tardía y que ofrecen una disposición propia para los discursos de elogio. Esta *dispositio* se desarrolla y se hace más compleja a lo largo de su evolución histórica. La versión más completa de la *dispositio* del elogio y el vituperio se halla en los dos tratados sobre retórica epidíctica atribuidos a Menandro de Laodicea, llamado también el Rétor, cuya datación probable es la segunda mitad del siglo III d. C. El esquema compositivo propuesto por MENANDRO es complejo y ha sido analizado repetidamente por la crítica. Los estudios tradicionales (LAUSBERG, § 245) han perdido cierta vigencia después del monumental trabajo de L. PERNOT (*La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain*, París,1993, pág. 153-178).

mio exponiendo en primer lugar el asunto y deshacer los prejuicios como en las suasorias.

2 Pediremos que se nos preste atención con los recursos dichos para los discursos deliberativos y afirmando que son cosas maravillosas y notorias, y mostrando que quienes recibieron elogios y vituperios han actuado igual. Pues la mayoría de las veces estos discursos no se pronuncian para disputar sino para exhibirse.

3 Dispondremos en primer lugar el proemio del mismo modo que en las suasorias y disuasorias. Después del proemio, debemos distinguir los bienes externos a la virtud y los que son propios de la virtud. Los externos a la virtud son la nobleza, la fuerza, la belleza y la riqueza; los propios de la virtud son la sabiduría, la justicia, el valor y los hechos gloriosos[122].

4 De ellos se encomian justamente los propios de la virtud y los externos hay que ocultarlos, pues lo adecuado no es alabar a los nobles, fuertes, bellos y ricos, sino considerarlos afortunados.

5 Tras esta distinción, después del proemio, dispondremos en primer lugar la genealogía, pues esto es lo primero que hace glorioso u oscuro tanto a los humanos como a los de-

[122] Para una discusión detallada de la lista de virtudes desde Platón en adelante, véase L. Pernot, *ob. cit.*, pág. 165 ss. Las virtudes señaladas por Aristóteles, en el tratamiento de la felicidad, dentro del género deliberativo, son más numerosas: justicia, valor, moderación, magnificencia, magnanimidad, liberalidad, sensatez y sabiduría. Sin embargo, la lista que se canonizó es más breve y aparece recogida por Menandro el Rétor (II 373): valor, justicia, moderación y sabiduría. Las virtudes en la *Retórica a Alejandro* presentan un estadio poco desarrollado similar al que utiliza Isócrates en el *Evágoras*, es decir, tres virtudes: valor, justicia y sabiduría, a las que se añaden los hechos gloriosos; esa es la razón por la que más adelante, en § 35, 16, sólo se desarrollen las tres verdaderas virtudes y se omitan los hechos gloriosos.

más seres vivos. [Así pues, razonablemente haremos la genealogía de un hombre u otro ser vivo, pero cuando se trate de una pasión[123], hecho, discurso o posesión pasaremos directamente a alabarlos por sus méritos propios][124].

Debe hacerse la genealogía del modo siguiente: si los an- 6
tepasados tienen méritos, deben recogerse todos, desde el principio hasta el encomiado, y sucintamente referir algo glorioso a cada uno de los antepasados.

Si de ellos los primeros tienen méritos pero sucede que 7
el resto no ha hecho nada digno de mención, se debe tratar del mismo modo a los primeros y dejar de lado a los mediocres, so pretexto de que a causa del número de antepasados no quieres extenderte hablando de ellos, y además a nadie se le oculta que es verosímil que los descendientes de antepasados buenos se asemejen a ellos.

Si resulta que los antepasados remotos son mediocres y 8
los cercanos, gloriosos, debe hacerse la genealogía de estos y decir que sería superfluo extenderse hablando de aquéllos; debe demostrarse que son buenos los nacidos cerca del encomiado y que es evidente que sus antepasados tuvieron méritos, pues no parece verosímil que personas así, excelentes[125], hayan nacido de antepasados malvados.

Si de los antepasados no hay nada glorioso, di que él por 9
sí mismo es noble, trayendo a colación que todo los que por naturaleza están inclinados a la virtud son bien nacidos.

---

[123] Teniendo en cuenta la tradición epidíctica del discurso «erótico» (recuérdense los sublimes ejemplos del *Fedro* y *El Banquete* platónicos), y teniendo en cuenta también el tratado de las pasiones en libro II de la *Retórica* de ARISTÓTELES, estas discursos epidícticos sobre las pasiones humanas pueden ir desde el elogio del amor al vituperio de la ira.

[124] Pasaje probablemente interpolado.

[125] El texto dice literalmente «personas así, bellas y buenas»; se trata del ideal de excelencia basado en la *kalokagathía*.

Censura también a cuantos alaban a los antepasados, diciendo que muchos con antepasados gloriosos resultaron indignos. Di también que en ese momento corresponde elogiar a esa persona y no, a sus antepasados.

10 De un modo similar, quien vitupera tiene que hacer la genealogía con los antepasados malvados. Y de ese modo hay que disponer las genealogías en las alabanzas y vituperios.

11 Si tiene algo glorioso por la fortuna ***[126]. Preocúpate sólo de cómo dirás cosas apropiadas a las etapas de la vida y sin muchas palabras. Pues se considera que los niños son ordenados y prudentes no tanto por ellos mismos como por aquellos que los atienden.

12 Por eso hay que hablar brevemente de la niñez. Cuando de ese modo hayamos desarrollado esa parte, debes ponerle *fin con entimemas y sentencias. Procede a tratar los años* de juventud y amplifica los hechos del alabado o su modo de ser o sus ocupaciones, como dijimos antes, al principio de la especie laudatoria, contando con pormenores que este o aquel hecho fue realizado por el alabado cuando tenía esa edad; o que fue realizado por su mediación, su iniciativa, su causa o que sin él no se hubiera realizado.

13 Deben compararse sus hechos gloriosos con los de otros jóvenes y sobrepujar los suyos sobre los demás, diciendo los hechos más pequeños de ellos y los más grandes de nuestro elogiado. Es necesario también comparar los hechos gloriosos de los que tratas con otros de poca monta, para que así parezcan mayores.

---

[126] Laguna del texto, en la que el autor se ocuparía de los bienes de la fortuna (la nobleza, la fuerza, la belleza y la riqueza), antes de pasar a los propios de la virtud (sabiduría, la justicia, el valor), como se diferenció en § 35, 3, aunque omitiendo los hechos gloriosos.

Debes también amplificar las acciones mediante compa- 14
raciones del modo siguiente: «de verdad que quien de joven se dedicó tanto al estudio, de mayor hubiera alcanzado un gran progreso»; «de verdad que quien soporta con fuerza las fatigas del gimnasio, aceptará con mucho gusto las fatigas del estudio». De ese modo amplificaremos mediante comparaciones.

Cuando hayamos tratado su juventud, dispondremos tam- 15
bién en el final de esa parte sentencias y entimemas. Recapitularemos brevemente las cosas ya dichas o separaremos la parte con un final, y pasaremos a las cosas que ha realizado el hombre maduro al que elogiamos.

Antepondremos la justicia, amplificándola de un modo 16
similar al que ya hemos dicho, y pasaremos a su sabiduría, si es posible. Del mismo modo nos referiremos al valor, si cabe, y a continuación pasaremos a su amplificación. Cuando lleguemos al final de esa parte y hayamos expuesto todas las especies de virtud, haremos una breve recapitulación de lo antes dicho y, al final de todo el discurso, colocaremos una sentencia y un entimema. Será adecuado en los elogios que se utilice un estilo elevado, recurriendo a muchas palabras para cada cosa.

Cuando narremos los hechos de personas malvadas, 17
organizaremos las acusaciones del mismo modo. No debemos burlarnos de aquel a quien vituperamos, sino contar pormenorizadamente su vida. Pues los argumentos convencen a los oyentes y afligen a los vituperados más que las burlas. Pues las burlas ponen su punto de mira en el aspecto y en la naturaleza del individuo, mientras que los argumentos son como representaciones de su carácter y su forma de ser.

Procura no contar hechos desvergonzados con palabras 18
desvergonzadas, para no denigrar tu carácter, sino sólo su-

gerirlos y, utilizando palabras que se refieren a otras cosas, dejar patente el hecho[127].

19 También es necesario en los vituperios ironizar y reírse del adversario, de lo que él se enorgullece; y, en privado o ante pocos presentes, deshonrarlo, pero ante la masa, lanzar acusaciones preferentemente generales. Es necesario amplificar y aminorar los vituperios del mismo modo que los elogios. A partir de estos recursos, conoceremos la utilización de estas especies[128].

36 Las especies que nos quedan son la acusatoria, la exculpatoria y la indagatoria. A continuación expondremos cómo compondremos y dispondremos estas especies de discursos dentro del género judicial[129].

2 En primer lugar, antepondremos en el proemio el asunto sobre el que haremos la acusación o la defensa, como en las demás especies. Pediremos que se nos preste atención con los mismos recursos que en las especies suasoria y disuasoria.

3 Además con respecto a la benevolencia, quien está bien considerado como consecuencia del pasado o del presente y no sufre prejuicios, porque ni él mismo, ni el asunto ni el discurso disgustan a los oyentes, tiene que captar la benevolencia del mismo modo que se ha dicho en las especies antes citadas.

---

[127] La vergüenza pública por hechos deshonrosos es muy tenida en cuenta por la teoría y la práctica retóricas. Pueden verse todo tipo de excusas y de eufemismos en el discurso *Defensa ante Simón* de LISIAS (III 3): «Y lo que más me indigna, ¡oh consejeros!, es el verme obligado a hablaros de asuntos tales, que, si yo toleré hasta ahora sus ofensas, fue por vergüenza ante la idea de que iban a tener que ser conocidos por muchas personas» (LISIAS, *Discursos* I-II, texto revisado y traducido por M. FERNÁNDEZ-GALIANO, Barcelona, 1953).

[128] El elogio y el vituperio.

[129] La *dispositio* del género judicial coincide con la expuesta para el género deliberativo (§§ 29-34).

Pero quien no está ni bien ni mal considerado como 4
consecuencia del pasado o del presente, o sufre prejuicios contra él mismo, el asunto o el discurso, debe ganarse la benevolencia unas veces combinando los temas de la captación de benevolencia y otras veces tratándolos individualmente[130].

Ese será el modo por el que hay que procurarse la bene- 5
volencia, pues quienes no están ni bien ni mal considerados tienen que elogiarse a sí mismos sucintamente y vituperar a los adversarios. Debe alabarse de sí mismo aquello de lo que sobre todo participan los oyentes, me refiero al amor a la patria y a los compañeros, a la gratitud, a la compasión, etcétera; y vituperar a los adversarios por lo que los oyentes se irritan, es decir, el odio a la patria y a los amigos, la ingratitud, la falta de compasión, etcétera.

Es necesario también halagar a los jueces con una ala- 6
banza; por ejemplo, que son jueces justos y admirables. Hay que recurrir también a la modestia, si de alguna manera se está en inferioridad con respecto a la parte contraria para hablar, actuar o en cualquier otro aspecto de los juicios. Además, a esta cosas hay que añadir los argumentos de justicia, legalidad, conveniencia y los argumentos que los acompañan.

Quien no está ni bien ni mal considerado tiene que pro- 7
curarse la benevolencia de los jueces con esos recursos. El que sufre prejuicios, si los prejuicios son sobre su persona misma a consecuencia del tiempo pasado o sobre el discurso, sabemos cómo debe deshacer tales prejuicios por lo que hemos dicho anteriormente; pero si son prejuicios presentes sobre su persona misma, necesariamente sufre prejuicios por

[130] Este párrafo es difícil de comprender literalmente; seguimos la interpretación de Spengel.

ser una persona inadecuada al juicio presente, o incompatible con los cargos que presenta, o acorde con la acusación que se le hace.

8 Sería inadecuado, si litiga a favor de otro siendo demasiado joven o demasiado viejo; incompatible, si es fuerte y litiga por agresión contra una persona débil[131]; o si suele ultrajar y acusa de ultraje a alguien prudente; o si es muy pobre y litiga por dinero con una persona muy rica.

9 Tales son las personas incompatibles con los cargos que presentan. Será acorde con el cargo que se le hace si es fuerte y una persona débil lo cita a juicio por agresión; o si tiene la apariencia de ladrón y es acusado en un proceso de robo. En suma, parecerán ser acordes con los cargos quienes tengan una fama que concuerda con su propia apariencia.

10 Tales serán los prejuicios presentes contra la persona misma. Ocurren prejuicios contra el asunto, si alguien presenta una demanda contra amigos allegados, huéspedes o familiares, o por hechos insignificantes o vergonzosos, pues estas demandas reportan mala fama al denunciante.

11 Haré patente cómo desharemos los prejuicios antes dichos. Me refiero a dos elementos comunes a todos ellos. Por una parte, anticípate y recrimina lo que creas que los jueces van a recriminar; por otra parte, vuelve los hechos contra la

[131] Ejemplo tradicional de la utilización del argumento de verosimilitud, que Platón atribuye a Tisias: «Esto es, pues, lo sabio que encontró, al par que técnico, cuando escribió que si alguien, débil pero valeroso, habiendo golpeado a uno fuerte y cobarde, y robado el manto o cualquier otra cosa, fuera llevado ante un tribunal, ninguno de los dos tenía que decir la verdad, sino que el cobarde diría que no había golpeado únicamente por el valeroso, y éste, replicar, a su vez, que sí estaba solo, y echar mano de aquello de que '¿cómo yo siendo como soy, iba a poner las manos sobre éste que es como es?» (*Fedro* 273b-c, traducción de E. Lledó, *ob. cit.*, B.C.G. 93).

parte contraria o, si no es posible, contra otros, utilizando el pretexto de que te has presentado al juicio no voluntariamente sino obligado por los adversarios.

A cada uno de los prejuicios es necesario pretextar lo 12 siguiente: quien es demasiado joven, la falta de amigos mayores que litiguen a su favor, o la magnitud de los delitos, o su número o el cumplimiento de un plazo legal, etcétera.

Si hablas a favor de otro, tienes que decir que litigas por 13 amistad hacia él o por odio hacia la parte contraria, o porque fuiste testigo de los hechos, o porque conviene a la comunidad, o porque aquel por quien litigas está solo y ha sido víctima de un delito.

Si fueras incompatible con el cargo que presentas o acor- 14 de a la acusación que se te hace, debes utilizar la anticipación y decir que no es justo, legal o conveniente prejuzgar por sospechas o suposiciones antes de oír los hechos.

Así desharemos los prejuicios hacia la persona misma. 15 Rechazaremos los prejuicios hacia el hecho así: echando la culpa a los adversarios, o reprochándole algo, un delito, abuso, gusto por las riñas, ira, o pretextando que no era posible conseguir lo justo de otro modo. Así desharemos los prejuicios particulares en los tribunales; los comunes a todas las especies los desharemos como se ha dicho con respecto a las especies anteriores.

Dispondremos los proemios en los discursos judiciales 16 del mismo modo que en los discursos deliberativos. Del mismo modo anudaremos la narración al proemio, y la haremos aparecer creíble y justa por partes, o haremos que forme un cuerpo por sí misma.

Después de esto, la confirmación consistirá en las prue- 17 bas, si la parte contraria replica a los hechos narrados; pero si reconoce el delito, la confirmación se hará a partir de los argumentos de justicia, conveniencia, etcétera.

18 De las pruebas, debemos disponer en primer lugar los testimonios y las declaraciones bajo tortura, si es el caso. A continuación, si fueran convincentes, debe hacerse la confirmación con sentencias y entimemas; pero si no fueran totalmente convincentes, con el argumento de verosimilitud; luego con ejemplos, evidencias, indicios y refutaciones; finalmente, con entimemas y sentencias. Si se reconocen los hechos, hay que dejar las pruebas y utilizar argumentos forenses, como en los casos anteriores. De este modo haremos la confirmación.

19 Después de la confirmación, dispondremos los argumentos contra la parte contraria y anticiparemos lo que presumiblemente dirán[132]. Si niegan el hecho, hay que amplificar las pruebas que hemos aportado y destrozar y aminorar las que va a decir la parte contraria.

20 Pero si reconocen los hechos y afirman que son legales y justos según las leyes escritas, hay que intentar demostrar que las leyes que nosotros aportamos y las similares son justas, nobles y convenientes para el común de la ciudad, y así las consideran muchos, y las leyes que aporta la otra parte son lo contrario.

21 Si no es posible decir eso, recuerda a los jueces que juzgan no sobre la ley sino sobre un hecho, y que juraron votar según las leyes establecidas, y explica que no es en ese momento cuando procede legislar, sino en los días autorizados para ello.

22 Si sucede que somos nosotros quienes hemos cometido un acto contra leyes que parecen perversas, hay que decir que esa no es una ley, sino una ilegalidad, pues la ley se establece para favorecer a la ciudad y esa ley la perjudica.

[132] Esta parte del discurso, que carece aquí de un término preciso, es la *refutatio* de la retórica latina.

Hay que decir también que, si votan en contra de esa 23
ley, no delinquirán sino que estarán legislando, de modo que no se utilicen normas malas e ilegales. Debe demostrarse que ninguna ley impide hacer el bien a la comunidad, y que desautorizar a las leyes malas es beneficiar a la ciudad.

Con respecto a leyes dictadas claramente, cualquiera 24
que sea nuestra posición, anticipándonos nos será fácil replicar con esos recursos. Con respecto a las leyes ambiguas, si los jueces las interpretan como a ti te conviene, debes mostrarlo; pero si las interpretan como dice el adversario, es necesario explicar que el legislador no tuvo esa intención, sino la que tú dices, y que les conviene interpretar así la ley.

Si no te es posible tergiversarla, muestra que la ley no 25
puede decir ninguna otra cosa distinta de que lo que tú dices[133]. Procediendo de ese modo te será fácil saber cómo debes utilizar las leyes. En términos generales, si reconocen el delito y van a basar su defensa en los argumentos de justicia y legalidad, tienes que anticipar lo que presumiblemente dirán con esos recursos.

Si reconocen el delito y piden indulgencia, es necesario 26
que eches por tierra ese intento de la parte contraria del modo siguiente: en primer lugar, hay que decir que fue un hecho malvado y que afirman que han cometido tales errores cuando han sido descubiertos, «de modo que, si le concedéis indulgencia, dejaréis impunes también a todos los demás».

[133] El pasaje es oscuro y parece corrupto. Spengel *(ob. cit.,* pág. 262-263) consideró que no tenía sentido referirse a una ley contraria en un contexto en el que se está hablando de leyes ambiguas, pero no solucionó definitivamente el problema. Furhmann elimina el adjetivo «opuesta» que determina a «ley», pero incluso con esa supresión, el sentido queda poco claro.

27 Además di «si absolvéis a los que reconocen haber errado, ¿cómo condenaréis a los que no lo reconocen?» Hay que decir también: «incluso si erró, no debo sufrir yo un perjuicio por su error». Además de esas cosas, hay que decir que «ni siquiera el legislador tiene indulgencia con los que yerran; por tanto, es justo que tampoco la tengan los jueces que juzgan según las leyes».

28 Con recursos así echaremos por tierra las peticiones de indulgencia, como hemos dejado patente al principio [134]. En suma, con los recursos antes dichos, anticiparemos lo que vaya a decir la parte contraria como prueba, argumentación forense o petición de indulgencia.

29 Después de eso, hay que recapitular lo principal del discurso completo y, sucintamente, si cabe, hay que infundir en los jueces odio, ira o envidia hacia los adversarios, y amor, agradecimiento o compasión hacia nosotros. Hemos dicho en el género deliberativo, a propósito de los discursos suasorio y disuasorio, de dónde nacen esos sentimientos y a su vez los desarrollamos en el final de la especie exculpatoria.

30 Si nos corresponde la acusación, así compondremos y dispondremos el primer discurso en los tribunales. Si nos corresponde la defensa, organizaremos el proemio de un modo similar al discurso de acusación.

31 Dejaremos de lado las acusaciones de las que se ha dado un conocimiento cierto a los oyentes pero presentaremos después del proemio y desharemos aquellas de las que se ha transmitido una opinión discutible. Desacreditaremos a los testigos, las declaraciones bajo tortura y los juramentos como ya has oído. Si los hechos son creíbles, nuestra defensa *** con-

[134] Véase § 4, 5.

tra el *** [135], procediendo a partir del lugar que se ha dejado de lado. Pero si son creíbles los testigos o los declarantes bajo tortura, nuestra defensa se orientará contra el discurso o el hecho o cualquier otra cosa muy creíble que tengamos contra los adversarios.

Si te acusa argumentando tu provecho o tus hábitos, de- 32
fiéndete preferentemente diciendo que no te es provechoso aquello de lo que se te acusa; y si no, que no tienes el hábito de hacer cosas así, ni tú ni los que se parecen a ti, o que no de ese modo.

Así desharás el argumento de verosimilitud. En cuanto a 33
los ejemplos, si puedes, muestra que no son similares a aquello de lo que se te acusa; si no, aporta tú mismo otro ejemplo contrario sucedido en contra de lo verosímil. Deshaz la evidencia diciendo la causas por las que se produjo la contradicción [136].

Haz ver que las sentencias y los entimemas son paradó- 34
jicos o ambiguos, y que los indicios son indicios de más cosas y no sólo de lo que se te acusa. De ese modo haremos que la argumentación de los adversarios no sea convincente, tergiversando su sentido o haciéndola ambigua.

Si reconocemos haber hecho aquello de lo que se nos 35
acusa, procederemos mediante los argumentos de justicia y legalidad; intentaremos demostrar que nuestra posición es más legal y justa; si eso no fuera posible, buscaremos una salida en los argumentos del error o del infortunio, haciendo ver que los daños han sido pequeños; e intentaremos obtener indul-

[135] El texto presenta en este lugar una laguna; Fuhrmann propone completarla así: «nuestra defensa se orientará contra la persona o contra el discurso».

[136] En su sentido técnico, las «evidencias» son las contradicciones internas del discurso y las contradicciones de los hechos con el discurso; véase 9, 1.

gencia, demostrando que el errar es común para todos los humanos, pero el delinquir es propio de los malvados.

36 Di que es mesurado, justo y conveniente conceder indulgencia a los errores, pues ningún hombre sabe si le ocurrirá algo así. Haz ver que también el adversario, si cometió algún error, pretendió obtener indulgencia.

37 Después de eso, ⟨hay que deshacer⟩[137] las anticipaciones dichas por los adversarios. Nos será fácil deshacer los demás prejuicios a partir de los hechos, pero si sufrimos prejuicios por pronunciar discursos escritos o por practicar la retórica o por defender a alguien por un pago, es necesario no evitar el enfrentamiento e ironizar y decir con respecto a la escritura que la ley no impide que unos pronuncien un discurso escrito y otros, un discurso sin escribir, sino que permite hablar a cada cual como quiera[138].

38 Hay que decir también que el adversario cree haber cometido delitos tan grandes que no considera que yo le acuse dignamente si no escribo y preparo mi discurso durante mucho tiempo. Así hay que responder a los prejuicios contra los discursos escritos.

39 Si afirman que estudiamos y ejercitamos la retórica, lo reconoceremos y diremos: «nosotros estudiamos retórica, como dices, pero no somos pleitistas; pero se ha descubierto que tú, que nada sabes de retórica, has sicofanteado en ocasiones anteriores y ahora nos sicofanteas a nosotros». Así

---

[137] Añadido del editor.

[138] Sobre los prejuicios contra la logografía, es decir, la redacción de discursos por parte especialistas a cambio de una remuneración, es muy interesante el pasaje del *Fedro* en el que Sócrates dice que lo vergonzoso no es escribir discursos, sino escribirlos mal: «luego es cosa evidente, que nada tiene de vergonzoso el poner por escrito las palabras [...]. Pero lo que sí que considero vergonzoso, es el no hablar ni escribir bien, sino mal y con tropeza» (*Fedro* 258 d, traducción de E. LLEDÓ, *ob. cit.*, B.C.G. 93).

parecerá a los ciudadanos que sería provechoso que ese aprendiera a hablar retóricamente, pues así no sería ni malvado ni sicofanta.

Del mismo modo si alguien dice que nosotros litigamos 40
por una compensación, lo reconoceremos e ironizaremos y demostraremos que todo el mundo lo hace y también quien nos acusa.

Distingue los tipos de compensación y di que unos liti- 41
gan por dinero, otros por agradecimiento, otros por venganza y otros por honores; haz ver que tú litigas por agradecimiento y di que tu adversario lo hace por una retribución no pequeña, pues pleitea para ganar injustamente dinero, no para pagarlo.

Con el mismo modo, si alguien dice que nosotros ense- 42
ñamos a pleitear o escribimos por encargo discursos judiciales, haz ver que todo el mundo, en la medida de sus posibilidades, ayuda a sus amigos, con enseñanzas o consejos. Así responderás hábilmente a tales prejuicios.

Es necesario que no seamos descuidados con las pre- 43
guntas y las respuestas que entran en el ámbito de esas especies, sino que debemos distinguir las respuestas que reconocen los hechos de las que los niegan. En las siguientes respuestas hay un reconocimiento: «—mataste a mi hijo; —maté a quien levantó antes el acero contra mí»; «—pegaste a mi hijo; —yo pegué a quien empezó a atacarme»; «—me rompiste la cabeza; —porque tú de noche, con violencia, entraste en mi casa».

En esos casos se reconocen los hechos confiando en que 44
son legales. En los siguientes casos se niegan los hechos aplicando la ley: «—mataste a mi hijo; —yo no, la ley lo mató». Se debe contestar así siempre que una ley ordene hacer lo que otra prohíbe. Con todos estos recursos, reunirás los argumentos contra la parte contraria.

45 Después de eso, una recapitulación de lo dicho será un recordatorio conciso. Es útil en todas las ocasiones, de modo que hay que utilizar la recapitulación en cada parte y en cada especie, aunque se acomoda principalmente a los discursos de acusación y defensa, y además a los suasorios y disuasorios. Pues afirmamos que en esas especies no sólo debe recordarse lo dicho, como en los elogios y vituperios, sino también disponer a los jueces favorablemente hacia nosotros y desfavorablemente hacia los adversarios.

46 Disponemos al final esa parte del discurso[139]. En resumen, el recordatorio se hace con soliloquios, enumeraciones de lo dicho, elecciones de tus mejores argumentos y de los peores de los adversarios o, si quieres, con la figura de la interrogación. Sabemos por lo antes expuesto qué es cada uno de estos recursos.

47 Dispondremos a los jueces favorablemente hacia nosotros y desfavorablemente hacia nuestros oponentes como explicamos a propósito de los discursos suasorio y disuasorio, haciendo ver brevemente qué beneficios hemos hecho, hacemos o haremos nosotros mismos o nuestros amigos a los que nos oyen o a las personas que les preocupan, es decir, a los jueces mismos o a las personas que les preocupan; y les explicaremos por qué es esa la ocasión de que nos devuelvan el favor por los anteriores, y ante ellos nos presentaremos a nosotros mismos dignos de compasión, si es posible.

48 Lo lograremos demostrando que tenemos un trato familiar con los oyentes, y que no nos merecemos nuestras desgracias porque nos ha ido mal antes, o ahora o en el futuro, si ellos no nos socorren. Si esto no fuera posible, explicaremos de qué bienes hemos sido, somos o seremos privados si

[139] Es decir, la recapitulación.

los jueces no nos atienden, o qué bien nunca hemos conseguido, conseguimos o conseguiremos si no acuden a socorrernos. Con estos recursos nos presentaremos a nosotros mismos dignos de compasión y dispondremos favorablemente a los jueces.

Infundiremos prejuicios y envidia contra la otra parte 49
con los recursos contrarios: haremos ver que, contra lo esperable, ellos o sus amigos han hecho, hacen o harán algún mal a los oyentes mismos o a las personas de las que se preocupan. Con estos recursos haremos que sientan odio e ira contra ellos. Si esto no fuera posible, reuniremos los argumentos con los que provocar en los oyentes envidia hacia nuestros oponentes, pues la envidia es próxima al odio.

En suma, serán envidiados si hacemos ver que no se me- 50
recen que les vaya bien y que son extraños a los oyentes, diciendo que injustamente han recibido, reciben o van a recibir muchos bienes, o que nunca antes han sido, son o serán privados de ningún bien, o que nunca han sufrido, sufren o sufrirán ningún mal, si los jueces ahora no los refrenan.

Así pues, con estos recursos, en las conclusiones dis- 51
pondremos a los jueces favorablemente hacia nosotros y desfavorablemente hacia los adversarios. Dispondremos técnicamente los discursos de acusación y defensa con todos los recursos antes dichos.

La especie indagatoria no se presenta por sí misma con 37
mucha frecuencia, sino que se combina con las demás especies; sobre todo es útil en las réplicas[140]. La desarrollo sucintamente para que no ignoremos tampoco su disposición, por si en alguna ocasión debemos hacer la indagación de un

[140] Es dudoso a qué se refiere con que la indagación es útil en las «réplicas» *(antilogíai),* aunque parece designar a los discursos en los que hay una oposición, es decir, en los exculpatorios y en los disuasorios.

discurso, una vida, una acción humana o un asunto de gobierno de una ciudad.

2 Quienes llevan a cabo una indagación tienen que hacer el proemio de un modo casi similar a quienes sufren prejuicios, de modo que al principio aportemos los pretextos razonables por los que parezca que llevamos a cabo la indagación justamente. Así comenzaremos la indagación.

3 En las asambleas políticas, son adecuados los siguientes pretextos: que no hacemos eso porque nos guste disputar, sino para que no pase desapercibido a los oyentes; además, que ellos nos molestaron antes. Si los asuntos son privados, es necesario pretextar el odio, el carácter vil o la amistad de los indagados; o para que, cuando sean conscientes de lo que hacen, no lo hagan más. En asuntos públicos, debemos utilizar los argumentos de legalidad, justicia y conveniencia común.

4 Después de haber hecho el proemio con estos recursos y otros similares, presentaremos e indagaremos cada una de las cosas dichas, hechas o proyectadas, demostrando que son contrarias a la justicia, legalidad y conveniencia privada y pública. Examinaremos todo, por si son contradictorias entre sí o contrarias al carácter de las personas de bien o a lo verosímil.

5 Para no alargarme hablando de cada cosa: cuanto más hagamos ver a los oyentes que las ocupaciones, hechos, palabras o hábitos de los indagados son contrarios a lo que está bien considerado, tanto más caerán en el desprestigio.

6 No debe indagarse con carácter agrio, sino tranquilo; pues de ese modo a los oyentes les parecerá más convincente el discurso, y el orador se desacreditará lo menos posible.

7 Cuando hayas indagado todo con rigor, lo amplificarás. Haz al final una recapitulación concisa y recuerda a los oyentes lo dicho. Disponiendo de ese modo todas las especies, las utilizaremos técnicamente.

Cuando se dice o escribe un discurso, debe intentarse 38 sobre todo producirlo según lo antes dicho, y acostumbrarse a utilizar todos los recursos de forma resuelta. Así tendremos recursos muy numerosos y técnicos para hablar retóricamente en los debates privados y públicos y en las declamaciones ante los demás.

Es necesario que prestes atención y te organices con los 2 procedimientos dichos, no sólo con relación a los discursos sino también en relación con tu propia vida; pues, una vida arreglada contribuye a la capacidad de persuasión y a la obtención de una buena fama.

En primer lugar es necesario distinguir las acciones se- 3 gún los criterios generales de nuestra disciplina[141]: qué hay que hacer en primero, en segundo, en tercero o en cuarto lugar. A continuación, prepárate a ti mismo siguiendo las explicaciones que hemos dado a propósito del proemio sobre los aspectos de la relaciones entre el orador y los oyentes.

Captarás la benevolencia hacia ti mismo, si permaneces 4 leal a los acuerdos que has adoptado, mantienes los mismos amigos durante toda tu vida y no te muestras inconstante en las demás costumbres, sino que siempre sigues las mismas. Te prestarán atención si llevas a cabo acciones grandes, nobles y convenientes para la mayoría.

Una vez que sean benévolos hacia ti, cuando pases a la 5 acción, aceptarán como convenientes para ellos cuantas acciones alejen los males y proporcionen bienes, y rechazarán cuantas les produzcan lo contrario.

En paralelo a la narración rápida, clara y creíble, debes 6 llevar a cabo las acciones de esa manera. Así pues, las realizarás con rapidez, si no pretendes hacerlo todo al mismo

---

[141] Se utiliza la *dispositio* retórica para exponer una serie de consideraciones éticas sobre el orador.

tiempo, sino en primer lugar lo primero, luego lo siguiente, etcétera.

7 Las realizarás limpiamente, si no dejas pronto una acción y emprendes las demás antes de terminar la primera. De una forma creíble, si no actúas contra tu propio carácter y además no finges que las mismas personas son tus amigos y tus enemigos.

8 De las pruebas, tomaremos el llevar a cabo las acciones de las que tenemos conocimiento según ese conocimiento; de las que seamos ignorantes, según lo que ocurre la mayoría de las veces. Pues lo más seguro en esas circunstancias es actuar con la vista puesta en lo que suele suceder.

9 Con relación a los juicios contra la parte contraria, en los discursos confirmamos nuestros argumentos con los recursos dichos; en los contratos actuaremos igual si los realizamos según las leyes escritas y no escritas, marcando los plazos con los mejores testigos posibles.

10 En la conclusión, haremos un recordatorio de lo dicho con una recapitulación sucinta; con respecto a las acciones, recordaremos a los demás lo que hacemos, cuando realicemos las mismas acciones o semejantes acciones a las anteriores.

11 Tendrán una actitud amigable hacia nosotros si hacemos lo que creen que les ha reportado, reporta o reportará algún bien. Haremos cosas grandes si realizamos acciones que son la causa de mucha felicidad. De ese modo deben disponerse los asuntos de la vida, y ejercitarse en la retórica con el tratado anterior.

12 [Deben[142] hacerse los sacrificios como se ha dicho antes, de forma piadosa en relación con los dioses, moderada en relación con los gastos, brillante en relación con el espec-

[142] Desde este punto hasta el final, se ha añadido un texto que no pertenecía al tratado original.

táculo, provechoso en relación con los ciudadanos[143]. Serán piadosos en relación con los dioses, si se celebran según las costumbres patrias; moderados en relación con el gasto, si no se consume todo lo aportado; brillantes en relación con el espectáculo si se preparan suntuosamente; provechosos en relación con la guerra, si desfilan armados caballeros y hoplitas[144].

Serán piadosos los sacrificios para los dioses que se 13
hagan así. Seremos amigos de quienes sean semejantes a nosotros, tengan nuestros mismos intereses y necesariamente compartan con nosotros los asuntos más importantes. Pues esa es la amistad que más dura.

Debemos hacer aliados nuestros a los más justos, a los 14
que tienen mucho poder y a los vecinos; y enemigos, a sus contrarios.

Debemos declarar la guerra a quienes intenten cometer 15
un delito contra nuestra ciudad o contra nuestros amigos o contra nuestros aliados.

Necesariamente la vigilancia[145] se lleva a cabo por me- 16
dio de nosotros mismos o de nuestros aliados o de mercenarios; lo mejor es por medio de nosotros mismos; en segundo lugar, por medio de nuestros aliados; y en tercer lugar, por medio de mercenarios.

Con relación a la aportación de dinero, lo mejor es que 17
provenga de los propios ingresos o posesiones; en segundo lugar, de los impuestos según la renta; en tercer lugar, mediante servicios públicos de los pobres con sus personas, de los artesanos con sus armas, y de los ricos con su dinero.

---

143 Siguiendo una enmienda de Kassel, que está de acuerdo con la coherencia del texto (véase § 2, 10-11), habría que leer «provechoso en relación con la guerra».

144 Véase § 2, 11.

145 La vigilancia de la ciudad y del territorio, naturalmente.

18 Con relación al gobierno de la ciudad, lo mejor es la democracia en la que las leyes concedan los cargos a los mejores pero no se prive a la masa de las votaciones a mano alzada o secretas; lo peor es la democracia en la que las leyes permitan a la masa injuriar a los ricos. Hay dos clases de oligarquía: la que se forma a partir de banderías y la que se forma según la renta.

19 Es necesario hacer aliados cuando resulte que los ciudadanos por sí mismos no pueden guardar el territorio y las fortificaciones o que haya que defenderse de los enemigos. Debe disolverse una alianza, cuando no haya ninguna necesidad de hacerla, o estén muy alejados los aliados y no puedan prestar su ayuda en las ocasiones adecuadas.

20 Un buen ciudadano es quien proporciona a la ciudad los amigos más útiles y los enemigos menores y más débiles; quien proporciona los ingresos más cuantiosos sin expropiar ningún bien privado; quien es justo e investiga a quien delinque contra la comunidad.

21 Todo el mundo ofrece regalos esperando sacar provecho o para agradecer favores anteriores; todo el mundo presta servicios por una ganancia, honor, placer o miedo; las personas se relacionan unas con otras por elección o involuntariamente, pues todas las acciones se llevan a cabo por fuerza, persuasión, engaño o pretexto.

22 En la guerra, se vence por la fortuna, el número y fuerza de las tropas, la abundancia de dinero, la naturaleza del lugar, la virtud de los aliados o la inteligencia del general[146].

23 Se supone que se debe abandonar a los aliados o porque convenga más[147] o por haber terminado la guerra.

---

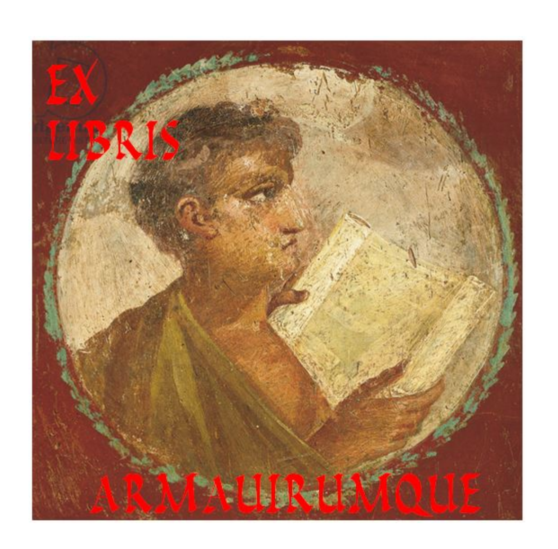
[146] Véase § 2, 28.

[147] Es decir, porque convenga más la ruptura que el mantenimiento de la alianza.

Actuar justamente es seguir los hábitos comunes de la 24
ciudad, obedecer las leyes y mantener los acuerdos privados.

Al cuerpo le conviene la buena constitución, la belleza, 25
la fuerza y la salud. Al alma, la sabiduría, la inteligencia, el valor, la prudencia y la justicia[148]. Al cuerpo y al alma, el dinero y los amigos. No convienen las cosas contrarias. A la ciudad le conviene el elevado número de buenos ciudadanos].

[148] Sobre la lista de las virtudes, véase la nota 122.



# ÍNDICE DE TÉRMINOS TÉCNICOS

# ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

# ÍNDICE GENERAL

ALCIDAMANTE DE ELEA

## TESTIMONIOS Y FRAGMENTOS

ANAXÍMENES DE LÁMPSACO

## RETÓRICA A ALEJANDRO